1
0

P
3235

B.P. de Soria
61096831
D-1 170

11
234
Nº XXI Nº 1685

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXVI

DÉCADAS

DE LA

HISTORIA ROMANA

POR

TITO LIVIO

TRADUCIDAS DEL LATÍN AL CASTELLANO

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

CANÓNIGO DE LA METROPOLITANA DE GRANADA

TOMO IV

MINISTERIO DE FOMENTO
0007
DEPÓSITO DE LIBROS
SORIA

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª

calle del Arenal, núm. 11

1888

BIBLIOTECA PÚBLICA

ES PROPIEDAD.

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, Ferraz, 13.

Tito Livio

LIBRO XXIII.

SUMARIO.

Revolución de los campanios en favor de Aníbal.—Magón lleva á Cartago la noticia de la batalla de Cannas y los anillos de los caballeros muertos.—Hannón aconseja que se pida la paz á los romanos. Oposición del partido barcino.—Ventaja del pretor Claudio Marcelo.—Las delicias de Capua enervan á los cartagineses.—Sitio y hambre de Casilino.—Admisión de ciento noventa y siete caballeros en el Senado.—Derrota y muerte del pretor L. Postumio.—Derrota de Asdrúbal en España y sumisión de esta provincia por Cneo y Publio Escipión.—Destierro á Sicilia de los soldados vencidos en Cannas.—Tratado de alianza entre Filipo de Macedonia y Aníbal.—Derrota de los campanios por el cónsul Sempronio Graco.—Victorias del pretor T. Manlio en Cerdeña sobre los cartagineses y los sardos.—Caen prisioneros Asdrúbal, Magón y Hannón.—Derrota de Aníbal, cerca de Nola, por el pretor Claudio Marcelo.—Esperanza de los romanos.

Habiendo tomado y saqueado los campamentos, Aníbal, después de la batalla de Cannas, marchó en seguida de la Apulia al Samnio: Stacio, que le prometía entregarle Compsa, le llamaba al territorio de los hirpinos. Trebio Stacio era uno de los ciudadanos más distinguidos de Compsa, pero se veía obligado á ceder ante el partido de los Mopsinos, familia poderosa por la protección

BIBLIOTECA PÚBLICA

de los romanos. A la noticia de la batalla de Cannas, al rumor de la llegada de Aníbal, que por todas partes extendía Trebio, los Mopsinos habían salido de la ciudad. Compsa se rindió por consiguiente sin resistencia al cartaginés y recibió guarnición. Dejó allí Aníbal su botín y todos los bagajes, y dividiendo su ejército en dos cuerpos, encargó á Magón que recibiese la sumisión de aquellas ciudades del territorio que abandonasen la causa de Roma y de apoderarse de las que se resistieran. Él mismo atravesó el territorio campanio, dirigiéndose hacia el mar inferior, con intención de sitiar á Nápoles para asegurarse de una ciudad marítima. En cuanto atravesó la frontera napolitana, emboscó una parte de los númidas en los parajes que le parecieron convenientes para su plan, abundando aquel país en caminos profundos y desfiladeros impenetrables. En seguida manda á los demás que lleven delante ostensiblemente los ganados que habían arrebatado en la campiña y llegar con sus caballos hasta las puertas de la ciudad. Al verles tan poco numerosos y tan desordenados, salió un grupo de jinetes; los númidas retrocedieron de intento delante de ellos atrayéndoles á la emboscada, donde fueron rodeados, y ni uno solo hubiese escapado, si la proximidad del mar y algunas barcas, la mayor parte pescadoras, que veían muy cerca de la orilla, no hubiesen ofrecido refugio á los que sabían nadar. Algunos jóvenes distinguidos fueron capturados ó muertos, entre ellos Hegeas, jefe de aquellos jinetes, que pereció persiguiendo con demasiado ardor á los fugitivos. Aníbal renunció al sitio de la ciudad al ver sus murallas, muy difíciles de asaltar.

Desde allí dirigió su marcha á Capua, ciudad enervada por larga prosperidad, por los favores de la fortuna, y más que todo por el libertinaje del pueblo, que, en medio de la corrupción general, gozaba de libertad sin

freno. Pacuvio Calavio había sometido el Senado á su voluntad y á la del pueblo. Aunque noble y popular á la vez, debía su poder á malos medios. En el mismo año en que los romanos fueron vencidos en el Trasimeno, encontrábase primer magistrado de la ciudad. Sabía bien que el pueblo, enemigo del Senado desde mucho antes, aprovecharía aquella ocasión para sublevarse, y que si se presentaba Aníbal al frente de un ejército victorioso, no retrocedería ante un gran crimen y exterminaría á los senadores para entregar Capua al cartaginés. Pacuvio era malo, pero no completamente depravado: prefería ejercer su autoridad sobre Capua á ejercerla sobre sus ruinas, y sabía que no es posible la existencia de una ciudad privada de consejo público. Imaginó, pues, un medio de conservar el Senado y hacerlo al mismo tiempo esclavo de su voluntad y de la del pueblo. Convocó á los senadores y comenzó por declarar «que no aprobaría una sublevación contra Roma sino en cuanto fuese necesaria; que tenía hijos de la hija de Apio Claudio, y que su propia hija estaba casada en la ciudad con Livio; pero que les amenazaba otra calamidad mucho más terrible; que el pueblo no pensaba sublevarse para quitar el poder al Senado, sino para exterminarlo y entregar á Aníbal y los cartagineses una ciudad sin gobierno; que puede, sin embargo, salvarles del peligro si se entregan á él, y prescindiendo de todo debate político, prestar fe á su palabra.» Dominados por el terror, todos consienten, y entonces dijo: «os encerraré en la curia, y como si yo mismo tomase parte en la conspiración, aprobando un crimen al que en vano me opondría, encontraré medio de salvaros. Recibiréis de mí cuantas garantías queráis.» Habiendo empeñado de esta manera su palabra, mandó cerrar la curia, y dejó en el vestíbulo una guardia que no había de permitir entrar ni salir á nadie sin orden suya.

BIBLIOTECA PÚBLICA

En seguida convocó una asamblea del pueblo. «Campanios, dijo, muchas veces habéis deseado castigar ese ímprobo y detestable Senado; hoy podéis hacerlo sin obstáculo ni peligro, sin exponeros á los riesgos de una sublevación en la que tendríais que asaltar la casa de cada uno, defendidas por sus clientes y esclavos. Yo os los entrego á todos encerrados en la curia, solos y desarmados, y no tendréis que obrar con precipitación y á la casualidad. Os daré el derecho de decidir acerca de la suerte de cada uno de ellos, á fin de que sufran los suplicios merecidos. Pero ante todo, no puede satisfacerse vuestra cólera sino á condición de posponerla á vuestra conservación, á vuestro propio interés. Detestáis á esos senadores, pero creo que no deseáis abolir completamente el Senado; porque necesitáis un rey (¡autoridad abominable!) ó un Senado, único consejo de un estado libre. Tenéis por consiguiente dos cosas que hacer al mismo tiempo: destruir el Senado antiguo, y crear uno nuevo. Voy á hacer llamar sucesivamante á todos los senadores; os consultaré acerca de la suerte de cada cual y se ejecutará lo que decidáis. Pero en el puesto del condenado elegiréis otro senador, varón animoso y honrado, antes de que el culpable sea entregado al suplicio.» Sentóse entonces, hizo colocar los nombres en una urna y manda sacar de la curia y llevar ante el pueblo aquel que designó en primer lugar la suerte. En cuanto se oyó el nombre, todos exclamaron que era un malvado, un miserable digno del suplicio. Entonces dijo Pacuvio: «Veo que decidís acerca de él. Ahora, para el puesto de es emalvado, de ese miserable, nombrad un senador honrado y virtuoso.» Al pronto hubo un momento de silencio; no encontraban uno mejor para reemplazarle. Al fin se atrevió uno á pronunciar un nombre al azar, y grito mucho más fuerte se alzó en el acto: decían unos que no le conocían,

otros le censuraban sus acciones deshonrosas, su baja estofa, su vergonzosa pobreza, su oficio, sus infames lucros. La escena se renovó con mucha más intensidad cuando se citó otro y otro nombre; era evidente que no querían á los senadores, pero no encontraban con quienes reemplazarles. No podían proponer á los que ya habían sido nombrados sin oirles abrumar de injurias, y en cuanto á los otros, eran mucho más despreciables, mucho más obscuros que aquellos cuyos nombres se citaron primero. En vista de esto, separóse el pueblo diciendo que el mal conocido era más soportable, y Pacuvio ordenó que se pusiese en libertad á los senadores.

Salvando Pacuvio de esta manera la vida á los senadores, les hizo suyos mucho más que del pueblo, y sin violencia, por consentimiento unánime, dominaba en absoluto. Desde entonces, abandonando los senadores todo recuerdo de honor y libertad, comenzaron á adular al pueblo, á saludar á todos, á invitarles con bondad y á ofrecerles magníficos festines. La causa de que se encargaban, el partido que favorecían, las decisiones á que inclinaban á los jueces, era siempre la más popular, la más á propósito para conquistar la benevolencia de la multitud. En el Senado nada se hacía que no se hubiese hecho en asamblea del pueblo. Inclinada en todo tiempo á la mayor molicie, no solamente por la depravación de los ánimos, sino que también por las dulzuras y la acción enervante de las delicias que le ofrecían el mar y la tierra, Capua entonces, gracias á la baja complacencia de los ciudadanos principales, á la licencia del populacho, se abandonaba con tal furor á todos los excesos, que no había límites para sus caprichos ni para sus gastos. A este desprecio de las leyes, de los magistrados y del Senado, añadíase, después de la batalla de Cannas, el desprecio en que cayó el poder romano, único freno respetado hasta entonces. Existía sin

embargo un obstáculo que les había impedido declararse inmediatamente contra Roma; y eran los antiguos matrimonios que habían unido familias romanas con nobles y poderosas familias de Capua, y además el lazo poderoso de muchos compatriotas suyos que servían en el ejército romano y de trescientos caballeros, de los más nobles de la Campania, quienes, por expresa elección, habían sido enviados á guarnecer las ciudades de Sicilia.

Sus parientes consiguieron, aunque con trabajo, que se enviase una legación al cónsul romano. Los legados le encontraron en Venusia, no habiendo marchado aún á Canusia, acompañado por algunos soldados, casi desarmados, en estado digno de la mayor compasión de aliados fieles, pero que debía excitar el desprecio de aliados orgullosos y pérfidos como lo eran los campanios; y este desprecio que sintieron entonces por su situación y por el mismo, lo aumentó el cónsul no ocultando nada, sino por el contrario, confesando el desastre en toda su magnitud. Cuando los legados le dijeron cuánto deploraban el Senado y el pueblo de Capua la desgracia que abrumaba á los romanos, añadiendo que atenderían á todas las necesidades de la guerra, les contestó: «Acabáis de hablar, ¡oh campanios!, como lo hacen los aliados, invitándonos á pediros lo que necesitamos para la guerra; pero no es ese el lenguage necesario en el actual estado de nuestros asuntos. ¿Qué nos queda de Cannas para que pidamos á nuestros aliados lo que nos falta, como si tuviésemos algo aún? ¿Os pediremos infantería, como si tuviésemos caballería? ¿Diremos que nos falta dinero, como si solamente dinero nos faltase? La fortuna no nos ha dejado nada, ni siquiera cuadros que llenar. Legiones, caballería, armas, enseñas, caballos y soldados, todo lo hemos perdido en el combate ó á la mañana siguiente al perder los campamentos. Lo

que necesitamos, pues, ¡oh campanios!, no es que nos ayudéis en esta guerra, es casi que emprendáis la guerra en lugar nuestro. Recordad cómo vuestros antepasados, que en otro tiempo, aterrados detrás de sus murallas á las que habían sido rechazados, temblaban ante las armas, no diré de los samnitas, sino de los sidicinos, fueron recibidos bajo nuestra protección; cómo les defendimos en Satícula, emprendiendo por vosotros contra los samnitas una guerra que duró cerca de cien años (1) con tan diferentes alternativas. Mas aún estabais á nuestra discreción y os tratamos como á iguales. Habéis conservado vuestras leyes; y lo que antes del desastre de Cannas era un beneficio más grande que todo lo demás, concedimos el derecho de ciudadanía romana á considerable número de los vuestros. Contemplad, pues, esta derrota, ¡oh campanios! como alcanzando igualmente á los dos pueblos; pensad que tenéis que defender nuestra patria común. No tenemos que habérnoslas con los samnitas y etruscos; el imperio que podrían arrebatarnos quedaría al menos en Italia. Nuestro enemigo el cartaginés lleva en pos soldados, ni siquiera africanos, sino salidos de los confines del mundo, del Océano y de las columnas de Hércules, sin leyes, sin derechos, casi sin lenguaje humano. A estos soldados, naturalmente feroces y salvajes, su jefe les ha hecho más salvajes todavía, haciéndoles construir puentes y diques con cadáveres humanos amontonados, y lo que no puede decirse sin horror, enseñándoles á alimentarse con carne humana (2). ¡A esos hombres, alimenta-

(1) Esta guerra comenzó el año 412 de Roma, bajo el consulado de M. Valerio y A. Cornelio, y terminó el año 479, bajo los cónsules C. Fabricio y C. Claudio.

(2) Esta creencia popular que suponía caníbales á los cartagineses, nació sin duda de lo que se refiere de Aníbal Monómaco, quien, en una deliberación acerca de aprovisionamientos

dos con horribles manjares, esos hombres á quienes ni siquiera podría tocarse sin repugnancia, tendríamos que considerarlos como señores nuestros! ¡tendríamos que pedir nuestras leyes al Africa, á Cartago; soportar que Italia fuese una provincia de los númidas y de los moros! ¿Habrá algún engendrado en Italia que pueda pensar esto sin indignación? Hermoso será, ¡oh campanios! que el imperio romano, en la pendiente de su ruina, encuentre su apoyo y salvación en vuestra fidelidad y valor. Creo que la Campaniapue de levantar un ejército de treinta mil infantes y cuatro mil jinetes. En ella abundan el dinero y el trigo. Si vuestra fidelidad iguala á vuestra fortuna, Aníbal no conocerá que ha sido vencedor ni los romanos que han sido vencidos.»

Después de la oración del cónsul, los legados se retiraron regresando á su patria, y en el camino les declaró uno de ellos, Vibio Virrio «que ha llegado el momento en que los campanios no solamente recobren la posesión del territorio que en otro tiempo les arrebataron injustamente los romanos, sino hasta de apoderarse de toda Italia. Que podrían tratar con Aníbal en las condiciones que quisiesen. Una vez terminada la guerra, Aníbal vencedor, se retiraría al Africa, llevándose su ejército, y les dejaría indudablemente dueños de Italia.» Todos los legados participaron de la opinión de Virrio y dan cuenta de su embajada de manera que creyesen todos que el nombre romano había desaparecido para siempre. Entonces el pueblo y la mayor parte del Senado sólo piensan en cambiar de partido; sin embargo, los senadores más ancianos obtuvieron algunos días de plazo. Al fin se decidió por mayoría enviar á

dificilísimos para el ejército, que á gran coste hacía traer de España, atravesando tantos pueblos bárbaros, aconsejó acostumbrar á los soldados á comer carne humana. Pero, según Polibio, Aníbal rechazó con horror la proposición.

Aníbal los mismos legados que habían visitado al cónsul romano. Algunos autores dicen que antes de la partida de estos legados, y cuando no estaba decidido aún separarse de los romanos, fué enviada á Roma una embajada para pedir que se eligiese uno de los cónsules entre los campanios; que á este precio se ofrecía el socorro de Capua. La indignación fué general: mandóseles salir del Senado, y un lictor, encargado de llevarles fuera de la ciudad, tuvo que vigilar para que en el mismo día abandonasen el territorio romano. Como en otro tiempo hicieron los latinos una petición completamente igual, y Celio y otros además nada dicen, sin duda por algún motivo, no doy este hecho como cierto.

Los legados se avistaron con Aníbal y ajustaron con él la paz en estas condiciones: «que ningún general ó magistrado cartaginés tendría derecho sobre ningún magistrado campanio; que ningún magistrado campanio quedaría sujeto á servicio militar ni á ninguna carga; que los campanios tendrían sus leyes y magistrados propios; que el general cartaginés daría trescientos cautivos romanos á los campanios, eligiéndolos estos mismos, para canjearlos por los caballeros campanios que servían en Sicilia.» Esto fué lo pactado y á esto añadieron los campanios los siguientes crímenes: el pueblo se apoderó en seguida de los prefectos de los aliados (1) y de los demás ciudadanos romanos encargados de algunas funciones militares, ú ocupados en negocios particulares, y so pretexto de guardarlos en prisión, los encerraron en los baños, pereciendo miserablemente en ellos ahogados por el vapor que les asfixiaba. Decio Magio opuso tenaz resistencia á estos horrores, así como también al tratado con Aníbal. Era Magio un varón á

(1) Creen algunos que estos eran romanos. En las tropas aliadas tenían el mismo rango y autoridad que los tribunos militares en las legiones.

quien sólo faltó, para ejercer suprema autoridad sobre sus conciudadanos, encontrar en ellos mayor sensatez. En cuanto supo que Aníbal enviaba guarnición, buscando ejemplos en lo pasado, recordó á sus conciudadanos la orgullosa dominación de Pirro, y la deplorable servidumbre de los tarentinos; y exclamó en todos los tonos que no debía recibirse aquella guarnición. Mas adelante, cuando fué recibida, aconsejó expulsarla, ó si querían expiar su impía defección á sus antiguos aliados, unidos á ellos por los lazos de la sangre, con un acto atrevido y memorable, matar á los cartagineses y volver á los romanos. De estos discursos que pronunciaba públicamente, dióse cuenta á Aníbal, quien le llamó á su campamento: Magio se negó con altivez á presentarse en él, diciendo que Aníbal no tenía ningún derecho sobre un ciudadano campanio. Encendido en cólera el cartaginés, quiso prenderle y llevarle á su presencia cargado de cadenas; pero temiendo que la violencia produjese tumulto y que la agitación de los ánimos diese lugar á inesperada lucha, él mismo, después de prevenir al pretor Mario Blosio que al día siguiente se presentaria en Capua, partió del campamento con reducida escolta. Mario convocó la asamblea del pueblo y mandó por medio de un edicto que todos los ciudadanos con sus esposas é hijos saliesen á recibir á Aníbal. Todo el pueblo obedeció, y lo hizo con entusiasmo, con ardimiento, queriendo ver á aquel general, famoso por tantas victorias. Decio Magio no se presentó á recibirle; más aún: para que no se pudiese suponer que experimentaba algún temor secreto, no quiso permanecer en su casa, y paseó tranquilamente en el Foro, acompañado por su hijo y algunos clientes, mientras la población entera estaba en movimiento para recibir y contemplar al general cartaginés. En cuanto entró Aníbal pidió que se convocase el Senado, pero cedió en

seguida á las súplicas de los campanios principales que le rogaban no se ocupase en seguida de asuntos graves y que celebrase gustoso aquel día que hacía festivo su llegada; y aunque naturalmente inclinado á satisfacer en el acto su cólera, cediendo á la primera petición empleó la mayor parte del día en visitar la ciudad.

Estableciόse en casa de dos miembros de la familia de los Ninios Celeres, Stenio y Pacuvio, los dos muy distinguidos por su conocimiento y riquezas. Pacuvio Calavio, de quien hemos hablado antes, jefe del partido que había arrastrado al pueblo en favor de Aníbal, llevó allí á su hijo, á quien había separado de Decio Magio, con quien se había pronunciado francamente el joven en favor de la alianza con los romanos en contra de los cartagineses. Ni el favor con que Capua había adoptado la opinión contraria, ni la autoridad paterna habían podido quebrantarle. Su padre aplacó á Aníbal más con súplicas que con justificaciones; y vencido por las instancias y lágrimas de Pacuvio, Aníbal hizo que se invitase al joven con su padre á la comida á que no debía admitir ningún campanio más que sus huéspedes y Jubelio Taurea, guerrero muy distinguido. Comenzó el banquete de día, no apareciendo para nada en él la frugalidad cartaginesa y mucho menos aún la disciplina militar, sino que por el contrario, fué digno de una ciudad donde abundaban todas las seducciones de la voluptuosidad. Unicamente Perola, el hijo de Calavio, no cedió ni á las invitaciones de los dueños de la casa, ni á las que Aníbal añadía de vez en cuando: excusábase con su falta de salud, y su padre alegaba la natural turbación en que debía encontrarse. Al ponerse el sol, salió Calavio, siguióle Perola y en cuanto se encontraron solos (ocurrió esto en un jardín á espaldas de la casa), «Padre mío, le dijo, he venido aquí con un propósito que puede obtenernos de los romanos, no solamente el per-

dón de nuestra defección, sino que también colocar á Capua en un grado de favor y dignidad mucho más elevado que antes.» Asombrado su padre, le preguntó qué designio era aquel; entonces levantándose Perola la toga sobre el hombro, le mostró una espada que llevaba á la cintura: «Voy á sellar, dijo, con la sangre de Aníbal nuestra alianza con Roma; he querido advertirte, para el caso en que quieras estar ausente al realizar yo mi propósito.»

Cuando el anciano vió y oyó esto, como si se realizase ya lo que acababa de oir, exclamó: «Hijo mío, por todos los derechos que unen á los hijos con sus padres, te suplico, te ruego que no hagas al tuyo testigo de tu crimen y de tu suplicio. Hace pocas horas que uniendo nuestra mano con la de Aníbal, le hemos comprometido nuestra fe en nombre de todos los dioses. Hace un momento que hablábamos con él: ¿era acaso para que esa mano, que encadena nuestro juramento, se armase en seguida contra su vida? ¿Te levantas de la mesa hospitalaria en la que Aníbal solamente te ha admitido á ti con otros dos campanios, y es para cubrirle con la sangre de tu huesped? Yo, tu padre, he podido conseguir de Aníbal el perdón de mi hijo, ¿y no podré conseguir de mi hijo el perdón de Aníbal? ¿Pero á qué hablo de cosas sagradas, de honor, de religión ni de piedad filial? Atrévete á ese tremendo crimen con tal de que no arrastre consigo nuestra pérdida. ¿Vas tú solo á atacar á Aníbal? Y esa multitud de hombres libres y de esclavos, y todos esos ojos fijos en él, y todos esos brazos que le pertenecen, ¿quedarán paralizados por tu insensata acción? ¿Y sostendrás tú sin temor la mirada del mismo Aníbal, que los ejércitos no pueden sostener en los campos de batalla y ante la que tiembla el pueblo romano? Y aunque todos los recursos le faltasen, ¿te atreverías á herirme á mí que haré con mi cuerpo

un escudo para Aníbal? A través de mi pecho tendrás que dirigirle los golpes. Prefiere abandonar aquí tu proyecto á fracasar en su presencia. Que mis palabras tengan alguna influencia en ti, como hoy las han tenido en favor tuyo.» En seguida, viendo que lloraba el joven, lo estrecha en sus brazos, lo cubre de besos y no cesa de suplicarle hasta conseguir la promesa de que abandonará la espada y no intentará nada. Entonces dijo el joven: «Pues bien: á mi padre voy á dar una prueba del amor que debo á mi país. Te compadezco, porque tendrás que sufrir la censura de haber hecho traición tres veces á tu patria; la primera aconsejando la sublevación contra los romanos, la segunda aconsejando la alianza con Aníbal, la tercera impidiéndome hoy mismo devolver Capua á los romanos. ¡Y tú, patria mía, recibe este hierro de que me armé al entrar en esta casa, refugio de tus enemigos; recíbelo, puesto que mi padre lo arranca de mis manos!» Dicho esto, arrojó la espada por encima de la tapia del jardín á la vía pública, y para no infundir sospechas, volvió á entrar en la sala del banquete.

Al siguiente día fué presentado Aníbal en la sala del Senado, que estaba muy concurrida. Su discurso fué al principio muy laudatorio y suave, dando gracias á los campanios porque habían preferido su alianza á la de los romanos. Entre otras magníficas promesas juró que Capua sería muy pronto capital de toda la Italia, y que el pueblo romano recibiría sus leyes como todos los otros. De esta amistad, de esta alianza entre Capua y Cartago un solo hombre quedaba excluído, Magio Decio, que no era campanio, que no debía dársele este nombre. Pedía, pues, que se le entregase Magio; que ante él se deliberase acerca de su suerte y que el Senado decidiese. Todos aprobaron la opinión de Aníbal, y sin embargo, muchos de ellos comprendían bien que

Decio no merecía aquel tratamiento y que se comenzaba por atacar gravemente á la libertad general. Al salir del Senado el magistrado marchó á sentarse en su tribunal: preso y llevado Magio á sus pies, recibió de él orden de defenderse. Pero con su natural altivez protesta contra aquella violencia que nada en el tratado podía autorizar. Cargáronle de cadenas, y seguido de un lictor, le llevaron al campamento de los cartagineses. Mientras le dejaron con la cabeza descubierta, marchó arengando al pueblo, que por todas partes se agrupaba, no cesando de exclamar: «¡Bien gozáis de la libertad tan deseada, ¡oh campanios! ¡En medio del Foro, en pleno día, ante vuestros ojos, yo, que no soy el segundo de nadie en Capua, soy cargado de cadenas y llevado á la muerte! ¿Qué cosa más odiosa habríais tenido que soportar si Capua hubiese sido tomada por asalto? Acudid al encuentro de Aníbal, adornad vuestra ciudad, consagrad el día de su llegada y venid á verle triunfante de un conciudadano vuestro.» Como parecía que el pueblo se conmovía ante aquellos gritos, cubriéronle la cabeza, le llevaron rápidamente fuera de la ciudad y de allí al campamento. En seguida le embarcaron para Cartago; porque temiendo Aníbal que tan repugnante violencia sublevase el pueblo de Capua, y que el mismo Senado, arrepintiéndose de haberle entregado uno de los ciudadanos principales de la ciudad, le enviase una legación para reclamarlo, en cuyo caso hubiese sido necesario que se indispusiese con sus nuevos aliados negándose á su primera petición, ó que, cediendo, diese jefe á los descontentos y sediciosos de Capua. Una tempestad llevó la nave á Cirenas, que entonces estaba bajo el dominio de los reyes de Egipto, y allí se refugió Magio al pie de una estatua del rey Ptolomeo. Cogido por guardias y llevado á Alejandría ante el rey, le dijo que Aníbal le había cargado de cadenas contra el dere-

cho de los tratados. Ptolomeo le puso inmediatamente en libertad y le dió á elegir entre regresar á Roma ó á Capua, según prefiriese. Magio contestó que no tendría seguridad en Capua; que Roma, durante una guerra entre romanos y campanios, era morada más á propósito para un desertor que para un huésped, y que prefería vivir al lado del rey, su vengador y libertador.

Entretanto, Q. Fabio Pictor, que había sido enviado á Delfos, volvió á Roma y leyó la contestación escrita del oráculo. Este decía á qué dioses había que dirigir plegarias y con qué ritos; en seguida añadía: «Si os sometéis á estas órdenes, ¡oh romanos! vuestra posición será mejor y más fácil; los asuntos marcharán mejor para vosotros, y en esa guerra entre Aníbal y vosotros, la victoria quedará por el pueblo romano. Cuando la república quede fuera de todo peligro y en próspero estado, remitid á Apolo Pithio una ofrenda bien merecida; pagadle un tributo tomado del botín, de los despojos, de los productos de la venta, y preservaos del orgullo.» Habiendo leído Fabio este oráculo, que había traducido del griego, añadió que inmediatamente después de salir del templo, ofreció libaciones de incienso y vino á todos los dioses y que la sacerdotisa de Apolo le ordenó que volviese á su nave con la corona de laurel (1) que tenía puesta al consultar el oráculo y durante el sacrificio y que no se despojase de ella antes de su llegada á Roma. Que había cuidado re-

(1) Esta costumbre no era exclusiva del templo de Delfos, sino general en Grecia, y se observaba no solamente cuando se iba á consultar el oráculo, sino también en todo género de sacrificios. La corona se formaba generalmente de hojas del árbol consagrado al dios que se consultaba ó se honraba con el sacrificio. Cuando se consegnia del oráculo respuesta favorable, se regresaba con la corona en la cabeza, y en el caso contrario, ó cuando ocurría en el regreso algún incidente funesto, se despojaban de ella.

ligiosamente de cumplir estas órdenes y depositado la corona sobre el altar de Apolo. El Senado decretó que cuanto antes y con la exactitud más escrupulosa se realizaran aquellas rogativas y sacrificios.

Mientras ocurrían estas cosas en Roma y en Italia, Magón, hijo de Aníbal, había llevado á Cartago la noticia de la victoria de Cannas. Llegaba, no del campo de batalla enviado por su hermano, sino después de haber estado ocupado algunos días en recibir la sumisión de las ciudades del Brucio, que abandonaban la causa de los romanos. Admitido en el Senado, refirió cuanto su hermano había hecho en Italia: «Ha combatido en batalla campal con seis generales de los que cuatro eran cónsules, un dictador y un jefe de los caballeros, con seis ejércitos consulares; ha dado muerte á más de doscientos mil enemigos y ha hecho más de cincuenta mil prisioneros. De los cónsules dos han muerto, otro herido, y el último, después de perder todo su ejército, ha huído acompañado de cincuenta hombres apenas. El jefe de los caballeros, dignidad igual á la de cónsul, ha sido derrotado y puesto en fuga. El dictador, por no haberse atrevido ni una sola vez á combatir, pasa por habilísimo general. Los brutinos, los apulios, una parte del Samnio y de la Lucania han abrazado la causa de Cartago. Capua, la capital, no solamente de la Campania, sino de toda la Italia, en cuanto el poder romano sucumbió en Cannas, se entregó á Aníbal. Por tantas y tan grandes victorias justo es tributar á los dioses inmortales solemnes acciones de gracias.»

Como prueba de tan gloriosos triunfos, hizo derramar en el vestíbulo de la curia tal montón de anillos de oro, que algunos autores pretenden llenaron tres modios y medio; pero la opinión que ha prevalecido como más próxima á la verdad, es que se reunió un modio. Magón añadió, para suponer más grande el

desastre, que los caballeros, y solamente los principales de ellos, llevaban esta señal de distinción. El resumen de su oración es el siguiente: «Que cuanto con más razón podía esperarse el término de la guerra, con tanto mayor celo debía socorrerse á Aníbal, que estaba guerreando lejos de su patria y en el corazón mismo del territorio enemigo; que se consumían muchos víveres y mucho dinero. Que tantas victorias si destruían los ejércitos romanos, habían disminuído también las fuerzas del vencedor. Que era necesario enviar refuerzos, dinero para el sueldo y trigo para aquellos soldados que tanto merecían del nombre cartaginés.» El discurso de Magón produjo en todos profundo regocijo, y Hamilcon, que pertenecía al partido barcino, convencido de que era buena coyuntura para perseguir á Hannón con sus sarcasmos: «¡Y bien, Hannón! exclamó ¿deploras todavía que se haya emprendido esta guerra contra los romanos? Dinos ahora que entreguemos á Aníbal; oponte en medio de tan brillantes triunfos, á que demos gracias á los dioses inmortales. Escuchemos, pues, á ese senador romano en medio del Senado de Cartago.» Entonces dijo Hannón: «Hubiese guardado silencio hoy, padres conscriptos, por temor de haceros escuchar palabras que os desagradasen en medio de este regocijo universal. Pero ahora que un senador me pregunta si todavía deploro que se haya emprendido esta guerra contra Roma, si callase, parecería orgulloso ó abatido. Ahora bien; el orgullo sólo conviene al hombre que olvida que los otros son libres, y el abatimiento á quien olvida que él mismo lo es. Contestaré, pues á Hamilcon, que no he cesado de deplorar esta guerra, y que no cesaré de acusar á vuestro invencible general hasta el día en que la vea terminada en condiciones soportables. Constantemente echaré de menos la antigua paz hasta que se concluya una paz nueva.

Así, pues, esos triunfos de que acaba de hablaros Magón y que ya colman de alegría á Hamilcon y demás satélites de Aníbal, pueden serme preciosos también, porque los triunfos en la guerra, si queremos aprovechar nuestra fortuna, nos darán una paz más ventajosa. Si dejamos escapar este momento, en el que podemos aparecer concediendo más bien que recibiendo la paz, temo que toda esta alegría que nos embriaga desaparezca sin ningún resultado. ¿Y qué es ahora mismo esa victoria?—He destruído el ejército enemigo; enviadme soldados.—¿Qué pedirías, pues, si hubieses sido vencido?—He tomado dos campamentos enemigos (sin duda llenos de botín y de víveres); enviadme trigo y dinero. ¿Acaso pedirías otra cosa si te vieses despojado de todo, si el enemigo se hubiese apoderado de tu campamento? Y para no ser el único que se asombre de estas cosas (habiendo contestado á Hamilcon, tengo sin duda derecho para hacerle algunas preguntas), pido que Hamilcon ó Magón me contesten: La batalla de Cannas ha destruído el imperio romano; es indudable que toda la Italia está sublevada; pues bien: que nos diga primeramente qué pueblo latino se ha unido con nosotros; que me diga después qué hombre de las treinta y cinco tribus se ha pasado al campamento de Aníbal.» Magón contestó que nada de esto había ocurrido. «Nos quedan por consiguiente muchos enemigos aún, continuó diciendo Hannón, y quisiera saber cuáles son los propósitos y las esperanzas de esa multitud.»

Magón dijo que lo ignoraba. «Sin embargo, nada es más fácil de conocer. ¿Han enviado los romanos algunos legados á Aníbal para pedirle la paz? ¿Habéis sabido si se ha tratado de la paz en Roma?» Magón contestó otra vez que lo ignoraba. «En ese caso, continuó diciendo Hannón, tenemos que sostener una guerra tan poco avanzada como el día en que Aníbal pasó á Italia.

Podemos recordar cuán inconstante fué la victoria durante la primera guerra púnica, habiendo sido casi todos nosotros testigos de ella. Ni en tierra ni en el mar hemos estado nunca en situación tan brillante como antes del consulado de C. Lutacio y de A. Postumio Bajo su consulado fuimos derrotados en las islas Egatas. Y si hoy (¡no lo quieran los dioses!) cambiase la fortuna, ¿esperaríais después de la derrota una paz que nadie nos concede en medio de nuestras victorias? Por mi parte, si se tratase la cuestión de proponer la paz á los enemigos ó de aceptarla, bien sé lo que opinaría. Si deliberáis acerca de lo que pide Magón, opino que no se deben enviar recursos á Aníbal si es victorioso, y menos aún si nos engaña con vanas y falsas esperanzas. «El discurso de Hannón causó poco efecto, porque le quitaba mucha autoridad su aversión á la familia Barcina; y entregados en aquel momento todos los ánimos al regocijo, no querían oir nada que contuviese sus arrebatos; además de que se opinaba generalmente que la guerra terminaría muy pronto, si se consentía en hacer ligero esfuerzo. El Senado decretó, pues, por gran mayoría que se enviase á Aníbal un refuerzo de cuatro mil númidas, cuarenta elefantes y considerable cantidad de dinero. También se envió á España un dictador con Magón, para hacer allí una leva de veinte mil infantes y cuatro mil caballos que debían completar los ejércitos de Italia y España.

Pero estas medidas, como ordinariamente ocurre en la prosperidad, se ejecutaron con negligencia y lentitud. Los romanos, por el contrario, además de su natural actividad, tenían la desgracia, que les impulsaba. El cónsul no había faltado á nada de lo que le imponía su cargo, y en cuanto al dictador M. Junio Pera, después de cumplir los deberes religiosos, y presentado, según costumbre, una ley al pueblo para que le permitiese

montar á caballo (1), apelando á los recursos extremos de una república casi agonizante, en la que lo honesto cede á lo útil, además de las dos legiones urbanas, formadas por los cónsules al comenzar el año, y la leva hecha entre los esclavos, además de las cohortes sacadas del Piceno y de las Galias, declaró por un edicto: «Que si todos los que estaban encarcelados por algún delito capital ó por deudas querían alistarse bajo su mando, les perdonaría los delitos y las deudas.» De esta manera consiguió un cuerpo de seis mil hombres, á los que armó con los despojos de los galos, traídos después del triunfo de C. Flaminio. El dictador partió, pues, de Roma con un ejército de veinticinco mil hombres. Aníbal, una vez dueño de Capua, intentó de nuevo quebrantar el ánimo de los napolitanos, unas veces con la esperanza y otras con el temor, pero todo fué en vano. Entonces pasó con su ejército al territorio de Nola, al principio no como enemigo, porque tenía alguna esperanza de sumisión voluntaria, pero con el propósito, si se engañaba, de no omitir nada de cuanto pudiese castigarles ó aterrarles. Los senadores, especialmen-

(1) ¿Qué ley era, de qué época y por qué razón se prohibió al dictador montar á caballo? Acerca de esta disposición legislativa, que aquí se menciona por primera vez y que tan pocas huellas ha dejado en la historia, solamente pueden hacerse conjeturas. Las más verosímiles son estas. En la época de la institución de la dictadura, uno de los derechos de la autoridad suprema del dictador era el de presentarse á caballo en la ciudad; pero este derecho recordaba demasiado la autoridad real. Dióse por tanto una ley que prohibía al dictador montar á caballo fuera de los tiempos de las expediciones y antes de salir de la ciudad. Más adelante se le permitió de nuevo; pero se necesitaba para esto una ley expresa del pueblo, y según parece resultar de las palabras de Tito Livio *como de costumbre*, esta ley llegó á ser como una fórmula que servía para moderar la ilimitada autoridad del dictador, recordándole que, para ejercerla, tenía necesidad de recurrir al poder del pueblo.

te los principales, permanecían inquebrantables en su fidelidad á la alianza de Roma; el pueblo, como ordinariamente sucede, ansiaba vivamente una revolución, y Aníbal; no pensaba más que en sus campos devastados y en los crueles males que tendría que experimentar durante el sitio; y no faltaban quienes le impulsasen á la defección. Temiendo, pues, los senadores, si obraban francamente, no poder resistir á la multitud sublevada, aceptaron aparentemente sus intentos, retrasando por este medio el mal, fingiendo aprobar aquellos proyectos de defección en favor de Aníbal, pero no estar completamente de acuerdo con el pueblo acerca de las condiciones de esta nueva alianza y de esta amistad nueva. Ganando tiempo de esta manera, envían apresuradamente una legación al pretor romano Marcelo Claudio, que se encontraba en Casilino con un ejército: representábanle el peligro en que se encontraba Nola, que Aníbal y sus cartagineses eran dueños de la Campiña y que lo sería muy pronto de la ciudad si no se la socorría; que prometiendo al pueblo pasar á los cartagineses cuando quisiera, el Senado le había impedido realizarlo en el acto. Marcelo les colma de elogios, les excita á continuar en aquella actitud y á demorar hasta su llegada la decisión, pero ocultando cuidadosamente todo lo que había mediado entre ellos y él, y la esperanza que tenían en el socorro de Roma. Él mismo partió de Casilino y se dirigió á Calacia; y desde allí, pasando el Vulturno y atravesando el territorio de Satículo y de Trevia por más arriba de Suesula, llegó á Nola por las montañas.

A la llegada del pretor romano, el cartaginés salió del territorio de Nola y bajó hacia el mar dirigiéndose á Nápoles, deseando ardientemente apoderarse de una ciudad marítima á la que pudieran dirigirse con seguguridad las naves que partiesen de África. Pero cuando

supo que mandaba en Nápoles un prefecto romano (era este M. Junio Silano, á quien los mismos napolitanos habían llamado), abandonó á Nápoles, como había abandonado á Nola, y marchando hacia Nuceria, la tuvo bloqueada algún tiempo, empleando en tanto la fuerza, en tanto inútiles solicitaciones acerca del pueblo y acerca de los magnates. Reducida al fin por hambre, Nuceria se rindió con la condición de que los habitantes habían de salir sin armas y con un solo traje. Pero como desde el principio había querido mostrarse benévolo con relación á todos los pueblos de Italia, exceptuando los romanos, ofreció recompensas y honores á aquellos que quisieran quedarse con él y militar bajo sus órdenes. Este ofrecimiento no retuvo á nadie. Todos, según les impulsaban los lazos de hospitalidad ó sencillamente la voluntad del momento, se dispersaron por las diferentes ciudades de la Campania; marchando el mayor número á Nola y Nápoles. Cerca de treinta senadores, y la casualidad quiso que fuesen los más distinguidos, se presentaron en Capua; pero fueron rechazados porque habían cerrado sus puertas á Aníbal, y se refugiaron en Cumas. Entregóse á los soldados el botín que se recogió en Nuceria y en seguida saquearon é incendiaron la ciudad. Era dueño de Nola Marcelo, gracias á la voluntad de los ciudadanos principales y al apoyo de la guarnición que había colocado allí; pero el pueblo inspiraba temores, y más que todos los demás, L. Bancio, partidario declarado de la defección proyectada, quien temiendo la venganza del pretor, estaba decidido á entregar su patria á Aníbal, ó si la fortuna engañaba su deseo, á pasar al campo enemigo. Era Bancio un joven muy valeroso, y quizá el caballero más distinguido de todos los pueblos aliados entonces á Roma. Aníbal le había encontrado en Cannas medio muerto, debajo de un montón de cadáveres; habíale

hecho cuidar con mucho esmero y le envió á su patria colmado de presentes. En agradecimiento de esto, L. Bancio quería someter Nola al poder de Aníbal y mantenía al pretor muy preocupado con estos proyectos de cambio. Necesario era contenerle por medio de un castigo ó ganarle con beneficios. Marcelo prefirió atraerse aquel hombre tan animoso y resuelto á privar de él solamente al enemigo. Hízole, pues, llamar, y hablándole con benevolencia, le dijo: «Que tenía muchos envidiosos entre sus conciudadanos, que fácilmente debía comprender que nadie de Nola había enterado al pretor de las numerosas hazañas con que se había ilustrado; pero que el valor de un hombre que había servido en los ejércitos romanos no podía quedar ignorado; que muchos compañeros de armas de Bancio habían dicho al pretor qué clase de hombre era, qué peligros había arrostrado muchas veces por la salvación y la gloria del pueblo romano, cómo en Cannas no había cesado de combatir hasta que casi agotada su sangre, quedó aplastado bajo la masa de hombres, caballos y armas que caían sobre él. ¡Valor, pues! añadió Marcelo: recibirás de mí toda clase de recompensas y honores, y cuando me conozcas mejor, verás cómo tu gloria y tu interés nada padecen.» En seguida regaló al joven, á quien colmaban de alegría aquellas promesas, un caballo magnífico y quinientos bigatos que le entregó el cuestor, y además mandó á los lictores le permitiesen entrar siempre que lo deseara.

De tal manera impresionó esta benevolencia de Marcelo el ánimo del orgulloso joven, que desde aquel momento no tuvo Roma aliado más animoso y fiel. Aníbal estaba en las puertas (porque una vez apoderado de Nuceria, había regresado á Nola) y el pueblo pensaba nuevamente en la defección; entonces Marcelo, á la llegada del enemigo se encerró en la ciudad, no porque

temiese por su campamento, sino para no dar á los numerosos rebeldes que le acechaban ocasión de entregar á Nola. Muy pronto se formaron en batalla por ambas partes; los romanos al pie de las murallas de la ciudad; los cartagineses delante de su campamento: de manera que entre la ciudad y el campamento se libraron algunos combates cuyo resultado fué muy diferente. Los dos generales permitían gustosos estas escaramuzas, pero no daban la señal de batalla general. Mucho tiempo hacía que los dos ejércitos permanecían frente á frente, cuando los principales ciudadanos de Nola advirtieron á Marcelo que «durante la noche, gentes del pueblo tenían secretas relaciones con los cartagineses: que era cosa decidida que cuando el ejército romano saliese de la ciudad, saquearían sus bagajes, cerrarían las puertas y se apoderarían de las murallas, para que una vez dueño absoluto de la ciudad, pudiese el pueblo recibir á los cartagineses en vez de los romanos.» Al recibir esta noticia, colmó de elogios Marcelo á los senadores, y antes de que estallase la sedición, decidió intentar el éxito del combate. Divide su ejército en tres cuerpos, y les coloca en las tres puertas que miran al enemigo: manda que le sigan los bagajes y ordena que los siervos, los vivanderos y enfermos lleven las empalizadas. En la puerta del centro coloca lo más escogido de las legiones y los caballeros romanos; en las otras dos los nuevos reclutados, los soldados armados á la ligera y la caballería de los aliados. Prohibe á los habitantes que se acerquen á las murallas y á las puertas; y por temor de que, una vez peleando las legiones, cayesen éstos sobre los bagajes, les hizo custudiar por tropas reservadas para este objeto. Dispuestos de esta manera, los romanos esperaron preparados detrás de las puertas. Aníbal, que había permanecido sobre las armas la mayor parte del

día (como lo hacía algún tiempo ya) extrañó al principio que no saliese el ejército romano y que no se presentase sobre las murallas ningún soldado. Persuadido al fin de que habían sido descubiertas sus inteligencias con el pueblo y que el temor detenía á los romanos, envía al campamento una parte de las tropas, con orden de traer en seguida al frente del ejército todo lo necesario para un asalto, convencido de que si les estrechaba en aquel momento de vacilación, estallaría en la ciudad algún movimiento entre el pueblo. Cuando en la primera línea cada cual se apresura á ejecutar los movimientos ordenados por Aníbal, y el ejército avanza bajo las murallas, de pronto se abre una puerta: Marcelo manda tocar las trompas, á las tropas lanzar el grito y á los infantes y en seguida á la caballería que ataquen con todo el brío posible. Ya había producido confusión y miedo en el centro del ejército enemigo, cuando desde las puertas inmediatas se lanzan sobre las alas cartaginesas los dos legados P. Valerio Flaco y C. Aurelio. A este segundo ataque siguen los gritos de los siervos y vivanderos, y también los de las tropas encargadas de guardar los bagajes, de manera que los cartagineses, que despreciaban especialmente el corto número de los romanos, creyeron que tenían que habérselas con un ejército numeroso. No me atreveré á afirmar lo que dicen algunos autores, que el enemigo tuvo dos mil ochocientos hombres muertos y que los romanos solamente perdieron quinientos (1). Que esta victoria fuese más ó menos grande, no por ello deja de ser cierto que la jornada consiguió grandísimo éxito, me atreveré á decir casi el más grande de toda la guerra; porque fué más difícil aquel día á los vencedores de Aníbal no quedar vencidos, que después vencerle.

(1) Plutarco dice que hubo cinco mil muertos, de los que quinientos eran romanos.

Habiendo perdido Aníbal la esperanza de apoderarse de Nola, se retiró á Acerra. Marcelo mandó en seguida cerrar las puertas, colocó guardias para que nadie pudiese salir, y en medio del Foro comenzó una investigación relativamente á los que habían tenido secretas inteligencias con el enemigo. Más de setenta fueron condenados como traidores y decapitados, quedando confiscados sus bienes en favor del pueblo romano. Entregando en seguida al Senado la autoridad suprema, partió con todo su ejército y fué á acampar por encima de Suesula. Aníbal había intentado primeramente atraer á Acerra á capitulación voluntaria; pero encontrando á los habitantes decididos á resistir, preparóse para sitiarla y atacarla. Los habitantes tenían más valor que fuerza; así, pues, desesperando de poder defender la ciudad, en cuanto vieron las murallas rodeadas con una línea de trabajos, no esperaron á que estuviesen terminados: fugáronse durante el silencio de la noche por los intervalos de los trabajos y los puestos mal vigilados, y cada uno buscó, por los caminos abiertos ó á través de los campos, según le guiaba su voluntad ó la casualidad, asilo en las ciudades de la Campania cuya fidelidad se conocía. Aníbal, después de saquear é incendiar la ciudad, supo que llamaban desde Casilino al dictador y á las nuevas legiones; y temiendo que estando el enemigo tan inmediato intentase algo contra Capua, llevó su ejército á Casilino. Ocupaban entonces esta ciudad quinientos prenestinos y algunos soldados romanos y latinos, llevados allí por la noticia del desastre de Cannas. Como en Prenesto no habían terminado en el día prefijado los alistamientos, marcharon después, y llegando á Casilino antes de la noticia de la derrota, después de reunirse con otros soldados romanos ó aliados, habían abandonado la ciudad en número bastante considerable; pero la noticia del desastre de Can-

nas les hizo retroceder. Durante algunos días permanecieron en Casilino, sospechosos á los campanios, á quienes por su parte temían, y ocupados en ponerse á cubierto de las sorpresas y preparándolas á su vez. Muy pronto supieron que Capua trataba con Aníbal y se disponía á recibirle; entonces durante la noche degollaron á los casilinos y se apoderaron de la parte de la ciudad del otro lado del Vulturno, que atraviesa la población. Estas eran las fuerzas de los romanos en Casilino; encontrábase allí también un grupo de peruginos formado por cuatrocientos sesenta hombres, que la misma noticia llevó pocos días después de los prenestinos. Para la defensa de un terreno tan reducido, cubierto en parte por el río, había guarnición suficiente, y hasta excesiva parecía por la falta de trigo.

Cuando Aníbal se encontró bastante cerca, destacó á los gétulos, mandados por Isalcas, con el encargo, si veía medio de conferenciar, de convencer á la ciudad para que abriese las puertas y recibiese guarnición: si persistían en defenderse, intentaría penetrar por algún lado en la plaza. Cuando los gétulos se encontraron bajo las murallas, el silencio que reinaba en la ciudad les hizo creer que estaba desierta, y el bárbaro, creyendo que la guarnición había huido por miedo, se dispuso á atacar las puertas y á escalar los parapetos. De pronto ábrense las puertas, y dos cohortes, preparadas dentro para este movimiento, se lanzan con espantoso ruido causando estragos en el enemigo. Rechazado este primer ataque, Maharbal recibe orden de marchar con fuerzas más considerables, sin poder resistir tampoco la salida de las cohortes. Al fin fué Aníbal á acampar delante de las murallas, y se dispuso á sitiar con todas sus fuerzas, con todos sus recursos, una plaza tan pequeña, defendida por escasa guarnición. En un ataque muy vigoroso, para el que había rodeado completamente las mu-

rallas, perdió algunos soldados, los más valientes del ejército, heridos por los sitiados desde lo alto de sus torres y parapetos. Pero éstos, habiendo intentado una salida, casi quedaron cortados por los elefantes que lanzó contra ellos. Regresando en desorden á la ciudad, perdieron mucha gente, relativamente á su corto número, y mucha más habrían perdido si la noche no hubiese interrumpido el combate. Á la mañana siguiente, los sitiadores se lanzaron valerosamente al asalto; habíaseles prometido una corona mural de oro; el general estaba allí, reconviniendo á los soldados porque les faltaba valor para apoderarse de una plaza pequeña y en plena llanura, cuando eran los vencedores de Sagunto; y á cada uno en particular y á todos en general recordaba Cannas, Trasimeno y el Trevia. Muy pronto empleó los manteletes y las minas; pero á estos multiplicados esfuerzos, los aliados de los romanos oponían la fuerza y los recursos del arte. Contra los manteletes, construían obras de defensa, y las minas las cortaban con contraminas. Todos los ataques abiertos y todas las sorpresas quedaban rechazadas. En fin, el pudor mismo detuvo á Aníbal: fortificó su campamento, dejó en él una guarnición poco considerable, para que no se creyese que renunciaba á su empresa, y marchó á invernar en Capua. Durante la mayor parte del tiempo tuvo alojadas en las casas de la ciudad sus tropas desde tan antiguo experimentadas y endurecidas contra todos los sufrimientos y tan extrañas y desacostumbradas á la comodidad. El exceso de males las encontró invencibles; pero quedaron sin fuerza ante las delicias de voluptuosidades inmoderadas y tanto más embriagadoras cuanto más desconocidas; por cuya razón se precipitaron furiosamente á ellas. El sueño, el vino, los festines, las orgías, los baños y el descanso, que la costumbre hace más agradable cada día, les enervaron

hasta tal punto que en lo sucesivo se defendieron más por sus victorias pasadas, que por sus fuerzas presentes. Para los capitanes, esta falta fué mucho más grave que la que cometió no marchando contra Roma inmediatamente después de la batalla de Cannas. Su vacilación en aquella circunstancia pudo parecer aplazamiento de su triunfo; mientras que esta última le quitó las fuerzas necesarias para vencer en adelante. Así fué que pudo verse que no tenía el mismo ejército cuando salió de Capua: casi todos los cartagineses volvían acompañados de mujeres de mala vida; y cuando comenzaron á habitar bajo la tienda, cuando volvieron á las marchas y fatigas de la vida de soldado, cual si fueran reclutas, les faltaba fuerza y valor. Más adelante, en pleno verano, escapaban en grupos, abandonando sin licencia las enseñas, refugiándose en Capua los desertores.

Cuando la estación comenzaba ya á dulcificarse, Aníbal sacó sus tropas de los cuarteles de invierno y volvió delante de Casilino; porque, si bien habían estado suspendidas las operaciones del sitio, el bloqueo había continuado, y la guarnición, lo mismo que los habitantes, habían quedado reducidos á extrema escasez. El ejército romano estaba bajo las órdenes de A. Sempronio, habiendo marchado á Roma el dictador para tomar de nuevo los auspicios. Mucho deseaba Marcelo socorrer á los sitiados, pero se lo impedía el Vulturno, cuyas aguas estaban crecidas, y los ruegos de los habitantes de Nola y Acerra, que temían á los campanios si se alejaba el ejército romano. Graco, que era el único acampado cerca de Casilino, no intentaba ningún movimiento, por haberle mandado el dictador no emprender nada en su ausencia, y no había paciencia tan grande que pudiese resistir ante las noticias que se recibían de Casilino. Sabíase positivamente que algunos desgraciados de aquellos, no pudiendo resistir el hambre, se habían precipita-

do desde lo alto de las murallas; que otros permanecían sin armas sobre los parapetos, ofreciendo así sus cuerpos desnudos á los dardos del enemigo. Graco estaba conmovido ante estas desgracias; pero no se atrevía á trabar combate sin orden del dictador, viendo con evidencia que tendría que venir á las manos, si hacía llevar abiertamente trigo á los sitiados. No esperando tampoco introducirlo en secreto, hizo recoger en toda la campiña y llenó considerable número de toneles, advirtiendo al magistrado de Casilino que recogiese al paso los toneles que llevase el río. Á la noche siguiente, toda la guarnición, reanimada por la esperanza que le daba el mensajero de Graco, tenía la vista fija en el río, cuando llegaron los toneles arrastrados por la corriente. El trigo se repartió por igual entre todos. Al día siguiente y en los sucesivos se repitió lo mismo. Durante la noche se expedían y recibían los toneles, y por este medio se burlaba la vigilancia de los centinelas cartagineses. Pero muy pronto continuas lluvias aumentaron por modo extraordinario la fuerza de la corriente, que en su violencia arrojó los toneles á la orilla que ocupaban los cartagineses, donde los vieron detenidos entre los sauces; y habiéndose enterado Aníbal, tomó precauciones rigurosas para que no pudiese escapar nada de lo que el Vulturno llevase á la ciudad. Los romanos arrojaron nueces al río, que llevadas por la corriente á Casilino, las recogían allí con zarzos; pero al fin llegaron los sitiados á tal punto de escasez, que arrancaban las correas y el cuero de los escudos y los blandeaban en agua hirviendo para tratar de alimentarse. Fueron devoradas las ratas y todos los animales (1). Arrancaron

(1) Al sitio de Casilino se refiere sin duda la anécdota de aquel avaro que vendió en ciento ó doscientos dineros una rata que había cogido. El avaro murió de hambre y el comprador sobrevivió.

las hierbas y todas las raíces que se encontraban al pie de las murallas; y como el enemigo había labrado toda la tierra vegetal que había fuera de los muros, los sitiados arrojaron semilla de navos, por lo que exclamó Aníbal: «¿Tendré que permanecer delante de Casilino hasta que crezcan?» Y cuando hasta entonces no había querido oir hablar de condiciones de paz, consintió al fin en tratar acerca del rescate de los hombres libres. Fijóse en siete onzas de oro el precio de cada uno de ellos, y aceptadas estas condiciones, se rindieron quedando cautivos hasta que se pagase todo el dinero; después los enviaron á Cumas, según lo estipulado. Este relato es más exacto que aquel en que se dice que Aníbal envió caballería para exterminar á los que se negaron. La mayor parte de los rendidos eran prenestinos: de seiscientos setenta que formaban la guarnición, más de la mitad perecieron por hambre ó bajo el hierro. Los demás regresaron sanos y salvos á Prenesto, con su pretor M. Anicio, que antes fué escribiente. Existe un monumento que así lo prueba, y es una estatua de M. Anicio, erigida en el Foro de Prenesto, cubierta con la coraza, revestida la toga y con la cabeza velada: otras tres estatuas existen también, con la siguiente inscripción en una plancha de bronce: «Ofrenda prometida por M. Anicio á los soldados de la guarnición de Casilino.» La misma inscripción ostentan tres estatuas colocadas en el templo de la Fortuna.

Devolvióse Casilino á los campanios, Aníbal dejó en la ciudad setecientos soldados de guarnición, temiendo que una vez alejados los cartagineses, intentasen sitiarla los romanos. El Senado de Roma concedió por un decreto doble soldada á los prenestinos y la exención del servicio militar durante cinco años; ofreciéndoles también el derecho de ciudadanía romana en recompensa de su valor, pero aquellos no quisieron renunciar al

nombre de prenestinos. No se conoce con tanta precisión la suerte de los peruginos, no habiéndola ilustrado monumento alguno de sus conciudadanos ni ningún decreto del Senado. En el mismo tiempo los petelinos, que eran los únicos brutinos que habían permanecido fieles á la alianza romana, veíanse atacados, no solamente por los cartagineses, que entonces eran dueños del país, sino que también por los demás brutinos, de los que se habían separado. No pudiendo resistir los males que les abrumaban, enviaron legados para implorar el socorro de Roma. Cuando les dijeron que atendiesen ellos mismos á su seguridad, comenzaron á llorar y á gemir delante del vestíbulo de la curia. El pueblo y el Senado experimentaron profunda emoción ante sus ruegos y lágrimas. Habiendo consultado de nuevo acerca de este asunto el pretor M. Pomponio al Senado, después de examinar todas las fuerzas del imperio, tuvo que confesar que en adelante nada podía hacer en defensa de aliados tan lejanos; que debían por tanto regresar á su patria, y después de haber persistido hasta el fin en su fidelidad, atender por sí mismos en las circunstancias presentes á los medios de asegurar su salvación en lo venidero. Ante esta contestación, referida por los legados, apoderáronse en el acto del Senado el terror y el desaliento; querían unos que cada cual huyese por su lado; proponían otros que, puesto que les abandonaban antiguos aliados, que se uniesen á los demás brutinos que convendrían con Aníbal las condiciones con que habían de someterse. Sin embargo, adoptóse la opinión de los que pensaban que no debía hacerse nada á la casualidad ni con precipitación. Dejóse el asunto para el día siguiente; y entonces, después de deliberación más tranquila, los ciudadanos más importantes consiguieron que se llevase á la ciudad todo lo que había en el campo y que se trabajase en fortificarla.

Por esta misma época recibiéronse en Roma cartas de la Sicilia y la Cerdeña, leyéndose primeramente en el Senado las de Sicilia. Tito Otacilio, pretor de esta provincia, decía: «que el pretor P. Junio se encontraba con su armada en Lilibea, de regreso de África, herido gravemente y en peligro de morir; que los soldados y marineros no habían recibido en el día designado trigo ni sueldo, y que no había dinero para pagarles. Rogaba pues, con el mayor encarecimiento al Senado que enviase lo más pronto posible, y si lo creía conveniente le nombrase sucesor entre los nuevos pretores.» A. Cornelio Mammula, propretor en Cerdeña, decía casi lo mismo con relación á la paga y alimentación del ejército. Á los dos les contestaron que nada tenían que enviarles y les recomendaban que atendiesen ellos mismos al sostenimiento de las armadas y de las tropas. T. Otacilio envió una legación á Hierón, único recurso del pueblo romano, y recibió bastante dinero para el sueldo del ejército y trigo para seis meses. En Cerdeña socorrieron generosamente á Cornelio las ciudades aliadas. Escaseando también el dinero en Roma, creáronse á propuesta del tribuno del pueblo M. Minucio triunviros encargados de las operaciones de hacienda. Fueron estos triunviros L. Emilio Papo, que había sido cónsul y censor, M. Atilio Régulo, que había sido cónsul dos veces, y L. Scribonio Libo, tribuno del pueblo en aquel momento. Creáronse también decenviros á M. y C. Atilio, que hicieron la dedicación del templo de la Concordía, construído en cumplimiento del voto de L. Manlio, cuando fué pretor; después tres pontífices, Q. Cecilio Metelo, Q. Fabio Máximo y Q. Fulvio Flaco, en lugar de P. Scantino, muerto en Roma, de L. Emilio Paulo y de Q. Elio Peto, que perecieron en Cannas.

Después de haber reparado, en cuanto podía hacerlo la prudencia humana, los desastres con que la desgracia

había abrumado por todos lados al imperio, los senadores dirigieron al fin la mirada sobre sí mismos, sobre aquel Senado desierto, sobre el corto número de individuos que formaban el consejo del Estado. En efecto; desde la censura de L. Emilio y de C. Flaminio no se habían elegido nuevos senadores, aunque durante los cinco años que habían trascurrido las desgracias de la guerra y los accidentes ordinarios de la vida habían arrebatado considerable número. Habiendo partido el dictador para el ejército inmediatamente después de la toma de Casilino, el pretor M. Pomponio, á petición general, hizo una exposición relativa á este asunto. Sp. Carvilio, después de deplorar en larga oración que el Senado fuese tan poco numeroso, y que hubiese tan pocos ciudadanos entre quienes se pudiese elegir senadores, declaró que para completar el Senado y enlazar más estrechamente los pueblos latinos con Roma, aconsejaba encarecidamente, si al Senado parecía bien, se diese el derecho de ciudadanía á dos senadores de cada uno de los pueblos del Lacio, y admitirles en el Senado en el puesto de los que habían sucumbido. Esta proposición la recibieron los padres con tanta cólera como la petición que en otro tiempo hicieron los latinos: extremecimiento de indignación recorrió toda la asamblea; T. Manlio especialmente exclamó: «que aún existía un hombre de la misma raza que el cónsul, que en el Capitolio amenazó en otro tiempo con matar con su propia mano al primer latino que viese introducido en el Senado.» Q. Fabio Máximo dijo: «que jamás se había hecho en el Senado proposición más inoportuna; que en medio de las incertidumbres, de las dudas de los aliados, aquello era tocar un punto que les había de agitar más; que aquella insensata palabra de un solo hombre, era necesario ahogarla en el general silencio, y que si alguna vez había habido en el Senado algo secreto, algo

sagrado que callar, era aquella proposición, que debian ocultarla, olvidarla y tenerla por no hecha.» En vista de esto, no se hizo mención alguna de ella: decretóse que se crearía dictador á uno que hubiese sido ya censor, el más antiguo de todos los censores existentes, y que se encargaría de nombrar los nuevos senadores. Llamóse al cónsul C. Terencio para que proclamase el dictador, y dejando la Apulia, donde estaba el ejército, marchó apresuradamente á Roma. En la noche siguiente, según costumbre, por un senatus-consulto proclamó á M. Fabio Buteo dictador por seis meses, sin jefe de los caballeros.

Seguido Fabio de sus lictores subió á la tribuna y declaró: «que no aprobaba hubiese dos dictadores á la vez, medida sin ejemplo hasta entonces, ni que le hubiesen nombrado dictador sin jefe de los caballeros; que no debía haberse confiado una autoridad tal como la censura á un hombre solo, y al mismo por segunda vez, ni tampoco dar al dictador poder por seis meses, cuando no se le nombraba para la dirección de los negocios (1). Añadió que pondría freno á lo que la casualidad, las circunstancias y la necesidad habían puesto de exagerado en estas medidas; que no movería del Senado á ninguno de los que nombraron los censores C. Flaminio y L. Emilio; que solamente mandaría transcribir y proclamar sus nombres para que un hombre solo no tuviese la autoridad de juzgar y decidir arbitrariamente de la reputación y costumbres de un senador; que haría, en fin, para reemplazar á los muertos tal elección, que demostraría que prefería un orden á otro orden, pero no un hombre á otro hombre.» Leyéronse, pues, los nombres de los antiguos senadores; y después nombró Fabio en lugar de los muertos, por turno de anti-

(1) El otro dictador era M. Junio Pera.

güedad primeramente, á los que desde la censura de L. Emilio y de C. Flaminio habían ocupado una magistratura curul, y que no formaban todavía parte del Senado; en seguida llamó á los que habían sido ediles, tribunos del pueblo ó cuestores; en seguida, después de los magistrados, los que habían tenido en sus casas despojos de enemigos, ó habían recibido una corona cívica. Cuando hubo nombrado de esta manera ciento setenta y siete senadores, con suma satisfacción general, dimitió en seguida la dictadura y bajó como simple particular de la tribuna, mandando á los lictores que se retirasen; en seguida se mezcló con la multitud de los que se ocupaban de sus asuntos particulares, procurando permanecer allí mucho tiempo para evitar que el deseo de acompañarle á su casa alejase al pueblo fuera del Foro. Pero el retraso no calmó el celo de los ciudadanos, y numeroso séquito le acompañó á su casa. Á la noche siguiente marchó el cónsul al ejército sin decir nada al Senado, para que no le obligasen á permanecer en Roma para los comicios.

Consultado el Senado al día siguiente por el pretor M. Pomponio, decidió que se escribiese al dictador para que viniese á nombrar los nuevos cónsules y, si lo consideraba conveniente á la república, que trajese con él el jefe de los caballeros y el pretor M. Marcelo, para saber por ellos mismos la situación de los negocios de la república y tomar las medidas que exigiesen las circunstancias. Todos obedecieron esta orden y dejaron á legados el mando del ejército. El dictador habló muy poco de sí mismo y en términos muy mesurados. Atribuyó al jefe de los caballeros T. Sempronio Graco mucha parte de los éxitos conseguidos; en seguida determinó el día de los comicios, en los que fueron nombrados L. Postumio por tercera vez, á pesar de su ausencia, porque tenía el mando de la Galia, y T. Sampronio Graco, á la

sazón jefe de los caballeros y edil curul. Creáronse en seguida pretores á M. Valerio Levino, Ap. Claudio Pulquer, Q. Fulvio Flaco y Q. Mucio Scévola. El dictador después de las elecciones volvió á Teano, donde invernaba el ejército, dejando en Roma al jefe de los caballeros, quien, debiendo entrar en funciones pocos días después, necesitaba ponerse de acuerdo con el Senado acerca del alistamiento y destino de las tropas para el ejército. Cuando se ocupaban de estas cosas, recibióse noticia de otra derrota. La fortuna amontonaba desastres aquel año. L. Postumio, cónsul designado, había perecido en la Galia con todo su ejército. Existía una selva inmensa, que los galos llamaban Latina, por la que iba á hacer pasar su ejército. Los galos habían cortado los árboles á derecha é izquierda del camino, de tal manera que, dejándoles en pie, pudiesen caer al impulso más ligero. Postumio tenía dos legiones romanas; y por la parte del mar superior había alistado tantos aliados, que le seguía en el territorio enemigo un ejército de veinticinco mil hombres. Habíanse extendido los galos por el lindero del bosque, lo más lejos posible del camino; y en cuanto el ejército romano penetró en aquel estrecho paso, empujaron los árboles más lejanos cortados por el pie. Cayendo estos sobre los más cercanos, tan poco estables como los otros y fáciles de derribar, todo quedó aplastado por la confusa caída, armas, hombres y caballos, escapando apenas diez soldados. La mayor parte perecieron abrumados bajo los troncos y rotas ramas de los árboles; otros, asustados por aquel imprevisto golpe, fueron exterminados por los galos, que rodeaban armados toda la extensión del desfiladero. De aquel ejército tan considerable, solamente algunos soldados quedaron prisioneros al procurar ganar el puente, donde les detuvo el enemigo, que ya se había apoderado de él. Allí pereció Postumio, haciendo

heroicos esfuerzos para escapar. Los boyos llevaron en triunfo al templo más respetado de su nación los despojos y la cabeza de Postumio; después vaciando la cabeza, y rodeando el cráneo, según la costumbre de aquellos pueblos, con un círculo de oro cincelado, les sirvió de vaso sagrado para ofrecer libaciones en las fiestas solemnes. Esta fué también la copa del gran pontífice y de los sacerdotes del templo. El botín fué tan considerable para los galos como importante la victoria; porque habían sido aplastados casi todos los animales por la caída de los árboles; no habiendo huídas y por consiguiente dispersión de bagajes, encontraron todos los objetos en el suelo, á lo largo de la línea de cadáveres.

Por muchos días estuvo la ciudad profundamente consternada á la noticia de este desastre. Las tiendas permanecieron cerradas, y Roma estaba desierta como durante la noche. Por orden del Senado, los ediles recorrían todos los barrios, haciendo abrir las tiendas y desaparecer todas las señales de desesperación general. T. Sempronio, en una asamblea que presidió, consoló á los senadores y les exhortó «á que no les desesperase, cuando no les abatió el desastre de Cannas, una desgracia mucho menos importante; que por lo que se refería á los cartagineses y Aníbal, con tal de que las cosas marchasen tan prósperas como esperaba que marcharían, no había peligro en abandonar por el momento la guerra de las Galias, y que más adelante los dioses y el pueblo romano sabrían vengarse de aquella perfidia. Lo que debía fijar especialmente su atención, de lo que con más cuidado debían ocuparse, era Aníbal y los ejércitos que habían de emplear en la guerra cartaginesa.» El mismo fué el primero que dijo cuanta infantería, cuanta caballería y aliados formaban el ejército del dictador. En seguida manifestó Marcelo el estado de las fuerzas que mandaba, y se tuvo conocimiento, por las personas

mejor informadas del número de tropas que se encontraban en la Apulia con el cónsul C. Terencio. Sin embargo, no se encontraba medio de dar á los cónsules ejércitos bastante fuertes para sostener aquella importante guerra. Decidióse, pues, no obstante la justa cólera que á todos animaba contra los galos, que no se ocuparían de ellos aquel año. Un decreto confirió al cónsul el mando del ejército del dictador. En cuanto al ejército de Marcelo, por otro decreto pasaron á Sicilia todos los soldados que huyeron de Cannas, obligados á servir allí mientras durase la guerra en Italia. Enviáronse también allá todos aquellos soldados del dictador que se encontraban demasiado endebles, pero sin imponerles la obligación de servir por más tiempo del que determinaban las leyes. Pusiéronse dos legiones urbanas á las órdenes del cónsul que ocuparía el puesto de L. Postumio y que deberían nombrar en cuanto fuesen favorables los auspicios. Llamaríanse también, lo más pronto posible, dos legiones de Sicilia, de donde el cónsul que tuviese á sus órdenes las legiones urbanas estaba autorizado para tomar los soldados que necesitase. Prorrogóse el mando al cónsul C. Terencio por otro año más y conservó todas las tropas, con las que defendía la Apulia.

Mientras estas cosas ocurrían y se preparaban en Italia, no se detenía la guerra de España, donde hasta entonces habían sido más afortunados los romanos. Los dos Escipiones, P. y Cn., se habían dividido las tropas. Cneo mandaba el ejército de tierra y Publio la armada. Asdrúbal, el general cartaginés, confiando poco en sus soldados y su flota, se mantenía lejos del enemigo, á distancia y en posiciones en las que nada tenía que temer. Después de muchos y apremiantes ruegos, había conseguido al fin del Africa un refuerzo de cuatro mil infantes y quinientos caballos. Confiando entonces,

acercóse al enemigo, é hizo equipar y preparar una flota para proteger las islas y las costas. Pero en medio de aquella actividad completamente nueva que imprimía á las operaciones, quedó paralizado por la traición de los jefes de sus naves. Desde las severas reconvenciones que les mereció su cobardía cuando abandonaron la flota cerca del Ebro, no habían sido muy fieles al general y al partido de Cartago. Aquellos desertores habían intentado sublevar á los carpesianos y habían arrastrado algunas ciudades á la sublevacion, siendo una de ellas tomada por asalto. Hubo, pues, que dejar á los romanos para llevar la guerra á aquel pueblo, en cuyo territorio entró Asdrúbal como enemigo y decidió atacar á Galbo, famoso jefe de los carpesianos, quien había acampado con ejército considerable bajo los muros de la ciudad tomada por los sublevados pocos días antes. Primeramente hizo avanzar soldados armados á la ligera para atraer al enemigo al combate, y una parte de la infantería recibió orden de talar en varios puntos la campiña y apoderarse de los enemigos que encontrase en ella. El terror se había extendido en el campamento enemigo al mismo tiempo que la fuga y la matanza en la campiña. Pero muy pronto regresaron por diferentes caminos á su campamento los sublevados, y entonces se disipó tan completamente su miedo, que recobraron bastante valor, no solamente para defender sus parapetos, sino para atacar al enemigo. Lánzanse, pues, en tropel fuera del campamento, saltando según su costumbre, y su repentina audacia infunde terror al enemigo que antes se había dedicado á perseguirles. Asdrúbal retira su ejército sobre una colina bastante escarpada, protegida por un río que pasaba al pie; llama sus tropas ligeras de caballería que estaban dispersas, y como si la elevación de la colina y el río no fuesen defensas bastante seguras, mandó fortificar su campamen-

to. En este terror, que se apoderó alternativamente de los dos partidos, hubo algunas escaramuzas, pero el jinete númida no pudo hacer frente al español, ni el moro con sus venablos al cetrato, tan ligero como él, pero más valiente y vigoroso.

Viendo los sublevados que sus provocaciones delante de las empalizadas no podían atraer á los cartagineses al combate, y que, por otra parte, el ataque del campamento no era fácil, marcharon á Ascua, adonde al entrar Asdrúbal en territorio enemigo, hizo llevar sus granos y todos sus víveres; tomáronla por asalto y se apoderaron de la campiña que la rodea. Desde aquel momento ya no hubo poder capaz de retenerles ni en marcha ni en el campamento. Asdrúbal se enteró de aquella negligencia, resultado natural del éxito; exhortó á sus soldados para el ataque á sus enemigos, dispersos y sin enseñas para reunirse; y bajando de la colina, marcha en batalla hacia su campamento. Los centinelas abandonan sus puestos y corren en desorden para anunciar la presencia del enemigo. Grítase ¡á las armas!; cada uno se lanza al combate según se encontraba armado, sin esperar órdenes ni enseñas y en completo desorden. Los primeros estaban ya peleando, cuando todavía acuden otros en pequeños grupos, y los demás no han salido del campamento. Al pronto su audacia bastó para asustar al enemigo: pero muy pronto en aquel ataque de algunos individuos contra masas, comprendiendo el peligro en que les ponía la inferioridad numérica, se miraron unos á otros; rechazados por todas partes, fórmanse en círculo; apóyanse unos en otros, entrelazan sus armas, y reducidos entonces á corto espacio, teniendo apenas libertad para mover las armas, quedan envueltos por el enemigo y exterminados durante gran parte del día. Un corto número se abre paso y gana los bosques y las montañas; pero el terror era tan grande,

que el campamento quedó abandonado y que á la mañana siguiente la nación entera se presentó á someterse. No duró mucho esta sumisión, habiendo recibido poco después orden Asdrúbal para llevar inmediatamente su ejército á Italia. Apenas se extendió en España la noticia, cuando se volvieron hacia los romanos casi todos los ánimos. Asdrúbal escribió en seguida á Cartago cuán funesto había sido el rumor de su marcha, y «que si realmente partía, apenas habría pasado el Ebro cuando España pertenecería á los romanos. Que además de no poder dejar en su puesto soldados ni general, tales eran los generales romanos que apenas se les podía resistir con fuerzas iguales; que, en vista de esto, si se daba alguna importancia á la posesión de España, le enviasen un sucesor con ejército considerable; porque aun en el caso de que todo le resultase bien al nuevo general, aquel mando no le mantendría ocioso.»

Aunque esta carta produjo al pronto mucha impresión en el Senado, teniendo sin embargo la guerra de Italia mucha más importancia, quedó firme la decisión del Senado relativamente á Asdrúbal y sus tropas; enviándose á Hamilcon con ejército suficiente y una flota reforzada con muchas naves, para mantener y defender la España por tierra y por mar. En cuanto desembarcó el ejército y las tripulaciones, fortificó su campamento, sacó á tierra las naves, las rodeó de empalizadas, y él mismo, al frente de un grupo de jinetes escogidos, avanzó á marchas forzadas, pero con las precauciones necesarias, en medio de aquellas poblaciones sospechosas ó enemigas, llegando al fin al lado de Asdrúbal, á quien comunicó los decretos y órdenes del Senado, recibió á la vez sus instrucciones acerca de la dirección de la guerra de España y regresó á su campamento. La rapidez de su marcha había contribuído más que todo á su seguridad, porque de cada punto se ha-

bía retirado antes de que los enemigos hubiesen podido concentarse contra él. Asdrúbal no se movió hasta después de cobrar fuerte contribución metálic aen todos los pueblos sometidos á su mando, porque no ignoraba que Aníbal había comprado algunas veces á peso de oro un paso; que no había conseguido el socorro de los galos, sino pagándoles; que si hubiese intentado sin dinero recorrer aquella inmensa distancia, apenas habría llegado al pie de los Alpes. Asdrúbal recogió, pues, apresuradamente los impuestos y bajó hacia el Ebro. En cuanto el ejército romano tuvo conocimiento de los decretos de Cartago y de la marcha de Asdrúbal, los generales solamente pensaron en reunir sus tropas, preparándose para oponerse á la marcha intentada por Asdrúbal, persuadidos de que si conseguía reunirse con el ejército de España, con Aníbal, al que solo apenas podía resistir Italia, la ruina del imperio romano sería inevitable. Dominados por esta inquietud, reunieron sus tropas sobre el Ebro, y pasando el río, deliberaron si debían marchar á acampar al frente de Asdrúbal, ó contentarse con atacar á los aliados de Cartago, separando por este medio al enemigo del camino que se proponía emprender; pero decidieron al fin á poner sitio á Ibera, ciudad llamada así por el río inmediato y la más rica entonces de toda la comarca. Súpolo Asdrúbal, pero en vez de acudir á socorrer á sus aliados, puso sitio á otra ciudad que acababa de someterse á los romanos, quienes abandonaron en seguida el sitio de Ibera, llevando toda la guerra contra Asdrúbal.

Durante cinco días permanecieron los dos ejércitos en presencia uno de otro á cinco millas de distancia, trabándose algunas escaramuzas, pero no batalla campal. Al fin en el mismo día y como de concierto, por los dos lados se dió la señal de combate y los dos ejércitos bajaron al llano. El romano se formó en tres cuerpos:

mezcláronse con los soldados de la primera fila muchos velites; los demás permanecieron detrás de las enseñas y la caballería guarneció las alas. Los españoles forman el centro de Asdrúbal; á la derecha colocó á los cartagineses y á la izquierda los africanos y mercenarios. La caballería quedó distribuída en las alas, los númidas con la infantería cartaginesa, los otros jinetes con los africanos. No quedaron todos los númidas en la derecha, sino solamente aquellos que, como los saltarines de oficio, acostumbraban á llevar dos caballos en lo más recio de la pelea, saltando completamente armados del fatigado al fresco; tan grande es su agilidad y también la docilidad de aquella raza de caballos. Tal era el orden de batalla de los dos ejércitos; los generales de cada bando estaban muy confiados, ni uno ni otro tenían notable superioridad en cuanto al número ó calidad de las tropas; sin embargo las disposiciones de los soldados estaban muy lejos de ser iguales en ambos ejércitos. Aunque los romanos combatían lejos de su patria, sus jefes les habían persuadido fácilmente de que combatían por Italia y por Roma; así, pues, dependiendo su regreso á la patria del resultado de aquella batalla, estaban completamente decididos á vencer ó morir. En el otro ejército había menos decisión. Casi todos los soldados eran españoles, y preferían ser vencidos en España, á vencer para que les llevasen á Italia. Así, pues, al primer choque, cuando apenas se habían lanzado los venablos, el centro de Asdrúbal retrocedió y volvió la espalda á los romanos, que avanzaban vigorosamente. El combate fué más encarnizado en las alas. Los cartagineses por un lado y por otro los africanos estrechan al ejército romano, le atacan por los dos flancos y le rodean en el doble ataque. Pero reuniéndose en masas en el centro, tienen bastante fuerza para rechazar á cada lado las dos alas del enemigo.

Había, pues, dos combates en los que los romanos, que al fin habían derrotado el centro, se encontraban muy superiores en número y en fuerzas. Su victoria no fué dudosa. En el combate pereció mucha gente, y si los españoles no hubiesen huído en desorden apenas comenzada la batalla, pocos hubiesen sobrevivido de todo el ejército enemigo. La caballería casi no combatió, porque los moros y los númidas, en cuanto vieron ceder al centro, huyeron en confusión, arrojando hasta los elefantes delante de ellos y dejando descubiertas las alas. Asdrúbal permaneció allí hasta que quedó claramente pronunciada la derrota, escapando con muy pocos hombres de en medio de la matanza. Los romanos se apoderaron de su campamento y lo saquearon. Este combate les atrajo á cuantos vacilaban aun en España, y quitó á Asdrúbal toda esperanza, no solamente de llevar á Italia sus tropas, sino hasta de permanecer con tranquilidad en España. En Roma, donde anunciaron esta noticia cartas de Escipión, no se regocijaron tanto de la victoria como de la imposibilidad en que se encontraría en adelante Asdrúbal para llegar á Italia.

Mientras ocurrían estos acontecimientos en España, Hamilcon, uno de los tenientes de Aníbal, después de muchos meses de sitio, tomó por asalto á Petelia, ciudad del Brucio (Abruzo). Esta victoria costó mucha sangre y pérdidas á los cartagineses. El hambre mucho más que la fuerza venció á los sitiados. Cuando quedaron consumidos todos los alimentos, granos y carne de toda clase de animales, se alimentaron con el cuero del calzado, hierbas, raíces, cortezas tiernas y las hojas que arrancaban de los matorrales. La ciudad no fué tomada hasta que no tuvieron bastante fuerza para mantenerse sobre las murallas y manejar las armas. Una vez apoderado de Petelia, el cartaginés llevó su ejército delan-

te de Comencia, que se defendió con menos ahinco y se rindió á los pocos días. Casi en la misma época, un ejército de brucios atacó á Crotona, ciudad griega, rica en otro tiempo, fuerte en la guerra y populosa, pero abrumada ahora por tantos y tan grandes males, que apenas encerraba veinte mil ciudadanos de todas edades. Esta ciudad sin defensores cayó muy pronto en poder del enemigo, salvándose solamente la fortaleza. Un puñado de hombres, en medio de la confusión de una ciudad tomada por asalto, consiguió refugiarse en ella después de escapar de la matanza. También pasaron los locrinos á los brucios y cartagineses, habiendo entregado al pueblo los ciudadanos principales. En toda aquella región, solamente los regienos quedaron fieles á los romanos é independientes. Esta tendencia de los ánimos llegó hasta Sicilia, no quedando completamente libre de traiciones ni siquiera la casa de Hierón. Despreciando la ancianidad de su padre, Gelón, el mayor de la familia, después de la batalla de Cannas, despreciando también la alianza de los romanos, pasó á los cartagineses, y la Sicilia se hubiese sublevado, si una muerte tan oportuna, que su mismo padre no estuvo al abrigo de las sospechas, no le hubiera arrebatado cuando ya estaba armando á la multitud y trataba de sublevar á los aliados. Estos fueron los acontecimientos que ocurrieron este año en Italia, en África, en Sicilia y en España. A fines de año Q. Fabio Máximo pidió permiso al Senado para dedicar el templo de Venus Ericina, que siendo dictador, prometió construir. El Senado decretó que T. Sempronio, cónsul designado, en cuanto entrase en funciones, propusiese al pueblo una ley que nombrase á Fabio decenviro para dedicar aquel templo. En honor de M. Emilio Lépido, que había sido dos veces cónsul y augur, sus tres hijos, Lucio, Marco y Quinto celebraron juegos fúnebres du-

rante tres días (1), y durante tres días también en el Foro, un combate en que perecieron veintidós parejas de gladiadores. Los ediles curules, C. Letorio y T. Sempronio Graco, cónsul designado, que durante su edilidad había sido jefe de los caballeros, hicieron celebrar los juegos romanos, que duraron tres días. Los ediles M. Aurelio Cotta y M. Claudio Marcelo celebraron tres veces los juegos del pueblo. Acababa de transcurrir el tercer año de la guerra púnica, cuando en los idus de Marzo entró en funciones el cónsul T. Sempronio. En cuanto á los pretores Q. Fulvio Flaco, que había sido ya dos veces cónsul y censor, obtuvo por sorteo la jurisdicción urbana, y M. Valerio Levino la de los extranjeros; Ap. Claudio Pulquer la Sicilia, y Q. Mucio Scévola, la Cerdeña. El pueblo quiso que M. Marcelo tuviese la autoridad de procónsul, porque era el único de los generales romanos que después de la derrota de Cannas había conseguido una victoria en Italia.

En la primera sesión que celebró el Senado en el Capitolio, decidió que se exigiría doble impuesto aquel año, y que se cobraría inmediatamente la mitad para pagar á todos los soldados el sueldo vencido, exceptuando á los que estuvieron en Cannas. En cuanto á los ejércitos, se decidió que el cónsul T. Sempronio fijaría el día en que las dos legiones urbanas habían de reunirse en Cales; que en seguida marcharían al campamento de Claudio (2), más allá de Suesula; que las que lo ocupaban actualmente, compuestas en gran parte de tropas que se habían encontrado en Cannas, las llevaría

(1) Estos juegos fúnebres los habian tomado de los etruscos. También puede referirse su origen á la costumbre antigua de sacrificar esclavos ó cautivos en la pira de aquellos cuyos manes se queria aplacar.

(2) El que formó y fortificó Claudio Marcelo y que había conservado su nombre.

Ap. Claudio á Sicilia, llamando á Roma las tropas que servían allí. M. Claudio Marcelo fué enviado al ejército que se reunió en Cales en el día designado, y recibió orden de llevar al campamento de Claudio las legiones urbanas. Ap. Claudio envió al legado T. Metilio Croto para que recibiese el ejército antiguo y lo llevase á Sicilia. Al principio se esperó en silencio que el cónsul convocase los comicios para el nombramiento de su colega; pero cuando se vió alejado á Marcelo, como de intento, cuando la voluntad general le llamaba al consulado para aquel año, á causa de los actos con que había ilustrado su pretura, todo el Senado se estremeció de indignación. Observólo el cónsul, y dijo: «Padres conscriptos, era conveniente para la república que M. Claudio partiese para la Campania con objeto de realizar el movimiento de los ejércitos, y que no se convocasen los comicios hasta que hubiese terminado su misión y estuviese de regreso, para que tuvieseis en el consulado al hombre que llaman á él las circunstancias y vuestros deseos más ardientes.» Ya no se habló de comicios hasta el regreso de Marcelo, y durante este tiempo crearon decenviros á Q. Fabio Máximo y á T. Otacilio Craso que presidieron la dedicación, uno del templo de la Sabiduría y el otro la del de Venus Ericina. Estos dos templos se encuentran en el Capitolio, separados solamente por un foro. Los trescientos caballeros campanios, después de cumplir honrosamente su tiempo de servicio en Sicilia, habían llegado á Roma, y se propuso al pueblo una ley declarándoles ciudadanos romanos, como formando parte del municipio de Cumas, desde la fecha de la defección de Capua. Una consideración especialmente hizo proponer aquella ley, y era que ellos mismos confesaban ignorar á qué nación pertenecían; habían renunciado á su antigua patria, y todavía no estaban reconocidos en aquella en que habían ingresado. Habiendo regresado

Marcelo del ejército, reuniéronse los comicios para nombrar cónsul en el puesto de L. Postumio; nombrándose por unanimidad á Marcelo, que debía entrar inmediatamente en funciones. En el instante de su instalación zumbó el trueno; llamados los augures, declararon que la elección parecía mala y los patricios repetían por todas partes que los dioses estaban descontentos de que, por primera vez, ocupasen dos plebeyos el consulado. Retiróse Marcelo, y en su lugar nombraron á Fabio Máximo por tercera vez. En este año se incendiaron las aguas del mar: en Sinuesa una vaca parió un potro; en Lanuvio, en el templo de Juno Sospita, las estatuas sudaron sangre, y alrededor del templo cayó una lluvia de piedras. A causa de esta lluvia se celebraron, como de costumbre, rogativas durante nueve días y se expiaron cuidadosamente todos los otros prodigios.

Los cónsules se repartieron los ejércitos: Fabio obtuvo el que había mandado el dictador M. Junio; Sempronio tuvo que recibir los esclavos que se alistaban voluntariamente y veinticinco mil aliados; el pretor M. Valerio recibió el mando de las legiones que habían de volver de Sicilia, y Marco Claudio, enviado como procónsul al ejército establecido delante de Nola, por encima de Suesula. Los pretores marcharon á Sicilia y Cerdeña. Los cónsules dispusieron por un edicto que cuantas veces convocasen el Senado, los senadores y los que tenían derecho de emitir su opinión en el Senado, se reunirían en la puerta Capena. Los pretores, encargados de la administración de justicia, colocaron sus tribunales cerca de la piscina pública: allí tuvieron que llevarse los testimonios y dieron sus sentencias aquel año. Entretanto Magón, hermano de Aníbal, iba á pasar de Cartago á Italia con doce mil infantes, mil quinientos jinetes, veinte elefantes y mil talentos en dinero, escoltándole sesenta naves largas, cuando llegó

la noticia de que habían sido derrotados en España y que casi todos los pueblos de aquella provincia habían pasado á los romanos. Algunos querían que Magón con su flota y ejército pasasen á España sin ocuparse más de Italia; pero dícese que todos se dejaron seducir por la repentina esperanza de recobrar la Cerdeña. «Allí solamente había un débil ejército romano; el antiguo pretor A. Cornelio, que conocía la provincia, iba á dejarla y se esperaba el nuevo. Y además, los sardos estaban cansados de tan larga dominación, ejercida el año anterior con tanta crueldad y avaricia; se les había abrumado con excesivos impuestos y contribuciones de trigo que excedían sus recursos. Solamente les faltaba un jefe al que pudiesen aliarse.» Una diputación de los ciudadanos más notables de la isla había llevado estas noticias á Cartago. Era jefe de esta conspiración Hampsícora, cuya influencia y riquezas le hacían el hombre más importante del partido. Los dos mensajes llegaron casi á la vez. Turbados por el uno, tranquilizados por el otro, los cartagineses envían á España á Magón con su flota y sus tropas, y para dirigir la expedición de Cerdeña eligen á Asdrúbal, á quien dan un ejército casi tan importante como el de Magón. Los cónsules, después de terminar lo que tenían que hacer en Roma, se ponían ya en movimiento para comenzar las operaciones. T. Sempronio señaló á sus soldados el día en que debían encontrarse en Sinuesa. Q. Fabio, después de consultar al Senado, mandó que todos los granos de los campos se transportasen antes de las kalendas de Junio á las plazas fuertes; que si alguien faltaba á esta disposición, talaría sus campos, vendería sus esclavos en subasta y quemaría sus granjas. Hasta los pretores, creados para administrar justicia, fueron empleados en la administración de la guerra. El pretor Valerio tuvo que marchar á la Apulia para recibir el ejército de Teren-

cio, y defender este país con las legiones que llegaban de Sicilia; el ejército de Terencio debía marchar á las órdenes de un legado. M. Valerio recibió el mando de veinticinco naves, con las que había de defender las costas desde Brindis hasta Tarento. Q. Fulvio, pretor urbano, fué encargado, con igual número de naves, de vigilar las costas inmediatas á Roma. El procónsul C. Terencio recibió orden de hacer una leva en el Piceno y de proteger todo el país. T. Otacilio Craso, después de dedicar el templo de la Prudencia en el Capitolio, fué enviado á Sicilia para que tomase el mando de la flota.

Fijos tenían los ojos en esta lucha entre los dos pueblos más fuertes de la tierra todos los reyes, todas las naciones, y especialmente Filipo, rey de Macedonia, tan vecino de Italia, de la que solamente le separaba el mar Jónico. Al tener noticias del paso de los Alpes por Aníbal, se regocijó de ver encendida la guerra entre los romanos y cartagineses; pero mientras fué incierto el resultado, no sabía á cuál de los dos partidos desear la victoria. Sin embargo, cuando los cartagineses quedaron vencedores en tres batallas, se inclinó al lado de la fortuna y envió legados á Aníbal. Evitando estos legados los puertos de Brindis y Tarento, vigilados por las naves romanas, desembarcaron cerca del templo de Juno Lisinia. Desde allí se dirigen á Capua, atravesando la Apulia, y caen en una guarnición romana, que les lleva ante el pretor M. Valerio Levino, acampado cerca de Luceria. Xenofanes, jefe de la embajada, le declara, con la mayor serenidad, que le envía el rey Filipo para ajustar alianza y amistad con Roma; que está encargado de las instrucciones del rey para los cónsules y el Senado y el pueblo romano. En medio de la defección de los antiguos aliados, contento Valerio con aquella alianza que proponía un rey tan famoso, recibió

á sus enemigos con tanta benevolencia como á huéspedes; hizo que les acompañasen guías, que debían indicarles cuidadosamente los puntos, los desfiladeros ocupados por los romanos ó por los cartagineses. Xenofanes llegó, atravesando los puestos romanos, hasta la Campania, y desde allí, por el camino más corto, al campamento de Aníbal, con el que ajustó su tratado de alianza y amistad, en las siguientes condiciones: «El rey Filipo, con la armada más grande que pueda (creíase que podría reunir doscientas naves), debía pasar á Italia, talar las costas y hacer la guerra con sus propias fuerzas por mar y tierra. Terminada la guerra, la Italia entera, con la ciudad de Roma, pertenecería á los cartagineses y á Aníbal. Todo el botín se reservaba para Aníbal solo. Después de la completa sumisión de la Italia, los cartagineses debían pasar á Grecia y hacer la guerra á todos los reyes que designase Filipo: todos los estados del continente y todas las islas que rodean la Macedonia pertenecerían á Filipo y formarían parte de su reino (1).»

(1) Polibio reproduce el tratado íntegro, que dice así:

"Tratado de alianza, ajustado por juramento entre Aníbal, general, Magón, Myrcal, Barmocar y todos lo senadores de Cartago que se encuentran con él, y todos los cartagineses que sirven á sus órdenes, de una parte; de otra, entre Xenofanes, ateniense, hijo de Cleomaco, que nos ha sido enviado en calidad de embajador, por el rey Filipo, hijo de Demetrio, tanto en su nombre, como en el de los macedonios y los aliados de su corona.

„En presencia de Júpiter y de Apolo; en presencia de las divinidades tutelares de los cartagineses, y de Hércules y de Yolaüs; en presencia de Marte, de Tritón, de Neptuno; en presencia de los dioses que acompañan nuestra expedición, y del sol y de la luna, y de la tierra; en presencia de los ríos, y de los prados y de las aguas; en presencia de todos los dioses que Cartago reconoce como dueños; en presencia de todos los dioses que son dueños de los macedonios y del resto de la Grecia; en presencia de todos los dioses que presiden á la guerra y que

Estas, sobre poco más ó menos, fueron las condiciones del tratado entre el general cartaginés y los enviados macedonios, quienes llevaron consigo, para obtener la confirmación del mismo rey, á Gisgón, Bostar y Magón. De nuevo llegaron á las inmediaciones del templo de Juno Licinia, donde su nave estaba oculta en una

están presentes á este tratado; Aníbal, general, y todos los senadores de Cartago que le acompañan, y todos los soldados de su ejército han dicho:

„Por vuestra voluntad y la nuestra habrá un tratado de amistad y alianza entre vosotros y nosotros, como amigos, aliados y hermanos, á condición que el rey Filipo y los macedonios y todos los aliados que tienen entre los demás griegos, conservarán y defenderán á los señores cartagineses y á Aníbal, su general, y á los soldados que manda, y á los gobernadores de las provincias dependientes de Cartago, y á los habitantes de Útica, y todas las ciudades y naciones sometidas á los cartagineses, y todos los soldados aliados, y todas las ciudades y naciones que se nos han unido en Italia, en la Galia, en la Liguria y aquellos que en esta región ajusten amistad y alianza con nosotros. De la misma manera los ejércitos cartagineses y los habitantes de Útica y todas las ciudades y naciones sometidas á Cartago, y los soldados y los aliados, y todas las ciudades y naciones con quienes tenemos amistad y alianza en Italia, en la Galia, en la Liguria y con las que contratemos amistad y alianza en esta región, conservarán y defenderán al rey Filipo y á los macedonios y á todos los aliados entre los demás griegos. No procuraremos sorprendernos los unos á los otros, ni nos tenderemos lazos. Nosotros, macedonios, nos declararemos de buena voluntad, con lealtad, sin fraude, sin propósito de engañar, enemigos de todos los que lo sean de los cartagineses, exceptuando las ciudades, los puertos y los reyes con quienes estamos ligados con tratados de paz y de alianza. Y nosotros también, cartagineses, nos declaramos enemigos de todos aquellos que lo sean del rey Filipo, exceptuando los reyes, las ciudades y naciones con quienes estamos ligados con tratados de paz y amistad.

„Vosotros, macedonios, entraréis en la guerra que tenemos contra los romanos, hasta que plazca á los dioses dar á nuestras armas y á las vuestras dichoso éxito. Nos ayudaréis con todo lo que sea necesario, según convengamos. Si los dioses

ensenada, y en seguida se hicieron á la vela. Encontrábanse ya en plena mar cuando les vió la flota romana que vigilaba las costas de la Calabria, enviando P. Valerio algunas naves ligeras para perseguirles y traerles. Al principio trataron de huir los macedonios, pero convencidos de que les ganaban en velocidad, se rinden á los romanos que les llevan ante el jefe de la flota; éste les preguntó quiénes eran, de dónde venían y hacia qué punto se dirigían. Xenofanes, que tan perfectamente había escapado una vez, inventa otra mentira, y dice que: «enviado por el rey Filipo á los romanos, había llegado hasta M. Valerio, el único hasta quien había podido llegar con seguridad; pero que no había podido atravesar la Campania, guardada por todas partes por guarniciones enemigas.» Pero los legados de Aníbal, por su traje y aspecto cartaginés, infunden algunas sospechas; les interrogan y su lenguaje les delata. Separaron á los que les acompañaban, y amenazándoles, encuentran las cartas de Aníbal á Filipo y el tratado entre el rey macedonio y el general cartaginés. Cuando quedó todo esclarecido, decidieron enviar los prisioneros lo más pronto posible á Roma, al Senado ó á los cónsules, en cualquier parte que se encontrasen. Eligieron para esto las cinco naves más ligeras, encargándose el

no nos dan la victoria en la guerra contra los romanos y sus aliados y tratamos la paz con ellos, de tal suerte trataremos que quedéis comprendidos en el tratado y en condiciones que no puedan declararos la guerra; que no sean dueños de los corcirios, de los apoliniatos, ni de los epidamnios, ni de Faro, ni de Dimala, ni de los parthinos, ni de la Atitania y que devuelvan á Demetrio de Pharos sus parientes, que retienen en sus Estados. Si los romanos os declaran la guerra, ó á nosotros, entonces nos socorreremos los unos á los otros, según la necesidad; lo mismo haremos si cualquiera otro nos declara la guerra, exceptuando los reyes, las ciudades y naciones que sean nuestras amigas y aliadas. Si consideramos conveniente añadir algo á este tratado ó restringirlo, lo haremos de común consentimiento.„

mando á L. Valerio Ancias, con orden de hacer guardar separadamente á los legados uno en cada nave, impidiendo que hablasen ni se concertasen por ningún medio. Por esta época regresó A. Cornelio Mammula de Cerdeña, donde mandaba; en Roma expuso el estado en que se encontraban los asuntos de aquella isla; que solamente se pensaba en la guerra y la sublevación; que su sucesor Q. Mucio, atacado á su llegada por la insalubridad del clima y de las aguas, se encontraba invadido por una enfermedad, no peligrosa, pero sí larga, que le impediría por mucho tiempo sostener el peso de la guerra; que el ejército, bastante fuerte para ocupar un país tranquilo, era insuficiente para las necesidades de la guerra que parecía iba á estallar. El Senado decretó que Q. Fulvio Flaco alistase cinco mil infantes y cuatrocientos caballos; que todo lo más pronto posible haría pasar á Cerdeña esta legión, cuyo mando encargaría á un jefe elegido por él, quien dirigiría las operaciones hasta que se restableciese Mucio. Encargóse de esta misión T. Manlio Torcuato, que había sido dos veces cónsul y censor, y que durante su consulado había sometido á los sardos. Casi por este mismo tiempo, la flota que los cartagineses habían enviado á Cerdeña, á las órdenes de Asdrúbal, denominado el Calvo, fue juguete de una tempestad tremenda que les arrojó hacia las islas Baleares, donde tuvo que barar las naves para repararlas (porque no habían sufrido solamente las jarcias, sino también los cascos). Estos trabajos detuvieron á Asdrúbal durante algunos días.

Después de la batalla de Cannas, el agotamiento de fuerzas por un lado, y la molicie de los ánimos por otro, habían hecho languidecer la guerra en Italia. Los campanios emprendieron solos la obra de someter Cumas á su dominio, y al principio emplearon la intriga para separarla de Roma; pero como no consiguieron su objeto,

pusieron en planta un ardid para apoderarse de ella. Todos los pueblos de la Campania celebran un sacrificio anual en Hamas, y se hizo saber á los habitantes de Cumas que acudiría á él el Senado de Capua, rogándoles que enviasen también su Senado, con objeto de tratar para que en adelante no tuviesen los dos pueblos más que los mismos aliados y los mismos enemigos. Los capuanos debían reunir allí bastantes soldados armados para que no hubiese peligro alguno que temer de parte de los romanos ó de los cartagineses. Los habitantes de Cumas, aunque sospechando alguna perfidia, aceptaron con la seguridad de ocultar por este medio su propia astucia. Entretanto el cónsul romano T. Sempronio había encontrado sus tropas en Sinuesa, donde les había mandado reunirse en día fijo. Allí, después de purificar su ejército con las ceremonias acostumbradas, cruzó el Vulturno y fué á acampar en las cercanías de Literno. Como el ejército estaba inactivo, frecuentemente hacía dar largos paseos á los soldados, para acostumbrar á los nuevos, la mayor parte esclavos alistados voluntariamente, á seguir las enseñas y á encontrar sus filas en el campo de batalla. Un cuidado ocupaba principalmente al general: había recomendado con especialidad á los legados y tribunos «que á nadie se dijese lo más mínimo relativamente á su primera condición para evitar que se introdujese la discordia en las filas del ejército; que los veteranos consintiesen se les colocase en la misma fila que los bisoños, el hombre libre que el alistado voluntario; que era necesario considerar como personas honradas y bien nacidas á todos aquellos á quienes el pueblo romano había confiado sus armas y enseñas; que la fortuna que había obligado llegar á tales medidas, exigía que fuesen mantenidas.» Observáronse con tanto cuidado estas órdenes por los soldados y los jefes, y muy pronto reinó tan buen acuer-

do en el ejército, que casi se olvidó de qué condición había salido cada uno para ser soldado. Entretanto entérase Graco, por legados venidos de Cumas, de la proposición que les habían hecho los campanios pocos días antes y de lo que les habían contestado. La fiesta había de celebrarse tres días después, debiendo asistir, no solamente el Senado de Capua, sino también un ejército campanio, que formaría campamento. Graco manda á los habitantes de Cumas que lleven á la ciudad todo lo que tengan en el campo, y que permanezcan ellos mismos en sus murallas; y la víspera del día señalado para el sacrificio, marcha y acampa cerca de Cumas, de la que dista tres millas. Siguiendo su plan, los campanios se habían reunido ya en considerable número, y cerca de allí se había puesto en emboscada el Medixtútico Mario Alfio (título del magistrado supremo de Capua), al frente de catorce mil soldados, mucho más ocupado en disponer los preparativos del sacrificio y asegurar el éxito de su trama, que en vigilar la fortificación de su campamento y demás trabajos militares. La celebración del sacrificio en Hamas duró tres días; la fiesta tenía lugar durante la noche, pero solamente en su primera mitad. Graco decidió aprovechar este instante, y colocó centinelas en las puertas para que nadie pudiese divulgar su proyecto. En la décima hora del día mandó á los soldados comer y descansar, con objeto de que á primera noche pudiesen reunirse á una señal convenida: en la primera vigilia hizo levantar las enseñas, parte en silencio y llega á media noche delante de Hamas al campamento de los campanios, mal guardado como debía acontecer durante una fiesta nocturna; y entrando por todas las puertas á la vez, les encuentra á unos entregados al sueño, á otros que regresaban sin armas del sacrificio y les extermina á todos. En esta sorpresa nocturna perecieron más de dos mil campanios, con su

jefe Mario Alfio, y les cogieron treinta y cuatro enseñas.

Graco no llegó á perder cien hombres al apoderarse del campamento enemigo: sin embargo, se apresuró á retirarse á Cumas, porque temía á Aníbal, que tenía su campamento al otro lado de Capua, sobre el monte Tifato. Y no tuvo que arrepentirse de su prudencia; porque en cuanto se conoció en Capua la derrota, sabiendo Aníbal que el ejército de Graco lo formaban en su mayor parte soldados bisoños y esclavos, creyó que lo iba á encontrar en Hamas, ebrio de alegría y orgullo después de aquel triunfo, y ocupado en despojar á los vencidos y apoderarse del botín. Apresuradamente llevó algunas tropas ligeras al otro lado de Capua; encontrando en seguida á los campanios en fuga, á quienes dió escolta para que les acompañase á Capua, adonde hizo trasladar los heridos en carros. Cuando llegó á Hamas, encontró el campamento abandonado por el enemigo, no viendo más que rastros recientes de la matanza, y aquí y allá cadáveres de sus aliados. Algunos le aconsejaron marchar en el acto sobre Cumas y sitiarla; pero, á pesar de su vehemente deseo de poseer al menos la ciudad marítima de Cumas á falta de Nápoles, del que no había podido apoderarse, no habiendo llevado los soldados, en la precipitación de la partida, más que sus armas, tuvo que retirarse á su campamento de Tifato. Pero asediado por los ruegos de los campanios, á la mañana siguiente volvió delante de Cumas con todos los aparatos de sitio. Taló los alrededores y colocó su campamento á mil pasos de la ciudad. Graco había permanecido en Cumas, antes por no abandonar en tan mala posición á unos aliados que imploraban su auxilio y el del pueblo romano, que por confianza en sus tropas. Fabio, el otro cónsul, que tenía su campamento en Cales, no se atrevía á hacer pasar el Vulturno

á su ejército; muy ocupado además en consultar nuevos auspicios, tenía que conjurar por otra parte los prodigios que le anunciaban sucesivamente con expiaciones que, según los arúspices, no hacían favorables los presagios.

Estos motivos retenían á Fabio; pero Sempronio estaba sitiado y el enemigo daba ya impulso á los trabajos de ataque. A una inmensa torre de madera que había hecho avanzar contra las murallas, el cónsul opuso sobre las mismas murallas otra más alta. Sobre aquel parapeto, muy elevado ya, había hecho colocar gruesas vigas, que utilizó como base para sus construcciones. Desde lo alto de aquella torre defendieron los sitiados al principio las murallas de la ciudad con piedras, venablos y toda clase de armas arrojadizas; después, cuando vieron que la torre del enemigo estaba cerca del muro y lo tocaba ya, lanzando antorchas encendidas la prendieron fuego por muchos puntos á la vez. Al ver el incendio la muchedumbre de los soldados se lanza fuera de la torre; y al mismo tiempo los romanos, haciendo una salida por dos puertas introducen la confusión entre los enemigos y les llevan hasta su campamento, de tal manera que aquel día pareció que Aníbal estaba sitiado en vez de ser sitiador. Perecieron mil trescientos cartagineses; cincuenta y nueve cayeron prisioneros, porque permaneciendo sin precauciones en su puesto, al pie de las murallas y no esperando ni por asomo una salida, fueron cogidos de improviso. Antes de que los enemigos se repusieran de su repentino temor, dió Graco la señal de retirada, y marchó á la ciudad con sus tropas. A la mañana siguiente, creyendo Aníbal que embriagado el cónsul con su victoria no rehusaría un combate á campo abierto, formó sus tropas en batalla entre el campamento y la ciudad. Pero viendo que el general romano se atenía á las precaucio-

nes ordinarias para la defensa de la plaza, sin conceder nada á temerarias esperanzas, se retiró á su campamento de Tifato, sin haber podido conseguir nada. En el momento mismo en que quedaba levantado el sitio de Cumas, T. Sempronio, denominado Longo, consiguió también una ventaja cerca de Grumento, en Lucania, sobre el cartaginés Hannón. Matóle más de dos mil hombres, perdiendo él doscientos ochenta, y se apoderó de cuarenta y una enseñas. Arrojado de Lucania, Hannón se retiró al Brucio. Tres ciudades de hirpinos, que habían abandonado el partido de los romanos, Vercelio, Vescelio y Sicilino, las tomó por asalto el pretor M. Valerio. Los autores de la defección fueron decapitados. Vendiéronse mil cautivos en subasta, abandonóse á los soldados el resto del botín, y el ejército regresó á Luceria.

Cuando ocurrían estas cosas en Lucania y en el país de los hirpinos, las cinco naves que llevaban á Roma los diputados prisioneros de Macedonia y de Cartago, después de haber seguido casi toda la costa de Italia, para pasar del mar superior al inferior, cruzaron delante de Cumas. Ignorando Graco si eran amigas ó enemigas, envió algunas naves á su encuentro; y sabiendo á su vez los del convoy que Graco se encontraba en Cumas, fondearon allí, entregando al cónsul los prisioneros y sus cartas. El cónsul leyó toda la correspondencia de Aníbal con Filipo, puso su sello en todos los documentos, y los remitió por tierra al Senado, llevando por mar los legados á Roma, adonde llegaron casi al mismo tiempo que las cartas, siendo interrogados y concordando sus respuestas con los documentos. Al pronto dominaron crueles inquietudes al Senado, cuando vió que Roma, capaz apenas de resistir las armas de Cartago, iba á tener que resistir también el abrumador peso de una guerra con Macedonia. Sin embargo, lejos de

abatirse, ocupóse inmediatamente de separar este enemigo de la Italia, adelantándose en el ataque. Los prisioneros fueron encarcelados y las gentes de su comitiva vendidas en subasta. A las veinticinco naves que mandaba P. Valerio Flaco añadiéronse por un decreto otras veinte dispuestas á navegar. Estas naves, equipadas y listas, con las cinco que habían traído los legados prisioneros, formaban una flota de cincuenta velas, que partió de Ostia para Tarento. P. Valerio Flaco recibió orden de embarcar los soldados de Varrón que mandaba en Tarento el legado L. Apustio, y no limitarse con sus cincuenta naves á proteger las costas de Italia, sino que procurase adquirir algunos informes acerca de la guerra de Macedonia; que si los propósitos de Filipo concordaban con las cartas y confesiones de los legados, escribiese al pretor M. Valerio para instruirle; que entonces M. Valerio, dejando el mando del ejército al legado L. Apustio, se uniese á la flota en Tarento, y desde allí, pasando á Macedonia, intentase todos los esfuerzos para contener á Filipo en su reino. Con objeto de atender á las necesidades de la flota y á los gastos de la guerra de Macedonia, se dispuso del dinero que había sido remitido á Ap. Claudio en Sicilia, para devolverlo al rey Hierón. El legado L. Apustio lo hizo llevar á Tarento; Hierón remitió á su vez doscientos mil modios de trigo y cien mil de cebada.

Mientras se ocupaban los romanos de estos preparativos, una de las naves capturadas y enviadas á Roma consiguió escapar y regresar á Filipo, enterándose por este medio el rey de que sus legados habían sido cogidos con las cartas. Ignorando lo que habían convenido con Aníbal y la contestación que habían de darle los embajadores cartagineses, dirigióle otra embajada con iguales instrucciones. Formábanla Heráclito, llamado Scotino, Critón Beroceo y Sositheo Magues. Estos consiguieron

llevar y traer los despachos; pero pasó el verano antes de que el rey pudiese ponerse en movimiento é intentar alguna empresa. Así, pues, la captura de una sola nave y de los embajadores que llevaba, bastó para retrasar la guerra que amenazaba á Roma. Fabio había pasado el Vulturno, después de haber expiado al fin los prodigios, y los dos cónsules obraban de acuerdo en las inmediaciones de Capua. Fabio tomó por asalto Compulteria, Trébula y Satícula, que habían pasado á los cartagineses, haciendo prisioneras allí las guarniciones que había dejado Aníbal, y con ellas considerable número de campanios. Como en el año anterior, en Nola el Senado estaba por los romanos y el pueblo por Aníbal, formándose secretas tramas para matar á los nobles y entregar la ciudad. Con objeto de destruir estas maquinaciones, Fabio hizo pasar su ejército entre Capua y el campamento que Aníbal había establecido en lo alto del monte Tifato, marchando á establecerse por encima de Suesula, en el campamento de Claudio, desde donde envió al procónsul M. Marcelo con las tropas que mandaba para guarnecer á Nola.

El pretor P. Manlio dirigía en Cerdeña las operaciones, que habían quedado abandonadas desde que el pretor L. Mucio cayó gravemente enfermo. Manlio había barado sus naves largas cerca de Carales, y armado las tripulaciones para emplearlas en tierra; reuniéndolas con el ejército del pretor, cuyo mando tomó, formó un cuerpo de veintidós mil hombres de á pie y mil doscientos caballos. Al frente de este ejército entró en territorio enemigo, acampando cerca de Hampsícora. Encontrábase éste á la sazón con los sardos pélitos, procurando sublevar á los jóvenes para aumentar sus fuerzas. En el campamento mandaba su hijo Hiosto, que dominado por el ardor natural de la juventud, trabó temerariamente el combate, siendo derrotado y puesto en fuga.

Perecieron en la batalla cerca de tres mil sardos, quedando prisioneros unos ochocientos. El resto del ejército, después de dispersarse por campos y bosques, se refugió en el paraje donde se decía que se había retirado su jefe, en una ciudad llamada Corno, capital de la comarca. Este combate hubiese puesto fin á la guerra de Cerdeña, si la flota cartaginesa, que una tempestad arrojó á las Baleares, no hubiese llegado á tiempo con su jefe Asdrúbal para dar á los sardos alguna esperanza de comenzarla otra vez. Al enterarse Manlio de que los cartagineses habían desembarcado, se retiró á Carales, y Hampsícora aprovechó la ocasión para unirse al general cartaginés. Asdrúbal desembarcó sus tropas y despidió la flota para Cartago; en seguida, guiado por Hampsícora, marchó á talar los campos de los aliados del pueblo romano, y hubiese llegado hasta Carales, si el encuentro del ejército de Manlio no le hubiese detenido en medio de sus devastaciones. Al principio se establecieron los dos campamentos á cierta distancia uno de otro, y pronto se trabaron escaramuzas, combates sin importancia, en los que se equilibraba el resultado. Al fin se formaron en batalla las tropas, los dos ejércitos se atacaron y durante cuatro horas lucharon con encarnizamiento. Los cartagineses, reducidos á ellos solos, porque los sardos estaban acostumbrados á ser vencidos fácilmente, mantuvieron por largo tiempo indecisa la victoria; pero cuando quedó cubierta toda la llanura de sardos fugitivos ó muertos, ellos también tuvieron que ceder; y cuando comenzaron á volver la espalda, rodeóles el ejército romano por el lado donde había derrotado á los sardos; desde aquel momento el combate se trocó en matanza, pereciendo doce mil enemigos entre sardos y cartagineses, quedando prisioneros cerca de siete mil setecientos y cogiéndose veintisiete enseñas.

Lo que más esclarecida y memorable hizo esta bata-

lla, fué la captura del general enemigo Asdrúbal, de Hannón y de Magón, nobles cartagineses. Magón pertenecía á la familia de los Barca, siendo pariente cercano de Asdrúbal. Hannón había sublevado á los sardos, siendo él indudablemente quien les había impulsado á emprender aquella guerra. No dejaron de contribuir también á hacer célebre este combate los desastres de los generales sardos. Hiosto, el hijo de Hampsícora, pereció en el campo de batalla; el mismo Hampsícora huyó con unos cuantos jinetes, y cuando, para colmo de desgracia, supo la muerte de su hijo, por la noche, para que nadie se opusise á sus designios, se mató. Los demás se refugiaron de nuevo en Corno. Manlio, al frente de su ejército victorioso, puso sitio á la ciudad y se apoderó de ella en pocos días. Otras ciudades que se habían declarado por Hampsícora y los cartagineses dieron rehenes y se rindieron á discreción. Manlio, teniendo en cuenta los recursos de cada una, las castigó con una contribución en granos y dinero, y volvió con el ejército á Carales. Allí botó al mar sus naves largas, embarcó los soldados que había llevado, y regresó á Roma para anunciar que la Cerdeña estaba completamente sometida; entregó el dinero á los cuestores, los granos á los ediles y los prisioneros al pretor Fulvio. En esta misma época, el pretor Tito Otacilio, que con una flota de cincuenta naves, había pasado de Lilibea á África y devastado allí el territorio de Cartago, se dirigía hacia Cerdeña, donde decían que había marchado Asdrúbal al dejar las Baleares. Cuando encontró la flota cartaginesa que regresaba al África, trabóse ligero combate en alta mar y Otacilio capturó siete naves con sus tripulaciones. El miedo y una tempestad dispersaron las restantes. Por este mismo tiempo se acercó á Locres Bomílcar con soldados enviados de Cartago, elefantes y un convoy. Queriendo Ap. Claudio caer

sobre él de improviso, llevó apresuradamente su ejército á Messana, como si intentara visitar la provincia, y favorecido por el viento, pasó á Locres. Pero ya había partido Bomílcar para el Brucio, con objeto de reunirse con Hannón, y los locrinos cerraron sus puertas á los romanos. Apio, después de muchos esfuerzos inútiles, regresó á Messana. En este mismo verano, Marcelo, desde Nola, que ocupaba, hizo frecuentes excursiones contra los hirpinos y los samnitas caudinos, y de tal manera devastó la comarca por medio del hierro y el fuego, que renovó para el Samnio el recuerdo de sus antiguos desastres.

Los dos pueblos enviaron legados á la vez al cartaginés, á quien hablaron en estos términos: «Aníbal, en otro tiempo fuimos enemigos del pueblo romano, mientras nuestras armas y nuestras fuerzas pudieron sostenernos. Cuando confiamos poco en ellas, nos aliamos con el rey Pirro; abandonados por éste, aceptamos una paz que nos era necesaria; en este estado nos hemos mantenido durante cerca de cincuenta años, hasta el momento en que llegaste á Italia. Tu valor, tu fortuna, tu bondad, nos sedujeron entonces, y más que todo, la benevolencia especial con nuestros conciudadanos cautivos, á quienes nos enviaste; de manera que incólume tú, amigo y aliado nuestro, no hubiésemos temido, no digo ya al pueblo romano, sino que tampoco á la cólera de los dioses, si podemos hablar así. Hoy ningún peligro te amenaza, eres vencedor, estás cerca de nosotros, tanto que casi podrías oir los gemidos de nuestras esposas y de nuestros hijos al contemplar nuestras casas ardiendo, y sin embargo, viendo los estragos de que hemos sido víctimas más de una vez en esta guerra, parece que Marcelo y no Aníbal venció en Cannas; así es que los romanos dicen con orgullo, que enérgico para descargar el golpe, languideces una vez

clavado el aguijón. Durante más de cien años hicimos la guerra á los romanos, sin el socorro de ningún general, de ningún ejército extranjero, exceptuando dos años en los que Pirro, antes aumentó con nosotros las fuerzas de su ejército, que nos protegió con sus soldados. No quiero celebrar nuestra fortuna, no quiero hablar de dos cónsules, de dos ejércitos consulares que hicimos pasar bajo el yugo, ni de todo aquello en que conseguimos triunfo y gloria. En cuanto á lo que entonces tuvimos que experimentar de cruel y desastroso, el recuerdo nos es más fácil de soportar que las desgracias que nos abruman hoy. En aquellos tiempos, ilustres dictadores con sus jefes de los caballeros, los dos cónsules con los dos ejércitos consulares, invadían nuestro territorio; pero antes hacían reconocimientos, establecían reservas, conservaban el ejército entero bajo enseñas, cuando venían á talar nuestros campos. Ahora somos presa de corta guarnición destinada únicamente á la defensa de Nola. Y ni siquiera forman manípulos esos soldados, sino que á manera de ladrones, recorren nuestro país, con más descuido que si pasasen por territorio de Roma. Pues bien; la culpa es tuya, porque no nos defiendes, y porque retienes bajo tus enseñas á todos nuestros jóvenes, que nos protegerían si estuviesen aquí. Comprendo que sería desconocerte y desconocer á tu ejército pensar que sería difícil á quien deshace y pone en fuga á tantos ejércitos romanos, aplastar á esos merodeadores que vagan sin enseñas y andan allí donde les lleva la esperanza, aunque frustrada, de recoger algún botín. Algunos númidas bastarán para esto, y de esa manera destruirás esa guarnición enviada contra Nola y contra nosotros, con tal de que habiéndonos creído dignos de ser aliados tuyos, no nos creas indignos de tu protección, después de concedernos tu amistad.»

Aníbal contestó que «los hirpinos y samnitas lo hacían todo á la vez, mostraban sus pérdidas, pedían socorro y se quejaban de que se les dejase indefensos y sin protección. Que era necesario advertir primero, después pedir auxilio; y en fin, si el socorro se negaba, quejarse por haber implorado en vano. En cuanto á él, no llevaría el ejército al territorio de los hirpinos, ni al de los samnitas, por temor de tenerlos á su cargo; pero que acamparía tan cerca de ellos como pudiese, sobre el territorio de los aliados de Roma, enriqueciendo á sus soldados con el pillaje, mientras que por el terror llevaría al enemigo lejos de los hirpinos y los samnitas. En cuanto á la guerra con Roma, si la victoria del Trasimeno había sido más brillante que la de Trevia, y la de Cannas más que la del Trasimeno, con otra victoria más grande y más ilustre aún sabría eclipsar la de Cannas.» Con esta respuesta y cargados de regalos despidió á los legados; y él mismo, dejando algunas tropas en el campamento de Tifato, se dirigió á Nola con el resto del ejército. Hannón, por su parte, acudió del Brucio con los refuerzos y elefantes que había traído de Cartago. Aníbal se colocó cerca de la ciudad, y allí, después de tomar informes, supo cosas muy distintas de las que le había referido la legación de sus aliados. Nada hacía Marcelo de modo que se pudiese acusar de entregarse á la casualidad ó al enemigo; no salía á reconocer y talar el territorio sin fuerte escolta y después de asegurar bien la retirada. Había atendido á todo y tomado precauciones como si se encontrase delante de Aníbal. En cuanto se enteró de la aproximación del enemigo, mantuvo sus tropas detrás de las murallas, y mandó á los senadores de Nola pasear por las murallas y examinar lo que ocurría en el campamento enemigo. Entonces se acercó Hannón y pidió una entrevista á dos de ellos, Herennio Baso y Herio Pecio, quienes salieron con per-

miso de Marcelo, hablándoles Hannón por medio de un intérprete. Celebró extraordinariamente el valor y la fortuna de Aníbal, y rebajó la majestad del pueblo romano, del que decía iba envejeciendo lo mismo que sus fuerzas. «Y aunque sus fuerzas, añadía, fuesen hoy lo que eran en otro tiempo, después de experimentar cuán dura era para los aliados la dominación romana, cuánta bondad, por el contrario, había mostrado Aníbal con los prisioneros italianos, los habitantes de Nola, debían preferir la alianza y amistad de Cartago á la de Roma. Si los dos cónsules con los dos ejércitos estuviesen delante de Nola, no resistirían mejor á Aníbal de lo que le resistieron en Cannas; menos podrá defender la ciudad un pretor con algunos soldados bisoños. Mucho más importante era para ellos que Nola se entregase, y que no la tomasen por asalto. Aníbal se apoderaría de ella como se había apoderado de Capua y de Nuceria. Pero la diferente suerte de las dos ciudades debían conocerla los habitantes de Nola, colocados, por decirlo así, entre ellas. No quería predecirles las desgracias que caerían sobre su ciudad tomada por asalto; prefería prometerles que si entregaban á Marcelo con la guarnición de su ciudad, ellos solos arreglarían las condiciones con que ajustarían alianza y amistad con Aníbal.»

Herennio Baso contestó: «que desde muchos años existía entre el pueblo romano y el de Nola una amistad de la que, hasta entonces, ninguno había tenido por qué arrepentirse; que si habían querido cambiar con la fortuna, era ya demasiado tarde para hacerlo; que para rendirse á Aníbal, no hubiesen pedido guarnición romana; que todo era común y lo sería hasta el último momento entre ellos y los romanos, que habían venido para protegerlos.» Esta entrevista quitó á Aníbal la esperanza de apoderarse de Nola por traición, y rodeó, por tanto, la ciudad con sus tropas, con objeto de atacar las

murallas por todas partes á la vez. En cuanto le vió Marcelo bajo los parapetos, formó su ejército en batalla en el interior de la ciudad, lanzándose en seguida briosamente fuera de las puertas. En este primer choque fueron sorprendidos y muertos algunos cartagineses, pero muy pronto acudieron por ambas partes á reunirse con los combatientes; las fuerzas fueron iguales entonces y se anunció combate terrible. Hubiérase contado sin duda esta batalla en el corto número de las más memorables, si la lluvia que caía á torrentes no hubiese separado á los dos ejércitos. Después de un combate poco importante, que no hizo otra cosa que despertar el valor, los romanos entraron en la ciudad y los cartagineses en su campamento. Los cartagineses, sorprendidos al principio por aquella salida, habían perdido unos treinta hombres, los romanos ni uno. Toda la noche continuó lloviendo sin interrupción y hasta la tercera hora del día siguiente. Así, pues, aquel día, á pesar de su vehemente deseo de venir á las manos, los dos partidos se mantuvieron en sus fortificaciones. Al día siguiente envió Aníbal tropas que talasen el territorio de Nola. En cuanto lo observó Marcelo, salió en seguida en batalla; Aníbal no retrocedió. Una milla próximamente separaba la ciudad del campamento, y en esta explanada (porque todo es llano alrededor de Nola) se trabó la acción. Los gritos lanzados por una y otra parte llamaron al combate, que ya estaba comprometido, á las cohortes más inmediatas de las que habían salido á talar los campos. Los habitantes de Nola á su vez se reunieron al ejército romano. Marcelo les alabó mucho; pero les mandó que permaneciesen con la reserva, retirar los heridos y no mezclarse á la batalla si no les daba la señal.

El combate estaba equilibrado; todos desplegaban energía, los jefes para animar á los soldados, los soldados para pelear. Marcelo grita á los suyos que rechacen viva-

BIBLIOTECA PÚBLICA

mente al enemigo; que aquellos son los mismos hombres á quienes habían vencido hacía tres días y que poco antes habían sido rechazados de Cumas; que él mismo, el año anterior, con otro ejército, les había arrojado de enfrente de Nola. «No están todos en el combate; los merodeadores recorren los campos, y los que pelean están enervados por las delicias de Capua, por el vino, por las cortesanas, por un invierno entero de desórdenes. Ya no conservan el vigor, la energía de otro tiempo: han perdido aquella fuerza del cuerpo, aquel valor que les hizo atravesar los Pirineos y los Alpes. Ya no son más que los restos de aquellos cartagineses, apenas capaces hoy de sostener las armas y sostenerse ellos mismos. Capua ha sido Cannas para Aníbal. En Capua han perecido para siempre su valor, su disciplina, su antigua gloria y sus esperanzas para lo venidero.» Con estas palabras tan despreciativas para el enemigo, procuraba Marcelo animar á los suyos. Aníbal dirigía á los cartagineses reconvenciones mucho más amargas aún, diciendo que «reconocía sin duda las armas, las enseñas que había visto, que había dirigido en el Trevia, en Trasimeno y últimamente en Cannas; pero sin duda había llevado á invernar en Capua otro ejército que el que acababa de sacar de allí. ¿Es un legado romano, una sola legión, un ala sola de caballería la que no podéis resistir con todos vuestros esfuerzos, vosotros á quienes jamás pudieron resistir dos ejércitos consulares? ¿Será la segunda vez que nos ataque Marcelo con soldados bisoños y algunos habitantes de Nola sin que le hagamos arrepentirse? ¿Dónde está aquel soldado que arrancó de su caballo al cónsul C. Flaminio y le cortó la cabeza? ¿Dónde está el que mató á L. Paulo en Cannas? ¿Están enmohecidas vuestras lanzas? ¿Ocurre aquí algún prodigio? En otro tiempo, inferiores en número, estabais acostumbrados á vencer; hoy, en gran número

contra un puñado de hombres, apenas podéis resistir. Valientes en palabras, os vanagloriabais de tomar á Roma por asalto, si alguno os llevaba allí. Ahora el asunto es más fácil, pero quiero probar aquí vuestra fuerza y vuestro valor. Apoderaos de Nola, ciudad en la llanura, sin río, sin mar que la proteja; y cuando os encontréis cargados con los despojos de una ciudad tan opulenta, os llevaré, os seguiré adonde queráis.

Ni alabanzas ni reconvenciones robustecieron su valor. Por todas partes fueron rechazados; mientras que los romanos se animaban con las exhortaciones de sus jefes y con los gritos de los habitantes de Nola, que les mostraban así su buen deseo y alentaban su ardor en el combate, los cartagineses volvieron la espalda y fueron rechazados á su campamento. Los soldados romanos querían sitiarles allí; pero Marcelo les hizo regresar á Nola en medio de los alegres vítores y aclamaciones del mismo pueblo que antes se inclinaba á los cartagineses. El enemigo perdió aquel día cinco mil hombres, cogiéndoles seiscientos con diez y nueve enseñas y dos elefantes. Los romanos no tuvieron mil muertos. El siguiente día, por tácita tregua, se empleó en enterrar los muertos de cada bando. Marcelo quemó los despojos del enemigo, en cumplimiento de un voto que había hecho á Vulcano. Tres días después (creo que por disgusto ó con esperanza de mayor paga) mil doscientos sesenta jinetes númidas y españoles se pasaron á Marcelo, y, durante aquella guerra, tuvieron muchas ocasiones los romanos de congratularse de su valor y fidelidad. Terminada la guerra, los españoles recibieron tierras en España y los númidas en Africa, en recompensa de su valor. Aníbal envió desde Nola al Brucio á Hannón con las tropas que había traído, y él mismo marchó á invernar en la Apulia, deteniéndose cerca de Arpi. En cuanto supo Q. Fabio que Aníbal había partido para la Apulia,

hizo llevar trigo de Nola y de Nápoles al campamento situado sobre Suesula; reforzó las fortificaciones, y dejando bastantes tropas para defenderle durante el invierno, acercóse á Capua, entrando á fuego y sangre en la Campania; hasta el punto de que los campanios se vieron obligados, aunque no confiaban mucho en sus fuerzas, á salir de la ciudad y establecer un campamento en la llanura bajo sus murallas. Tenían seis mil soldados; su infantería era mala, y algo mejor su caballería, por lo que la empleaban siempre en hostigar á los romanos. Había en Capua multitud de caballeros muy distinguidos, pero el más valiente de todos, sin duda alguna, era Cerrino Jubelio, denominado Taurea. Este era también ciudadano romano. Tal era su superioridad, que en el tiempo en que servía en el ejército romano, un solo hombre, Claudio Aselo, le igualaba como jinete. Un día le buscó largo rato con la vista Taurea al frente de la caballería enemiga, que recorría á caballo: en todas las filas reinaba silencio: Taurea preguntó: «¿dónde está Claudio Aselo? Después de disputarle por tanto tiempo con palabras la superioridad, ¿por qué no venía á combatir y á dejarle ricos despojos si era vencido, ó tomar los de Taurea si quedaba vencedor?»

Comunicaron el reto á Aselo, que se encontraba en el campamento, y solamente se detuvo para preguntar al cónsul si le permitia combatir fuera de las filas al enemigo que le provocaba. Obtenido el permiso, coge en seguida las armas, avanza á caballo más allá de las guardias, y llamando á Taurea, le grita que le espera para combatir en el paraje que él mismo elija. Multitud de romanos habían acudido para presenciar la pelea, y las fortificaciones de los campanios y hasta los muros de la ciudad estaban cubiertos de espectadores. Aumentando el interés del espectáculo con sus orgullosos desafíos, los dos adversarios enristraron sus lanzas y pi-

caron las caballos; pero como el espacio estaba libre, el combate se prolongaba sin lesión de los adversarios. Entonces dijo el campanio al romano: «Combatirán los caballos y no los jinetes si no nos retiramos de esta llanura. Entremos en ese camino hondo: ahí no podremos esquivar los golpes y nos atacaremos de cerca.» Apenas lo dijo, lanzó Claudio su caballo al camino; pero Taurea, más valiente en palabras que en obras, exclamó: «¡Espera á que yo arroje mi caballo en un foso!» Dicho que ha venido á ser proverbial en los campos. Claudio, después de recorrer por largo tiempo el camino en toda su extensión sin encontrar á su enemigo, volvió á la llanura acusándole de cobardía, y regresó vencedor al campamento en medio de aplausos y felicitaciones. Algunos relatos añaden á este combate de dos caballeros una circunstancia verosímil, puesto que generalmente se cree, pero que en realidad es maravillosa: dícese que Claudio, persiguiendo á Taurea, que huía hacia la ciudad, entró por una puerta que había quedado abierta, y salió por otra, sin que los enemigos le tocasen: tan estupefactos estaban.

Desde entonces permanecieron inactivos los dos campamentos y hasta el cónsul se retiró algo, para que los campanios pudiesen sembrar sus campos, no realizando daños en el territorio hasta que las mieses estuvieron bastante altas para forrajear. El forraje lo trasladaron al campamento de Claudio sobre Suesula, donde hizo construir barracas para que el ejército pasase allí el invierno. Mandó al procónsul M. Claudio que no dejase en Nola más que la guarnición necesaria para su defensa, y que enviase el resto del ejército á Roma, con objeto de evitar cargas á los aliados y gastos á la república. También trajo T. Graco sus legiones de Cannas á Luceria, en la Apulia. Desde allí envió á Brundusium al pretor M. Valerio con el ejército que mandaba en-

tonces en Luceria, y le encargó la protección de las costas de los salentinos y atender á todo lo que se refería á Filipo y la guerra de Macedonia. Al terminar este verano, en el que ocurrió lo que acabamos de referir, recibiéronse de Publio y Cneo Escipión cartas en las que anunciaban los felices é importantes triunfos que habían conseguido en España. Pero al mismo tiempo decían que no tenían dinero para las pagas, que el ejército carecía de ropas y de trigo, y las tripulaciones de la flota, de todo lo necesario. Que en cuanto al sueldo, si el tesoro estaba exhausto, procurarían conseguir dinero de los españoles; pero que todo lo demás habían de enviarlo de Roma y muy pronto; que este era el único medio de conservar el ejército y la provincia. Después de la lectura de las cartas, todos reconocieron la verdad de cuanto decían y la justicia de las peticiones; pero se pensaba también en los inmensos ejércitos de mar y tierra que sostenían, y en la nueva y considerable flota que habría que equipar muy pronto si estallaba la guerra con Macedonia. La Sicilia y la Cerdeña, que antes de la guerra pagaban sus tributos, apenas podían mantener los ejércitos que las ocupaban; el impuesto tenía que bastar á todos los gastos, precisamente cuando el número de los que lo pagaban había disminuído, por las enormes pérdidas que habían tenido los ejércitos en el Trasimeno y en Cannas; si agobiaban con sucesivos impuestos al corto número de los supervivientes, sucumbirían bajo esta nueva calamidad. Así, pues, el crédito solamente podía sostener á la república y no sus propios recursos. Necesario era que el pretor Fulvio se presentase en la asamblea del pueblo, que le hiciese patente las necesidades del Estado, y que comprometiese á los ciudadanos que habian aumentado su caudal en el manejo de los fondos públicos, á que prestasen por algún tiempo dinero al Estado que les había enri-

quecido, y á que suministrasen al ejército de España todo lo que necesitaba, á condición de que se les pagaría los primeros en cuanto hubiese fondos en el tesoro. Tal fué el discurso del pretor al pueblo; añadiendo además qué día adjudicaría el suministro de ropas y víveres para el ejército de España, y también de cuanto necesitasen las tripulaciones de la flota.

Cuando llegó el día se presentaron tres sociedades, compuestas de diez y nueve ciudadanos, que se encargaron de los suministros, exigiendo dos condiciones: que quedarían exentos del servicio militar mientras durase aquel servicio público, y que el Estado les garantizaría contra el enemigo y las tempestades, todo lo que embarcasen. Concedidas estas dos condiciones, se encargaron de los suministros, y este servicio se hizo con el dinero de los particulares. Estos sentimientos, este amor á la patria, unían con indisolubles lazos á todas las clases del pueblo. Generosamente se aceptaron todos los contratos, y todos se ejecutaron con escrupulosa fidelidad, como si el tesoro público los hubiese sostenido con toda su opulencia como en otro tiempo. Cuando llegaron los convoyes, Asdrúbal, Magón y Hamílcar, hijo de Bomílcar, sitiaban á Iliturgi, que había pasado á los romanos. Los Escipiones, después de un encarnizado combate en el que exterminaron á cuantos se oponían á su paso, llegaron á través de los tres campamentos hasta la ciudad de los aliados, y la proveyeron de trigo cuando mayor era la escasez. Exhortando entonces á los habitantes para que defendiesen las murallas con tanto valor como habían visto á los romanos combatir por ellos, llevaron su ejército al mayor de los tres campamentos, que era el de Asdrúbal. Viendo los dos generales cartagineses que el lance era decisivo acudieron con sus ejércitos, comenzando la batalla en cuanto salieron las tropas del campamen-

to. Aquel día tenían en línea los enemigos sesenta mil hombres y los romanos unos diez y seis mil, y sin embargo, tan poco dudosa fué la victoria, que los romanos mataron más enemigos que combatientes tenían. Cogiéronles más de tres mil hombres, cerca de mil caballos, cincuenta y nueve enseñas y siete elefantes, habiendo matado cinco en el combate. Los romanos se apoderaron de los tres campamentos: quedó levantado el sitio de Iliturgi, pero los ejércitos cartagineses marcharon á ponerlo á Intibili. La provincia había llenado los huecos de sus filas; siendo de todas la más ávida de guerra, con tal de que pudiese esperarse botín ó buena paga, y en aquella época su población era muy numerosa. Los ejércitos trabaron otro combate con iguales resultados que el anterior. Los enemigos perdieron más de trece mil hombres, cogiéndoles más de dos mil con cuarenta y dos enseñas y nueve elefantes. Entonces casi todos los pueblos españoles pasaron á los romanos, y en esta época los acontecimientos de España fueron mucho más importantes que los de Italia.

FIN DEL LIBRO XXIII.

LIBRO XXIV.

SUMARIO.

Jeronimo de Siracusa abraza el partido de los cartagineses.—Sus súbditos le asesinan.—El procónsul T. Sempronio Graco derrota á los cartagineses mandados por Hannón.—Sitio de Siracusa por el cónsul Claudio Marcelo.—Declaración de guerra á Filipo, rey de Macedonia.—Derrota y fuga del rey.—P. y Cn. Escipión consiguen ventajas sobre los cartagineses en España.—Alianza con Sifax, rey de Numidia.—Derrotado por Masinissa, rey de los masilienos, pasa al país de los maurusienos.—Admítese á los celtíberos como aliados de Roma.—Recibe por primera vez la república soldados mercenarios.

Cuando regresó Hannón de la Campania al Brucio, guiado y ayudado por los brucios, intentó apoderarse de las ciudades griegas, que perseveraban con tanto más empeño en la alianza con los romanos, cuanto que veían con los cartagineses á los brucios, á quienes á la vez odiaban y temían. La primera tentativa se dirigió contra Regio, empleando allí Hannón algunos días inútilmente. Entretanto transportaron apresuradamente los locrinos desde sus campos á la ciudad el trigo, la leña y todas las cosas necesarias á la vida, con el propósito también de no dejar al enemigo nada que pudiese utilizar. Diariamente era más considerable la multitud que

salía por todas las puertas, habiéndose llegado á no dejar en la ciudad más que á los que se obligaba á reparar las murallas y las puertas y á formar montones de armas sobre los parapetos. Esta multitud formada por habitantes de todas edades y condiciones, vagaba por los campos en gran parte desarmada. El general cartaginés Hamílcar lanzó contra ellos algunos jinetes, con prohibición de maltratar á nadie, contentándose con colocar algunas guardias para cortar la retirada á los fugitivos. El mismo general se colocó en una altura desde la que dominaba la campiña y la ciudad, envió bajo sus muros una cohorte de brucios, con orden de llamar á una entrevista á los locrinos principales, de ofrecerles la amistad de Aníbal é invitarles á entregar la ciudad. Al pronto no quisieron creer lo que decían los brucios, pero cuando se presentaron los cartagineses sobre las alturas, y llegaron algunos fugitivos anunciando que el resto del pueblo estaba en poder del enemigo, vencidos por el temor, dijeron que iban á consultar al pueblo. Convocóse inmediatamente la asamblea, todos los hombres sin arraigo se declararon por el cambio y aquella nueva alianza, y aquellos cuyos parientes estaban detenidos fuera de la ciudad por el enemigo se encontraban tan coartados como si hubiesen dado rehenes. Algunos ciudadanos, aunque comprendían cuánto mejor era permanecer fieles á la fe jurada, no se atrevían sin embargo á manifestar su opinión. Reinó, pues, al menos en apariencia, unanimidad para entregarse á los cartagineses. Llevados secretamente al puerto L. Atilio, que mandaba la guarnición romana, y los soldados que la formaban, se les embarcó en naves que debían llevarles á Regio. Entonces recibieron á Hamílcar y á los cartagineses en la ciudad, á condición de que inmediatamente se firmaría un tratado, en el que las dos partes se considerarían iguales; pero estas condiciones

estuvieron á punto de quedar rotas á poco de entregarse la ciudad, porque los cartagineses acusaban á los locrinos de haber empleado la astucia para hacer escapar á los romanos, y los locrinos, por el contrario, pretendían que los romanos habían huído por sí solos. Hamílcar envió caballería para perseguirles en el caso de que los vientos les hubiesen detenido en el estrecho ú obligado á tomar tierra. Los que les perseguían no pudieron alcanzarles, pero vieron otras naves que cruzaban de Mesina á Regio. Eran los soldados romanos que enviaba el pretor Claudio á guarnecer la ciudad. Asdrúbal no pasó ya á Regio. Por orden de Aníbal, las condiciones del tratado con los locrinos fueron estas: «debían continuar libres bajo sus leyes; la ciudad quedaría abierta á los cartagineses y el puerto quedaría en poder de los locrinos; los cartagineses debían ayudar á los locrinos en paz y en guerra, y los locrinos á los cartagineses.»

Alejáronse, pues, los cartagineses del estrecho, y los brucios murmuraron, porque habían tenido que respetar Regio y Locros, que se habían propuesto saquear. Decídense á alistar y armar quince mil hombres de su juventud, y marchan solos contra Crotona, á la que ponen sitio. Crotona era ciudad griega también y marítima, y contaban con aumentar considerablemente su poder si conseguían apoderarse de un puerto de mar rodeado de fuertes murallas; pero experimentaban una inquietud: debían llamar á los cartagineses en auxilio suyo, so pena de parecer que no obraban como aliados; y por otra parte, si los cartagineses habían de hacerse otra vez árbitros de la paz, más bien que auxiliares suyos en sus proyectos de conquista, habrían combatido sin ventaja contra la independencia de Crotona, como antes contra la de Locros. Creyeron, pues, que lo mejor que podían hacer era enviar una legación á Aníbal, y

adoptar precauciones relativamente á él, para que una vez tomada Crotona, perteneciese á los brucios. Aníbal contestó que debían decidir la cuestión los que se encontraban sobre el terreno y los remitió á Hannón, que no les contestó nada terminante; porque ni él, ni Aníbal querían entregar al pillaje una ciudad famosa y rica, y esperaban además que cuando la sitiasen los brucios y fuese evidente que los cartagineses no aprobaban ni secundaban aquel ataque, Crotona se apresuraría á entregarse á Aníbal. Los habitantes de aquella ciudad no estaban unánimes en sus proyectos. Parecía que la misma enfermedad se había propagado por todos los estados de Italia; por todas partes estaban divididas las opiniones del pueblo y de los ciudadanos principales; el Senado estaba por Roma, y el pueblo se pronunciaba por los cartagineses. Un desertor enteró á los brucios de la división de Crotona; que Aristómaco, omnipotente en el pueblo, quiere entregar la ciudad; que en aquel vasto recinto donde tanto distan entre sí los diferentes puntos de las murallas, solamente ocupan los senadores algunos puestos, algunas guardias y que les sería fácil el acceso á todos aquellos puntos que estaban confiados á hombres del pueblo. Animados y guiados por el desertor, los brucios cercan la ciudad, y recibidos por el pueblo, al primer ataque se apoderan de todos los puestos, exceptuando la fortaleza que ocupaban los nobles, quienes desde mucho antes se habían reservado este refugio en previsión de aquella desgracia. También se refugió allí Aristómaco, demostrando con esto que había querido entregar la ciudad á los cartagineses y no á los brucios.

La ciudad de Crotona tenía una muralla de doce mil pasos de circunferencia antes de la llegada de Pirro á Italia. Despoblada por aquella guerra, los habitantes ocupaban apenas la mitad. El río, que primeramente

había atravesado la ciudad, pasaba ahora fuera de los puntos habitados; la fortaleza estaba lejos también de la parte poblada. Encontrábase á seis millas de la ciudad un templo célebre, más célebre aún que la ciudad misma, el de Juno Lacinia (1), muy reverenciado por todos los pueblos de los alrededores. En medio del bosque sagrado, rodeados por espesos y altos abetos, encontrábanse abundantes prados, en los que pacían sin pastores rebaños de toda clase dedicados á la diosa, y cada especie, al acercarse la noche, volvía separadamente á su establo, sin haber sufrido jamás ataques de bestias salvajes ni asechanzas de los hombres. Por esta razón eran considerables los productos de estos rebaños, productos empleados en levantar una columna de oro macizo, consagrada á la diosa, y el templo, célebre ya por su santidad, había llegado á serlo también por su riqueza. Como ordinariamente acontece con los parajes famosos, únese á aquel templo algo extraordinario: dícese, pues, que hay en el vestíbulo un altar donde los vientos no mueven jamás la ceniza de los sacrificios. En cuanto á la fortaleza de Crotona, que por un lado domina al mar y por el otro mira á la campiña, no tuvo al principio otros baluartes que su posición natural: más adelante se la rodeó también con una muralla en el paraje por donde Dionisio, tirano de Siracusa, la sorprendió por astucia, escalando las rocas. Tal era aquella fortaleza, al abrigo, según se creía, de todo ataque y ocupada entonces por los nobles de Crotona. El pueblo se había unido á los brucios para sitiarla. Viendo estos al fin que no podían tomarla con sus propias fuerzas, y obligados por la necesidad, imploran el socorro de Hannón, quien trató de conseguir la sumisión de

(1) Este templo estaba sobre el promontorio de Lacinio, en el punto llamado hoy *Capo delle colonne;* sin duda por las columnas que subsisten aún. Estaba recubierto de mármol.

los crotoniatos, á condición de que recibirían una colonia de brucios, que repoblaría aquella ciudad, en otro tiempo tan populosa y de la que la guerra había hecho después vasta soledad. Pero solamente pudo mover á Aristómaco. Todos juraron morir antes que recibir entre ellos á los brucios y desnaturalizar así su religión, sus costumbres, sus leyes y muy pronto, hasta su lenguaje. No teniendo Aristómaco bastante influencia para impulsarles á la rendición, y no encontrando medio de entregar la fortaleza como había entregado la ciudad, marchó á refugiarse con Hannón. Poco después, entrando en la fortaleza, con permiso de Hannón, los legados de Locros persuadieron á los crotoniatos á que consintiesen su traslación á Locros, y no esperar los últimos extremos. Aníbal, á quien se había enviado una legación, había concedido ya este permiso. De esta manera fué abandonada Crotona, y llevados á la playa los crotoniatos, se embarcaron. Casi todos se retiraron á Locros. Tampoco pasó el invierno en la Apulia sin combates entre los romanos y Aníbal. El cónsul Sempronio se había establecido en Luceria y Aníbal cerca de Arpi. La casualidad ó alguna ocasión favorable al uno ó el otro bando, daba lugar á escaramuzas, y los romanos se hacían diariamente más fuertes, más prudentes y más hábiles para precaverse de las sorpresas.

En Sicilia, la muerte de Hierón y el advenimiento al trono de su nieto Jerónimo, lo había cambiado todo para los romanos. Jerónimo era un niño incapaz todavía de usar convenientemente de la libertad, y muy lejos por consiguiente estaba de poseer la fuerza necesaria para el mando. Su edad, su carácter, sus tutores y sus amigos le precipitaron en toda clase de vicios. Hierón, que había previsto lo que tenía que suceder, dícese que quiso en su ancianidad dejar libre á Siracusa, por temor de que bajo la dominación de un niño, aquel po-

der que había adquirido y robustecido con su noble conducta, pereciese bajo el desprecio general. Las hijas de Hierón se opusieron con todas sus fuerzas á este proyecto, seguras de que aquel niño solamente tendría el nombre de rey, y que todo el poder lo recogerían ellas y sus esposos Andronadoro y Zoipo, á quienes dejaba Hierón como primeros tutores de Jerónimo. A la edad de noventa años, asediado día y noche por caricias de mujeres, no era fácil que Hierón conservase independencia de ánimo y pensase en los asuntos del Estado sin ocuparse de los de su familia. Nombró quince tutores para el joven, suplicándoles, antes de morir, que conservasen intacta la fe que durante cincuenta años había guardado al pueblo romano (1) y que procurasen que el joven rey no se apartase jamás de las huellas de su abuelo, ni de los principios en que se había educado. Tales fueron sus recomendaciones. En cuanto murió, los tutores del rey publicaron el testamento, y presentaron en la asamblea al joven rey, que apenas tenía quince años. Unos cuantos ciudadanos, que ellos mismos habían colocado en la asamblea para que aclamasen, fueron los únicos que aprobaron el testamento. Los demás, como si hubiesen perdido á su padre, solamente mostraron temor en medio del duelo general. Celebráronse los funerales del rey, en los que fueron más notables el amor y ternura de los ciudadanos, que los cuidados de su familia. Muy poco después, Andronadoro separa á todos los demás tutores, diciendo públicamente que Jerónimo era hombre ya y capaz de gobernar; y renunciando él también la tutela que le era común con los otros, asumió el poder de todos.

(1) Hierón había entrado en la alianza del pueblo romano en el año segundo de la segunda guerra púnica, bajo el consulado de Valerio Máximo y M. Otacilio Crasso, en el año de Roma 488.

Hasta para un rey bueno y virtuoso hubiese sido difícil conciliarse el amor de los siracusanos sucediendo á Hierón, á quien tanto habían querido; pero Jerónimo, como si hubiese querido con sus vicios hacer lamentar á su abuelo, mostró desde los primeros momentos cuánto había cambiado todo para lo sucesivo. Los que durante tantos años no habían visto á Hierón ni á su hijo Gelón distinguirse de los demás ciudadanos por su traje ni por ninguna insignia, contemplaron de pronto la pompa, la diadema, los satélites armados y algunas veces también al rey saliendo de su palacio en una carroza tirada por cuatro caballos blancos, á la manera del tirano Dionisio. A este aparato, á esta orgullosa exterioridad, uníase su desprecio por todos, su desdén cuando escuchaba, su palabra siempre injuriosa, el cuidado de hacerse inaccesible, no solamente á los extraños, sino hasta á sus tutores; en fin, inaudita licencia y crueldad sin ejemplo entre los hombres. Tan grande y general fué el terror, que algunos de sus tutores se adelantaron á los suplicios que les esperaban, dándose muerte ó desterrándose voluntariamente. Tres de ellos, los únicos que entraban con más facilidad en el palacio, Andronadoro, Zoipo, yernos de Hierón, y un tal Thrasón, no tenían favor con el rey más que en un asunto solo: los dos primeros se inclinaban á Cartago y Thrasón por la alianza con Roma, y sus apasionados debates solían despertar alguna vez la atención del joven. Pronto se descubrió una conjuración dirigida contra la vida del tirano, gracias á un tal Calón, que tenía la edad de Jerónimo y admitido desde la infancia en íntima familiaridad. El denunciador no pudo nombrar de todos los conjurados más que á Theodoto, que le había hecho algunas indicaciones. Preso en el acto Theodoto y entregado á Andronadoro para que lo sometiese á la tortura, confesó sin vacilar todo lo que le era propio, pero

oculto el nombre de sus cómplices. Desgarrado al fin por los tormentos más grandes que el hombre puede soportar, fingió ceder al dolor, separó las sospechas de sus cómplices y echándolas sobre inocentes, acusó falsamente á Thrasón de ser el jefe de la conjura, declarando que sin el apoyo de un jefe tan poderoso, jamás se hubiesen atrevido los íntimos del tirano á tal empresa; y nombró, entre los más indignos, aquellos que se presentaban á su imaginación en medio de los dolores y gemidos. Al escuchar el nombre de Thrasón, el tirano no dudó ni un momento, haciéndole llevar en seguida al suplicio, adonde le siguieron casi todos los otros acusados tan inocentes como él. Aunque su cómplice sufrió tantos y tan terribles suplicios, ningún conjurado se ocultó ni huyó; tanto confiaban en la energía y honradez de Theodoto; tanto valor tenía el mismo Theodoto para ocultar su secreto.

Con la muerte de Thrasón quedó roto el único vínculo que mantenía la alianza con Roma, y la defección de Sicilia no era ya dudosa. Enviáronse legados á Aníbal, quien á su vez envió al rey, con Aníbal, joven de ilustre nacimiento, Hipócrates y Epícides, nacidos en Cartago, pero cuyo abuelo era un siracusano desterrado, y que además eran cartagineses por línea materna. Estos fueron los intermediarios en el tratado de alianza entre Aníbal y el tirano siracusano, con el cual permanecieron con el beneplácito de Aníbal. El pretor Ap. Claudio, que mandaba en Sicilia, al enterarse de esto, envió legados á Jerónimo; los que dijeron al rey que venían á renovar con él la alianza que existía entre Roma y su abuelo. Jerónimo les recibió y despidió con desprecio, preguntándoles sarcásticamente «qué resultado había tenido para ellos la batalla de Cannas; que los legados de Aníbal referían cosas casi increíbles, y que quería saber la verdad de todo para decidir según las ventajas

que le ofreciesen los dos partidos.» Los romanos le dijeron «que volverían cuando el rey se encontrase en estado de escuchar seriamente una embajada,» y advirtiéndole, antes que rogándole, que no cambiase ligeramente de alianza, partieron. Jerónimo envió en seguida una legación á Cartago para ajustar un tratado según las bases convenidas con Aníbal, consignándose en este tratado que una vez arrojados los romanos de la Sicilia, lo que se conseguiría muy pronto, si Cartago enviaba un ejército y una flota, el río Himera que divide próximamente por mitad la isla, sería el límite del reino de Siracusa y de las posesiones cartaginesas. Muy poco después, embriagado con las adulaciones de sus cortesanos, que invitaban á que recordase no solamente á Hierón, sino al rey Pirro, su abuelo materno, envió otra embajada para exigir como de derecho la posesión de la Sicilia entera, diciendo que lo que buscaban los cartagineses era la dominación de Italia. No extrañó á los cartagineses esta ligereza, esta jactancia en un joven insensato, ni reclamaron contra ellas con tal de separarlo de los romanos.

Pero todo contribuía á precipitar su caída. Había enviado delante á Hipócrates y Epícides con dos mil soldados para hacer una tentativa sobre las ciudades ocupadas por guarniciones romanas, y él mismo, con el resto de su ejército (quince mil hombres entre peones y jinetes) marchaba sobre Leoncio. Los conjurados, que casualmente estaban todos armados, se situaron en una casa que estaba deshabitada y que daba á una calle estrecha, por la que ordinariamente bajaba el rey al Foro. Ocupando allí cada cual su puesto, bien armados y esperando el paso del rey, uno de ellos, llamado Diomeno, que era guardia real, recibió el encargo de detener con cualquier pretexto, cuando el rey se acercase á la puerta, la escolta que debía seguirle. Todo se ejecutó

según se había convenido. Diomeno levantó el pie para aflojar las correas de su calzado como si le molestasen, y de esta manera detuvo la escolta á bastante distancia para que los conjurados, lanzándose sobre el rey sin guardias, tuviesen tiempo para herirle con muchos golpes antes de que pudiesen socorrerle. Á los gritos, al ruido que se produjo, lanzaron venablos contra Diomeno, que entonces oponía franca resistencia, pudiendo éste escapar aunque con dos heridas. Los satélites huyeron al ver al rey tendido y muerto. De los matadores, unos corrieron al Foro hacia la multitud regocijada porque había recobrado la libertad, otros á Siracusa para adelantarse á los intentos de Andronadoro y demás partidarios del rey. En estas circunstancias, viendo Ap. Claudio que estallaba una guerra á su lado, escribió al Senado que Sicilia se declaraba por Cartago y Aníbal. Él mismo, para prevenirse contra las empresas de los siracusanos, dirigió todas sus tropas á la frontera que separaba la provincia del reino de Siracusa. Á fines de este año, Fabio, por orden del Senado, fortificó á Puteolos, que gracias á la guerra había venido á ser mercado bastante frecuentado, y puso allí guarnición. Marchando en seguida á Roma para los comicios, fijó su reunión para el primero de los días comiciales, marchando derechamente al Campo de Marte, sin cruzar siquiera la ciudad. Aquel día designó la suerte para votar la primera la centuria de los jóvenes de Anio, nombrando cónsules á T. Otacilio y M. Emilio Regilo. Restablecido el silencio, pronunció Fabio la siguiente oración:

«Si reinase la paz en Italia, ó si luchásemos con un enemigo que no exigiese tanta vigilancia, el que quisiera oponer el menor obstáculo á vuestra elección, fija ya cuando llegáis al Campo de Marte en aquellos á quienes queréis elevar á los honores, el que así obrase me pare-

cería que recordaba poco que sois libres. Pero en esta guerra, y delante de Aníbal, no ha ocurrido ni una sola vez que algún general nuestro cometiese una falta sin que haya sobrevenido un gran desastre á la república. Conviene, pues, que atendáis con tanto cuidado á nombrar cónsules, como á vuestro armamento para marchar al combate; es necesario que cada cual se diga: Voy á nombrar un cónsul capaz de resistir á un general como Aníbal. Este año nos provocó delante de Capua Jubelio Taurea, el mejor caballero de los campanios: le opusimos el mejor de los jinetes romanos, Aselo Claudio. En otro tiempo un galo provocó á los romanos en el puente del Anio; nuestros mayores enviaron contra él á P. Manlio, confiando en su valor y en sus fuerzas. Seguro estoy de que por el mismo motivo, algunos años después, no se desconfió de M. Valerio, que tomó las armas para combatir á otro galo que nos había provocado. Queremos peones y jinetes más vigorosos, ó por lo menos, tan vigorosos como los contrarios. Busquemos también un general que valga tanto como el general enemigo. Y aunque elijamos al mejor, elegido repentinamente, elegido por un año solo, se encontrará frente á frente con un general antiguo, que conserva perpetuamente el mando, á quien ningún límite, ni en tiempo, ni en autoridad, coartará ni estorbará en todo lo que exijan las diferentes peripecias de la guerra. Entre nosotros, por el contrario, los preparativos mismos, ó el comienzo solo de una expedición, consumen un año entero. Acabo de explicaros suficientemente qué hombres debéis nombrar cónsules; réstame hablaros en pocas palabras de los que han obtenido los sufragios de la centuria llamada primeramente á votar. M. Emilio Regilo es flamín quirinal, y no podemos, ni separarle de sus sagradas funciones, ni retenerle aquí, si no queremos que padezcan el culto de los dioses ó la

guerra. Otacilio casó con la hija de mi hermana y tiene hijos de ella. Pero vuestros favores conmigo y con mis antepasados, ¡oh romanos! no son tales que no deba sacrificar á la república mis intereses de familia. No hay pasajero ni marinero que con tranquilo mar no pueda empuñar el timón; pero en cuanto se levanta violenta tempestad, y los vientos juegan con la nave en las revueltas aguas, se necesita un hombre, un piloto. No navegamos en mar tranquilo: muchas tempestades casi nos han sumergido ya. Necesitáis, pues, emplear todo vuestro cuidado, toda vuestra prudencia, en elegir bien al que ha de empuñar el timón; te hemos visto en el trabajo, T. Otacilio, en circunstancias menos difíciles, y ciertamente nada has hecho que nos aliente á confiar en tí para algo más importante. Al equipar este año la flota que mandabas, teníamos tres motivos: en primer lugar queríamos talar la costa de África, después proteger la de Italia, y por último y muy principalmente impedir que Cartago hiciese llegar hasta Aníbal refuerzos, dinero y víveres. Pues bien: nombrad cónsul á T. Otacilio si puede dar buena cuenta á la república, no diré de las tres comisiones, sino de una sola. Si mientras mandabas la flota, Aníbal recibió todo lo que le remitían de Cartago, sin el menor peligro y sin pérdida alguna, como si no hubiese guerra marítima; si durante ese año las costas de Italia fueron más devastadas que las de África, ¿qué dirás para conseguir que te nombren general con preferencia á cualquier otro en frente de un enemigo como Aníbal? Si fueses cónsul, pediríamos, á ejemplo de nuestros antepasados, que se nombrase un dictador; y no podrías indignarte de que en Roma entera se encontrase un general preferible á ti. Nadie tiene más interés que tú mismo, T. Otacilio, en que no pongan sobre tus hombros un peso que te abrumaría. Por mi parte os invito encarecidamente á que

nombréis cónsules con el mismo criterio que tendríais, si armados ya para combatir, tuvieseis que elegir de pronto los generales bajo cuyo mando y auspicios hubieseis de marchar al enemigo; en manos de esos cónsules van á prestar juramento vuestros hijos; por sus órdenes se reunirán, y bajo su tulela, bajo su protección harán una campaña. El lago Trasimeno y Cannas son tristes ejemplos que debéis recordar; pero también son enseñanzas útiles para que aprendamos á preservarnos de tales desgracias. Pregonero, llama á los jóvenes de la centuria del Anio para que voten de nuevo.»

T. Otacilio exclamó furiosamente entonces que Fabio quería continuar en el consulado, y lanzaba tremendos gritos, hasta que Fabio mandó á sus lictores que se acercasen á él, y le advirtió que como no había entrado en la ciudad y había llegado directamente al Campo de Marte, las hachas estaban en los haces (1). La centuria que había votado la primera se presentó á votar otra vez, y nombró cónsul á Q. Fabio Máximo por cuarta vez, y á M. Marcelo por la tercera. Las demás centurias nombraron por unanimidad los mismos cónsules. Un solo pretor, Q. Fulvio Flaco, fué reelegido, los otros tres fueron nuevos; T. Otacilio Crasso por tercera vez, Q. Fabio, hijo del cónsul, que entonces era edil curul, y P. Cornelio Léntulo. Después del nombramiento de los pretores, un senatus-consulto encargó por extraordinario á Q. Fulvio la administración de la ciudad y que mandase en ella con preferencia á cualquier otro cuando se ausentasen los cónsules para la guerra. En este año ocurrieron dos inundaciones: el Tíber desbordó en las campiñas, arrastrando casas, ganados y hom-

(1) Valerio Publícola hizo quitar las hachas de los haces en la ciudad. De las palabras de Fabio resulta que en la ciudad no iban las hachas en los haces, y como no había entrado en ella, su advertencia á Otacilio indicaba que las usaría en caso necesario.

bres. En el quinto año de la segunda guerra púnica entraron en funciones los cónsules Q. Fabio Máximo por cuarta vez y M. Claudio por la tercera, fijándose en ellos la atención con más interés que de ordinario, porque hacía mucho tiempo en verdad que no se había visto ocupar á la vez el consulado dos varones tan notables. Los ancianos referían que así se eligió en otro tiempo á Máximo Rulo y P. Decio para la guerra de las Galias, y después á Papilio y Carvilio contra los samnitas y brucios, contra los lucarios y tarentinos. Marcelo había sido nombrado en ausencia, porque se encontraba en el ejército; Fabio estaba presente y presidía los comicios cuando fué reelegido para el consulado. Las circunstancias, las necesidades de la guerra, la posición difícil del Estado impidieron que se censurase aquel ejemplo ó que se supusiera al cónsul demasiado ávido de poder. Por el contrario, alabábase la grandeza de ánimo con que, viendo que la república necesitaba al más grande de sus generales, y sabiendo que no había ninguno superior á él, se ocupó menos del odio que podía atraerse que de la utilidad de la república.

El día que entraron en funciones los cónsules, se celebró en el Capitolio la sesión del Senado, y se decidió ante todo que los cónsules echarían suertes ó convendrían entre sí para decidir cuál de los dos, antes de marchar para el ejército, presidiría los comicios para el nombramiento de censores. En seguida se prorrogó el mando de todos los que se encontraban en los ejércitos y se mantuvo en sus provincias á Tib. Graco en Luceria, donde tenía un ejército de esclavos alistados voluntariamente; C. Terencio Varrón en el Piceno, y M. Pompinio en la Galia. De los pretores del año anterior, Q. Mucio obtuvo la Cerdeña como propretor y M. Valerio el mando de las costas inmediatas á Brundisium para vigilar los movimientos de Filipo, rey de Macedo-

nia. El pretor P. Cornelio Léntulo obtuvo el mando de la Sicilia; Otacilio la misma flota que había tenido el año anterior contra los cartagineses. Este año se dió cuenta de considerable número de prodigios, y cuanto más creían en ellos los hombres sencillos y religiosos más se anunciaban. En Lanuvio habían anidado cuervos en el interior del templo de Juno Sospita; en la Apulia se había incendiado una palmera verde; en Mantua, el estanque que forma el Mincio había aparecido ensangrentado; en Cales había llovido creta, y en Roma en el foro boario había llovido sangre: en la calle Insteia había brotado con tanta fuerza una fuente subterránea, que había arrastrado ánforas y toneles como si las llevase impetuoso torrente. Cayó el rayo en la sala común del Capitolio, en un templo en el campo de Vulcano, en la fortaleza y en la calle principal de Sabinia, en una muralla y una puerta de Gabias; y además se habían referido otros prodigios. En Prenesto, la lanza de Marte se había movido por sí sola; en Sicilia había hablado un buey; en el país de los marrucinios había exclamado un niño en el vientre de su madre «¡Triunfo!» En Espoleto se había trocado una mujer en hombre; en Hadria se había visto en el cielo un altar y alrededor sombras como hombres vestidos de blanco; en la misma Roma, en el seno de la ciudad, se vió un enjambre de abejas en el Foro, y algunas personas aseguraron que habían visto legiones armadas sobre el Janículo y llamaron á los ciudadanos á las armas; pero los que se encontraban en el Janículo declararon que allí no se había presentado nadie más que los que ordinariamente lo habitaban. Según la respuesta de los arúspices, se expiaron estos prodigios por medio de sacrificios solemnes y se dirigieron súplicas á todos los dioses que tenían altares en Roma.

Después de terminar todas las ceremonias que de-

bían aplacar á los dioses, los cónsules expusieron al Senado la situación de la república, en lo relativo á las operaciones de la guerra y en cuanto al número de tropas y posiciones que ocupaban. Decidióse que en esta campaña se emplearían diez y ocho legiones, tomando dos cada cónsul. Dos debían destinarse á la Galia, dos á Sicilia, dos á Cerdeña, dos á las órdenes del pretor Q. Fabio en la Apulia. T. Graco, en los alrededores de Luceria, mandaba dos de esclavos alistados voluntariamente: dejábase una al procónsul C. Perencio, en el Piceno, una á M. Valerio para el servicio de la flota, en las cercanías de Brundisium, y finalmente quedaban dos para la defensa de Roma. Para completar este número necesitábase crear seis nuevas, y los cónsules recibieron orden de formarlas lo más pronto posible y equipar una flota. Contando las naves que recorrían las costas de la Calabria, tenían una flota de ciento cincuenta naves largas. Llenados los cuadros y lanzadas al mar cien naves nuevas, Q. Fabio convocó los comicios para el nombramiento de censores, siendo elegidos M. Atilio Régulo y P. Furio Filo. El rumor de una guerra en Sicilia tomaba consistencia y T. Otacilio recibió orden de dirigirse allá con la flota. Como faltaban marineros, por un senatus-consulto mandaron los cónsules «que todos aquellos cuyo caudal ó el de su padre, en tiempo de la censura de L. Emilio y C. Flaminio, había sido apreciado entre cincuenta y cien mil ases de cobre, ó que después lo hubiesen elevado hasta esta cantidad, suministrarían un marinero pagado por seis meses; de ciento á trescientos mil, tres marineros pagados por un año; desde trescientos mil hasta un millón, cinco marineros, y pasando de un millón, siete. Los senadores debían dar ocho marineros por un año.» Los marineros reclutados según este decreto, recibieron armamento y equipo de sus dueños y se embarcaron con víveres preparados

para treinta días; la flota romana, por primera vez hasta entonces, fué tripulada por marineros á expensas de los particulares.

Estos preparativos, mucho más considerables que todos los hechos hasta entonces, asustaron especialmente á los campanios, que temieron comenzasen los romanos la campaña por el sitio de Capua. Por esta razón enviaron legados á Aníbal para rogarle que acercase su ejército á la ciudad, diciendo: «que para poner el sitio habían formado en Roma nuevos ejércitos, y que ninguna defección había irritado tanto á los romanos como la de Capua.» Ante estas noticias, llevadas rápidamente, creyó Aníbal que debía apresurarse para que no se le adelantasen los romanos. Dejó, pues, la tierra de Arpi, y volvió á situarse por encima de Capua en su antiguo campamento del monte Tifato. Dejó allí un cuerpo de númidas y españoles para que defendiesen el campamento y el campo de Capua; en seguida, con el resto de su ejército, se dirigió hacia el lago de Averno, aparentemente para celebrar allí un sacrificio, pero en realidad para hacer una tentativa sobre Puteolos y su guarnición. Enteróse Máximo de que Aníbal había dejado Arpi y regresado á la Campania, y al saberlo, caminó día y noche hasta reunirse á su ejército. Envió orden á T. Graco que saliese de Luceria con sus tropas dirigiéndose á Benevento, y al pretor Q. Fabio (el hijo del cónsul) que reemplazase á Graco en Luceria. En esta época llegaron dos pretores á Sicilia, P. Cornelio, que marchaba al ejército, y Otacilio, que iba á tomar el mando de la costa marítima y de la flota. Los demás se dirigieron á sus respectivas provincias, y aquellos cuyos poderes habían sido prorrogados conservaron las posiciones que habían ocupado el año anterior.

Encontrábase Aníbal en el lago Averno, cuando se le acercaron cinco jóvenes nobles de Tarento, hechos pri-

sioneros, unos en el Trasimeno y otros en Cannas, y á los que había enviado á sus casas con la generosidad que mostró con todos los aliados de los romanos. Aquellos jóvenes le dijeron: «que en agradecimiento á sus beneficios, habían inducido á gran parte de la juventud de Tarento á preferir la alianza de Aníbal á la del pueblo romano; que les enviaban para rogarle que se acercase á Tarento con su ejército; que en cuanto viesen sus enseñas y su campamento, se le entregaría en seguida la ciudad. Los jóvenes disponían del pueblo, y el pueblo de la ciudad.» Aníbal les elogió mucho, les colmó de pomposas promesas y les rogó que regresasen á su patria para acelerar la ejecución de aquella empresa; que por su parte se encontraría oportunamente bajo sus murallas. Los tarentinos regresaron esperanzados, y el mismo Aníbal deseaba ardientemente apoderarse de Tarento, á la que veía poderosa, ilustre, situada en la costa, y, afortunadamente para él, colocada enfrente de la Macedonia. Si el rey Filipo pasaba á Italia, abordaría á aquel puerto, siendo dueños los romanos de Brundisium. Terminado el sacrificio para que había ido á aquel punto, y habiendo talado durante su permanencia todo el territorio de Cumas hasta el promontorio de Miseno, marchó repentinamente sobre Puteolos para destruir por sorpresa la guarnición romana. Ocupaban aquella posición, tan fuerte por el arte como por la naturaleza, seis mil hombres. El cartaginés pasó allí tres días, procurando por todos los medios sorprender la guarnición; y no pudiendo conseguirlo, avanzó para talar el territorio de Nápoles, por cólera antes que con esperanza de apoderarse de la ciudad. Al llegar Aníbal á las cercanías, el pueblo de Nápoles trató de sublevarse, porque hacía mucho tiempo que no quería á los romanos y era enemigo de su Senado, por lo que envió una legación á Aníbal con la terminante promesa de entregarle la ciu-

dad; pero el cónsul Marcelo, á quien llamaron los nobles, frustró el proyecto. En un día marchó de Cales á Suesula, aunque el paso del Vulturno le detuvo algunas horas; y á la noche siguiente hizo entrar en Nola seis mil infantes y trescientos caballos que debían proteger al Senado. El cónsul había obrado con suma actividad para adelantarse en la ocupación de Nola. Aníbal, por el contrario, vacilaba, porque dos tentativas infructuosas le habían hecho desconfiar de los nolanos.

Por los mismos días el cónsul Q. Fabio hizo una tentativa sobre Casilino, ocupado por guarnición cartaginesa; y por otra parte, Hannón marchó del país de los brucios con numerosa infantería y caballería, y T. Graco, de Luceria; los dos, como de concierto, se dirigieron sobre Benevento, entrando Graco desde luego en la ciudad; pero habiendo sabido que Hannón había acampado á unas tres millas de distancia, en las orillas del río Caloro, y que desde allí talaba los campos, salió de la ciudad, colocó su campamento á mil pasos del enemigo y convocó á sus soldados en asamblea. Sus dos legiones las formaban en gran parte esclavos alistados voluntariamente. Hacía dos años que preferían merecer en silencio la libertad á reclamarla en voz alta. Sin embargo, al dejar los cuarteles de invierno, T. Graco había oído murmurar á algunos soldados y preguntar si no combatirían nunca como hombres libres; por lo que escribió al Senado, no lo que pedían, sino lo que habían merecido: «Hasta hoy, decía Graco, les he encontrado valientes y animosos, faltándoles solamente para ser verdaderos soldados ser libres.» El Senado se encomendó á él para que hiciese lo más conveniente al interés de la república. Entonces, antes de venir á las manos con el enemigo, Graco les declaró «que había llegado para ellos el momento de conquistar la libertad que por tanto tiempo habían esperado; que á la maña-

na siguiente iba á trabarse el combate en una llanura sin accidentes, descubierta por todos lados, donde, sin temor de emboscadas, el valor verdadero decidiría la victoria; que el que trajese la cabeza de un enemigo, en el acto sería declarado libre; que el que, por el contrario, huyese, moriría en el suplicio de los esclavos: cada cual tenía su fortuna en sus manos; y no era solamente él quien les garantizaba la libertad, sino el cónsul M. Marcelo y todo el Senado que aceptaba su decisión.» Leyóles las cartas del cónsul y el senatusconsulto, brotando entonces gritos y aclamaciones unánimes; todos piden el combate y le instan para que dé la señal. Graco fijó la batalla para el día siguiente y disolvió la asamblea. Contentos los soldados, especialmente aquellos cuya libertad debía ser el precio de su valor en un solo día, emplearon el tiempo que les quedaba en preparar las armas.

Al sonar las trompas á la mañana siguiente fueron los primeros en reunirse armados delante de la tienda del general. Al salir el sol, formó Graco sus tropas en batalla y el enemigo aceptó en seguida el combate: el cartaginés tenía diez y siete mil infantes, en su mayor parte del Brucio y de la Lucania, y mil doscientos jinetes que, exceptuando algunos italianos, casi todos eran númidas y moros. Peleóse con ardor y por largo tiempo, manteniéndose indecisa la victoria durante cuatro horas, siendo el mayor estorbo de los romanos que su libertad había sido puesta al precio de una cabeza; porque en cuanto un soldado mataba valerosamente á un enemigo, perdía el tiempo en esforzarse para cortarle la cabeza en medio de la confusión y del tumulto; y además los más valientes, teniendo todos en la mano derecha una cabeza, habían cesado de combatir: solamente los tímidos y los cobardes combatían aún. Los tribunos de los soldados acudieron á decir á Graco

«que los enemigos que continuaban de pie no recibían heridas; que los soldados se ocupaban en degollar á los caídos y que llevaban en la mano, no la espada, sino cabezas humanas.» Graco les manda entonces arrojarlas y lanzarse sobre el enemigo; su valor estaba bastante probado, era asaz brillante, y los valientes tenían asegurada la libertad. Entonces comenzó de nuevo el combate y la caballería se lanzó también contra el enemigo. Los númidas la recibieron con intrepidez, y adquiriendo el combate tanta energía entre los jinetes como entre los peones, queda de nuevo dudosa la victoria. Los dos generales exclaman, el romano, que no tenían que habérselas más que con brucios y lucanos, tantas veces vencidos y sometidos por sus antepasados; el cartaginés, que solamente tenían delante esclavos de Roma, hombres salidos de la prisión para ser soldados. En fin, Graco declara á sus tropas «que no esperen ser libres jamás, si aquel mismo día no queda derrotado y destrozado el enemigo.»

De tal manera enardecieron sus ánimos estas últimas palabras, que lanzando nuevo grito, y transformados repentinamente, se precipitan con rabia contra el enemigo, que no puede sostener por más tiempo el choque. En el acto quedaron quebrantadas las primeras filas de los cartagineses, en seguida las enseñas y al fin quedó desordenado todo el ejército. Desde aquel momento no fué dudosa la derrota. Los cartagineses corren hacia su campamento, tan turbados y aterrados, que ni en las puertas, ni detrás de las fortificaciones, oponen resistencia. Los romanos, que les perseguían, entran mezclados con ellos como si formasen un solo ejército. Encerrados en el interior del campamento, tienen que librar nueva batalla. El combate estaba restringido á límites más estrechos, y la matanza fué más espantosa, ayudando á ella los cautivos, que, en medio del tumul-

to, cogen armas, forman grupo, y atacando por la espalda á los cartagineses, les cortan la retirada. De un ejército tan numeroso escaparon menos de dos mil hombres, casi todos jinetes, con su general á la cabeza; el resto sucumbió ó quedó prisionero, cogiendo también treinta y ocho enseñas. Los vencedores perdieron cerca de dos mil hombres. Todo el botín, exceptuando los prisioneros, quedó abandonado á los soldados. Las bestias se reservaron á sus propietarios que las reconociesen en el término de treinta días. Cuando el ejército, cargado con los despojos del enemigo regresó al campamento, cerca de cuatro mil voluntarios, que habían combatido flojamente y no habian entrado con los otros, por temor al castigo, se refugiaron sobre una colina cerca del campamento. Trayéndoles á la mañana siguiente los tribunos de los soldados, llegaron á la asamblea reunida ya por orden de Graco. El procónsul distribuyó primeramente á los veteranos las recompensas militares, según se había distinguido cada uno en el combate por su valor y sus servicios. En cuanto á los voluntarios, dijo: «que prefería alabarles á todos, lo hubiesen ó no merecido, á castigar á algunos en un día como aquel. Que á todos les declaraba libres, deseando que aquella determinación fuese buena, útil y afortunada para la república y para ellos mismos.» Dichas estas palabras, brotaron gritos de entusiasmo; abrazábanse, felicitábanse, alzaban las manos al cielo, y pedían para el pueblo romano y para Graco toda clase de felicidades. Entonces volvió á hablar Graco: «Antes de haceros á todos iguales por los derechos de la libertad, no he querido aplicar á ninguno de vosotros el nombre de valiente ó de cobarde. Ahora que la república acaba de pagar su deuda, como no se debe suprimir la diferencia entre el valor y la cobardía, tomaré los nombres de aquellos que, conociéndose culpables de

debilidad en el combate, acaban de separarse del ejército. Haré que se presenten sucesivamente delante de mí, y les obligaré á jurar que, á menos de enfermedad que se lo impida, comerán y beberán siempre de pie mientras dure su servicio (1). Y os someteréis á este castigo sin murmurar, si consideráis que no pueda haberlo menor para vuestra cobardía.» En seguida mandó reunir los bagajes, y los soldados llevando y conduciendo delante su botín, volvieron á Benevento, entregándose á transportes de alegría, de manera que parecía regresaban de una fiesta, de un festín y no de un combate. Los beneventinos salieron á recibirlos, abrazando á los soldados, felicitándoles y ofreciéndoles hospitalidad. Todos habían puesto mesas en los patios de sus casas, y llamaban á los soldados, rogando á Graco les permitiese que fuesen á sentarse. Graco lo consintió, pero á condición de que comiesen en público. Cada vecino sacó su comida á la puerta; los voluntarios, con la cabeza cubierta con el *pileum* (2) ó gorro de lana blanca, tomaron parte en el banquete, unos en los lechos, otros de pie, sirviendo y comiendo á la vez. De regreso á Roma, creyó Graco que el espectáculo de aquella fiesta merecía quedar pintado en el templo de la libertad, construído é inaugurado en el monte Aventino, por los cuidados de su padre, que empleó en su edificación el dinero procedente de las multas.

Mientras ocurrían estas cosas en las inmediaciones de Benevento, Aníbal, después de talar el territorio de Nápoles, marchó á acampar delante de Nola. En cuanto se enteró el cónsul de su llegada, llamó al propretor Pom-

(1) Hasta en la cena, porque los soldados romanos comían de pie, y este castigo solamente en la cena podía cumplirse.

(2) La lana blanca era símbolo de la libertad. El *pileum* era un gorro de lana blanca que los libertos recibían en el acto de la manumisión. Antes de tomarlo se cortaban el pelo.

ponio, con las tropas que ocupaban el campamento de Suesula, y se preparó para marchar al encuentro del enemigo, decidido á pelear en el acto. En el silencio de la noche hizo salir por la puerta más lejana del enemigo á C. Claudio Nerón con lo más escogido de la caballería, con orden de colocarse, sin ser visto, á retaguardia de los cartagineses, seguirles de cerca sin que lo observasen y atacarles en cuanto viese trabado el combate. Pero Nerón no pudo ejecutar estas órdenes, bien porque se extraviase en la marcha, bien por falta de tiempo. En el combate, que se libró sin él, los romanos tenían evidentemente la ventaja. Pero como la caballería no se presentó á tiempo, el plan del general quedó incompleto: Marcelo no se atrevió á perseguir al enemigo, que retrocedía, y mandó retirarse á su ejército victorioso. Dícese, sin embargo, que aquel día perdió el enemigo más de dos mil hombres y los romanos apenas cuatrocientos. Al ponerse el sol, Nerón, después de cansar en vano los hombres y los caballos con aquella marcha de un día y una noche, regresó sin haber visto siquiera al enemigo. El cónsul le abrumó con reconvenciones, llegando á decirle que él solo había impedido que se devolviese á los cartagineses la derrota de Cannas. A la mañana siguiente volvieron á formarse en batalla los romanos; pero el cartaginés confesó tácitamente su derrota, permaneciendo encerrado en su campamento; y el día tercero, á media noche, perdiendo la esperanza de apoderarse de Nola, después de tantas tentativas infructuosas, partió para Tarento confiando en su entrega.

No se llevaban las cosas de Roma con menos energía en el interior que en el exterior. No pudiendo los censores subastar trabajos públicos porque estaba agotado el Tesoro, emplearon toda su atención en corregir las costumbres y castigar los vicios nacidos de la guerra,

como esas llagas que llenan el cuerpo después de larga enfermedad. Primeramente citaron ante su tribunal á los acusados de haber querido, después de la batalla de Cannas, abandonar la república y huir lejos de Italia. El primero de todos era L. Cecilio Metelo, cuestor entonces, quien recibió orden, como todos los acusados de la misma falta, de presentar su defensa. Como no pudieron justificarse, los censores declararon que habían pronunciado contra la república palabras y discursos ocasionados á formar una conjuración para abandonar la Italia. Después fueron citados aquellos intérpretes tan astutos para librarse de la fe del juramento; aquellos prisioneros, que después de salir del campamento de Aníbal, volvieron furtivamente á él, creyéndose entonces libres del juramento que habían hecho de regresar á él. Estos y los otros de que hemos hablado antes fueron privados de los caballos que les suministraba el Estado; trasladados de tribu (1) quedaron como sim-

(1) *Tribu moti* eran aquellos á quienes los censores trasladaban de una tribu á otra inferior; por ejemplo, de una tribu rústica á otra urbana; porque las tribus rústicas eran más honrosas que las urbanas, lo que procedía de lo mucho que se honró antiguamente la agricultura en Roma. Ap. Claudio pasó á una tribu rústica, que desde entonces se llamó Claudia; y andando el tiempo, muchas tribus tomaron los nombres de las familias ilustres que habían recibido en su seno; como las tribus Papiria, Cornelia, Emilia, Fabia, Horacia, etc. Otra causa de la preponderancia de las tribus rústicas, era que aumentaba su número á medida que se extendía el derecho de ciudadanía á más pueblos, mientras que las tribus urbanas continuaban como primitivamente en número de cuatro. Además las formaban los ciudadanos más despreciables, como se ve en el hecho del censor Q. Fabio, que reunió todo lo más vil de las otras tribus, para arrojarlo en las cuatro tribus urbanas. Eran, pues, superiores las tribus rústicas á las urbanas por la calidad y por la cantidad, triunfando en las votaciones. Por eso se tenía á honor formar parte de ellas mientras que se trasladaba á las otras por castigo.

ples pecheros. No se limitaron las severas investigaciones de los censores á la conducta del Senado y de los caballeros; en los registros en que estaban inscritos los nombres de los jóvenes, tomaron los nombres de los que no habían servido en cuatro años, aunque no tuviesen legítima exención, ni enfermedad que alegar como excusa. Encontráronse más de dos mil, llevándoseles también entre los pecheros y arrojándoles de su tribu. Á esta tacha de los censores que no fijaba ningún castigo, se unió un senatus-consulto muy riguroso, disponiendo que todos los tachados por los censores servirían á pie é irían á Sicilia á reunirse con los restos del ejército de Cannas, cuyo tiempo de servicio no debía cesar hasta el día en que fuese arrojado de Italia el enemigo. Á causa del agotamiento del Tesoro, los censores no habían hecho contratas para el entretenimiento de los edificios sagrados, ni para el suministro de los caballos curules (1), ni ninguna de estas cosas. Los que ordinariamente se encargaban de estas contratas acudieron á ellos, invitándoles «á que obrasen en todo como si dispusieran de fondos del Tesoro, porque ninguno de ellos pediría dinero antes de que terminase la guerra.» Poco después se reunieron los dueños de los manumitidos por T. Sempronio en Benevento; estos propietarios dijeron que los triunviros administradores de las rentas les habían llamado para que recibiesen el precio, pero que nada aceptarían antes de la terminación de la guerra. Por consecuencia de esta decisión de todo el pueblo para acudir en socorro del Tesoro agotado, lleváronse primeramente los fondos de los huérfanos, después los de las viudas, no creyendo los administradores que podían encontrar depósito más seguro y

(1) Según unos, los caballos destinados á los magistrados curules; según otros, las cuadrigas que se empleaban en los juegos públicos, suministradas por el Estado.

más sagrado que la fe pública. Si por los huérfanos ó las viudas se compraba algo, el pretor lo anotaba en sus cuentas. Esta buena disposición de los particulares pasó de la ciudad á los campamentos. Los caballeros y los centuriones no querían sueldo, increpando con el nombre de mercenarios á los que lo recibían.

El cónsul Q. Fabio estaba acampado cerca de Casilino, ocupado por una guarnición de dos mil campanios y setecientos soldados de Aníbal, siendo jefe Stacio Mecio, enviado por Cn. Magio Atelano, que era aquel año Medixtútico y armaba indistintamente á los esclavos y al pueblo con intención de atacar el campamento romano, mientras el cónsul fijase toda su atención en el sitio de Casilino. Pronto lo comprendió Fabio y escribió á Nola á su colega «que necesitaba, mientras sitiaba á Casilino, oponer otro ejército á los campanios; que acudiese él mismo dejando en Nola guarnición suficiente, ó si estaba retenido en Nola y temía algo de Aníbal aún, llamaría de Benevento al procónsul T. Graco.» Al recibir esta carta, Marcelo dejó dos mil hombres de guarnición en Nola, y marchó con el resto del ejército á Casilino. Á su llegada suspendieron los campanios el movimiento que ya habían comenzado; quedando sitiado Casilino por los dos cónsules reunidos. Al acercase sin precaución los soldados romanos á las murallas, recibían muchas heridas y el sitio no avanzaba. Fabio creía que era necesario abandonar aquella empresa poco importante, pero tan difícil como las más grandes, porque asuntos mucho más graves le llamaban á otro punto. Marcelo, por el contrario, sostenía «que en realidad había muchas tentativas que no debían aventurar los grandes generales, pero que una vez comenzadas debían terminarse, siendo la influencia de la fama un bien ó un mal inmensos», y resistió firmemente para que el ejército no se retirase después de un fracaso. Acercaron,

pues, á las murallas los manteletes y demás aparatos, así como todas las otras máquinas empleadas en la guerra. Los campanios pidieron entonces permiso á Fabio para retirarse á Capua sin ser inquietados; y apenas habían salido algunos, cuando se apoderó Marcelo de la puerta por la que dejaron la ciudad. En el primer momento, todos los que se encontraban cerca de la puerta fueron exterminados indistintamente; en seguida se precipitaron los romanos en la plaza, que fué entregada al degüello. Unos cincuenta campanios que salieron los primeros y se refugiaron al lado de Fabio, llegaron á Capua, gracias á su protección. Así fué tomado Casilino por un golpe de mano, mientras los sitiados negociaban y vacilaban pidiendo rendirse. Los prisioneros campanios ó soldados de Aníbal fueron enviados á Roma y encarcelados. En cuanto á los habitantes de Casilino, los distribuyeron en las ciudades inmediatas, colocándoles bajo su vigilancia.

En el mismo momento en que los cónsules dejaban á Casilino, Graco, que estaba entonces en Lucania, destacó algunas cohortes levantadas en aquella comarca para saquear el territorio enemigo. El mando quedó confiado al jefe de las fuerzas aliadas; y vagaban sin orden por los campos cuando Hannón cayó sobre ellas, causando al enemigo una derrota igual á la que él mismo había experimentado cerca de Benevento; retirándose en seguida apresuradamente al territorio de los brucios, temiendo que le alcanzase Graco. En cuanto á los cónsules, Marcelo se retiró á Nola, de donde había partido, y Fabio avanzó al Samnio para talar los campos y someter de nuevo la ciudad, que se había sublevado. Los samnitas caudinos fueron los que padecieron más, viendo quemados sus campos en grande extensión y presa del enemigo los hombres y ganados; fueron tomadas por asalto Compulteria, Telecia, Compsa,

Mela, Fulfula y Orbitania; Blanda de los lucanios y Ecea en la Apulia, quedaron sitiadas. En estas ciudades perecieron ó quedaron prisioneros veinticinco mil hombres. También cogieron en ellas trescientos setenta desertores que el cónsul envió á Roma, donde fueron azotados en la plaza de los comicios y precipitados por la roca Tarpeya. Esto hizo Q. Fabio en pocos días. A Marcelo le retenía en Nola una enfermedad que le impedía moverse. Casi al mismo tiempo, el pretor Q. Fabio que mandaba en las inmediaciones de Luceria, tomaba la ciudad de Accua y fortificaba su campamento inmediato á Ardonea. Mientras se ocupaban los romanos en estas diferentes expediciones, Aníbal había llegado ya á Tarento, talándolo todo á su paso; pero una vez en territorio tarentino, los cartagineses no avanzaron ya como enemigos, no cometían violencias, ni se separaban del camino. Evidente era que la moderación por parte de soldados y jefes era deseo de conciliarse el ánimo de los tarentinos. Por lo demás, encontrábanse ya casi bajo los muros de la ciudad, sin que se hubiese declarado ningún movimiento, como esperaba Aníbal al acercarse su vanguardia: sin embargo, marchó á establecerse á unos mil pasos de la plaza. Pero tres días antes de que Aníbal se aproximase á Tarento, el propretor M. Valerio, que mandaba la flota en Brundisium, había enviado allí á M. Livio, que en seguida alistó lo más escogido de la juventud y colocado guardias en todas las puertas y sobre las murallas en los puntos donde eran necesarias. Con la actividad que desplegó día y noche, quitó á los enemigos ó á aquellos aliados cuya fidelidad era dudosa todo medio de aventurar una tentativa. Después de perder allí algunos días, no viendo Aníbal á ninguno de los que fueron á hablarle al lago Averno, y no recibiendo de ellos mensaje ni carta, comprendió que había fiado con ligereza en promesas

vanas, y se retiró. Pero también respetó ahora el territorio tarentino; porque si bien le había sido inútil su fingida mansedumbre, no perdía la esperanza de que brantar su fidelidad. En seguida marchó á Salapia, adonde hizo traer trigo del territorio de Metaponto y Heraclea; había transcurrido la mitad del estío y le parecía conveniente aquel punto para invernar. Desde allí envió á los númidas y los moros á talar el territorio salentino y los inmediatos bosques de la Apulia, con el fin de abastecerse de lo necesario. Pero no recogieron considerable botín, si se exceptúan grandes piaras de caballos que trajeron, de los que entregaron cuatro mil á los jinetes para que los domasen.

Comenzando en Sicilia una guerra muy digna de atención, porque la muerte del tirano, antes dió á los siracusanos jefes activos, que cambió sus planes é intenciones, los romanos dieron el mando de esta provincia al cónsul M. Marcelo. Después del asesinato de Jerónimo, se promovió en Leoncio un alboroto entre los soldados, gritando furiosamente que había que sacrificar á los manes del rey la vida de los conjurados. Pero les hicieron oir las dulces palabras de libertad reconquistada; se les hizo esperar que recibirían gran parte de los tesoros reales y que servirían á las órdenes de mejores generales; refiriéronles los terribles crímenes del tirano, sus desórdenes, más terribles aún, y de tal manera cambiaron los ánimos, que dejaron tendido sin sepultura aquel príncipe antes tan deplorado. Los conjurados permanecieron en el ejército para afirmar en él su poder; solamente Theodoto y Sosis, montando caballos del rey, marcharon apresuradamente á Siracusa, para dominar á los partidarios del tirano antes de que supiesen nada de lo que pasaba. Pero se les adelantó la fama, tan ligera para propagar esta clase de rumores, y un esclavo del rey que llevó la noticia. Andranodoro había llenado

de tropas la Isla (1), la fortaleza y todos los puntos ventajosos de que había podido apoderarse. Theodoto y Sosis entraron por Hexapyla: después de ponerse el sol, y cuando la obscuridad fué bastante densa, atravesaron á caballo el barrio de Tiquea, enseñando á todos las ensangrentadas ropas del rey y su corona. Llaman al pueblo á la libertad y á las armas y le invitan á que se reuna en la Acradina. De aquella multitud, unos se precipitan á las calles, otros se colocan en los vestíbulos, ó preguntan desde las ventanas y azoteas qué sucede. Ponen iluminación en toda la ciudad, por la que circulan confusos rumores; en las plazas se reunen los hombres armados; los que no tienen armas acuden al templo de Júpiter Olímpico para apoderarse de los despojos de los galos y de los ilirios, que el pueblo romano había ofrecido á Hierón y que éste había depositado en aquel templo, y ruegan á Júpiter que les sea favorable y que les preste aquellas armas sagradas, con las que van á combatir por la patria, los templos de los dioses y la libertad. Toda esta multitud se reune con las guardias colocadas en los principales barrios de la ciudad, mientras en la Isla se apodera Andranodoro de los graneros públicos, edificios rodeados de un muro de sillería, fortificados á la manera de ciudadelas. La juventud, encargada de su defensa los ocupa y envía á decir en la Acradina al Senado que los graneros y el trigo están á su disposición.

(1) Siracusa estaba dividida en cuatro partes, que parecian otras tantas ciudades. La Isla, situada entre los dos puertos, el grande y el pequeño, llamado Lacio; la Tiquea, llamada así de un templo antiguo, consagrado á la Fortuna; la Acradina, más grande, mejor fortificada y más antigua; esta encerraba los mejores edificios de Siracusa; bañada por el mar, separábala de la Tiquea, por la parte norte, una muralla muy alta, y en fin, la parte moderna, llamada Neápolis, ciudad nueva. Algunos añaden otra parte llamada Epípola, paraje escarpado y casi desierto.

Al amanecer, todo el pueblo, armado ó sin armas, acude á la Acradina ante el Senado. Allí, delante del altar de la Concordia, que se encuentra en este barrio, uno de los ciudadanos principales, llamado Polyeno, dirige al pueblo una oración de sentido muy liberal, pero al mismo tiempo moderado. Mucho tiempo sometidos á indigna servidumbre, se habían sublevado al reconocer toda la extensión de su desgracia. En cuanto á los males que arrastraban las discordias civiles, los siracusanos los conocían por los relatos de sus padres, más bien que por experiencia propia. Alababa á sus conciudadanos porque habían corrido sin vacilar á las armas; y más les alabaría aún si no las empleaban sino en el último extremo. Por el momento, opinaba que se debía mandar á Andranodoro la orden de someterse á la autoridad del Senado y del pueblo, abrir las puertas de la Isla y entregar la guarnición; que si de su título de tutor del rey quería hacer una realeza, opinaba que se necesitaría más energía para reconquistar la libertad sobre Andranodoro que sobre Jerónimo. Después de este discurso, se enviaron los legados, y desde aquel día comenzó á actuar el Senado. Conservados durante el reinado de Hierón como consejo público, desde la muerte de aquel rey hasta este día no habían sido convocados ni consultados los senadores acerca de ningún asunto. Al presentarse la legación, Andranodoro perdió su firmeza al ver aquel acuerdo de todos los ciudadanos, y también porque tenían en su poder la mayor parte de la ciudad, y aquella parte de la Isla, la mejor fortificada, que acababa de quitarle la traición. Pero su esposa Damarata, hija de Hierón, habiendo conservado todo el orgullo de la sangre real en el corazón apasionado de una mujer, llevándole aparte, le recordó aquella frase tan repetida por Dionisio el tirano: «que el rey no debe renunciar á la tiranía sino cuando le tiran de los pies y no mientras está

á caballo. Fácil cosa es renunciar en un momento la fortuna más considerable, si así quiere hacerse; pero difícil y peligroso tomársela y asegurarla. Es indispensable que pida á la legación algún tiempo para reflexionar y que emplee el tiempo en hacer venir tropas de Leoncio; prometiéndoles parte del tesoro del rey, fácil le será asegurarse del poder supremo.» Andranodoro no despreció enteramente aquellos consejos de su esposa, pero no los adoptó en el acto; creyendo que el mejor medio para llegar al poder, era ceder en aquel momento á las circunstancias; por lo que encargó á los legados que contestasen de su parte que iba á ponerse á las órdenes del Senado y del pueblo. Al amanecer el día siguiente, mandó abrir las puertas de la Isla y marchó al Foro de la Acradina. Allí subió al altar de la Concordia, desde donde pronunció su discurso la víspera Polyeno, y comenzó la siguiente oración, pidiendo ante todo perdón por sus vacilaciones. «Había tenido las puertas cerradas, no porque separase su causa de la causa pública, sino porque, una vez desenvainada la espada, había esperado con temor hasta dónde llegaría la matanza, si se contentarían con la muerte del tirano, que era bastante para la libertad, ó si morirían también acusados de crímenes que no habían cometido todos aquellos á quienes lazos de sangre, de amistad ó algunas funciones unían al palacio. Viendo claramente ahora que los que habían libertado á la patria querían también conservarla libre, y que por todas partes se ocupaban de los intereses públicos, no había vacilado en entregar al país su propia persona y todo lo que estaba confiado á su fe y á su persona, habiendo muerto, víctima de su propia locura, aquél que se lo confió.» Volviéndose entonces hacia los asesinos del tirano y llamando por sus nombres á Theodoto y Sosis: «Habéis realizado, les dijo, una acción memorable; pero, creedme, vuestra gloria no

hace más que comenzar y no ha llegado á su apogeo: mucho hay que temer aún, si no ponéis todo vuestro cuidado en asegurar la paz y la concordia, para que la república no se deje arrastrar á la licencia.»

Después de esta oración, dejó á sus pies las llaves de la Isla y del tesoro real. Aquel día todos los ciudadanos se retiraron regocijados de la asamblea y marcharon con sus esposas é hijos á los templos para dar gracias á los dioses. Al día siguiente reuniéronse los comicios para el nombramiento de los pretores, siendo Andranodoro nombrado uno de los primeros; la mayor parte de los otros eran asesinos del tirano, y entre ellos, aunque ausentes, Sopater y Dinomeno. Al saber lo que ocurría en Siracusa, hicieron trasladar allí los tesoros del rey, que se encontraban en Leoncio, y los entregaron á cuestores creados para este objeto; entregándoles también todo el dinero que se encontró en la Isla y en la Acradina, y por unánime consentimiento fué derribada la parte de muralla que separaba la Isla del resto de la ciudad, haciendo de ella una posición demasiado fuerte. Todo siguió á este movimiento de los ánimos hacia la libertad. Al rumor de la muerte del tirano, que Hipócrates había querido ocultar hasta matando al que le llevó la noticia, los soldados le abandonaron á él y á Epícides y regresaron á Siracusa, creyendo que era el partido más seguro en aquellas circunstancias. No queriendo que allí se sospechase que buscaban ocasión de nuevo movimiento, se presentan primeramente á los pretores, y llevados en seguida por éstos al Senado, declaran: «que Aníbal les mandó al lado de Jerónimo como príncipe amigo y aliado; que habían obedecido las órdenes del rey obedeciendo á su general; que pedían volver con Aníbal; que, por lo demás, como el camino no era seguro á través de Sicilia, que entonces recorrían en todos sentidos los romanos, pedían una escolta que les lleva-

se á Locros, en Italia; que Aníbal les agradecería mucho aquel pequeño servicio.» Fácilmente se les otorgó lo que pedían, porque los siracusanos deseaban que se alejasen aquellos generales, afectos al rey, hábiles en achaques de guerra y á la vez pobres y audaces. Pero lo que deseaban los siracusanos no lo ejecutaron con la rapidez necesaria; y entretanto los jóvenes, acostumbrados á los soldados y soldados ellos mismos, sembraban acusaciones contra el Senado y los grandes, bien en el ejército, bien entre los desertores, cuya mayor parte eran marineros romanos, bien entre la clase ínfima del pueblo. «El Senado, decían, había tramado secretamente una conspiración para entregar Siracusa al poder de los romanos, so pretexto de renovar la antigua alianza, y para que reinase en seguida como dueño en la ciudad el corto partido de los que habían aconsejado aquella determinación.»

Multitud de hombres dispuestos á escuchar y á creer tales rumores afluía á Siracusa, aumentando todos los días; por lo que, no solamente Epícides, sino hasta Andranodoro comenzaban á esperar una revolución. Cansado Andranodoro, cedió al fin á los consejos de su esposa, que le decía: «Este es el momento de apoderarse del poder, en medio de las turbulencias y desórdenes de aquella libertad nueva, ahora que tenía con él soldados mantenidos con el sueldo del rey, y generales enviados por Aníbal, acostumbrados á los soldados y capaces de ayudarle en su empresa.» Asocióse con Themisto, casado con la hija de Gelón, y pocos días después habló imprudentemente con un actor trágico, llamado Aristón, confidente de todos sus secretos. Aristón tenía linaje y posición distinguidos, que no deshonraba con el ejercicio de su arte, porque esta profesión no envilecía entre los griegos. Creyó, pues, que ante todo debía fidelidad á la patria y lo declaró todo á los pretores.

Viendo éstos por indicios ciertos que el asunto era grave, consultan á los senadores más ancianos; por cuyo consejo, después de colocar guardias en la puerta de la curia, hicieron matar á Themisto y Andranodoro, en el momento mismo en que entraban. Ante este hecho, tan cruel en la apariencia y cuya razón ignoraban los demás, promovióse espantoso tumulto; restablecido el silencio, los pretores introdujeron al denunciador. Aristón descubrió todo el proyecto; dijo que la conjuración databa desde el matrimonio de Harmonía, hija de Gelón, con Themisto; que los auxiliares africanos y españoles habían recibido encargo de matar á los pretores y ciudadanos principales, cuyo caudal debían repartirse los asesinos; que los mercenarios, acostumbrados á obedecer á Andranodoro, se habían preparado para apoderarse segunda vez de la Isla; y en fin, puso de manifiesto ante los senadores todos los detalles de las operaciones de cada uno y de las fuerzas, tanto en hombres como en armas, de que disponían los conjurados. El Senado opinó que aquella muerte era tan justa como la de Jerónimo. En el vestíbulo, delante de la curia, la multitud, incierta en cuanto á lo que pasaba y dividida en opiniones, lanzaba gritos y terribles amenazas; pero á la vista de los cadáveres de los conjurados, la dominó tal espanto que siguió silenciosa á la asamblea á aquellos del pueblo que no estaban comprometidos en la conspiración. Sopater fué encargado por el Senado y sus colegas de hablar al pueblo.

Como si acusase á Andranodoro y á Themisto delante de un tribunal, examinando su conducta antes de la conjuración, les atribuyó todos los atentados cometidos desde la muerte de Hierón. «En efecto, ¿qué hacía por sí mismo el niño Jerónimo, qué podía hacer cuando apenas había llegado á la edad de la pubertad? Sus tutores, sus maestros habían reinado, protegidos por el

odio que recaía sobre otro. Debían haber perecido por consiguiente antes ó al mismo tiempo que Jerónimo. Y sin embargo, aquellos hombres, destinados de antemano á la muerte que merecían, cuando el tirano no existía ya, habían meditado nuevos crímenes. Primero, cerrando públicamente Andranodoro las puertas de la Isla, había pensado en heredar el trono, reteniendo como dueño aquello de lo que solamente tenía la administración. Abandonado en seguida por los que ocupaban la Isla, llamado por todos los ciudadanos que se encontraban en la Acradina, en secreto y por astucia había procurado apoderarse de un poder que en vano quiso arrebatar abiertamente y á la vista de todos. Ni los beneficios ni los honores habían podido vencerle. En vano, asociado á los libertadores de la patria, siendo enemigo de la libertad, había sido nombrado pretor. ¿Qué les había inspirado á los dos aquella ambición por reinar, si no era su enlace con hijas de reyes, una de Hierón y otra de Gelón?» Al escuchar estas palabras, por todas partes gritan en la asamblea que las dos deben morir, que no debe quedar nadie de la raza de los tiranos. Tal es el carácter de la multitud, ó sirve humildemente ó manda con soberbia. Colocada la libertad entre estos dos excesos, no sabe ni despreciarla ni gozarla con medida; y jamás le faltan complacientes ministros de su cólera que impulsan á la sangre y el asesinato el ardiente é impetuoso ánimo del pueblo. Entonces se tuvo un ejemplo: los pretores propusieron una ley, que fué aceptada, por decirlo así, antes de promulgada, disponiendo que toda la familia real fuese ejecutada; y los pretores ordenaron en el acto la muerte de Damarata y Harmonía, hijas respectivamente de Hierón y Gelón, y esposas de Andranodoro y Themisto.

Heraclea era hija de Hierón y esposa de Zoipo, quien, enviado en embajada por Jerónimo cerca del rey Ptolo-

meo, se había condenado á voluntario destierro. Habiéndose enterado Heraclea que los asesinos se dirigían á su casa, se refugió al pie de los altares domésticos y de los dioses penates, teniendo con ella á sus dos hijas, con el cabello en desorden y en estado muy á propósito para mover á compasión. En las súplicas que dirigía nombraba á su padre Hierón y á su hermano Gelón, rogando á los asesinos «no confundiesen á una mujer inocente en el odio que había inspirado Jerónimo. Que durante el reinado de aquel príncipe solamente había ganado el destierro de su esposo; que su fortuna, durante la vida de Jerónimo, no había sido igual á la de su hermana, y que, una vez muerto Jerónimo, su causa no era la misma. Si Andranodoro hubiese triunfado en sus proyectos, Damarata habría reinado con su marido, pero Heraclea habría sido esclava con todo el pueblo. Si alguien fuese á anunciar á Zoipo la muerte de Jerónimo y la libertad de Siracusa, ¿podría dudarse que se embarcaría en el acto para regresar á su patria? ¡Oh cuán engañosas son las esperanzas de los hombres! ¡En aquella patria, que ya es libre, su esposa y sus hijas imploran para conservar la vida! ¿Cómo podía ser ella obstáculo á la libertad ó á las leyes? ¿Quién podía temer algo de ella, sola como estaba, casi viuda, y de dos niñas privadas de su padre? Pero tal vez, sin infundir temores, su sangre real excitaba el odio. ¡Oh! que la releguen en ese caso lejos de Siracusa y de Sicilia; que la lleven á Alejandría, á ella con su esposo, á sus hijas con su padre.» Pero los oídos y los ánimos estaban cerrados para estas súplicas, y algunos desenvainaban ya las espadas para ahorrar tiempo. Entonces, cesando de rogar por ella misma, persiste en pedir gracia al menos para sus hijas, cuya edad aplacaría hasta á enemigos irritados. «Al castigar á los tiranos, no deben imitar sus crímenes.» Los asesinos la arrancan del altar

y la degüellan, precipitándose en seguida sobre las hijas, manchadas con la sangre de su madre. Dominadas por el dolor y el miedo, lánzanse del altar, como enloquecidas, y con tal rapidez, que si hubiesen encontrado medio de huir á la ciudad, la habrían amotinado. En el estrecho espacio de la casa, en medio de tantos hombres armados, se libraron por algún tiempo de las heridas y se arrancaron de brazos vigorosos que las retetenían y cuyos esfuerzos burlaban. Alcanzadas al fin por muchos golpes, llenándolo todo de sangre, cayeron sin vida. Aquel asesinato, tan deplorable por sí mismo, lo fué mucho más por la llegada de un mensajero, que, poco después, trajo la prohibición de inmolarlas, habiéndose movido muy pronto los ánimos á compasión. Pero esta compasión se trocó en seguida en cólera, porque aquel suplicio tan rápido, no dejó tiempo al arrepentimiento ni espacio para volver á sentimientos más humanos. Estremecióse la multitud y pidió que se reuniesen los comicios para el nombramiento de los sucesores de Andranodoro y de Themisto, que habían sido pretores. Estos comicios no habían de resultar según los propósitos de los pretores existentes.

Habíase fijado el día; y en esto, sin que nadie lo esperase, un hombre colocado en el extremo de la multitud nombró á Epícides, y otro en seguida á Hipócrates: por todas partes repiten estos nombres, y se hace evidente el asentimiento de la multitud. Formaban la asamblea, no solamente el pueblo, sino los soldados, habiéndose mezclado también muchos desertores que deseaban trastornos. Los pretores disimulan al principio y quieren llevar despacio el asunto; pero vencidos por la unanimidad de votos y temiendo una sedición, proclaman los nombres de los nuevos pretores. Estos no descubren al pronto sus intenciones, pero les disgustaba que se hubiesen enviado legados á Ap. Claudio

para pedirle diez días de tregua, y después de obtenerla, otra embajada para tratar de la renovación de la antigua alianza. Los romanos tenían entonces en Murgancia una flota de cien naves, porque querían ver en qué pararían las turbulencias promovidas en Siracusa por la muerte de los tiranos, y en qué camino entraría el pueblo, arrastrado por aquella libertad tan nueva y extraña para él. En aquella misma época había enviado Apio á Marcelo, que llegaba á Sicilia, los legados siracusanos. Marcelo escuchó sus proposiciones, porque podía ajustarse la paz, y envió por su parte una diputación á Siracusa, con orden de discutir de viva voz con los pretores las bases con que se renovaría el antiguo tratado. Muy lejos estaba ya la ciudad de gozar de igual tranquilidad, cuando se propagó el rumor de que la flota cartaginesa estaba á la vista de Paquino; libres de todo temor, Hipócrates y Epícides comenzaron á quejarse delante de los mercenarios y de los desertores de que Siracusa estaba entregada á los romanos; y cuando Apio vino á situarse con sus naves á la entrada del puerto, para animar á los del partido contrario, su presencia dió mucho crédito á la acusación que hasta entonces no tenía fundamento; corriendo desde luego en tumulto la multitud para rechazar á los romanos si trataban de bajar á tierra.

En medio de aquel alboroto, se pensó en convocar la asamblea. Los ánimos estaban divididos, y tal vez iba á estallar una sedición, cuando Apolonides, uno de los ciudadanos más importantes, pronunció la oración siguiente, la más útil en aquellas circunstancias: «Jamás ciudad alguna había estado más cerca de su salvación ó de su ruina. Si el pueblo entero, por unánime consentimiento se decidía por los romanos ó los cartagineses, ningún estado se encontraría jamás en condición más próspera y dichosa. Si, por el contrario, se dividía, no

sería más cruel la guerra entre romanos y cartagineses que entre los dos bandos de Siracusa. Dentro de las mismas murallas cada partido iba á tener sus soldados, sus armas y sus generales. Era, pues, indispensable que todos los siracusanos estuviesen de acuerdo. Decidir cuál de las dos alianzas era más útil, era cuestión mucho menos grave, mucho menos importante; aunque era mucho más conveniente, para la elección de aliados, referirse á la autoridad de Hierón que á la de Jerónimo, y que amigos tan felizmente experimentados durante cincuenta años debían ser preferidos á amigos desconocidos hoy y pérfidos antes. Otra consideración importante era que podía rechazarse la alianza de los cartagineses sin entrar inmediatamente en guerra con ellos; pero con los romanos era indispensable elegir en el acto entre la paz y la guerra.» Cuanta menos pasión y parcialidad demostraba este discurso, tanto más impresionó. A los pretores y parte más escogida del Senado, se unió un consejo militar, recibiendo orden los jefes de tropas y los de los aliados de tomar parte en la deliberación. Las discusiones fueron violentas muchas veces; pero viendo al fin que era imposible sostener la guerra contra los romanos, se decidieron por la paz y que les enviarían legados para ajustar el tratado.

Pocos días después llegaron legados de Leoncio pidiendo tropas para defender sus fronteras; pareciendo esta embajada excelente pretexto para libertar á la ciudad de una multitud desordenada y sin disciplina y para alejar á sus jefes. El pretor Hipócrates recibió orden de llevar allí los desertores, siguiéndoles multitud de mercenarios y formando de esta manera un cuerpo de cuatro mil hombres. Esta expedición fué igualmente agradable á los que la enviaban y á los que partían, porque éstos encontraban la ocasión que por tanto tiempo deseaban de provocar alguna revolución; los otros se regocijaban

de haber limpiado la ciudad, según creían, de la escoria que le infectaba. Por lo demás, aquel fué como remedio para cuerpo enfermo que se alivia por un momento, pero que en seguida recae con mayor gravedad. Hipócrates, por medio de incursiones secretas, taló primeramente las fronteras de la provincia romana; después, habiendo enviado Apio sus tropas para proteger el territorio de los aliados, se precipitó con todas las suyas sobre aquel cuerpo, acampado delante de él, causando grandes estragos. Al recibir la noticia, Marcelo envió legados á Siracusa, anunciando que consideraba rota la paz, y que siempre habría algún motivo de guerra, á menos que Hipócrates y Epícides fuesen expulsados, no solamente de Siracusa, sino del territorio de Sicilia. Epícides, no queriendo soportar, si permanecía en Siracusa, las reconvenciones que se dirigían á su hermano ausente, ó más bien, no queriendo dejar por su parte de excitar la guerra, partió espontáneamente para Leoncio. Viendo entonces á los leontinos muy animados contra Roma, trató también de llevarles á un rompimiento con Siracusa; diciendo que Siracusa había ajustado paz con Roma, á condición de que quedasen bajo su autoridad todos los pueblos que habían formado parte del reino; que no contenta con ser libre ella misma, quería también reinar y dominar sobre los demás. Era, pues, necesario decirle que los leontinos querían ser libres también; que el tirano había sucumbido en su ciudad; que allí se había proclamado por primera vez la libertad, y que allí también quedaron abandonados los jefes del ejército real para correr á Siracusa. Era por consiguiente necesario borrar aquel artículo del tratado ó no aceptar el tratado.» La multitud se dejó persuadir fácilmente, y cuando llegaron los legados de Siracusa para quejarse de la matanza de las tropas romanas y mandar que Hipócrates y Epícides fuesen en-

viados á Locros, ó al punto que quisieran, con tal que abandonasen la Sicilia, les contestaron orgullosamente: «que Leoncio no había encargado á Siracusa que ajustase por ella la paz con los romanos, y que no se encontraba obligada por una alianza en la que no había tomado parte.» Los siracusanos llevaron á los romanos esta respuesta, añadiendo: «que Leoncio no dependía de ellos; que, sin perjuicio del tratado, los romanos podían hacerle guerra, y que ellos mismos les ayudarían, á condición de que, cuando fuese sometida aquella ciudad, volvería al poder de Siracusa, según las condiciones del tratado.»

Marcelo partió para Leoncio con todo su ejército, y hasta llamó á Apio para que atacase á la ciudad por otro lado. Irritados los soldados con el recuerdo de sus compañeros degollados mientras se negociaba la paz, atacaron con tal ardor, que tomaron la ciudad en el primer asalto. Viendo Hipócrates y Epícides tomadas las murallas y rotas las puertas, se retiraron con algunos hombres á la fortaleza, y cuando llegó la noche se refugiaron secretamente en Herbesso. Ocho mil siracusanos habían partido de su ciudad, cuando cerca del río Myla encontraron un hombre que les anunció la toma de Leontino. Mezclando aquel hombre mentiras y verdades, dijo que habían degollado indistintamente soldados y ciudadanos, y que, según creía, no quedaba un hombre que pasase de la edad de la pubertad. La ciudad había sido saqueada y los bienes de los ricos dados á los soldados. Ante relato tan horrible, se detuvo el ejército, y en medio de la irritación general, los jefes Sosis y Dinomenes departían acerca de lo que convenía hacer. Daba á aquella mentira apariencia de tremenda verdad el hecho de haber sido azotados y decapitados cerca de dos mil desertores; pero ni un solo leontino ni un soldado había experimentado violencias después de toma-

da la ciudad, y se les devolvían todos sus bienes, exceptuando lo que había sido cogido en el tumulto inseparable á una toma por asalto. Imposible fué decidir al ejército siracusano á marchar hasta Leoncio. Quejábanse en voz alta los soldados de que se hubiese enviado á sus compañeros á la matanza, y hasta se negaron á esperar noticias más ciertas. Viendo los pretores inclinados los ánimos á la sublevación, pero creyendo que aquel movimiento duraría poco si hacían desaparecer á los jefes, llevaron el ejército á Megara, y ellos mismos, con algunos jinetes, partieron para Herbesso, esperando que, en medio de la conmoción general podrían apoderarse de la ciudad por traición. No lo alcanzaron, y se decidieron entonces á obrar por la fuerza. Al día siguiente dejaron Megara y acudieron con todas sus fuerzas á sitiar á Herbesso. Hipócrates y Epícides carecían de recursos, y comprendieron que no tenían más que un partido que tomar, peligroso en la apariencia, pero el único que les quedaba, el de entregarse á los soldados, cuya mayor parte estaban acostumbrados á ellos y á quienes el simple rumor del exterminio de sus compañeros había enfurecido. Decididos á esto, salieron al encuentro del ejército. Por casualidad iban á vanguardia seiscientos cretenses que habían servido á sus órdenes en tiempo de Jerónimo y que además debían agradecimiento á Aníbal, que les dejó en libertad después de hacerles prisioneros en el Trasimeno entre las otras tropas auxiliares de Roma. En cuanto Hipócrates y Epícides les reconocieron por sus enseñas y sus armas, se presentaron á ellos con ramos de olivo y el aspecto ordinario de los suplicantes, rogándoles «les recibieran y tomasen bajo su protección, que no les entregasen á los siracusanos, que en seguida los pondrían en poder de los romanos para que les exterminasen.»

«Tened esperanza, exclamaron todos; compartiremos

vuestra suerte.» Habiéndose detenido las enseñas durante esta entrevista, quedó interrumpida la marcha, ignorando los jefes la causa de la detención. En cuanto corrió la noticia de que Hipócrates y Epícides estaban allí, evidente estremecimiento de satisfacción recorrió todas las filas. En seguida lanzaron los pretores sus caballos á la vanguardia, y preguntan «qué conducta es aquella, qué licencia la de los cretenses que parlamentan con el enemigo y les reciben en sus filas sin orden de los pretores;» y en seguida mandan que se apoderen de Hipócrates y le carguen de cadenas. Al oir estas palabras, los cretenses primero y en seguida todo el ejército, lanzan tremendo grito, que hizo temer por sí mismos á los pretores si insistían. Inquietos y vacilantes disponen el regreso á Megara, de donde acababan de salir, y envían á Siracusa la noticia de aquel acontecimiento. Con una mentira subleva más aún Hipócrates los ánimos predispuestos á las sospechas; envía algunos cretenses para que se aposten en el camino, y fingiendo en seguida que, gracias á ellos, ha interceptado una carta, que él mismo había escrito, la lee públicamente. Después del acostumbrado saludo «Los pretores de Siracusa al cónsul Marcelo», decía: «Que había hecho muy bien en no perdonar á ningún leontino, pero que todos los soldados mercenarios estaban en el mismo caso, y que jamás estaría tranquila Siracusa mientras en la ciudad ó en el ejército hubiese algunas tropas extranjeras. Que le rogaban, por consiguiente, se apoderase de aquellos que, con sus pretores estaban acampados en Megara, y, con su suplicio, libertar al fin á Siracusa.» Al escuchar esta carta, corrieron á las armas lanzando tales gritos, que asustados los pretores de aquel tumulto, corrieron á caballo hasta Siracusa. Pero ni su fuga puso término á la sublevación, sino que se precipitaban ya contra los soldados siracusanos, y ni uno hubie-

se quedado si Epícides é Hipócrates no se hubiesen opuesto á la cólera de la multitud, no por compasión ni humanitarios sentimientos, sino porque querían conservar alguna esperanza de reconciliación. Procurábanse la fidelidad de los soldados conservándoles como en rehenes; por este beneficio y por las prendas que conservaban, se hacían acreedores al agradecimiento de sus parientes y amigos. Pero ellos mismos habían experimentado cuán vano y tornadizo es al menor soplo de viento el favor de la multitud. Habiendo encontrado por casualidad un soldado de la guarnición que había defendido á Leoncio, le sobornan y encargan lleve á Siracusa noticias que concuerdan con el falso relato hecho á orillas del río Myla, con objeto de que se presente como testigo, y declarando haber visto lo que era dudoso, excitase la cólera de todos.

No le creyó solamente el pueblo: introducido en el Senado, aquel hombre conmovió todos los ánimos. Varones graves repetían en alta voz «que la avidez y crueldad de los romanos se habían mostrado por fortuna al desnudo en Leoncio; que su conducta sería igual y peor aún si entraban en Siracusa, porque su avaricia encontraría allí presa más rica.» Decidióse por unanimidad que se cerrarían las puertas y se atendería á la defensa de la ciudad. Movidos estaban los siracusanos por el temor ó el odio, pero no todos contra los mismos hombres. Los soldados y gran parte del pueblo detestaban el nombre romano: los pretores y algunos grandes, aunque muy encolerizados por aquella falsa noticia, pensaban más bien en precaverse contra un peligro más cercano, más inminente. Hipócrates y Epícides se encontraban ya delante de Hexapyla; los hombres del pueblo que pertenecían al ejército trababan conversación con sus parientes, rogándoles les abriesen las puertas y les permitiesen defender la patria común contra

los ataques de los romanos. Habíaseles abierto una puerta de Hexapyla y ya les recibían, cuando llegaron los pretores, que al pronto quieren detener al pueblo con órdenes y amenazas, después, aunque inútilmente, con la influencia y aconsejando: entonces, olvidando la majestad de su cargo, suplican á la multitud que no entreguen la patria á miserables que antes eran satélites del tirano y hoy corruptores del ejército. Pero la multitud irritada permanecía sorda á sus ruegos, y todos, tanto de fuera como de dentro, empleaban igual ardor en romper las puertas, y una vez rotas, todo el ejército entró en Hexapyla. Los pretores se refugian en la Acradina con la juventud de Siracusa; los soldados mercenarios, los desertores y todo lo que quedaba en Siracusa del ejército real viene á aumentar la masa de los enemigos. La Acradina fué tomada al primer ataque, y todos los pretores fueron degollados, exceptuando los que huyeron en medio del tumulto. La noche puso fin á la matanza. Al siguiente día se manumite á los esclavos y se pone en libertad á los presos. Aquella confusa multitud nombra pretores á Hipócrates y Epícides, y Siracusa, después de haber visto por un momento brillar la libertad, vuelve á su antigua esclavitud.

En cuanto reciben la noticia los romanos, dejan á Leoncio y marchan á Siracusa. Una embajada que enviaba Apio llegaba en aquel momento por mar en una quinquerreme; una cuadrirreme enviada delante, penetró en el puerto y fué capturada: los legados escaparon con trabajo. Acababan de violar no solamente los derechos de la paz, sino que también los de la guerra. Desde entonces el ejército romano vino á acampar cerca de Olimpio (este es un templo de Júpiter) á quinientos pasos de la ciudad, decidiendo enviar también legados desde allí. Para que no entrasen en la ciudad, Hipócrates y Epícides salieron á recibirles fuera de las puertas.

El legado que tomó la palabra declaró «que no hacían la guerra á los siracusanos, sino que antes traían ayuda y protección á los que, escapando á la matanza, habían acudido á pedirles asilo, y á aquellos que, comprimidos por el temor, soportaban una esclavitud más horrible que el destierro, peor que la misma muerte; que la muerte infame de los aliados de Roma no quedaría impune; así, pues, que si los que se habían refugiado en el campamento romano podían regresar con seguridad completa á su patria, si se entregaba á los autores de la matanza, si se devolvían á Siracusa su libertad y sus leyes, no habría razón para empuñar las armas; pero si se rechazaban estas proposiciones, los romanos perseguirían con la fuerza á todo el que se opusiese.» Á esto contestó Epícides «que si los legados hubiesen traído alguna misión para Hipócrates y para él, habrían recibido contestación, pero que podían volver cuando aquellos á quienes se dirigían fuesen dueños de Siracusa. Que si los romanos atacaban la ciudad, el resultado les haría comprender la diferencia entre sitiar á Siracusa ó á Leoncio.» En seguida se separó de los legados y cerró las puertas. Desde aquel momento comenzó el sitio de Siracusa por mar y tierra; en tierra por la parte de Hexapyla y en el mar por la costa de la Acradina, cuyas murallas bañaba el agua. Como el terror entregó al primer asalto Leoncio á los romanos, esperaban entrar por algún punto en aquella ciudad tan grande y cortada por enormes intervalos, y llevaron por consiguiente bajo las murallas todas las máquinas empleadas en los sitios.

El éxito habría coronado aquel vigoroso ataque, sin la presencia de un solo hombre que poseía entonces Siracusa, Arquímedes, que no tenía rival en el arte de observar los cielos y los astros, y más maravilloso todavía por su habilidad para inventar y construir máquinas de guerra, con las cuales, por medio de ligero es-

fuerzo, se burlaba de las obras que con tanto trabajo empleaba el enemigo. Extendíanse las murallas sobre colinas desiguales, siendo el terreno muy elevado casi por todas partes y de difícil acceso. Según la naturaleza del terreno Arquímedes fortificó la muralla por todas partes con toda clase de obras. Marcelo atacaba con sus quinquerremes el muro de la Acradina, bañado, como ya hemos dicho, por el mar. Desde lo alto de otras naves, sagitarios, honderos y hasta velites, cuyos venablos no pueden devolverse por aquellos que conocen su empleo (1) no permitían á nadie permanecer impunemente sobre la muralla. Como para lanzar estos dardos se necesita espacio, las naves estaban á conveniente distancia. Á las quinquerremes iban unidas en parejas otras naves, á las que habían quitado los remos interiores con objeto de unirlas bordo á bordo. Estos aparatos bogaban como las naves ordinarias con los remos exteriores, y llevaban torres de diferentes pisos y otras máquinas para batir las murallas. Á estas naves así dispuestas opuso Arquímides en las murallas máquinas de diferentes tamaños. Sobre las naves lejanas lanzaba enormes piedras; á las más cercanas las atacaba con proyectiles más ligeros y por consiguiente lanzados en mayor número. En fin, para que pudiesen los suyos sin recibir heridas abrumar con dardos al enemigo, horadó las murallas de alto abajo con aberturas de un codo de altas, y á través de ellas, quedando á cubierto, atacaban al enemigo con flechas y escorpiones de mediana longitud. Si se acercaban algunas naves para ponerse bajo el tiro de las máquinas, una palanca colocada sobre la muralla lanzaba sobre la proa una mano de hierro su-

(1) Los velites llevaban siete venablos, cuya asta tenía dos codos de larga y el grueso de un dedo; la punta tenía una cuarta y era tan fina y aguda que al primer choque se doblaba no pudiendo servir ya al enemigo.

jeta con fuerte cadena. Un contrapeso enorme de plomo levantaba la mano de hierro, que á su vez levantaba la proa, suspendiendo la nave recta sobre la popa; en seguida, por medio de violenta sacudida, la lanzaba con tal violencia que parecía caer de la muralla. La nave, con tremendo espanto de los marineros, azotaba el agua con tal violencia que las olas entraban siempre en ella, aunque cayese derecha. De esta manera se rechazó el ataque por mar y los romanos reunieron todas sus fuerzas para asaltar la ciudad por tierra. Pero también por este lado estaba fortificada con toda clase de máquinas, gracias á los cuidados y gastos de Hierón durante largos años, y gracias especialmente al maravilloso ingenio de Arquímedes. Aquí la naturaleza había venido en su auxilio, porque la roca que recibe los cimientos de la muralla, en grande extensión tiene tal pendiente, que no solamente los cuerpos lanzados por las máquinas, sino aquellos también que rodaban por su propio peso, caían violentamente sobre el enemigo. Por la misma razón era muy difícil escalar aquella pendiente con paso seguro. Marcelo celebró un consejo, en el que se decidió que habiendo sido infructuosas todas sus tentativas de ataque, se suspendería el sitio, quedando bloqueada solamente la ciudad, de manera que no pudiese recibir ningún convoy por tierra ni por mar.

Entretanto partió Marcelo con la tercera parte de su ejército para apoderarse de las ciudades que en medio de aquellas turbulencias habían pasado á los cartagineses. Heloro y Herbeso se rindieron espontáneamente. Tomó por asalto á Megara, la destruyó y abandonó, con objeto de amedrentar á las demás y especialmente á Siracusa. En el mismo tiempo, Hamilcon, que había mantenido por mucho tiempo su flota á la vista del promontorio de Paquino, desembarcó en Heraclea, llamada también Minoa, con veintisiete mil infantes, tres mil

caballos y doce elefantes. No tenía tantas fuerzas cuando permanecía en el mar delante del promontorio; pero cuando Hipócrates se apoderó de Siracusa, partió para Cartago, y allí, ayudado por los diputados de Hipócrates y por las cartas de Aníbal, que manifestaba haber llegado el momento de reconquistar gloriosamente la Sicilia, y él mismo, añadiendo con su presencia mucho peso á esta opinión, consiguió que enviasen á Sicilia cuanto fué posible de infantería y caballería. Llegado á Heraclea, pocos días después tomó á Agrigento; y las otras ciudades declaradas por los cartagineses cobraron tantas esperanzas de arrojar á los romanos de la Sicilia, que hasta se reanimó el valor de los sitiados en Siracusa. Persuadidos de que bastaría una parte de sus tropas para defender la ciudad, dividiéronse la dirección de las operaciones. Epícides debía quedarse para guardar la ciudad, é Hipócrates se reuniría con Hamilcon para comenzar con él la campaña contra el cónsul. Hipócrates partió por la noche, pasando por los intervalos que mediaban entre los puestos romanos, y con diez mil infantes y quinientos caballos marchó á acampar cerca de la ciudad de Acrilas. En medio de sus trabajos de fortificación le sorprendió Marcelo, que regresaba de Agrigento, donde, á pesar de sus esfuerzos y de la rapidez de su marcha, había encontrado establecido ya al enemigo. Muy lejos estaba Marcelo de esperar encontrarse en frente de él en aquel paraje y en aquellas circunstancias un ejército de siracusanos. Sin embargo, por temor de Hamilcon y de los cartagineses, cuyo ejército era mucho más considerable que el suyo, estaba siempre preparado y marchaba con sus tropas dispuestas para cualquier acontecimiento.

La fortuna quiso que las precauciones tomadas contra los cartagineses le sirviesen contra los sicilianos. Marcelo les encontró en desorden, dispersos, la mayor

parte desarmados, ocupados en establecer el campamento. Envolvió la infantería; y la caballería, después de ligero combate, huyó á Acras con Hipócrates. Este combate contuvo á los sicilianos que pensaban en separarse de Roma. Marcelo volvió á Siracusa. Pocos días después Hamilcon, con quien se había reunido Hipócrates, vino á acampar sobre el río Anapo á unas ocho millas de distancia. Casi por el mismo tiempo, cincuenta y cinco naves largas mandadas por Bomílcar, jefe de la flota cartaginesa, entraron de alta mar en el puerto grande de Siracusa, y por su parte, la flota romana compuesta de treinta y cinco quinquerremes, desembarcó en Panormo la primera legión; podía creerse que se había trasladado la guerra de Italia á Sicilia, de tal manera reconcentraban allí sus fuerzas los dos pueblos. Persuadido Hamilcon de que la legión romana que había desembarcado en Panormo y que se dirigía á Siracusa iba á caer en su poder, equivocó el camino, y mientras penetraba en el interior, la legión, escoltada por la flota, llegó siguiendo la costa á reunirse con Ap. Claudio, que con una parte de sus tropas había acudido á su encuentro hasta Paquino. Los cartagineses no permanecieron más tiempo delante de Siracusa. Bomílcar no confiaba mucho en su flota; la de los romanos la duplicaba en número, y además veía que su permanencia aumentaba la escasez de sus aliados. En consecuencia de esto, se dió á la vela y regresó á África. Hamilcon por su parte había seguido en vano á Marcelo hasta Siracusa, buscando ocasión de combatirle antes de que reuniese fuerzas más considerables. La ocasión no se presentó, y como veía al enemigo en seguridad delante de Siracusa por la fuerza de sus fortificaciones y por el número de sus tropas, para no perder inútilmente el tiempo contemplando á sus aliados sitiados, levantó el campamento con el propósito de llevar sus tropas adon-

de le llamara la esperanza de alguna revuelta contra los romanos y aumentara también con su presencia el ardor de sus partidarios. Tomó primeramente á Murgancia, cuyos habitantes le entregaron la guarnición romana. Los romanos habían reunido allí considerable cantidad de trigo y provisiones de todo género.

Ante esta defección se enardecieron las demás ciudades. Las guarniciones romanas eran arrojadas de las fortalezas ó sorprendidas por la traición de los habitantes. Henna, situada en paraje alto y escarpado por todas partes, era inexpugnable por su posición, y además su fortaleza encerraba fuerte guarnición mandada por un hombre cuya vigilancia no habrían burlado fácilmente los traidores. Era este L. Pinario, varón muy activo y que para deshacer todas las tramas contaba mucho más con su propia actividad que con la fidelidad de los sicilianos. La desconfianza estaba más alerta aún por la nueva traición de tantas ciudades que se rebelaban y degollaban las tropas. Así era que día y noche tenía vigías y centinelas preparados á todo, y los soldados no dejaban jamás las armas ni sus puestos. Los principales habitantes de Henna, que ya estaban de acuerdo con Hamilcon para entregarle la guarnición romana, comprendieron que con aquel jefe no había traición posible y decidieron obrar abiertamente. «La ciudad y la fortaleza, decían, deben estar en su poder, si se han entregado á los romanos como aliados libres y no como esclavos á quienes hay que guardar prisioneros; creen por tanto que es justo les entreguen las llaves de las puertas; que el lazo más fuerte que une á verdaderos aliados es la mutua confianza; que el pueblo y el Senado romano no les estarán agradecidos sino en cuanto permanezcan fieles por propia voluntad y no por la fuerza » A esto contestó el romano: «que su general le había dejado para guarnecer á Henna, que de él había

recibido las llaves de las puertas y la custodia de la fortaleza; que no podía disponer por su propia voluntad ni por la de los habitantes de Henna, sino por la del jefe que se las había confiado. Que abandonar el puesto era crimen capital entre los romanos y que se había visto sancionar esta ley hasta con la muerte de los propios hijos. El cónsul Marcelo estaba cerca; los habitantes debían enviarle legados, porque él tenía el mando supremo.» Los otros replicaron: «que no enviarían legados á Marcelo, y declararon que si las palabras eran inútiles, buscarían otro medio para recobrar la libertad.» Pinario dijo á su vez «que si les repugnaba enviar una legación á Marcelo, que le concediesen reunir la asamblea del pueblo para que pudiese convencerse de si lo que acababan de decirle era la opinión de corto número ó de toda la ciudad.» Convínose en que á la mañana siguiente se convocaría la asamblea.

Después de esta conferencia, se retiró Pinario á la fortaleza y reunió á los soldados diciéndoles: «Creo, soldados, que todos sabéis que en estos últimos días los sicilianos han sorprendido y degollado guarniciones romanas. La bondad de los dioses inmortales y además vuestro valor, vuestra vigilancia permaneciendo día y noche sobre las armas, os han librado de la traición, ¡y ojalá podamos seguir viviendo aquí sin tener que experimentar ó consumar alguna gran desgracia! Contra los ataques secretos tenemos las precauciones que hasta ahora hemos empleado, pero como no les daba resultado la traición, me han pedido clara y abiertamente que les entregue las llaves de las puertas. Ahora bien; una vez entregadas las llaves, Henna pertenecerá á los cartagineses y nosotros seremos degollados aquí con más crueldad todavía que la guarnición de Murgancia. He conseguido con trabajo una noche para deliberar, porque quería ante todo que conocieseis el peligro que nos

amenaza. Al amanecer celebrarán una asamblea para acusarme y sublevar contra vosotros el pueblo; mañana, pues, Henna quedará inundada por nuestra sangre ó la de sus habitantes; atacados los primeros, no os quedará esperanza; por el contrario, atacándoles, ningún peligro tendréis que temer. La victoria pertenecerá al primero que desenvaine la espada. Empuñadas las armas y preparados, esperaréis la señal; yo asistiré á la asamblea y ganaré tiempo con discursos y discusiones hasta que todo esté dispuesto. Cuando con un movimiento de mi toga os dé la señal, lanzad el grito y por todos lados caed sobre la multitud, matad y que no quede ni uno solo de quien podáis temer violencia ó sorpresa. Y vosotras, venerables Ceres y Proserpina (1); vosotros dioses del cielo y del infierno, que habitáis esta ciudad, estos lagos, estos bosques sagrados, escuchad mi súplica. Sednos benévolos y propicios, si es verdad que por evitar una traición y no para cometerla tomamos esta resolución. Soldados, os diría más si tuvieseis que combatir con enemigos armados; pero no tienen armas y no esperan nada; degollaréis hasta la saciedad. Además, teniendo el cónsul su campamento cerca de nosotros, nada hay que temer de Hamilcon y los cartagineses.»

Después de esta exhortación marchan á comer y descansar. A la mañana siguiente se colocan en diferentes puntos para cerrar las calles y cortar todo paso. La mayor parte permanece sobre el teatro y en sus alrededores, donde estaban acostumbrados al espectáculo de las asambleas. Los magistrados llevan al jefe romano ante el pueblo: repite que todo depende del cónsul y no de él, é insiste en todo lo que dijo la víspera. Al principio

(1) Henna estaba consagrada á Ceres y Proserpina porque en sus inmediaciones arrebató Plutón á Proserpina.

algunos solamente, después mayor número y al fin todos á la vez le mandan que entregue las llaves. Como vacila y se aplaza, se enfurecen, amenazan y parecen dispuestos á emplear la fuerza. Entonces Pinario da con la toga la señal convenida. Atentos los soldados desde largo rato y preparados para el ataque, lanzan enérgico grito. Unos se arrojan desde lo alto sobre la asamblea, cogiéndola por la espalda, otros se precipitan por todas las salidas del teatro. Los ciudadanos encerrados en aquel profundo recinto son degollados, cayendo en masa heridos por los romanos ó ahogados en la fuga. Precipitándose unos sobre la cabeza de los otros, se amontonan los heridos sobre los sanos, los vivos sobre los muertos. Los romanos se extienden por todos lados. La fuga y la matanza se propagan por Henna, que parece tomada por asalto. Aunque los soldados exterminaban una multitud desarmada, lo hacían con tanto encarnizamiento como si les animasen los riesgos y el ardor del combate entre fuerzas iguales. Este golpe de mano, culpable ó necesario, conservó Henna á los romanos. Marcelo no mostró desagrado, y hasta dejó á los soldados el botín recogido en la ciudad, persuadido de que el temor contendría á los sicilianos y les impediría entregar las guarniciones romanas. Este desastre de una ciudad situada en medio de Sicilia, célebre por la fuerza de su posición natural y por los sagrados vestigios que se ven en ella del rapto de Proserpina, se propagó casi en un solo día por toda la isla. Consideróse aquella espantosa matanza como un atentado á los dioses y á los hombres, y todos los pueblos que no se habían declarado aún, pasaron á los cartagineses. Hipócrates se retiró á Murgancia, Hamilcon á Agrigento, después de haber llevado inútilmente su ejército hacia Henna, donde le llamaban los traidores. Marcelo regresó al territorio de los leontinos; hizo llevar á su campamento trigo y otras

provisiones, dejó tropas en él, y volvió al bloqueo de Siracusa. Enviando entonces á Roma á Ap. Claudio para solicitar el consulado, nombró en su puesto á T. Quincio Crispino para que tomase el mando de la flota y del campamento antiguo. El mismo se constituyó cuarteles de invierno, fortificándolos, en un paraje situado á cinco mil pasos de Hexapyla, llamado Leonta. Esto fué cuanto ocurrió en Sicilia hasta el principio del invierno.

Aquel mismo verano comenzó la por tanto tiempo esperada guerra con Filipo. El pretor M. Valerio, que mandaba la flota de Brundisium y de la Calabria, recibió una legación de Orico diciéndole que Filipo había remontado el río con ciento veinte birremes; que primeramente había hecho una tentativa sobre Apolonia (1); que no pudiendo triunfar tan pronto como esperaba, se había acercado secretamente de noche á Orico, ciudad situada en la llanura, sin fortificaciones, sin guarnición y sin armas, apoderándose de ella al primer asalto. Suplicaban, pues, al cónsul que acudiese á socorrerles y que alejase con un ejército ó con una flota á aquel enemigo declarado de Roma, que les atacaba solamente porque se encontraban en las puertas de Italia. M. Valerio dejó para guardar la comarca á su legado P. Valerio, con una flota dispuesta y equipada; y embarcando en naves de trasporte los soldados que no cabían en las naves largas, llegó á la mañana siguiente á Orico, donde Filipo, al partir había dejado débil guarnición, de la que se apoderó sin mucha dificultad. Llegaron entonces legados de Apolonia diciéndole «que su ciudad estaba sitiada porque no habían querido renunciar á la alianza con Roma, y que no podía resistir por más tiempo los esfuerzos de los macedonios si no enviaba una guarni-

(1) Ciudad marítima de la Iliria macedónica, vecina de Orico y del río Aous, que desemboca en el Adriático. El estado de Apolonia era muy floreciente por el comercio y las letras.

ción romana.» Valerio ofreció socorrerles, y envió á la desembocadura del río dos mil soldados escogidos, embarcados en naves largas, poniéndoles á las órdenes del jefe de los aliados Q. Nevio Crista, valiente y hábil general. Crista desembarcó las tropas, despidió las naves para que se reuniesen con la flota en Orico, de donde venía, y alejándose del río, tomó un camino que no vigilaban los soldados del rey; en seguida, durante la noche, sin que los enemigos se enterasen, entró en Apolonia. Durante el día siguiente descansaron, pero entre tanto Nevio revistó la juventud de la ciudad, las armas y las fuerzas que podía suministrar. Grandes esperanzas le infundió la revista; instruído además por sus exploradores de la negligencia y descuido del enemigo, en el silencio de la noche salió sin ruido de la ciudad, y encontró el campamento macedonio tan mal guardado y con tan fácil acceso, que es un hecho entraron mil hombres en las fortificaciones sin que nadie lo advirtiese. Si los soldados romanos no hubiesen comenzado á matar, habrían llegado hasta la tienda del rey. La matanza de los que se encontraban cerca de las puertas despertó á los demás; entonces fueron tan grandes el miedo y el terror que se apoderaron de todo el ejército, que no solamente nadie tomó las armas ni trató de arrojar del campamento al enemigo, sino que el mismo rey huyó casi desnudo, como despertó, de un modo indecoroso, no diré para un rey, sino para un soldado, procurando ganar el río y la flota. Allí se dirigía también toda la multitud. En el campamento quedaron muertos ó prisioneros cerca de tres mil soldados, siendo el número de los segundos mayor que el de los primeros. El campamento fué saqueado, llevando á la ciudad los habitantes de Apolonia las catapultas, balistas y demás aparatos preparados para el sitio, con intención de emplearlas en la defensa de sus murallas, si se repetía

aquel acontecimiento. El resto del botín cogido en el campamento fué abandonado á los romanos. En cuanto llegó á Orico la noticia, M. Valerio llevó su flota á la desembocadura del río, para que el rey no pudiese escapar por mar. Desesperando entonces Filipo de resistir por tierra ó por mar, hace encallar sus naves, y vuelve por tierra á Macedonia con soldados, en gran parte desarmados y desprovistos de todo. La flota romana, mandada por M. Valerio, pasó el invierno en Orico.

En este mismo año los acontecimientos tuvieron suerte varia en España. Antes de que los romanos pasasen el Ebro, Magón y Asdrúbal habían derrotado numerosos cuerpos españoles; y la España Ulterior habría renunciado á la alianza de los romanos, si P. Cornelio, cruzando rápidamente el Ebro con su ejército, no hubiese llegado á tiempo para fortalecer á sus aliados indecisos. Acamparon primeramente en Castro Albo, lugar famoso por la muerte del grande Hamílcar, y ciudadela fortificada donde habían acumulado trigo. Sin embargo, como el enemigo ocupaba todo el país, y su caballería había atacado impunemente al ejército romano matando cerca de dos mil hombres retrasados ó que vagaban por los campos, los romanos se retiraron á lugares más tranquilos y establecieron un campamento fortificado cerca del monte de la Victoria, ocupándolo Cn. Escipión con todas sus tropas. Asdrúbal, hijo de Gisgón, uno de los tres generales cartagineses, llegó también con un ejército regular, y todos se establecieron del otro lado del río en frente del campamento romano. P. Escipión con algunas tropas ligeras, partió secretamente para reconocer los alrededores: viéronle los enemigos y le habrían deshecho en la llanura, si no se hubiese apoderado de una altura cercana. Rodeáronle allí, pero la llegada de su hermano le libertó. Castelo, ciudad de España, muy fuerte y famosa y tan

adicta á los cartagineses que la esposa de Aníbal era de allí, pasó sin embargo á los romanos. Los cartagineses emprendieron el sitio de Iliturgis, que tenía guarnición romana, y parecía que por hambre más bien que por fuerza se apoderarían de ella. Cn. Escipión, con objeto de socorrer á los aliados y la guarnición, partió con una legión sin bagajes, atravesó los dos campamentos haciendo considerable matanza de enemigos, y entró en la ciudad. A la mañana hizo una salida igualmente afortunada; perdiendo el enemigo más de doce mil hombres en estos dos combates, cayendo prisioneros más de mil y apoderándose de treinta y seis enseñas. Retiráronse, pues, de delante de Iliturgis, y comenzaron el sitio de Bijerra, aliada también de los romanos; pero al llegar Cn. Escipión levantaron el sitio sin combate.

Desde allí marcharon los cartagineses sobre Munda (1) siguiéndoles los romanos. Allí combatieron en línea durante cuatro horas y los romanos eran evidentemente victoriosos cuando tocaron retirada. Escipión acababa de recibir un lanzazo que le atravesó un muslo y los soldados que le rodeaban temieron que la herida fuese mortal. Sin esta desgracia habrían tomado el campamento de los cartagineses aquel día. Los soldados y los elefantes habían sido rechazados ya á las fortificaciones y hasta debajo de ellas, habiendo quedado acribillados de venablos treinta y nueve elefantes. Dícese que en este combate perecieron otros doce mil hombres, cayendo prisioneros tres mil con cincuenta y siete enseñas. Los cartagineses se retiraron hacia la ciudad de Auringe, adonde les persiguieron los romanos para aprovechar su espanto. Escipión, llevado en

(1) Ciudad de la Bética, célebre por la reñida batalla en que César venció á los hijos de Pompeyo. Hay otra Munda en la Celtiberia.

una litera les dió otra batalla, en la que no fué dudosa la victoria, aunque murieron la mitad menos de enemigos porque quedaban menos combatientes. Pero la familia de Aníbal había nacido para hacer la guerra y reparar las pérdidas. Asdrúbal envió á su hermano Magón para que levantase tropas. Muy pronto quedó completo el ejército, inspirando bastante confianza para arriesgar otra batalla. Pero los soldados, muy diferentes de sus generales, combatiendo por un partido tantas veces vencido en pocos días, marcharon al enemigo con iguales disposiciones que antes y con igual desgracia. Murieron más de ocho mil hombres y cayeron prisioneros cerca de mil con cuarenta y ocho enseñas. Casi todo el botín se compuso de despojos galos, collares de oro y brazaletes en número considerable; pereciendo también en aquella batalla dos jefes galos muy famosos, Menicapto y Civismaro. Apoderáronse de ocho elefantes y murieron tres. Al ver sus triunfos en España, avergonzáronse los romanos de haber dejado, por espacio de ocho años ya, en poder del enemigo la ciudad de Sagunto, primera causa de esta guerra. Arrojaron, pues, de ella á la guarnición cartaginesa, recobraron la ciudad y la devolvieron á aquellos habitantes antiguos que habían escapado de las desgracias de la guerra. A los turdetanos, que fueron causa de la guerra entre Sagunto y Cartago, los sometieron, los vendieron como esclavos y arrasaron su ciudad.

Estas cosas ocurrieron en España bajo el consulado de Q. Fabio y de M. Claudio. En Roma, desde la entrada en funciones de los nuevos tribunos del pueblo, uno de ellos, L. Metelo, citó ante el pueblo á los censores P. Furio y M. Atilio, que el año anterior, aunque era cuestor, le quitaron el caballo, le arrojaron de su tribu y le pusieron en la categoría de pechero, porque formó en Cannas el proyecto de abandonar la Italia.

Gracias á los otros nueve tribunos, los censores no tuvieron que defenderse mientras ocupaban el cargo, y fueron absueltos. La muerte de P. Furio impidió que terminasen el censo. M. Atilio dimitió el cargo. El cónsul Q. Fabio Máximo presidió los comicios para las elecciones consulares, siendo nombrados cónsules, aunque ausentes, Q. Fabio Máximo, hijo del cónsul, y T. Sempronio Graco, por segunda vez. Nombróse pretores á M. Atilio y P. Sempronio Tuditano, Cn. Fulvio Centumalo y M. Emilio Lépido, siendo entonces los tres ediles curules. Dice la tradición que los ediles curules presidieron por primera vez aquel año los juegos escénicos que se celebraban durante cuatro días. El edil Tuditano era aquel que en Cannas, cuando el desastre tenía á todo el ejército helado de terror, escapó á través del enemigo. Terminados los comicios, á propuesta del cónsul Q. Fabio fueron llamados á Roma los cónsules designados para que entrasen en funciones. Estos consultaron al Senado acerca de la guerra, de su gobierno y el de los pretores, acerca del ejército y de la elección de aquellos á quienes debían confiarlos.

Hízose, pues, la distribución de provincias y de ejércitos. Encargóse á los cónsules la guerra contra Aníbal, con el mando de los dos ejércitos de Sempronio y del cónsul Fabio, ejércitos que constaban de dos legiones cada uno. El pretor M. Emilio, encargado por suerte de la jurisdicción de los extranjeros, entregó sus poderes á su colega M. Atilio, pretor urbano, y tomó el mando de Luceria y de las dos legiones que había mandado el actual cónsul Q. Fabio. P. Sempronio recibió la provincia de Arimino y Cn. Fulvio la de Suesula, con dos legiones cada uno. Fulvio debía ponerse al frente de las legiones urbanas, y Tuditano recibir las suyas de M. Pomponio. A M. Claudio se le prorrogó su mando en Sicilia: este mando tenía por límites los del

antiguo reino de Hierón. El pretor Léntulo conservó la antigua provincia y P. Otacilio la flota. A Sicilia no se envió nuevo ejército. M. Valerio recibió la Grecia y la Macedonia con la legión y la flota que tenía ya. L. Mucio, con el antiguo ejército formado por dos legiones, recibió la Cerdeña; C. Terencio, una legión, que mandaba ya, y el Piceno. Alistáronse además dos legiones urbanas y veinte mil aliados. Estos eran los jefes y las tropas que debían sostener al imperio romano contra tantas guerras comenzadas ya ó que se temían. Los cónsules, después de haber alistado las dos legiones urbanas y completado las otras, antes de salir de la ciudad, expiaron los prodigios que se habían anunciado. Las murallas y las puertas habían sido heridas por el rayo, y en la ciudad de Aricia, el mismo templo de Júpiter había recibido el fuego del cielo. Los ojos y los oídos del pueblo estaban impresionados por otras ilusiones, á las que se daba crédito. Habíanse visto sobre el río en Terracina fantasmas de naves largas que no existían, y en el templo de Júpiter Vicilino, que se encuentra en territorio de Compsa, había resonado ruido de armas. En Amiterno habían arrastrado sangre las aguas. Cuando quedaron expiados todos estos prodigios, según la decisión de los pontífices, partieron los cónsules, Sempronio para la Lucania y Fabio para la Apulia. Fabio, el padre, marchó al campamento de Suesula para servir como legado de su hijo, que salió á recibir á su padre, precedido por los lictores, callados por respeto á varón tan eminente. Ya había pasado el anciano á caballo once haces (1). Cuando el cónsul mandó al lictor más próximo que cumpliese su deber. Habiendo gritado éste á Máximo entonces que bajase

(1) Según este relato, los lictores marchaban en fila delante del magistrado. De esta manera están representados en las medallas.

del caballo, el anciano se apeó diciendo: «He querido ver, hijo mío, si comprendías bien que eres cónsul.»

Dasio Altinio Arpino fué secretamente, durante la noche, acompañado por tres esclavos, á ver al cónsul, y le prometió, si se le aseguraba recompensa, que le entregaría á Arpi. Fabio dió cuenta al consejo, y todos opinaron «que era necesario azotar y matar como desertores á aquel enemigo pérfido de dos naciones, que después de la derrota de Cannas, como si la fidelidad hubiese de estar siempre al lado de la fortuna, se retiró junto á Aníbal y decidió la defección de Arpi, y que ahora que contra sus esperanzas y deseos resucitaba Roma, por decirlo así, ofrecía otra nueva y más vergonzosa traición á los que antes había vendido. Siempre del partido contrario al que abrazaba, aliado infiel, enemigo sin fe, después de los dos miserables que habían querido hacer traición á los falerios y el rey Pirro, debía darse tercer ejemplo para los desertores.» Fabio, el padre del cónsul, decía, por el contrario, «que era olvidar el estado en que se encontraban los asuntos, querer, en medio de la guerra, juzgar á cada cual con independencia de toda consideración exterior como si se estuviese en paz; que cuando era necesario ante todo pensar en los medios posibles de impedir á cualquier aliado abandonar al pueblo romano, querían, sin fijarse para nada en esta necesidad, hacer un ejemplo con los que se arrepentían, y dirigían con pena la vista sobre la alianza á que habían renunciado. Que si se podía abandonar á los romanos y se impedía para siempre volver á ellos, no podía dudarse que Roma quedaría muy pronto sin ningún aliado, y que todos los pueblos de Italia se unirían á los cartagineses. Lejos estaba sin embargo de pensar que debiese otorgarse la menor confianza á Altinio, pero quería tomar un término medio. Por el momento no debía considerársele como enemigo ni como aliado, sino

dejarle bajo vigilancia, aunque libre, en alguna ciudad fiel, cercana del campamento, y guardarle en ella durante la guerra; que una vez terminada ésta, se vería si merecía por su primera traición más castigo que indulgencia por su arrepentimiento.» Adoptóse la opinión de Fabio; cargóse de cadenas á Altinio, lo mismo que á sus compañeros, y guardaron, para devolvérsela, una cantidad considerable de oro que había llevado. Depositósele en Cales, donde le dejaban libre durante el día, aunque le seguían guardias y le encerraban por la noche. En Arpi, su patria, le echaron de menos al principio, y hasta le buscaron; pero muy pronto se extendió por la ciudad la noticia, y como era el jefe, su pérdida produjo algún tumulto. Con el temor de un cambio, enviaron para prevenir á Aníbal, que se preocupó muy poco de este acontecimiento, porque hacía tiempo desconfiaba de Altinio como de un traidor, y además se le presentaba ocasión de apoderarse de los bienes de un hombre tan rico y venderlos. Con el fin de demostrar que cedía á la indignación y no á la avidez, se mostró severo hasta la crueldad. Hizo llevar al campamento la esposa y los hijos de Altinio y les interrogó primeramente acerca de su fuga; en seguida acerca de lo que había dejado en su casa en oro y plata, y cuando quedó bien enterado de todo, mandó quemarles vivos.

Fabio partió de Suesula yendo primeramente á sitiar á Arpi. Estableciόse á unos quinientos pasos de la ciudad, examinó de cerca su posición y la de sus fortificaciones, y viendo que la parte más fuerte era la que guardaban menos, decidió reconcentrar en aquel punto el ataque. Después de proveerse de todo lo necesario para un sitio, reunió á los centuriones más valientes de todo el ejército, les dió por jefes tribunos muy esforzados, y les mandó que á la señal de la cuarta vigilia llevasen escalas al punto designado. Había allí una puerta baja

y estrecha, que daba á una calle solitaria en un barrio desierto de la ciudad. Ordenóles que franqueasen aquella puerta con las escalas, que se dirigiesen en seguida á la muralla, que rompiesen por dentro las cerraduras, y una vez dueños de aquella parte de la ciudad, que advirtiesen al ejército con toques de trompeta para que el cónsul pudiese hacer avanzar las tropas, que tendría completamente preparadas. Ejecutáronse estas medidas con actividad, y lo que parecia ser un obstáculo, les ayudó más que todo á engañar al enemigo. Violenta lluvia, cayendo á media noche, obligó á los guardas y á los centinelas á alejarse de sus puestos y á refugiarse en las casas. Al principio el ruido del temporal impidió que se oyese el que hacían los romanos al forzar la puerta; después la caída más lenta y floja de la lluvia adormeció á casi todos los guardias. Una vez dueños de la puerta, los romanos colocan las trompetas en la calle á iguales distancias y les mandan tocar para advertir al cónsul. Á esta señal convenida, el cónsul manda avanzar las tropas, y pocos momentos después entra en la ciudad por la puerta que acababa de ser forzada.

Entonces despertaron al fin los enemigos; la lluvia calmaba y el día estaba ya cercano. En la ciudad había una guarnición cartaginesa de cerca de cinco mil hombres y tres mil vecinos estaban armados. Los cartagineses les colocaron en primera fila en frente del enemigo, porque querían evitar que los sorprendiesen por la espalda. Al principio pelearon en la obscuridad en calles estrechas, habiéndose apoderado los romanos de las calles y hasta de las casas inmediatas á la puerta para que no pudiesen atacarles y herirles desde los techos. Como tenían algún conocimiento de la ciudad, trabaron conversación con los de Arpi. Los romanos les preguntaban qué querían; qué malos tratamientos por parte de Roma ó qué beneficios de los cartagineses les habían

llevado, siendo italianos, á pelear contra los romanos, sus antiguos aliados, en favor de extranjeros y de bárbaros, y á trabajar de aquella manera para hacer á Italia tributaria y esclava de África. Estos, para justificarse, decían que sus jefes les habían vendido á los cartagineses sin que ellos lo supieran; que habían sido sorprendidos y oprimidos por corto número de ellos. Propagándose así la conversación por una y otra parte, el pretor de Arpi fué llevado por los suyos ante el cónsul. Allí, á la vista de las enseñas, en medio del combate, juraron alianza, y en el acto los vecinos tomaron partido por los romanos contra los cartagineses. Los españoles también, que eran cerca de mil, pasaron al cónsul, con la única condición de que se expulsaría sin maltratarla á la guarnición cartaginesa. Abriéronla las puertas y la enviaron fielmente á Aníbal, con quien se reunió sana y salva en Salapia. Arpi volvió, á los romanos sin que hubiese más víctimas que un solo hombre, traidor antes, y ahora desertor. Los españoles recibieron ración doble, y la república tuvo muchas ocasiones de experimentar su valor y fidelidad. Mientras un cónsul se encontraba en la Apulia y el otro en Lucania, ciento doce nobles caballeros campanios, so pretexto de ir á talar el territorio enemigo, consiguieron permiso de los magistrados para salir de Capua y marcharon al campamento romano de Suesula. En las puertas declararon quiénes eran y que querían hablar con el pretor. Advertido éste, mandó que entrasen diez de ellos desarmados; y después de escuchar su petición (sólo querían entrar en posesión de sus bienes después de la toma de Capua) recibió la promesa de fidelidad de todos. El otro pretor, Sempronio Tuditano, había tomado por asalto la ciudad de Aterno, donde se apoderó de siete mil hombres y de cierta cantidad de cobre y plata acuñada. En Roma estalló un incendio terrible que duró dos noches y un día,

quemándose todo hasta los cimientos, desde las Salinas y la puerta Carmental hasta el Equimelio y la calle Yugaria. Al otro lado de la puerta se extendió el fuego y devoró muchos edificios sagrados y profanos en los recintos consagrados á la Fortuna, á Matuta madre y la Esperanza.

En este mismo año los dos Escipiones, después de brillantes triunfos en España, después de haber renovado muchas alianzas antiguas y formado otras nuevas, concibieron esperanzas hasta sobre el Africa. El rey de los númidas Sifax (1) se convirtió de repente en enemigo de Cartago. Los generales romanos le enviaron tres centuriones para que ajustasen un tratado de amistad y alianza, y prometerle, si continuaba haciendo la guerra á Cartago, que el Senado y el pueblo romano se lo agradecerían, y, en ocasión oportuna, harían todos los esfuerzos necesarios para manifestarle ampliamente su gratitud. La legación agradó bastante al bárbaro, que habló mucho con los romanos acerca de los medios de hacer la guerra, y por lo que le dijeron aquellos veteranos, al comparar la admirable organización de las tropas romanas con la de las suyas, comprendió cuánto ignoraba: así fué que les pidió ante todo que para obrar como buenos y fieles aliados «volviesen dos centuriones solamente á dar cuenta de su embajada á sus generales, y que uno de los tres quedase con él para enseñar á los númidas el arte militar; que su nación era completamente inhábil en los combates de infantería, no sabiendo utilizar más que sus caballos; que desde los primeros tiempos sus antepasados solamente habían comba-

(1) No era Sifax rey de todos los númidas, sino solamente de los númidas masesilianos, como Gala y Masinisa lo eran de los númidas masilios. Sin embargo, Sifax mandó por algún tiempo á estos númidas después de arrojar de su reino á Masinisa.

tido á caballo, y que ellos mismos, desde su infancia, no habían aprendido á combatir de otra manera; que teniendo un enemigo cuya infantería era excelente, era necesario que organizase él también una infantería; que en su reino había muchos hombres, pero que ignoraba la manera de armarlos, de equiparlos y ordenarlos; que su ejército, como toda multitud reunida de pronto, solamente ofrecía desordenadas masas.» Los legados contestaron que inmediatamente iban á hacer lo que pedía, después de recibir la palabra del rey de que devolvería al centurión si sus generales no aprobaban su conducta. El que quedó con el rey se llamaba Q. Estatorio. El númida envió á España con los otros dos romanos embajadores que debían recibir la palabra de los generales y trabajar para atraerse lo más pronto posible á los númidas auxiliares que formaban parte de las guarniciones cartaginesas. Estatorio creó con la juventud númida una infantería al rey, enseñándola, según la táctica romana, á formar en línea, á correr siguiendo las enseñas y á conservar las filas; acostumbrándola de tal manera, en fin, á los trabajos y todo lo que constituye la disciplina militar, que muy pronto tuvo el rey tanta confianza en su infantería como en su caballería. Encontróse con los cartagineses en una llanura y les retó á batalla campal. Los romanos, por su parte, ganaron mucho en España con la llegada de los legados del rey; porque en cuanto se informaron los númidas se les pasaron en gran número. Ajustóse, pues, alianza con Sifax, y ante esta noticia, los cartagineses enviaron una legación á Gala, que reinaba en la otra parte de la Numidia, á cuyos habitantes se llama masilios.

Tenía Gala un hijo llamado Masinisa, de diez y siete años de edad y cuyo carácter anunciaba ya que haría su reino más grande y considerable que lo recibiría de su padre. Los legados anuncian á Gala «que puesto que

Sifax se había unido con los romanos para llegar á ser, con el apoyo de su alianza, más poderoso que los demás reyes y pueblos de África, interés de Gala era unirse cuanto antes con los cartagineses antes de que Sifax pasase á España ó los romanos á África; que de esta manera podrían abrumar á Sifax, que hasta ahora solamente era aliado nominal de Roma.» Fácilmente persuadieron á Gala á que enviase un ejército, porque su hijo deseaba aquella guerra. Uniendo el joven sus tropas con las de los cartagineses, desafió á Sifax á una gran batalla, en la que perecieron treinta mil hombres, según se dice. Sifax escapó con algunos jinetes del campo de batalla y se refugió entre los maurusios, númidas también que habitan en el extremo, á orillas del Océano, en frente de Cádiz. A la fama de su nombre, acudieron de todas partes los bárbaros y muy pronto formó un ejército inmenso. Antes de que pasase con él á España, de la que solamente le separaba un estrecho, llegó Masinisa con sus tropas victoriosas, y allí, solo, sin auxilio alguno de Cartago, sostuvo gloriosamente la guerra contra Sifax. En España no ocurrió nada memorable, como no sea que los generales romanos se atrajeron la juventud de los celtiberos, por el mismo sueldo convenido con los cartagineses, enviando á Italia más de trescientos españoles de las familias más nobles, con objeto de que procurasen ganar á sus compatriotas que servían como auxiliares en el éjército de Aníbal. En este año una sola cosa notable ocurrió en España, el hecho de ser los celtiberos los primeros soldados mercenarios que hasta entonces habían recibido los romanos en su ejército.

FIN DEL LIBRO XXIV.

LIBRO XXV.

SUMARIO.

Pub. Cornelio Escipión, después Escipión el Africano, es nombrado edil antes de la edad.—Entrega por traición de Tarentino á Aníbal; los romanos se refugian en la fortaleza.—Ventajas de los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio sobre Hannón, jefe de los cartagineses.—Magón asesina al procónsul T. Sempronio Graco.—Pretensiones del centurión Contencio Pénula.—Su derrota y muerte.—Derrota de Cn. Fluvio.—Los cónsules Q. Fulvio y Ap. Claudio sitian á Capua.—Claudio Marcelo se apodera de Siracusa.—Muerte de Arquímedes.—Descalabros sufridos en España por P. y Cn. Escipión.—Su muerte y destrucción de sus ejércitos.—Valor y habilidad del caballero romano L. Marcio.—Nómbranle general.

Mientras ocurrían estas cosas en África y en España, Aníbal permaneció todo el verano en el país de los tarentinos, esperando continuamente que la traición le abrise las puertas de Tarento. Algunas ciudades sin importancia de este territorio y del país de los salentinos pasaron á su partido. Por el mismo tiempo, de los doce pueblos del Brucio, dos, que el año anterior habían pasado á los cartagineses, los de Cosencia y Tuerio, volvieron al pueblo romano. Número mucho mayor hubiese seguido su ejemplo, si T. Pomponio Vayetano, prefecto de los aliados, creyéndose excelente general porque

la casualidad le había favorecido en algunas excursiones por las tierras de los brucios, no hubiese cometido la imprudencia de chocar con Hannón, con una muchedumbre indisciplinada, con la que se había formado un ejército. Perdió muchos hombres, muertos ó prisioneros, pero de las bandas formadas por campesinos ó esclavos. Lo que menos se lamentó fué la captura del jefe, causa de aquella temeraria batalla, colector de impuestos antes, y que, con toda clase de intrigas, había sido tan perjudicial como infiel á la república y á sus aliados. El cónsul Sempronio en Lucania, libró muchos combates de escasa importancia, que no merecen se les cite particularmente, y se apoderó en aquel país de algunos pueblos pequeños. La guerra, pues, continuaba lánguidamente y la disposición de los ánimos, lo mismo que la fortuna, cambiaban con los triunfos y reveses. Desarrollóse entonces en Roma tal celo por el culto de los dioses, ó mejor dicho, de los dioses extranjeros, que parecía habían cambiado de pronto los dioses y los hombres. No era un secreto en el interior de las casas que se abolía el antiguo culto romano; en público también, en el Foro y en el capitolio había un grupo de mujeres que no sacrificaban, que no rogaban á los dioses según la manera de sus antepasados. Sacrificadores despreciables y adivinos se habían apoderado de todas las imaginaciones. El número fué en aumento, contribuyendo á ello, por una parte la población de los campos, obligada por la miseria y el terror á abandonar sus tierras incultas y por mucho tiempo devastadas por la guerra, para refugiarse en la ciudad; y por el fácil lucro que se ganaba explotando la superstición, como si fuese profesión autorizada. Al principio se indignaron en secreto las personas honradas, pero después se alzaron quejas y las llevaron al Senado, que reprendió severamente por su negligencia á los ediles y á los triunviros capi-

tales. Mas cuando quisieron expulsar á la multitud del Foro y dispersar el aparato de los sacrificios, faltó poco para que les rechazasen con violencia. Era ya evidente que el mal se había propagado demasiado para que pudiesen remediarlo magistrados inferiores (1) y el Senado tuvo que encargar á M. Atilio, pretor de la ciudad, que librase al pueblo de aquellas supersticiones. Convocóse al pueblo, y el pretor leyó un senatus-consulto y mandó por un edicto que quien tuviese libros de adivinación, fórmulas de plegarias ó compendios de las ceremonias de aquellos sacrificios, llevase á su casa todos aquellos libros de adivinación, todos aquellos escritos antes de las kalendas de Abril, y prohibió que nadie en paraje público ó sagrado sacrificase según ritos nuevos ó extranjeros.

En este año murieron muchos sacerdotes del culto público. L. Cornelio Léntulo, pontífice máximo; C. Papirio Masón, hijo de Cayo, pontífice; P. Furio Filo, augur, y C. Papirio Masón, hijo de Lucio, decenviro de los sacrificios (2). Nombróse pontífice, en reemplazo de

(1) Comprendianse en esta calificación, no solamente los triunviros capitales, sino también los ediles curules y otros. Dábaseles el nombre de magistrados inferiores en comparación de los cónsules, pretores, etc.

Los triunviros capitales eran clase de jueces que residian en el Foro. Nombrábaseles por votos del pueblo, y su misión era conocer de los crímenes y delitos. La dignidad de su cargo rebajó mucho, cuando en el año de Roma 608 se establecieron las *cuestiones perpetuas;* porque, á partir de esta época, solamente juzgaron esclavos y hombres de la clase ínfima. Estaban también encargados de la vigilancia de las cárceles, por lo que se les llamaba también triunviros de las cárceles.

(2) En el principio no fueron más que dos, y por lo mismo se les llamó duunviros. Su misión era vigilar por la conservación de los libros sibilinos ó proféticos y por la perfecta observancia de los ritos y ceremonias en todos los sacrificios que prescribian. Más adelante, en el año de Roma 580, se elevó el número de estos magistrados á diez; cinco patricios y cinco plebeyos.

Léntulo, á M. Cornelio Cethego, y á Cn. Servilio Cepión en lugar de Papirio. L. Quincio Flaminio fué creado augur y L. Cornelio Léntulo decenviro de los sacrificios. Acercábase ya la época de los comicios consulares; pero para que los cónsules, completamente ocupados en la guerra no se distrajesen en otras atenciones, uno de ellos, T. Sempronio, nombró un dictador para reunir los comicios: el dictador fué C. Claudio Ceuthón, quien eligió por jefe de los caballeros á Q. Fulvio Flaco. En el primer día de los comicios, el dictador creó cónsules á Q. Fulvio Flaco, jefe de los caballeros, y á Ap. Claudio Pulquer, que había mandado en Sicilia como pretor. En seguida fueron elegidos pretores Cn. Fulvio Flaco, C. Claudio Nerón, M. Junio Silano y P. Cornelio Sila. Terminados los comicios, el dictador dimitió el cargo. En este mismo año P. Cornelio Escipión, llamado más adelante el Africano, fué edil curul con M. Cornelio Cethego. Los tribunos del pueblo se oponían á esta candidatura, pretendiendo que no debía tomarse en consideración porque el candidato no tenía la edad que exigía la ley (1). «Si todos los romanos quieren hacerme edil, exclamó, tendré la edad;» y de tal manera se declaró el pueblo en favor suyo, al marchar á votar en las tribus, que los tribunos cedieron en seguida. Los ediles, para cumplir lo que exigía su cargo, hicieron celebrar

(1) Escipión tenía entonces veintidós años y ni siquiera había ejercido la cuestura. En el año de Roma 575, la ley Velia fijó la edad para los diferentes cargos públicos; pero según resulta de este pasaje, en el 539 existía costumbre ó ley acerca de este asunto, aunque generalmente se cree que la costumbre ó la ley solamente fijaba la época en que se tenía capacidad para los cargos públicos.

Desde la promulgación de la ley Velia, desapareció toda vaguedad, porque determinaba que debían tenerse para la cuestura 31 años; para la edilidad cural 37; para la pretura 40, y para el consulado 43.

los juegos romanos (1) con grande magnificencia para aquel tiempo y distribuir una medida de aceite en cada barrio. L. Vilio Tapulo y M. Fundanio Fundulo acusaron de adulterio ante el pueblo á algunas damas romanas, siendo condenadas muchas y desterradas. Los juegos públicos se celebraron durante dos días, y en aquella época se ofreció á Júpiter un festín solemne.

Q. Fulvio Flaco y Ap. Claudio tomaron posesión del consulado, siendo éste el tercero de Fulvio. Los pretores sortearon sus provincias: P. Cornelio Sila obtuvo la jurisdicción de la ciudad y la de los extranjeros, que antes estaban separadas; Cn. Fulvio Flaco, la Apulia; C. Claudio Nerón Suesula y M. Junio Silano la Etruria. Los cónsules quedaron encargados de la guerra contra Aníbal, mandando cada uno dos legiones; debiendo recibirlas, el uno de Q. Fabio, cónsul del año anterior, y el otro, de Fulvio Centumalo. En cuanto á los pretores, Fulvio Flaco debía tener las legiones que se encontraban en Luceria bajo el mando del pretor Emilio; Claudio Nerón, las que servían á las órdenes de C. Terencio en el Piceno. Uno y otro estaban encargados de hacer nuevas levas para completar el ejército. M. Junio tuvo contra los etruscos las legiones urbanas del año anterior. T. Sempronio Graco y P. Sempronio Tuditano conservaron sus tropas y sus mandos, el uno en Lucania y el otro en la Galia. P. Léntulo conservó también la an-

(1) Para abrirse paso á las magistraturas superiores, acostumbraban los ediles al entrar en funciones captarse el favor popular por medio de juegos públicos que hacían celebrar con la mayor pompa posible, con donativos y distribuciones de vino y aceite. De aquí el nombre de *congiaria* que se daba á estas distribuciones, de cualquier género que fuesen, bien se hicieran al pueblo ó bien á los soldados, aunque en este último caso se usaba generalmente la palabra donativo. También se usaron en Grecia estas liberalidades, especialmente después de la conquista romana.

tigua provincia de Sicilia. M. Marcelo, Siracusa y el reino de Hierón; T. Otacilio la flota; M. Valerio la Grecia; Q. Mucio Scévola, la Cerdeña, y los dos Escipiones las Españas. Á los antiguos ejércitos se añadieron dos legiones urbanas que levantaron los cónsules, con las que se elevó en este año á veintitrés el número de las legiones. M. Postumio Pirgense se opuso á las levas que hacían los cónsules y produjo un movimiento que estuvo á punto de adquirir gravedad. Era Postumio un colector de impuestos que desde mucho tiempo no había tenido en la república igual para el fraude y la avidez, como no fuese T. Pomponio Veyetano, hecho prisionero en el año anterior por Hannón y los cartagineses, durante su temeraria expedición en Lucania. Como el Tesoro público respondía de las pérdidas en caso de tempestad en cuanto al material transportado para el ejército, supuso naufragios que no habían ocurrido, y hasta los verdaderos se debían al fraude y no á la casualidad. Cargaba con mercancías sin valor naves viejas inservibles y las hacía echar á pique en alta mar, cuidando de tener preparadas las barcas para salvar las tripulaciones; en seguida declaraba falsamente que las mercancías perdidas eran considerables. El pretor M. Atilio se enteró del fraude en el año anterior y lo denunció al Senado: sin embargo, no se dictó ningún senatus-consulto, no queriendo los senadores enemistarse en aquellas circunstancias con la clase entera de los publicanos. El pueblo castigó con más severidad aquel robo. Cierto día, los dos tribunos Sp. y L. Calvilio, excitados por sus quejas y viendo que estos amaños sublevaban la indignación y el desprecio de todos, condenaron á M. Postumio á una multa de doscientas mil piezas de moneda (1). El día en que el pueblo debía votar acerca

(1) Los tribunos del pueblo imponían las multas y el pueblo las ratificaba ó perdonaba.

de esta multa, fué tan numerosa la multitud que apenas cabía en la plaza del Capitolio. Oídos los defensores, parecía que Postumio no tenía más que un recurso, que C. Servilio Casca, pariente suyo y tribuno del pueblo, interviniese antes de que se llamase á votar las tribus. Cuando hubieron declarado los testigos, los tribunos mandaron retirarse al pueblo, y se llevó la urna *(sitella allata)* (1) para que decidiese la suerte en qué orden habían de votar los latinos. Los publicanos estrechaban á Casca para que hiciese aplazar la decisión. El pueblo reclamaba, y Casca, que estaba sentado en el extremo del banco de los tribunos (2) vacilaba entre la vergüenza y el temor. Viendo que no podían contar con él, los publicanos, para escapar á favor del tumulto, se precipitaron en el espacio que quedaba vacío y al que el pueblo no podía acercarse, disputando á la vez con el pueblo y los tribunos; y hubiese habido algún combate, si el cónsul Fulvio no hubiese exclamado dirigiéndose á éstos. «¿No veis que tenéis que ceder y que es inminente una sedición si no os apresuráis á disolver la asamblea?»

Retiróse el pueblo y se convocó al Senado; los cónsules dieron cuenta de la violencia y audacia de los publicanos, que habían turbado la asamblea del pueblo. M. Furio Camilo, decían, á cuyo destierro siguió la ruina de Roma, se dejó condenar por sus conciudadanos irritados; antes que él, los decenviros, á quienes debe la república las leyes que la gobiernan, y otros muchos gran-

(1) Era una especie de cesta en que se recogían los votos. Empleábase de esta manera: el que presentaba una ley, ponía en la *sitella* los nombres de las tribus y en seguida los sacaba á la suerte para enviarlas sucesivamente á votar á medida que salían los nombres.

(2) *In cornu*: en el extremo de los bancos colocados en semicírculo. Los tribunos no tenían tribunal, sino bancos solamente.

des ciudadanos, sufrieron el juicio del pueblo. Pero un Postumio Pirgense había querido forzar los votos populares; había obligado á disolverse una asamblea pública y á retirarse los tribunos; había presentado batalla al pueblo romano, tomado posición para impedirle que se comunicase con sus tribunos y á las tribus emitir sus votos. Si no había habido combate, si la sangre no había corrido, debíase á la moderación de los magistrados, que por un momento habían cedido al furor y la audacia de algunos individuos y porque se habían dejado vencer á la vez que el pueblo romano; que, en fin, para no dar ningún pretexto á los que solamente deseaban la lucha, habían disuelto, como quería Postumio, la asamblea del pueblo, que un acusado iba á imposibilitar por la violencia y las armas.» Todos los buenos ciudadanos que se encontraban en el Senado se declararon en el mismo sentido ante un hecho tan inaudito. El Senado declaró por un decreto que aquella tentativa era un ejemplo peligroso y un atentado contra la república. En el acto los dos Carvilios, tribunos del pueblo, prescindiendo de la multa, presentaron acusación capital contra Postumio, mandando á los lictores que le prendiesen si no presentaba caución y llevarle á las prisiones. Postumio dió caución y no compareció. A petición de los tribunos, el pueblo decidió que, «si M. Postumio no se presentaba antes de las kalendas de Mayo, si no contestaba este día cuando se leyese su nombre, ó si no se admitían sus excusas, sería desterrado, vendidos sus bienes y se le prohibirían el agua y el fuego (1).»

(1) Esta era la fórmula con que se designaba el destierro; que, como se ve, constituía condenación indirecta. No se pronunciaba la palabra destierro ni ninguna otra sinónima, como observa Cicerón, pero la consecuencia forzosa era el destierro. Por medio de esta ficción se privaba al ciudadano romano de los derechos que no podía perder contra su voluntad. Y por

En seguida acusaron sucesivamente los tribunos de crimen capital á todos los que promovieron aquel tumulto y les obligaron á dar caución. Al principio los que no la dieron y después hasta los que podían darla fueron encarcelados; de manera que, para evitar este peligro, la mayor parte se desterraron.

De esta manera se castigó el fraude de los publicanos y la audacia con que lo sostuvieron. Poco después se celebraron comicios para la elección de pontífice máximo, presidiéndolos el nuevo pontífice M. Cornelio Cethego. Tres candidatos solicitaban ardientemente aquella dignidad: el cónsul Q. Fulvio Flaco, que había sido cónsul dos veces y una censor; T. Manlio Torcuato, ilustre también por dos consulados y una censura, y P. Licinio Craso, que también deseaba la edilidad curul. Este último, aunque joven, venció á sus competidores, no obstante su edad y distinción. Hasta entonces, en espacio de ciento veinte años, nadie, exceptuando P. Cornelio Colussa, había sido nombrado pontífice máximo sin haber ocupado la silla curul. Los cónsules apenas podían hacer levas, porque agotada ya la juventud, no podía formar nuevas legiones urbanas y llenar los huecos de las antiguas. El Senado, sin embargo, les prohibió que renunciasen á esta operación, pero nombró dos comisiones de triunviros, encargadas «de examinar, una en cincuenta millas de radio alrededor de Roma, y la otra más allá de este límite, cuántos jóve-

medio de esta también, más adelante, bajo los emperadores, en la pena llamada *relegación en una isla,* que dejaba libertad á los que la sufrían, no se prohibía al condenado salir del punto de su relegación, pero se le prohibían todos los demás, exceptuando aquél, lo que de hecho producía igual resultado.

En tiempo de los emperadores se reemplazó la prohibición del agua y del fuego por la deportación y diferentes clases de relegaciones, que constituían diferentes penas en distintos grados.

nes de condición libre se encontraban en las ciudades, pueblos y mercados *(pagi, forisque et conciliabulis)* (1) bastante fuertes para empuñar las armas y que los alistasen aunque no tuviesen edad para el servicio (2). Invitóse á los tribunos para que, si lo creían conveniente, propusiesen una ley al pueblo, para que todos los que se alistasen antes de los diez y siete años contasen sus campañas como si efectivamente tuviesen esta edad ó mayor á su ingreso en el servicio.» Las dos comisiones de tribunos creadas por el senatus-consulto buscaron por todos los campos los jóvenes de condición libre. Por la misma época se leyó en el Senado una carta que M. Marcelo escribía desde Sicilia y en la que exponía la petición del ejército que mandaba P. Léntulo. Formaban este ejército los restos de Cannas relegados á Sicilia, como ya se dijo, para no regresar á Italia hasta la terminación de la guerra púnica.

Este ejército, con permiso de Léntulo, envió á M. Marcelo en sus cuarteles de invierno una diputación formada de los caballeros y centuriones más distinguidos y de lo más escogido de la infantería de las legiones. Uno de ellos consiguió la palabra y habló así: «Hubiésemos ido á Italia para presentarnos delante de ti, M. Marcelo, cuando eras cónsul, á la primera noticia del

(1) Es muy útil comprender bien el significado que tenían estas palabras. *Pagi* eran barrios situados frecuentemente en alturas y fuertes por su posición, que Numa ó Servio Tulio establecieron para refugio de los campesinos y que á causa de esto se llamaron πάγους, es decir, colinas. *Fora* eran ciudades pequeñas fortificadas, en las que en determinados días se celebraban ferias y se administraba justicia. *Conciliabula*, eran parajes en que se celebraban asambleas. Parece que mediaba poca diferencia entre *conciliabula* y *fora*.

(2) La edad del servicio militar era la de diez y siete años, habiéndose fijado así porque no se les creía bastante fuertes antes á los jóvenes para manejar las armas.

senatus-consulto, no diré injusto, pero sí duro que se dictó contra nosotros. Pero esperábamos que, enviados á una provincia perturbada por la muerte de dos reyes, tendríamos que hacer en ella ruda guerra contra los sicilianos y cartagineses, y que nuestra sangre y nuestras heridas aplacarían al Senado: de esta misma manera en tiempo de nuestros mayores, los soldados que Pirro hizo prisioneros en Heraclea, rescataron su honra combatiendo con el mismo Pirro. Y sin embargo, Padres conscriptos, ¿qué hicimos entonces para que os irritaseis contra nosotros y lo estéis todavía? ¡Sí, en ti, oh Marcelo, creo ver á los dos cónsules y al Senado entero! ¡Pluguiese á los dioses que te hubiésemos tenido por cónsul en la batalla de Cannas: mejores hubiesen sido la fortuna de la república y la nuestra! Pero antes de quejarnos de la manera con que hemos sido tratados, permítenos justificarnos. Si no fué la cólera de los dioses, si no fué el destino cuyas leyes fijan el orden inmutable de las cosas humanas, si fué una falta lo que nos perdió en Cannas, ¿de quién fué esa falta? ¿de los soldados ó de los generales? Soldado, me guardaré de acusar á mi general, sobre todo cuando sé que el Senado le dió gracias por no haber desesperado de la república, y que después de haber huído de Cannas, le han prorrogado el mando de año en año. Otros que, como nosotros, son restos de la derrota, nuestros antignos tribunos militares, solicitan y ejercen cargos y obtienen mandos; diariamente lo sabemos. ¿Seréis vosotros, Padres conscriptos, tan indulgentes con vosotros mismos y con vuestros hijos, y tan rigurosos con nosotros, que somos unos desgraciados? Un cónsul, los ciudadanos principales de la república, pudieron huir sin deshonra, cuando ya no tenían otra esperanza; ¿acaso enviasteis los soldados al combate para que pereciesen? En el Alia casi todo el ejército huyó; en las Horcas

Caudinas ni siquiera intentó combatir y entregó las armas al enemigo, y no quiero recordar todas nuestras vergüenzas. Sin embargo, aquellos ejércitos no fueron deshonrados; todo lo contrario, Roma fué reconquistada gracias al que, desde el Alia, se refugió en Veyas. Las legiones de Candio, que regresaron á Roma desarmadas, volvieron con armas contra los samnitas é hicieron pasar bajo el yugo á aquellos mismos enemigos que se habrían regocijado de la vergüenza que sufrieron. Pero al ejército de Cannas ¿quién puede acusarle de haber huído, de haber tenido miedo, cuando quedaron en el campo cincuenta mil hombres de aquel ejército, cuando el cónsul solamente huyó con setenta jinetes, cuando no sobrevivieron más que los que perdonó el enemigo, cansado de matar? Cuando se negaban á rescatar los prisioneros, todos nos alababan por habernos conservado para la república, por haber regresado á Venusia al lado del cónsul y presentado al enemigo algo como un ejército regular. Y ahora somos más desgraciados que aquellos que en tiempos de nuestros mayores se dejaban capturar. Cambiábanseles las armas, su puesto en el combate, sus tiendas en el campamento; pero al primer servicio que prestaban á la república, al primer combate en que eran afortunados, se les restablecía en su primera posición. Ninguno de ellos fué desterrado, ninguno de ellos quedó privado de la esperanza de conseguir su licencia; en fin, se les señalaba un enemigo á quien combatir para terminar de una vez con la vida ó con su deshonra. Y á nosotros, á quienes solamente puede censurarse haber conservado á la república algunos restos del desastre de Cannas, se nos aleja de nuestra patria, de Italia y hasta del enemigo; tenemos que envejecer en el destierro, sin esperanza, sin ocasión de borrar nuestra ignominia, de aplacar la indignación de

nuestros conciudadanos, de morir, en fin, con alguna gloria. Pero no pedimos término de nuestra vergüenza, recompensa para nuestro valor; solamente pedimos que se nos permita demostrar que no somos cobardes, que ejercitemos nuestro ánimo; pedimos fatigas, peligros, para poder obrar como hombres, como soldados. Desde dos años se hace en Sicilia ruda guerra; los cartagineses toman unas ciudades, los romanos toman otras; la infantería y la caballería se encuentran; en Siracusa se baten por tierra y mar; y nosotros oímos los gritos de los combatientes, el ruido de las armas, ociosos y tranquilos como si no tuviésemos armas ni brazos. ¡Qué de veces ha librado ya batallas el cónsul Sempronio con dos legiones de esclavos! Ahora bien: esos esclavos han recibido recompensa; ¡son libres y ciudadanos! Tratadnos al menos como á esclavos que hubieseis comprado para esta guerra. Que se nos permita medirnos con el enemigo y comprar nuestra libertad en el campo de batalla. ¿Quieres poner nuestro valor á prueba por tierra, por mar, en el sitio de alguna ciudad? Los trabajos y peligros son los favores que solicitamos: lo que en Cannas debió ocurrir, que ocurra pronto, puesto que desde entonces nuestra vida ha sido de ignominia.»

Después de este discurso, todos se precipitaron á los pies de Marcelo, cuya contestación fué que no tenía derecho ni autoridad para decidir nada; que escribiría al Senado y obraría según las órdenes de los senadores. Los nuevos cónsules recibieron las cartas de Marcelo y las leyeron en el Senado, deliberóse y se dió el siguiente decreto: «Que el Senado no creía que podía confiarse la salvación pública á soldados que en Cannas habían abandonado á sus compañeros en medio del combate. Que si el procónsul M. Claudio opinaba de otra manera, hiciese lo que le inspirase el interés de la república y su celo, con tal de que ningún soldado de

aquellos pudiese quedar exento de trabajos (1), recibir recompensa militar por su valor, ni volver á Italia mientras quedase un enemigo.» En seguida, por un decreto del Senado y un plebiscito el pretor urbano convocó los comicios, creándose en ellos quinqueviros encargados de la reparación de las murallas y de las torres y además dos comisiones de triunviros; una para hacer el inventario de las cosas sagradas y abrir un registro de los dones hechos á los dioses; la otra para reconstruir el templo de la Naturaleza y el de Matuta madre dentro de la puerta Carmental, y el de la Esperanza, situado al otro lado de la misma puerta, devorados los tres por un incendio en el año anterior. Estallaron tempestades horrorosas. En el monte Albano hubo una lluvia de piedras que duró dos días sin interrupción (2). Cayeron rayos en muchos parajes, en dos

(1) Créese que se refiere esta prohibición á ciertos trabajos que los soldados tenían que realizar en los campamentos, como llevar leña, forraje, agua, etc. Cuando se distinguía un soldado al frente del enemigo, se le concedía algunas veces excepción de estos trabajos como premio á su valor. Algunas veces también obtenían los soldados que los centuriones les exceptuasen mediante cierta cantidad de dinero.

(2) Los naturalistas se han ocupado de estas lluvias prodigiosas que con tanta frecuencia menciona Tito Livio, siendo opinión común que estas piedras procedían de volcanes, de los que eran lanzadas con bastante fuerza para llegar á largas distancias. Basta para esto que se verifique de pronto un desprendimiento de gases muy violento por las aberturas estrechas del cráter. Al salir con impetuosidad los gases lanzan al aire cuanto se opone á su paso.

Parece que confirma esta explicación que las lluvias de piedras ocurren en las comarcas que tienen volcanes inmediatos. La primera que menciona Tito Livio ocurrió bajo el reinado de Tulo Hostilio en las cercanías del monte Albano. El historiador refiere el hecho con tantos detalles y se repite tantas veces el mismo fenómeno en aquella montaña, que parece no se debe dudar de su exactitud. La causa física no es difícil determinar-

templos, sobre el Capitolio y en varios puntos en el campamento de Suesula, donde quedaron muertos dos centinelas. En Cumas, la muralla y muchas torres quedaron, no solamente heridas, sino demolidas por el rayo. En Reata se vió volar por el aire un peñasco inmenso, y el sol, más rojo que de ordinario, se tiñó de color de sangre. Con ocasión de estos prodigios se consagró un día á plegarias públicas; y durante otros muchos dedicaron su atención los cónsules á las ceremonias religiosas, celebrándose un novendial. Mucho tiempo hacía que Aníbal esperaba y Roma temía la defección de los tarentinos, y la casualidad produjo fuera de Tarento una circunstancia que la decidió. El tarentino Fileas se encontraba desde mucho tiempo ya en Roma so pretexto de una embajada. Era éste hombre bullicioso, impaciente por largo descanso, en el que languidecía, y llegó á conseguir entenderse con los rehenes tarentinos, guardados en el atrio del templo de la libertad, sin grande vigilancia, porque ni ellos ni su patria tenían grande interés en engañar á los romanos. En frecuentes conversaciones trató de ganarles Fileas; corrompió dos guardianes, hizo salir de la prisión á todos los rehenes al comenzar la noche y les acompañó en su misteriosa fuga. Habiéndose propagado por la ciudad al amanecer esta evasión, persiguióse á los fugitivos, que fueron

la; porque con mucha verosimilitud puede suponerse que en los primeros tiempos hubo en el monte Albano un volcán reemplazado después por un lago; y esta conjetura es tan probable que puede tenerse por un hecho. Sabido es que el efecto ordinario de los volcanes es lanzar piedras y cenizas que cayendo á distancias más ó menos considerables, el pueblo ignorante puede creerlas lluvias prodigiosas. Aunque en los tiempos posteriores el monte Albano no arrojaba llamas ni humo, el foco del volcán subsistía y la ebullición de materias sulfurosas y metálicas debia ser bastante fuerte para lanzar gran cantidad de piedras á la vez.

alcanzados en Terracina y vueltos á Roma. Llevados al comicio, con aprobación del pueblo los azotaron y arrojaron por la roca Tarpeya.

Al tener noticia de tan atroz castigo, la indignación fué general en las dos ciudades griegas que ocupaban el primer rango en Italia, estallando, no solamente en las masas, sino en el seno de las familias unidas por lazos de parentesco ó de amistad con los infelices tan cruelmente castigados. Trece jóvenes de la nobleza de Tarento formaron una conspiración, de la que fueron jefes Nicón y Filemeno, quienes, antes de intentar nada, quisieron tener una entrevista con Aníbal. Salieron, pues, de noche de la ciudad, so pretexto de ir á caza y marcharon á su campamento, ocultándose en un bosque á orillas del camino: solamente Nicón y Filemeno avanzaron hasta las puertas, donde les detuvieron, y conforme deseaban, les llevaron ante Aníbal. Enterado éste de su proyecto y de cómo pensaban realizarlo, les colma de alabanzas y regalos, y para hacer creer á sus conciudadanos que solamente habían salido con la esperanza de recoger algún botín, les aconsejó que se llevasen algunos ganados que los cartagineses habían sacado á pastar, añadiendo que no temiesen peligros ni obstáculos. Cuando vieron en Tarento el botín de aquellos jóvenes, no pareció extraño que intentasen otra expedición y otras muchas después. Viéronse de nuevo con Aníbal y quedó convenido entre ellos, bajo la fe del juramento, que los tarentinos quedarían libres; que conservarían sus leyes y todos sus bienes, que no pagarían tributo alguno á Aníbal, que no recibirían guarnición contra su voluntad; pero que la guarnición romana sería entregada á los cartagineses. Convenidas estas condiciones, Filemeno, á quien se conocía como apasionado por la caza, tomó la costumbre de salir y entrar con mucha frecuencia durante la noche, llevando consigo

perros y compañeros; y regresando casi siempre con algún botín que había recogido, ó que el enemigo mismo ponia á su alcance, lo daba al jefe ó á los guardias de las puertas. Creíase que, por temor á los cartagineses, salía principalmente de noche, y se llegó á la costumbre de abrirle las puertas á cualquier hora ante la señal que daba silbando desde fuera. Creyó entonces Aníbal que era ya tiempo de obrar. Su campamento distaba tres jornadas, y para que no extrañase verle tanto tiempo acampado en el mismo sitio, fingía encontrarse enfermo. Los mismos romanos, encerrados en Tarento, ni siquiera sospechaban de tan larga inacción.

Decidido á marchar sobre Tarento, eligió Aníbal entre su caballería é infantería diez mil hombres, á quienes la costumbre de marchas rápidas y la ligereza de sus armas hacía más á propósito para esta expedición, y á la cuarta vigilia de la noche, se puso en marcha. Envió delante unos ochenta jinetes númidas, con orden de repartirse por todos los caminos, de observarlo todo con mucha atención en cuanto alcanzase la vista y que no dejasen escapar á nadie en el campo que pudiese llevar la noticia de la marcha; que hiciesen retroceder á cuantos encontrasen delante y que matasen á cuantos resistiesen, para que en las casas que lindaban con el camino les creyesen merodeadores, más bien que ejército. Avanzando él mismo á marchas forzadas, acampó á quince millas de Tarento. Allí reunió á sus soldados, pero sin enterarles todavía del objeto de la expedición; advirtiéndoles solamente que siguiesen todos el camino, que no se separasen, que no saliesen de sus filas, y sobre todo, que estuviesen atentos á las órdenes que recibirían y que no hiciesen nada sin mandato de los jefes, reservándose darles á conocer sus intenciones cuando llegase el momento. Casi á la misma hora había corrido el rumor en Tarento de que algunos jinetes nú-

midas talaban el país, propagando á lo lejos el terror entre los habitantes del campo. El prefecto romano, sin alarmarse mucho por la noticia, se contentó con disponer que á la mañana siguiente saliese al amanecer una parte de la caballería para ahuyentar aquellos merodeadores. Y tan descuidado estuvo, que creyó la presencia de aquellos merodeadores como señal de que el ejército de Aníbal no se había movido. Aníbal se puso en marcha á media noche, guiado por Filemeno, que hacía llevar su caza como de ordinario. El resto de los conjurados esperaba la ejecución de las medidas concertadas con ellos. Habíase convenido que al entrar Filemeno con la caza por el postigo de costumbre, introduciría algunos soldados, mientras que Aníbal se acercaría por otro lado á la puerta Temenida, situada al Oriente por la parte de tierra. Los conjurados permanecieron algún tiempo en el recinto de las murallas. Cuando llegó á corta distancia de la puerta, Aníbal hizo encender, según se había convenido, una antorcha que derramó vivo resplandor. Nicón reprodujo la señal, y las dos antorchas se apagaron. Aníbal avanzaba silenciosamente con las tropas hacia la puerta. Nicón sorprende de pronto á los guardias dormidos, los degüella en las camas y abre la puerta. Aníbal entra con la infantería y manda detenerse á la caballería, para que pudiese acudir libremente adonde fuese necesaria. Por el otro lado se acercaba Filemeno al postigo por donde acostumbraba entrar. A su voz, á su señal tan familiar ya, despertó el centinela, y diciéndole Filemeno que venía muy cargado, abre el postigo: dos jóvenes llevaban un jabalí; Filemeno que les seguía con un cazador que no llevaba nada, mata de un lanzazo al centinela, imprudentemente vuelto de espaldas para contemplar la magnitud del animal, y treinta soldados, sobre poco más ó menos, que entran entonces, matan á los otros

guardias, rompen la puerta inmediata y el ejército avanza entonces formado en batalla. Llevados silenciosamente al Foro, los soldados encuentran á Aníbal, que envía á los tarentinos con dos mil galos, divididos en tres cuerpos, para que se apoderen de las calles más frecuentadas; mandándoles que en cuanto comience el tumulto, maten á los romanos por todas partes y respeten á los habitantes; recomendando á los jóvenes tarentinos para que se respete la orden, que aconsejasen á cuantos compatriotas suyos encontrasen que permaneciesen tranquilos, que callasen y no temiesen nada.

El tumulto y los gritos resonaban ya como en una ciudad tomada por asalto; pero nadie sabía lo que pasaba. Los tarentinos creían que los romanos se habían reunido para saquear la ciudad; los romanos pensaban que era una sedición de los habitantes que tramaban alguna perfidia. El prefecto, despertando al primer ruido, corre al puerto, salta á una barca y se hace llevar á la fortaleza rodeando las murallas. El sonido de una trompa que parte del teatro aumenta el terror: era una trompa romana que los conjurados habían adquirido precisamente con esta intención; pero la tocaba un griego que no conocía los toques, de manera que no se sabía para quién era y de quién partía la señal. En cuanto amaneció, reconocieron los romanos las armas de los cartagineses y de los galos, con lo que salieron de dudas; y los griegos, al ver los cadáveres romanos tendidos por todas partes, comprendieron que la ciudad estaba en poder de Aníbal. Cuando la luz fué completa, los romanos que habían escapado á la matanza habíanse refugiado ya en la fortaleza y el tumulto calmó poco á poco. Entonces mandó Aníbal á los tarentinos que se reuniesen sin armas; acudieron todos á la asamblea exceptuando aquellos que, retirándose á la fortaleza, siguieron á los romanos para correr con ellos los

azares de la suerte. Aníbal habló á los tarentinos con mucha benevolencia, y al recordarles los beneficios que dispensó á sus conciudadanos que hizo prisioneros en Trasimeno y en Cannas, no pasó en silencio el orgulloso despotismo de los romanos. En seguida dispuso que todos los tarentinos se retirasen á sus casas y escribiesen sus nombres sobre sus puertas, manifestando que iba á dar en seguida la señal para que saqueasen las casas que no tuviesen inscripción. Que si alguno escribía un nombre sobre la puerta de un ciudadano romano (habíanles cedido las casas vacías) le trataría como á enemigo. Dicho esto, disolvió la asamblea, y cuando por las inscripciones de las puertas pudieron distinguir las casas amigas de las enemigas, dió la señal, y los cartagineses se precipitaron al saqueo de las casas romanas, en las que recogieron algún botín.

A la mañana siguiente llevó Aníbal su ejército al ataque de la fortaleza; pero reconoció que, formando una península, la defendían altísimos peñascos por el lado del mar, que la baña en su mayor parte, y por el de la ciudad, una muralla y profundo foso, siendo por consiguiente imposible apoderarse de ella ni por asalto ni por sitio regular. No queriendo retrasar empresas mucho más importantes por defender á los tarentinos, ni dejarles tampoco sin protección suficiente, expuestos á los ataques de la fortaleza cuando pluguiese á los romanos hacer salidas, decidió elevar una fortificación entre la ciudad y la fortaleza. Esperaba además poder venir á las manos con los romanos, que no dejarían de interrumpir los trabajos; y, si se dejaban llevar muy lejos, debilitar con un descalabro á la guarnición, de suerte que los tarentinos solos bastasen después para la defensa de la ciudad. Efectivamente, en cuanto comenzaron los trabajos, abrieron una puerta y los romanos cayeron sobre los trabajadores. Las fuerzas que de-

fendían las líneas se dejaron rechazar, con objeto de atraer más lejos y en mayor número á los enemigos enardecidos por el éxito. Entonces los cartagineses que solamente esperaban la señal, se presentan á la vez por todas partes; quedan derrotados los romanos, y, en su precipitada fuga, la falta de espacio, los trabajos comenzados, los materiales amontonados para ellos son otros tantos obstáculos que les detienen. La mayor parte se precipitan al foso y la fuga es más mortífera que el combate. Desde aquel momento, nada detuvo ya á los trabajadores, que abrieron un foso enorme, elevando un muro por el lado de la ciudad. Quiso Aníbal que se construyese una muralla á cierta distancia, para que los tarentinos, hasta sin socorros, pudiesen defenderse de los romanos: sin embargo, dejóles débil guarnición, para que les ayudase á fortificarse, yendo él mismo con las tropas restantes á acampar en Gelesa, á cinco millas de la ciudad. Regresando en seguida á Tarento para examinar las obras, encontrólas algo más avanzadas de lo que esperaba, y acarició la esperanza de apoderarse de la fortaleza. En efecto, por el lado de tierra, en vez de encontrarse muy elevada como en los otros, está al nivel de la ciudad, de la que solamente la separan un foso y una muralla. Máquinas de todas clases comenzaban ya á combatirla, cuando un socorro enviado de Mataponto á los romanos reanimó su valor. Llegada la noche, cayeron de improviso sobre los trabajos de los enemigos, destruyendo una parte y quemando los demás. Aníbal tuvo que renunciar á todo ataque por este lado, no pudiendo confiar ya más que en un bloqueo y este no podía ser completo. En efecto, las tropas dueñas de la fortaleza, que colocada en una península domina la entrada del puerto, comunicaban libremente con el mar, mientras que la ciudad nada podía recibir por este lado, pudiendo temer el hambre los

sitiadores más que los sitiados. Aníbal convoca á los principales ciudadanos de Tarento, les expone todas las dificultades que se presentan: «No había medio de tomar por asalto una posición tan bien fortificada y el bloqueo no ofrecía ninguna probabilidad de éxito, mientras los enemigos fuesen dueños del mar. Que si tuviesen naves para detener los convoyes, muy pronto se verían obligados á retirarse ó á rendirse.» Los tarentinos opinan como él; pero les parecía que el que expresaba aquella opinión debía proponer los medios de ejecutarla. «Podría triunfarse trayendo de Sicilia naves cartaginesas, porque sus propias naves, encerradas en estrecha dársena, ahora que el enemigo era dueño de la entrada del puerto, no podrían salir y ganar la alta mar.» —«Saldrán, dijo Aníbal; frecuentemente triunfa la industria de la naturaleza y de los obstáculos. Tenéis una ciudad situada en la llanura, vuestras calles son planas y bastante anchas en todas direcciones. Por la que atraviesa la ciudad desde el puerto al mar, no me será muy difícil trasportar vuestras naves sobre carros (1), y entonces será nuestro ese mar, en que ahora manda el enemigo. Sitiaremos la fortaleza por mar y tierra y muy pronto quedará abandanada por los enemigos, ó con ellos caerá en nuestro poder.» Estas palabras infundieron esperanzas de triunfo é inmensa admiración al general. En un momento reúnense carros por todas partes atándoles fuertemente unos con otros; las máquinas sacan del agua las naves, y se prepara el terreno para

(1) Cerca de diez y siete siglos después empleó el mismo medio Mahomet II en el sitio de Constantinopla. No pudiendo forzar la entrada del puerto, cerrado con una cadena, concibió el atrevido proyecto de hacer trasportar sus barcos por tierra por un camino de maderos y tablas engrasadas, desde el Beiforo hasta lo alto del puerto. Esta gigantesca operación se realizó en una sola noche.

que las carretas rueden con más facilidad y el trasporte sea menos difícil. Reuniendo en seguida caballos y hombres, pónense animosamente á la obra, y pocos días después una flota equipada y dispuesta da vuelta á la ciudadela y fondea á la entrada del puerto. En esta situación se encontraban las cosas en Tarento cuando regresó Aníbal á sus cuarteles de invierno. Por lo demás, ¿fué en este año ó en el anterior cuando tuvo lugar la defección de los tarentinos? Los escritores no están de acuerdo; pero según el mayor número y los más inmediatos á la época de los sucesos, ocurrió en el año de que nos ocupamos.

Los cónsules y los pretores permanecieron en Roma hasta el quinto día antes de las kalendas de Mayo para las ferias latinas. En este dia, después de ofrecer un sacrificio sobre el monte Albano, marcharon para encargarse cada cual de su mando. Los vaticinios de Marcio inspiraron muy pronto nuevas supersticiones. Había sido este Marcio célebre adivino; y el año anterior, cuando por un decreto del Senado se recogieron por todas partes los escritos de este género, los versos de Marcio habían caído en manos de M. Atilio, encargado del asunto. Atilio los remitió en seguida al pretor Sila. Confirmada una de las dos predicciones de Marcio por los acontecimientos después de los cuales se publicó, daba cierta autoridad á la otra cuyo tiempo no había llegado todavía. En la primera se encontraba vaticinada la derrota de Cannas de esta manera sobre poco más ó menos. «Hijo de Ilión, romano, huye del río Canna, por temor de que el extranjero te obligue á combatir en las llanuras de Diómedes. Pero no me creerás hasta que tu sangre haya inundado aquellas llanuras; hasta que el río haya llevado, desde la tierra fértil, millares de cadáveres al inmenso mar, y tu carne sea pasto de los peces, de las aves y de las bestias que habitan la

tierra. Así me lo ha dicho Júpiter.» Los que habían servido en el país, reconocían en él los campos de Diómedes, el río Canna y hasta la misma derrota. El segundo vaticinio, que se leyó en seguida, era más obscuro y menos terminante, no solamente porque el porvenir es más incierto que el pasado, sino porque los términos no eran tan precisos. «Romanos, si queréis arrojar al enemigo y libraros del azote que os envían comarcas lejanas, os aconsejo dedicar á Apolo juegos que anualmente se celebrarán en su honor con magnificencia. Que cada ciudadano, cuando el tesoro público haya contribuído en parte, contribuya por sí y por los suyos. A la celebración de estos juegos presidirá el pretor que administre la justicia suprema al pueblo y á los plebeyos. Que los decenviros celebren los sacrificios según los ritos griegos. Si cumplís exactamente estas órdenes, seréis siempre felices y vuestros asuntos mejorarán, porque este dios exterminará vuestros enemigos que se alimentan tranquilamente en vuestros campos.» Un día entero se empleó en explicar esta predicción. Al siguiente quedaron encargados los decenviros por un senatus-consulto de consultar los libros sibilinos con relación á los juegos y sacrificios que habían de celebrarse en honor de Apolo. Consultados los libros, los decenviros dieron su informe y el Senado decretó: «Que se establecerían y celebrarían juegos en honor de Apolo, y que, después de la celebración de los juegos, se darían al pretor doce mil libras de bronce para los sacrificios y para dos víctimas mayores.» Por otro senatus-consulto «los decenviros sacrificarían según los ritos griegos y ofrecerían á Apolo un buey y dos cabras blancas y á Latona una vaca, llevando las víctimas dorados los cuernos.» En el momento de comenzar estos juegos en el circo Máximo, hizo publicar el pretor que mientras duraban llevase el pueblo su ofrenda á Apolo,

pero sin fijar el valor. Tal es el origen de los juegos apolinares, establecidos y celebrados, no como se cree generalmente con ocasión de una epidemia, sino para conseguir la victoria. El pueblo asistió á ellos coronado de flores. Las señoras romanas hicieron plegarias; abriéronse las puertas de las casas y se comió en público, celebrándose aquel día toda clase de ceremonias.

Mientras Aníbal acampaba en las cercanías de Tarento y los dos cónsules estaban en el Samnio, pero á punto, según parecía, de atacar á Capua, los campanios sufrían ya del hambre como después de un largo sitio, porque los ejércitos romanos les habían impedido sembrar sus campos. Por esta razón enviaron legados á Aníbal rogándole hiciese llevar trigo á Capua de todos los puntos inmediatos, antes de que los cónsules entrasen con sus tropas en su territorio, apoderándose de todos los caminos. Aníbal mandó á Hannón que pasase con su ejército del territorio de los brucios á la Campania y no omitir nada para el aprovisionamiento de Capua. Hannón partió del Brucio con sus tropas, evitando cuidadosamente el campamento de los enemigos y los cónsules, que se encontraban en el Samnio. Cuando llegó á corta distancia de Benevento, ocupó una altura á tres millas de la ciudad. Desde allí hizo recoger en los pueblos aliados de los alrededores y trasladar á su campamento todos los trigos que se habían depositado durante el estío, cuidando de que los convoyes fuesen bien escoltados, y avisó á los moradores de Capua el día en que habían de acudir á llevar el trigo con carros y toda clase de bestias de carga que pudiesen encontrar en los campos. Los campanios obraron en aquella ocasión con su acostumbrada flojedad y negligencia, enviando pocos más de cuatrocientos carros y algunas bestias de carga. Reconveníales enérgicamente Hannón porque ni el hambre misma, que da energía á los ani-

males, podía estimular su celo, y les señaló otro día para que acudiesen á llevarse el trigo con un convoy más numeroso. Enterados los beneventinos de lo ocurrido, enviaron diez diputados á los cónsules al campamento romano inmediato á Boviano. Instruídos de todos los detalles, los cónsules combinaron su plan: uno de ellos llevaría su ejército á la Campania, y Fulvio, á quien tocó por suerte el mando de esta expedición, entró de noche en Benevento. Encontrándose próximo al enemigo, supo que había marchado Hannón con parte de su ejército á buscar trigo; que el cuestor cartaginés lo había distribuído á los campanios; que habían llegado dos mil carros y con ellos una multitud sin orden y desarmada; que todo se hacía en medio del tumulto y la confusión; que no había ni apariencia de campamento ni de disciplina militar en aquella mezcla de soldados y campesinos del país. Con estas noticias, el cónsul mandó á los soldados que preparasen para la noche siguiente las enseñas solamente y las armas para atacar el campamento cartaginés. Partieron á la cuarta vigilia, dejando todos los bagajes en Benevento; y habiéndose presentado á los enemigos poco antes de amanecer, les infundieron tanto terror, que si el campamento hubiese estado en llano, indudablemente lo habrían tomado al primer ataque. Pero le defendían su elevada posición y sus fortificaciones inaccesibles por todas partes y á las que solamente podía llegarse por una pendiente escarpada y difícil. Al amanecer se trabó serio combate: los cartagineses defendieron sus fortificaciones, y como les favorecía la posición, hasta rechazaron á los romanos, que llegaban con dificultad á ellos.

Sin embargo, su obstinado valor venció todos los obstáculos, y en muchos puntos á la vez llegaron hasta las fortificaciones y los fosos, pero á costa de muchos muertos y heridos. El cónsul convoca á los tribunos

de los soldados y les declara «que es necesario renunciar á una empresa temeraria; que le parece más seguro llevar aquel día el ejército á Benevento y apostarse al siguiente cerca del campamento de Hannón, de manera que ni éste pueda entrar ni los campanios salir; que para conseguirlo con más facilidad, llamaría al otro cónsul con su ejército y que los dos reunirían entonces sus operaciones en aquel punto.» Ya había mandado tocar retirada, cuando los gritos de los soldados que despreciaban aquella tímida orden desconcertaron los proyectos del general. La cohorte más inmediata á la puerta del campamento enemigo la formaban peliños. Vibio Acueo, que la mandaba, cogió una enseña y la arrojó á las fortificaciones; y pronunciando entonces imprecaciones contra él mismo y contra la cohorte si no se lanzaban á recogerla, franquea delante de todo el foso y la empalizada y se lanza al campamento cartaginés: los peliños habían penetrado con él y peleaban con ardor. En otro punto, Valerio Flaco, tribuno de los soldados de la tercera legión, reconviene á los romanos porque abandonan cobardemente á los aliados todo el honor de la victoria. Animado por estas reconvenciones T. Pedanio, primer centurión, arranca la enseña al que la llevaba y exclama: «Esta enseña y este centurión estarán en seguida al otro lado de la empalizada. Que me sigan los que no quieran que el enemigo se apodere de ellos.» Y en el acto se lanza. Sus manipularios primero, y después toda la legión, se precipitan detrás. El cónsul, que había cambiado ya de opinión, al verlos franquear las empalizadas, lejos de llamar á los soldados, les anima y excita, mostrándoles la crítica y peligrosa posición en que se encuentra la cohorte más valiente de los aliados y la legión más intrépida. En seguida todos, sin atender á las dificultades del terreno, á pesar de los venablos que llueven por todas par-

tes, á pesar de los enemigos que les oponen sus armas y sus cuerpos, suben y se lanzan; muchos quedan heridos, y hasta aquellos que perdían la sangre y las armas procuraban caer dentro de las empalizadas. De esta manera el campamento fué tomado en un instante, como si hubiese estado en llano y sin fortificaciones que lo cubriesen. Cuando todos se encontraron mezclados, el combate se convirtió en matanza, quedando tendidos más de seis mil enemigos. Hiciéronse más de siete mil prisioneros, comprendiendo en ellos los campanios, que habían venido á buscar trigo y todo el convoy de carros y bestias de carga. Encontróse también allí inmenso botín, que Hannón, talando los campos por todas partes, había recogido de los aliados del pueblo romano. El ejército, después de destruir el campamento enemigo, volvió á Benevento, y allí los dos cónsules (porque Apio Claudio llegó pocos días después) vendieron y repartieron el botín: concediéronse recompensas á los valientes á quienes se debía la toma del campamento, y en primer lugar al peliño Acueo y á T. Pedanio, primer centurión de la tercera legión. Hannón recibió la noticia de la captura de su campamento cuando se encontraba en Cominio Cerito; saliendo con algunos merodeadores que casualmente tenía á su lado, y dirigió su marcha, ó mejor dicho, su fuga hacía el Brucio, adonde llegó en breve.

Enterados los campanios de la derrota que acaban de experimentar, tanto ellos como sus aliados, envían legados á Aníbal para informarle de que «los dos cónsules se encuentran en Benevento, á una jornada de Capua; que por consiguiente, la guerra está casi en sus puertas y delante de sus murallas. Que si no acude apresuradamente á socorrerles, Capua caerá en poder de los romanos en menos tiempo que Arpi. Ni Tarento mismo, y mucho menos sin fortaleza, debían valer tanto

para él, que entregase Capua, á la que se complacía llamar la segunda Cartago, sin apoyo ni defensa al pueblo romano.» Aníbal prometió velar por la seguridad de los campanios, y por el momento envió con los legados dos mil jinetes, que debían ayudarles á impedir la devastación de su territorio. Aunque los romanos estaban ocupados en otra parte, no olvidaban la fortaleza de Tarento ni la guarnición sitiada en ella. El legado C. Servilio, enviado por el pretor P. Cornelio, según orden del Senado, á comprar trigos en la Etruria, penetró, á pesar de la vigilancia del enemigo, en el puerto de Tarento con algunas naves cargadas. Antes de la llegada de Servilio, los romanos sitiados apenas tenían esperanzas; en frecuentes conferencias les exhortaban los enemigos á rendirse; pero ahora ellos eran los que exhortaban á los tarentinos á volver á su partido. La guarnición era bastante fuerte desde que habían hecho pasar á la fortaleza de Tarento, para su defensa, las tropas que se encontraban en Metaponto. En cambio los metapontinos, libres del temor que los dominaba, se habían entregado á Aníbal. Los de Thurio, ciudad situada en la misma costa, habían hecho lo mismo; arrastrados, no solamente por la defección de los habitantes de Tarento y Metaponto, originarios, como ellos, de la Acaya, y con los que les unían lazos de familia, sino muy especialmente por el odio que les había inspirado contra los romanos la reciente matanza de los rehenes. Los amigos y parientes de aquellos desgraciados habían enviado á Hannón y Magón, que se encontraban cerca, en el Brucio, cartas y mensajeros para decirles: «que si llevaban sus ejércitos bajo las murallas de la ciudad, se la entregarían.» M. Atinio mandaba en Thurio con débil guarnición. Los conjurados creían que se dejarían atraer irreflexivamente al combate, porque confiaba plenamente, no en sus soldados,

que eran muy pocos, sino en la juventud de Thurio; por cuya razón la había dividido en centurias y armado para utilizarla en caso de necesidad. Los dos generales cartagineses se dividieron las tropas y entraron por territorio de Thurio. Hannón, con la infantería, marchó abiertamente contra la ciudad, y Magón quedó con la caballería al abrigo de las colinas, muy á propósito para una emboscada. Los exploradores de Atilio no vieron más que la infantería. Ignorando á la vez la traición de los habitantes y la emboscada del enemigo, sacó en seguida las tropas á la llanura. El combate se trabó sin brío entre la infantería de los dos bandos. En la primera fila había muy pocos romanos y los thurinios esperaban el resultado, sin tomar parte muy activa: los cartagineses retrocedían de intento para atraer al enemigo hasta detrás de la colina ocupada por su caballería; y una vez llevado el combate á este terreno, avanzan los jinetes lanzando terribles gritos y caen sobre la multitud de thurinios, que apenas conservan las filas y que, poco fieles al partido por que luchan, se ponen en fuga inmediatamente. Los romanos, aunque rodeados, aunque estrechados, de una parte por la infantería y de otra por la caballería, prolongan sin embargo el combate; pero concluyen también por volver la espalda y huir hacia la ciudad. Reunidos allí los conjurados, abren las puertas, reciben á los suyos, y al ver á los romanos derrotados huir hacia la ciudad, gritan: «que los cartagineses vienen detrás y que el enemigo va á entrar revuelto con los romanos si no se apresuran á cerrar las puertas.» Abandonados de esta manera los romanos, quedan entregados á los golpes del enemigo. Sin embargo, recibióse á Atinio con algunos de los suyos. Durante algunos momentos reinó la división en la ciudad; querían defenderla unos, y otros que, cediendo á la fortuna, se entregase á los vencedores. Pero en último caso,

ahora como siempre la fortuna y el crimen triunfaron. Llevaron á Atinio á la playa, y, después de embarcarle con los suyos, menos por respeto á los romanos que por gratitud á la dulzura y equidad de su gobierno, abrieron la ciudad á los cartagineses. Los cónsules hicieron pasar sus legiones de Benevento á la Campania, con el propósito de destruir los trigos, ya crecidos, y de sitiar á Capua; lisonjeándose con ilustrar su consulado por medio de la destrucción de una ciudad tan poderosa, al mismo tiempo que harían cesar todo lo que había de humillante para la república en dejar durante tres años impune la defección, en las mismas puertas de Roma, por decirlo así. Sin embargo, Benevento no debía quedar desguarnecido, y en caso de ataque imprevisto, querían tener caballería que oponer á Aníbal, si, como creían seguro, venía en socorro de sus aliados de Capua. En vista de esto, enviaron orden á T. Graco para que se trasladase á Benevento con la caballería y la infantería ligera que tenía en Lucania, y para conservar sus posiciones, que pusiese á uno de sus legados al frente de las legiones que dejaba en cuarteles de invierno.

Antes de dejar la Lucania, hizo Graco un sacrificio de triste presagio para él: al terminar el sacrificio salieron de debajo de tierra dos culebras, royeron el hígado de las víctimas y desaparecieron en cuanto las vieron, haciéndose completamente invisibles. Por consejo de los arúspices se comenzó de nuevo el sacrificio; pero á pesar del cuidado con que se separaron las entrañas, volvieron los reptiles, y dícese que por dos veces mordieron el hígado, alejándose sin que pudieran alcanzarlos. Los arúspices declararon que el prodigio se refería al general y trataron de precaverle contra las tramas de algunos falsos amigos, pero ninguna precaución pudo librarle del golpe fatal que le amenazaba. Cuando una parte de la Lucania abrazó la causa de Aníbal, un tal

Flavio se puso á la cabeza de aquellos lucanios que estaban por los romanos, ejerciendo este año las funciones de pretor, que su partido le había conferido. Este hombre, cambiando de pronto de intención, y queriendo granjearse el favor del general cartaginés, creyó que no sería bastante pasar él mismo al enemigo y arrastrar á los lucanios en su traición, si no sellaba sus compromisos con la vida y sangre del general, del huésped á quien iba á vender. Secretamente marchó á avistarse con Magón, que mandaba en el Brucio, y recibió de él la seguridad de que, si entregaba al general romano, los lucanios, hechos aliados de Cartago, conservarían su libertad y sus leyes. Llevóle al sitio adonde se proponía atraer á Graco con débil escolta, y le invitó á emboscarse allí con considerables fuerzas de infantería y caballería. Perfectamente señalado el paraje, reconocidas todas las avenidas, señalan día para la ejecución del proyecto. Flavio marcha en seguida á ver al general romano y le dice que «ha formado un gran proyecto, mas para realizarlo necesita la cooperación del mismo Graco. He conseguido persuadir á los pretores de todos los pueblos, que en aquella revolución general de la Italia habían pasado á Cartago, que volviesen á la alianza de Roma; les he hecho ver al imperio romano, que por el desastre de Cannas se inclinaba á su ruina, levantándose y consolidándose de día en día, mientras que las fuerzas de Aníbal se debilitan y están casi extinguidas. Su falta, antigua ya, no encontraría á los romanos implacables, porque jamás había existido pueblo más clemente é inclinado á perdonar: ¡cuántas veces había perdonado las sublevaciones de sus antepasados! Estas habían sido sus palabras; pero los pretores deseaban oirlas al mismo Graco y estrechar su mano para poder llevar á sus conciudadanos esta prenda de amistad. Habíales, pues, señalado un

punto de cita en paraje solitario en las cercanías del campamento romano, y allí podría terminar con pocas palabras una negociación que devolvería toda la Lucania á la amistad y alianza de los romanos.» Sin sospechar Graco fraude alguno en aquel lenguaje y aquel proyecto, seducido por la verosimilitud del relato, parte del campamento con sus lictores y una turma de caballería, y guiado por su huésped, cae en la emboscada. Lánzanse en seguida los enemigos, y para no dejar duda alguna de su traición, Flavio se une á ellos: una lluvia de venablos cae sobre Graco y sus jinetes; el general echa pie á tierra, manda á los suyos que hagan lo mismo y les exhorta «á honrar con su valor el único recurso que les deja la fortuna. Un puñado de soldados envueltos por multitud de enemigos, en un valle dominado por bosques y montañas, ¿qué otra cosa pueden hacer sino morir? ¿Pero habían de presentar la garganta como manso rebaño y dejarse degollar sin venganza, ó encendido en ira el ánimo lanzarse sobre el enemigo con la audacia de la desesperación y cubiertos con su sangre morir sobre montones de armas y cadáveres? Que todos dirijan sus espadas contra el traidor, el desertor lucanio. El que envíe delante de él esta víctima á los infiernos, recogerá inmensa gloria y podrá consolarse noblemente de su muerte.» Dichas estas palabras, envuelve el brazo izquierdo en el manto (porque ni siquiera habían llevado escudos) y ataca al enemigo. El combate fué más obstinado de lo que podía esperarse de tan corto número. Los romanos, al descubierto y encerrados en lo profundo del valle, son acribillados con dardos que les arrojan desde puntos más altos. Graco queda casi solo y los cartagineses se empeñan en cogerle vivo: pero habiendo visto en medio de los enemigos á su huésped lucanio, se lanza con tanto furor para alcanzarle, que solamente se le hubiese podido

respetar á costa de la vida de muchos soldados. En cuanto murió, le envió Magón á Aníbal y lo hizo exponer con los haces que habían cogido delante de la tienda del general. Esta es la tradición más verdadera. Graco pereció en Lucania, en un paraje llamado Campo Viejo.

Creen algunos que este acontecimiento ocurrió en territorio de Benevento. Graco salió del campamento para bañarse en el Caloro, acompañándole solamente los lictores y tres esclavos; sorprendido allí desnudo y sin armas por enemigos ocultos detrás de los sauces de la orilla, después de defenderse con las piedras que arrastra el río, cayó y fué muerto. Dicen otros que, por consejo de los arúspices, habiéndose alejado cincuenta pasos del campamento, para expiar, en sitio puro, los prodigios que ya se han referido, fué envuelto por dos turmas de caballería númida, dispuestas en emboscada; tan poca conformidad hay acerca de la muerte de aquel varón tan notable y famoso y del paraje en que ocurrió. Igual diversidad de opiniones hay en cuanto á sus funerales: dicen unos que los mismos soldados le inhumaron en el campamento romano; otros, y esta es la tradición más acreditada, dicen que Aníbal le hizo construir una pira á la entrada de su campamento; que el ejército desfiló sin armas; que los españoles ejecutaron sus danzas nacionales; que cada pueblo de que se componía el ejército cartaginés hizo las evoluciones y ejercicios propios de su país, y que el mismo Aníbal honró aquella ceremonia con toda la pompa y todos los elogios posibles. Tal es el relato de los escritores que colocan el hecho en Lucania. Si se cree á los que lo suponen en las orillas del Caloro, solamente su cabeza cayó en poder del enemigo. Habiéndola recibido Aníbal, hizo que Carthalon la llevase al campamento romano y la entregase al cuestor Cn. Cornelio, y este celebró en

el campamento los funerales de su general, en presencia de los habitantes de Benevento que asistieron con el ejército á esta ceremonia.

Los cónsules, que habían entrado en territorio de Capua, llevaban la devastación por todas partes, cuando una salida de los habitantes y de Magón, al frente de su caballería, les infundió tal espanto, que llamaron á las enseñas á los soldados desparramados, y que derrotados antes de poder formarse en batalla, perdieron más de mil quinientos hombres. Este triunfo aumentó el orgullo de aquella nación naturalmente presuntuosa y no cesaba de hostigar á los romanos; pero el resultado de un combate, aventurado con demasiada ligereza, hizo más circunspectos á los cónsules. Un acontecimiento de poca importancia levantó el valor de los unos y abatió la audacia de los otros: porque en la guerra los sucesos más pequeños tienen frecuentemente grandes consecuencias. Era huésped y amigo de T. Quincio Crispino un campanio llamado Badio. La amistad se había hecho más estrecha porque, antes de la defección de Capua, Badio, enfermo en Roma, había recibido en casa de Quincio asiduos y generosos cuidados. Badio se presentó en los puestos avanzados é hizo llamar á Crispino. Este, que esperaba una entrevista amistosa y que á pesar de la pública separación de los dos pueblos, había conservado el recuerdo de su amistad particular, se alejó de los suyos. Cuando se encontraron, «Crispino, le dijo el campanio, te reto á combatir; montemos á caballo, y separando á todos, veamos cuál de los dos es mejor guerrero.» Crispino le contestó: «Que ni al uno ni al otro faltaban enemigos contra quienes ejercitar su valor; que por su parte, aunque le encontrase en la batalla, se separaría para no manchar su mano con la muerte de su huésped.» Y dicho esto, se retiró. Pero el campanio, insolentándose más, le increpó de tímido y

cobarde, dirigiendo á aquel valiente guerrero los ultrajes que él mismo merecía. Díjole «que era un enemigo demasiado hospitalario, que fingía perdonar á un huésped, porque sabía bien que no podía hacerle frente. Que si la ruptura de los tratados entre las dos naciones no le parecía suficiente para romper las amistades particulares, Badio Campanio hacía saber á T. Quincio Crispino de Roma que renunciaba públicamente á toda relación de hospitalidad en presencia de los dos ejércitos que les escuchaban. Era enemigo y abjuraba todo comercio, toda relación con otro enemigo que venía á sitiar su ciudad, los dioses de su nación y los suyos. Si era hombre de valor, debía avanzar y combatir.» Por mucho tiempo vaciló Crispino; pero cediendo al fin á las instancias de sus compañeros de armas que le excitaban para que no dejase impunes los insultos del campanio, solamente se detuvo para pedir á sus jefes permiso para combatir fuera de las filas al enemigo que le había provocado; obtenido, empuñó sus armas, montó á caballo, desafió nominalmente á Badio y lo llamó al combate. No se hizo esperar el campanio, lanzándose vigorosamente el uno contra el otro. Crispino traspasó con la lanza el hombro izquierdo de Badio por encima del escudo, y viéndole caer por consecuencia de la herida, se precipitó del caballo para concluir á pie con su enemigo. Pero Badio, antes de que le alcanzase, abandonó el caballo y el escudo y se refugió en las filas de sus compatriotas. Crispino se apoderó del caballo y de las armas, y orgulloso con el trofeo, blandió la ensangrentada lanza, y en medio de los aplausos y felicitaciones de sus compañeros, fué llevado ante los cónsules, que le colmaron de pomposos elogios y de regalos.

Aníbal trasladó su campamento del territorio de Benevento á las cercanías de Capua; y al día tercero de su llegada formó sus tropas en batalla, no dudando que,

si pocos días antes habían conseguido la ventaja los campanios, en ausencia suya, con mayor razón no sostendrían los romanos el choque de Aníbal y de su ejército tantas veces victorioso. En efecto: en cuanto se trabó el combate, la infantería romana, abrumada por lluvia de venablos que le arrojaban los jinetes enemigos, comenzó á ceder. A una señal dada, los jinetes se lanzan contra el enemigo: ya no era aquello más que un combate de caballería, cuando se vió á lo lejos el ejército de Sempronio, cuyo mando había tomado el cuestor Cn. Cornelio (1), lo que hizo temer á los dos bandos la llegada de nuevos enemigos. Como de común acuerdo, tocaron retirada en ambas partes, y los ejércitos volvieron á sus campamentos después de ventajas casi iguales; sin embargo, la pérdida fué mayor por parte de los romanos, malparados en el primer ímpetu de la caballería. Para alejar á Aníbal de Capua, á la noche siguiente partieron los cónsules cada uno por un lado, Fulvio hacia el territorio de Cumas, Claudio hacia el de los lucanos. Informado Aníbal á la mañana siguiente de que los romanos habían evacuado su campamento, y que cada cónsul había tomado un camino diferente, no supo al pronto á cuál perseguir; pero se decidió á marchar sobre las huellas de Apio, quien, después de pasearle por donde quiso, retrocedió á Capua. En aquellos parajes encontró ocasión Aníbal para conseguir otra victoria. M. Centenio, apodado Pénula, era uno de los centuriones más notables de la primera línea por su elevada estatura y su valor. Terminado su servicio, hizo que le presentase P. Cornelio Sula al Se-

(1) El cuestor provincial, como magistrado del pueblo romano, era superior á los tenientes, y después de la muerte del procónsul ó propretor, y hasta en ausencia suya, ó mientras se esperaba la llegada de su sucesor, cuando cesaba en sus funciones, les reemplazaba en el mando de las tropas.

nado, y pidió el mando de un cuerpo de cinco mil hombres. «Conociendo el enemigo y los parajes, no tardaría en distinguirse; y todas las astucias de que habían sido víctimas los generales y ejércitos romanos las volvería contra su autor.» Temeraria era la promesa, pero no lo fué menos la credulidad, como si lo que hace al soldado hiciese también al general. En vez de cinco mil hombres, le dieron ocho mil, mitad romanos y mitad aliados; en el camino recogió considerable número de voluntarios, y su ejército era casi doble cuando llegó á Lucania, donde se había detenido Aníbal después de perseguir inútilmente á Claudio. No era dudoso el resultado entre un jefe como Aníbal y un centurión; entre soldados veteranos, victoriosos siempre, y soldados bisoños, alistados precipitadamente y apenas armados. En cuanto estuvieron en presencia los dos ejércitos, cada uno tomó sus disposiciones sin rehusar el combate, que duró más de dos horas, no obstante la desigualdad de fuerzas, y el ardor de los romanos se mantuvo mientras vieron á su jefe delante de ellos; pero éste, por sostener su antigua fama y evitar la deshonra que le esperaba, si sobrevivía á una derrota provocada por su temeridad, sucumbió bajo los dardos del enemigo que desafiaba. Los romanos fueron derrotados en seguida; y como Aníbal les había cortado la retirada, haciendo que la caballería ocupase todos los pasos, apenas escapó un millar de soldados de aquella multitud; los demás perecieron aquí y allá y de diversas maneras.

Los cónsules comenzaron con extraordinario vigor el sitio de Capua; por todas partes se preparaba y transportaba lo necesario para esta empresa. Estableciéronse depósitos de trigo en Casilino; construyóse un fuerte en la desembocadura del Vulturno, en el sitio donde se encuentra hoy la ciudad; guarnecióse el que Fabio Máximo había construído anteriormente, con objeto de

dominar en el inmediato mar y en el río. Transportóse de Ostia á estos dos fuertes marítimos los trigos que acababan de traerse de Cerdeña y los que el pretor M. Junio había hecho comprar en la Etruria con objeto de asegurar víveres al ejército durante el invierno. Para aumentar el revés sufrido en Lucania, los voluntarios que, en vida de Graco, habían servido con fidelidad, abandonaron sus enseñas, como si la muerte del general les libertase de sus juramentos. Aníbal no quería ni abandonar á Capua ni á sus aliados en tan grave peligro; pero alentado por el triunfo conseguido merced á la temeridad de un jefe romano, acechaba la ocasión de acabar con otro general y otro ejército. Los legados de la Apulia le decían que el pretor Cn. Fulvio, ocupado en recuperar ciudades que habían pasado á Aníbal, había mostrado al principio mucha circunspección; pero muy pronto éxitos brillantes y la abundancia del botín habían inspirado, así al general como á los soldados, tanta licencia y confianza, que ni siquiera observaban la disciplina. En más de una ocasión, y sobre todo por prueba reciente, había aprendido Aníbal lo que es un ejército con jefe inhábil, y se dirigió á la Apulia.

El pretor Fulvio y las legiones romanas se encontraban cerca de Herdonea: á la noticia de la aproximación de los cartagineses, faltó poco para que los soldados, sin orden del general, arrancando las enseñas, saliesen en batalla, deteniéndoles únicamente el profundo convencimiento de que podrían llegar á las manos cuando quisiesen. A la noche siguiente, enterado Aníbal del tumulto que había estallado en el campamento y de los gritos sediciosos con que pidieron los romanos á su general la señal del combate, se apresuró á aprovechar la ocasión de un éxito que no era dudoso; colocó tres mil hombres armados á la ligera en las granjas, en los ma-

torrales y bosques de alrededor, con orden de salir de su emboscada á la primera señal, y encargó á Magón que ocupase con unos dos mil caballos todos los caminos por donde calculaba que podría huir el enemigo. Tomadas estas disposiciones durante la noche, salió al amanecer y formó sus tropas en batalla. No tardó Fulvio en presentarse, menos con la esperanza de vencer que arrastrado por la ciega impetuosidad de los soldados. La misma precipitación que les había hecho marchar al combate, se observó en su orden de batalla; cada uno según su capricho, corría ó se paraba á la casualidad en puestos que después abandonaba por temor ó por antojo. La primera legión y el ala izquierda de los aliados (1) se formaron primeramente en una línea que presentaba un frente muy dilatado; en vano gritaron los tribunos «que en el centro no había fuerza ni apoyo, y por donde atacase el enemigo quebrantaría fácilmente al ejército.» Lejos de impresionar los consejos más prudentes, ni siquiera se les escuchaba. En el ejército de Aníbal todo era muy diferente, el general, las tropas y el orden con que avanzaban. Los romanos no pudieron resistir ni los gritos ni el primer choque de los cartagineses. Su jefe, tan inhábil y temerario como Centenio, pero con mucho menos valor, viendo que la victoria se declaraba por el enemigo y que los suyos huían en desorden, saltó sobre su caballo y huyó con unos doscientos jinetes. En cuanto al resto del ejército, cuyo frente estaba desordenado y que se encontraba envuelto por la espada y por los lados, sufrió tales pérdidas que de diez y ocho mil hombres, apenas escaparon dos mil, quedando el enemigo dueño del campamento.

(1) El ejército de los aliados se dividía en dos cuerpos, el ala derecha y el ala izquierda, siendo ala para ellos lo que legión para los romanos.

Las noticias de estas derrotas, llegadas una tras otra, difundieron en Roma luto y terror. Sin embargo, los triunfos de los cónsules, cuyas operaciones eran mucho más importantes, calmaban algo la impresión de aquellas desgracias. Enviaron cerca de los cónsules á C. Letorio y á M. Metilio, para exhortarles á que recogiesen los restos de los dos ejércitos y á que hiciesen lo posible para que el terror no impulsase á los fugitivos á rendirse al enemigo, como ocurrió después de la derrota de Cannas; los cónsules deberían buscar también á los desertores del ejército de voluntarios. Igual misión se confirió á P. Cornelio, encargado además de hacer nuevas levas. Este hizo publicar en las plazas y mercados la orden de buscar á los voluntarios y traerles á las enseñas: todas estas medidas se cumplieron con rigurosa exactitud. El cónsul Ap. Claudio envió á D. Junio á la desembocadura del Vulturno y á M. Aurelio Cotta á Puzzola, con orden de enviar inmediatamente al campamento todo el trigo que traían las naves de la Etruria ó de la Cerdeña. Él mismo regresó á Capua, y encontró en Casilino á su colega Q. Fulvio, ocupado en el trasporte de las máquinas necesarias para el sitio. Entonces rodearon los dos la plaza, y llamaron al pretor Claudio Nerón que ocupaba en Suesula el antiguo campamento de Marcelo. Nerón dejó aquel punto bajo la custodia de corta guarnición, y se dirigió á Capua con el resto de sus tropas. De esta manera las tiendas de los tres generales se alzaron bajo las murallas de Capua, y tres ejércitos la atacaron cada uno por su lado. Comenzaron por rodearla con un foso y una empalizada; construyeron fortificaciones á corta distancia unas de otras; y las diferentes salidas, que por diversos puntos intentaron los habitantes para entorpecer los trabajos, fueron rechazadas con tan feliz resultado, que al fin permanecieron quietos en el recinto de

sus murallas. Antes de que los trabajos estuviesen muy adelantados, enviaron una diputación á Aníbal para quejarse del abandono que iba á entregar Capua á los romanos y para rogarle que acudiese en auxilio de sus aliados, estrechados por el sitio y á la vez encerrados en un recinto. Los cónsules recibieron del pretor P. Cornelio una carta en que les invitaba «antes de rodear la plaza, á permitir la salida de los que quisieran alejarse de Capua con lo que les perteneciese; á prometer la libertad y el disfrute de sus bienes á los que abandonasen la ciudad antes de los idus de Marzo, y á declarar que los que, pasado este plazo, intentasen salir ó permaneciesen en la ciudad, serían tratados como enemigos.» Notificada esta determinación á los campanios, la rechazaron con desprecio, y hasta profirieron insultos y amenazas. Aníbal había marchado desde Herdonea sobre Tarento, con la esperanza de apoderarse de la fortaleza por astucia ó por la fuerza. No pudiendo conseguirlo, volvió hacia Brundisium, donde esperaba entrar por traición: también perdió ahora el tiempo. Aquí fué donde le encontraron los legados campanios para dirigirle sus quejas y sus ruegos. Aníbal les contestó con soberbia seguridad que ya había hecho levantar el sitio de su ciudad y que ahora no se atreverían los cónsules á esperar su llegada. Despedidos con esta esperanza, apenas pudieron penetrar los legados en Capua, rodeada ya por doble foso y doble empalizada.

Mientras los romanos estrechaban fuertemente á Capua, terminó el sitio de Siracusa por la constancia y valor del general y el ejército, secundados por la traición de algunos habitantes. En efecto; al comenzar la primavera, Marcelo había vacilado entre dirigir sus fuerzas contra Agrigento, donde mandaban Hamilcon é Hipócrates, ó continuar el sitio de Siracusa. Veía claramente que no era posible tomar la ciudad por fuerza

á causa de su posición por tierra y por mar; ni por hambre, porque casi sin obstáculo traería sus convoyes de Cartago. Sin embargo, para no omitir nada, se dirigió á los refugiados siracusanos (encontrábanse entre los romanos algunos varones siracusanos nobilísimos, alejados de su país en el momento de la defección); invitándoles á que sondeasen las disposiciones de sus partidarios y que les prometiesen, si le entregaban Siracusa, la conservación de su libertad y de sus leyes. No era fácil celebrar entrevistas, porque el considerable número de sospechosos aumentaba la vigilancia, haciendo que toda la atención estuviese fija en ellos y que se estuviese en guardia contra toda tentativa de este género. Un esclavo de los desterrados consiguió penetrar en la ciudad como desertor, se avistó con algunos partidarios de los romanos y entabló después la negociación. En seguida, muchos de estos, ocultos entre redes en barcas de pescadores, fueron al campamento y celebraron entrevistas con los refugiados; imitáronles otros y después otros más, llegando al número de ochenta. Todas las medidas estaban tomadas para la traición, cuando reveló el proyecto á Epícides un tal Atalo, despechado por no haberle hecho partícipe del secreto. A todos les dieron muerte entre terribles suplicios. Otra esperanza reemplazó en seguida á la que acababa de desvanecerse. Un lacedemonio, llamado Damipo, enviado por Siracusa al rey Filipo, había caído en poder de la flota romana. Epícides mostraba grande interés por rescatarle; Marcelo no se negó á ello, porque los romanos deseaban entonces la amistad de los etolianos, aliados de Lecedemonia. Eligióse para tratar de este rescate un paraje á la mitad del camino de la ciudad y del campamento, el más favorable para los unos y para los otros; el puerto Trogilo, inmediato á una torre llamada Galeagra. En una de aquellas frecuen-

tes entrevistas, habiendo observado de cerca la muralla un romano, contó las piedras, midió con la vista la altura de cada una, y reconoció que en aquel paraje la muralla no era tan elevada como suponían todos, y él mismo había creído, y que se podía llegar á lo alto con escalas ordinarias. Participó sus observaciones á Marcelo, que no despreció el aviso; pero como no era posible llegar á aquella parte de las fortificaciones, más guardadas por su misma debilidad, esperaba una ocasión favorable. Ofrecióla un desertor diciendo que Siracusa iba á celebrar durante tres días las fiestas de Diana, y que á falta de otras provisiones de que carecían en el sitio, no se economizaría el vino en el festín, habiendo hecho distribuirlo Epícides en la ciudad y los grandes á las tribus. Enterado de esto, celebró Marcelo consejo con corto número de tribunos, eligió con ellos los centuriones y soldados más capaces para realizar empresa tan atrevida; se proveyó secretamente de escalas, y mandó al resto del ejército que comiese y descansase temprano, con objeto de poder marchar de noche á una expedición. Cuando calculó que los excesos del día habían sumido á los sitiados en el primer sueño, á una señal mandó á los soldados de su manípulo llevar las escalas y guió cerca de mil hombres en fila y en silencio hasta el punto indicado. Los primeros llegan sin ruido á lo alto de la muralla, imitándoles los otros, porque la audacia de los primeros inspira valor hasta á los más vacilantes.

Ya eran dueños de una parte de las murallas los mil soldados, cuando hicieron aproximarse el resto de las tropas, y con mayor número de escalas suben al muro. La señal se les había dado desde la Hexafila, adonde los primeros habían llegado en medio de profunda soledad, porque la mayor parte de los guardias, después de haberse entregado al desorden durante el día, estaban embriagados ó acabando de embriagarse. Algunos

fueron sorprendidos y degollados en sus lechos. Cerca de la Hexafila había un postigo que comenzaron á romper con violencia, y al mismo tiempo la trompa dió desde lo alto de la muralla la señal convenida. La sorpresa se convirtió por todas partes en ataque á viva fuerza, porque habían llegado ya al barrio de Epípola, donde las guardias eran numerosas. Tratábase entonces de aterrar más bien que de engañar al enemigo, y lo consiguieron. En efecto, al primer sonido de la trompa, á los gritos de los romanos, que ocupaban las murallas y una parte de la ciudad, los centinelas creyeron que toda estaba en poder del enemigo, y unos huyeron por las murallas, otros saltaron al foso ó cayeron precipitadamente por la multitud de los fugitivos. Entretanto, considerable parte de los habitantes ignoraban aún su desgracia, porque todos estaban entorpecidos por el vino y el sueño, y porque en una ciudad tan grande, el desastre de un barrio no podía conocerse en seguida en los otros. Al amanecer, cuando quedó forzada la Hexafila, la entrada de Marcelo con todas sus tropas despertó á los sitiados, que corrieron á las armas para defender, si era posible, la ciudad medio tomada. Epícides sale de la isla llamada Nasos y acude rápidamente al encuentro de los asaltantes, de quienes supone han escalado la muralla en corto número, gracias á la negligencia de los centinelas, y á los que cree poder rechazar sin trabajo. Reconviene á los fugitivos que encuentra en el camino porque aumentan la alarma y exageran el peligro; pero cuando ve la Epípola llena de enemigos, se apresura, después de mandar que les arrojen algunos venablos, á regresar á la Acradina, menos con el temor de no poder rechazar un enemigo tan numeroso, como para prevenir en el interior una traición que podría brotar de las circunstancias y cerrarles, en medio del tumulto, las puertas de la Acradina y de la isla. Desde

una altura, dentro de Siracusa, contemplando Marcelo á sus pies la ciudad, quizá la más bella de aquel tiempo, dícese que lloró, tanto de alegría por haber puesto fin á tan grande empresa, como por el recuerdo de la antigua gloria de aquella ciudad. Recordaba flotas atenienses echadas á pique, ejércitos formidables destruídos con dos generales ilutres, tantas peligrosas guerras sostenidas con Cartago, tantos tiranos y poderosos reyes y sobre todos Hierón, cuya memoria era tan reciente todavía, y que se había distinguido por su valor, por sus triunfos y especialmente por los servicios que había prestado al pueblo romano. Dominado por estos recuerdos y especialmente por la idea de que cuanto veía, dentro de una hora sería devorado por las llamas y reducido á ceniza, quiso, antes de atacar la Acradina, hacerse preceder por los siracusanos, que, como ya se dijo, se habían refugiado en el campamento romano, con la esperanza de que podrían decidir, por la persuasión, al enemigo, á que entregase la ciudad.

Las puertas y murallas de la Acradina las guardaban principalmente los desertores, que, en caso de capitulación, no tenían esperanza alguna de perdón; así fué que no permitieron ni acercarse á las murallas ni entablar conferencias. Habiendo fracasado Marcelo en esta tentativa, hizo volver las enseñas hacia Euryala, fuerte situado en una altura, en el extremo de la ciudad más alejado del mar, dominando el camino que lleva desde el campo al interior de la Isla, y muy favorablemente situado para recibir convoyes. Epícides había encargado la defensa á Filodemo Argivo. Marcelo le envió á Sosis, uno de los asesinos del tirano, quien, después de larga conferencia sin resultado, volvió á decir al general que aquel jefe había pedido tiempo para deliberar, aplazándose de día en día porque esperaba que Hipócrates y Hamilcon aproximasen su campamento y sus legio-

nes, no dudando que una vez dentro de la fortaleza les fuese fácil exterminar el ejército romano encerrado en las murallas. Marcelo veía la imposibilidad de apoderarse de Euryala por convenio ó por fuerza, y marchó á acampar en Neápoli y Tica (dos barrios de Siracusa tan grandes como ciudades), temiendo que si penetraba en barrios más populosos le fuese imposible contener á los soldados, ávidos de botín. Allí fueron los legados de Neápoli y Tica llavando cintas y ramos de olivo, para suplicarles les libertase de la matanza y el incendio. Habiendo puesto á deliberación Marcelo su petición más bien que súplica, mandó publicar, por unánime parecer del consejo, «prohibición de que se atentase á ninguna persona libre; que todo lo demás se abandonaría al soldado.» Adosó el campamento á las casas para que le sirviesen de defensa, y colocó guardias y centinelas en las puertas que daban á las plazas públicas, por temor de que la dispersión de las tropas hiciese emprender algún ataque. En seguida, á una señal dada, los soldados se desparramaron por todos lados, rompiendo las puertas de las casas, difundieron terror y confusión, pero perdonando la vida á los habitantes; el saqueo no cesó hasta que recogieron todas las riquezas que dilatada prosperidad había acumulado en Siracusa. Filodemo, que no tenía esperanza alguna de socorro, consiguió marchar con toda seguridad al lado de Epícides, evacuó la fortaleza y la entregó á los romanos. Mientras se fijaba la atención en aquella parte de la ciudad, cuya captura daba ocasión á todo aquel tumulto, Bomílcar, aprovechando la noche y una tempestad que no permitía á la flota romana permanecer al ancla en la rada, escapó del puerto de Siracusa con treinta y cinco naves, dejando cincuenta y cinco á Epícides y á los siracusanos; se dirigió á Cartago, donde informó del extremo peligro en que se encontraba Si-

racusa, y regresó pocos días después con cien naves, habiendo recibido, según se dice, cantidades considerables que Epícides sacó del tesoro de Hierón.

Dueño Marcelo de la fortaleza de Euryala, la guarneció y ya no tuvo que temer que tropas numerosas introducidas en ella sorprendiesen á sus soldados por la espalda y les atacase en un recinto amurallado que no les permitía desenvolverse. En seguida atacó la Acradina por medio de tres campamentos favorablemente colocados, esperando reducir á los sitiados por medio de absoluta escasez. Durante algunos días permanecieron quietos por una y otra parte; pero la llegada de Hipócrates y Hamilcon hizo que atacasen bruscamente á los romanos por todas partes. Hipócrates había acampado cerca del puerto grande; y desde allí, dando la señal á la guarnición que ocupaba la Acradina, atacó el campamento antiguo de los romanos, donde mandaba Crispino, mientras que Epícides hacía una salida contra los puestos avanzados de Marcelo; la flota cartaginesa se acercaba también á la playa, entre la ciudad y el campamento romano, con objeto de imposibilitar que Marcelo enviase socorros á Crispino. Sin embargo, la alarma que ocasionó el enemigo fué más grande que el combate: Crispino no solamente rechazó el ataque de Hipócrates, sino que le ahuyentó y persiguió. En cuanto á Marcelo, rechazó á Epícides á la ciudad y quedó por entonces á cubierto de todo ataque repentino. Los males de la guerra aumentaron con una enfermedad contagiosa que, cayendo á la vez sobre los dos bandos, les obligó á suspender las hostilidades. Los calores excesivos del otoño y la insalubridad del país habían producido en los dos campamentos, pero más en el exterior que en el interior de la ciudad, una epidemia casi general. Al principio la humedad de la estación y las emanaciones pestilenciales de los campos produjeron

enfermedades mortales; muy pronto los mismos cuidados que se tenían con los enfermos y el contacto con éstos aumentaron el contagio: necesario era dejarlos perecer sin socorro ni consuelo, ó respirar estando á su lado los miasmas deletéreos; no se veía más que muertos y funerales, ni se oía otra cosa día y noche que gemidos. Al fin la costumbre del mal extinguió de tal manera la sensibilidad, que no solamente no se rendía á los muertos el tributo del llanto y el dolor, sino que hasta se prescindió de enterrarles. La tierra estaba sembrada de cadáveres á la vista de los que esperaban igual suerte; el temor, la fetidez de los muertos y de los moribundos aceleraban el fin de los enfermos y contagiaban á los que no lo estaban. Prefiriendo algunos morir á filo de espada, marchaban solos á atacar los puestos enemigos. La peste hizo más estragos en el campamento de los cartagineses que en el de los romanos, aclimatados por largo sitio. Los sicilianos que servían en el ejército enemigo, viendo que el contagio provenía de la insalubridad del terreno, se apresuraron á volver á sus ciudades, bastante cercanas de Siracusa; pero los cartagineses, que no tenían otro asilo, perecieron todos, hasta el último, inclusos sus jefes Hipócrates y Hamilcon. Redoblando la violencia el azote, Marcelo hizo pasar sus soldados á la ciudad, donde los techos y la sombra aliviaron algo sus débiles cuerpos. Sin embargo, la enfermedad arrebató mucha gente al ejército romano.

Destruído de esta manera el ejército terrestre de los cartagineses, los sicilianos que habían sido soldados de Hipócrates se retiraron á dos ciudades poco importantes, pero bastante fuertes por su posición y baluartes, una á tres y otra á quince millas de Siracusa. Allí hicieron llevar los víveres y recursos que obtenían de su país. Bomilcar había partido de nuevo para Cartago

con su flota, y allí presentó la posición de los aliados de manera que se les podía auxiliar eficazmente y hasta coger á los romanos en la ciudad que ellos creían haber tomado. Con esto decidió á los cartagineses á enviar á Sicilia, bajo su mando, considerable número de naves cargadas con todo género de provisiones y á reforzar su flota. Habiendo partido de Cartago con ciento treinta naves largas y setecientas de carga, tuvo viento bastante favorable para pasar á Sicilia; pero el mismo viento le impidió doblar el cabo Paquino. Primeramente el rumor de la llegada de Bomílcar, después el de su inesperado retraso, produjeron en los romanos y siracusanos alternativas de temor y de alegría. Epícides, temiendo que si los vientos del este que reinaban entonces continuaban soplando muchos días desde el amanecer, tomase de nuevo el rumbo de Africa la flota cartaginesa, dejó la custodia de la Acradina á los jefes de las tropas mercenarias, y se reunió por mar con Bomílcar, á quien encontró puesta ya la proa al Africa, y temiendo un combate naval, no porque sus fuerzas fuesen inferiores, porque su flota era más numerosa, sino porque los romanos tenían sobre él la ventaja del viento. Sin embargo, Epícides le decidió á que arriesgase la batalla. Por su parte Marcelo, viendo que toda la Sicilia levantaba un ejército formidable y que la flota cartaginesa iba á abordar con provisiones considerables, temiendo verse encerrado por mar y tierra en una ciudad enemiga, á pesar de la inferioridad numérica de sus naves, decidió impedir á Bomílcar que entrase en Siracusa. Dos flotas opuestas bordeaban el promontorio de Paquino, dispuestas á aprovechar para combatir la primera calma que permitiese ganar la alta mar. En cuanto el viento del Este, que soplaba furiosamente desde muchos días antes amainó un poco, Bomílcar se movió el primero y pareció que su vanguardia se dirigía á alta mar para

doblar con más facilidad el cabo; pero cuando vió la flota romana avanzar contra él, dominado por repentino temor, hizo vela hacia alta mar, envió mensajeros á Heraclea para dar orden á las naves de transporte de que volviesen á Africa, costeó él la Sicilia y ganó el puerto de Tarento. Perdiendo de pronto Epícides tan hermosa esperanza y renunciando á sostener el sitio de una ciudad medio tomada, hizo vela hacia Agrigento, más para esperar allí el desenlace, que para intentar ninguna empresa.

En cuanto se supo en el campamento de los sicilianos que Epícides había salido de Siracusa, que los cartagineses habían abandonado la Sicilia, entregándola, por decirlo así, segunda vez á los romanos, después de sondear las disposiciones de los sitiados, enviaron legados á Marcelo para estipular las condiciones de rendición de la ciudad. Estaban de acuerdo para dejar á los romanos todo lo que había pertenecido á los reyes y á los sicilianos el resto de la isla con su libertad y sus leyes. Los legados pidieron una entrevista á aquellos á quienes había encargado Epícides la dirección de los asuntos; les dicen: «que el ejército les ha encargado á la vez tratar con Marcelo y con ellos, para que la suerte de todos fuese igual, tanto para los sitiados como para los que se encontraban en el exterior, y que no había ninguna estipulación particular y exclusiva.» Introducidos en seguida en la ciudad para conferenciar con sus huéspedes y amigos, les comunican las condiciones convenidas con Marcelo, les prometen la vida y les deciden á que se unan á ellos para atacar á los tenientes de Epícides, Polyelito, Filistión y Epícides apodado Sindón. Muertos éstos y convocada una asamblea general, después de deplorar el hambre que daba ocasión en la ciudad á tantas murmuraciones secretas, hicieron observar que «á pesar de todos los males que les abru-

maban, no debían acusar á la fortuna, puesto que en manos de los siracusanos estaba ponerles término. Por cariño y no por odio habían sitiado los romanos á Siracusa. No habían empuñado las armas hasta que vieron la Sicilia en poder de Hipócrates y Epícides, satélites de Aníbal y después de Jerónimo; habían atacado á la ciudad, antes para arrojar de ella á aquellos crueles tiranos que para dominarla. Ahora que Hipócrates no existía, que Epícides se encontraba lejos de Siracusa y muertos sus tenientes; que vencidos los cartagineses por mar y tierra, se veían obligados á renunciar á la entera posesión de la Sicilia, ¿qué motivo quedaba á los romanos para no desear la conservación de Siracusa como en tiempos de Hierón, su amigo más fiel? La ciudad y sus habitantes nada tenían que temer más que de ellos mismos, si dejaban escapar la ocasión de reconciliarse con los romanos. Tal vez jamás se presentaría otra tan favorable como aquella en que la muerte de sus tiranos les había devuelto la libertad.»

Con general asentimiento se oyeron estas palabras; sin embargo, creyóse conveniente crear pretores antes de nombrar legados, que se eligieron entre estos magistrados. Presentóse la legación á Marcelo, y el jefe habló de esta manera: «No debe imputarse á los siracusanos la defección de Siracusa, sino á Jerónimo, menos impío con vosotros que con nosotros mismos. Cuando la muerte del tirano restableció la paz entre los dos pueblos, no la turbó ningún siracusano, sino los satélites de la tiranía, Hipócrates y Epícides, que nos oprimieron por el terror y la traición. Jamás hemos sido libres, sin estar al mismo tiempo en paz con vosotros. Hoy que la muerte de nuestros opresores nos deja dueños de nuestra voluntad, venimos en el acto á entregaros nuestras armas, nuestras personas, nuestras ciudades, nuestras fortalezas; á someternos, en fin, á cuantas

condiciones os plazca imponernos. Los dioses te han reservado, ¡oh Marcelo! la gloria de apoderarte de la ciudad griega más hermosa y más ilustre; todo lo memorable que hemos hecho por mar y tierra aumentará el esplendor de tu triunfo. ¿Preferirás que sólo se sepa por la fama cuál fué la grandeza de esta ciudad conquistada por ti, á dejar el espectáculo á nuestros descendientes, á permitir que el extranjero de cualquier parte del mundo que venga á ella pueda contemplar los trofeos de nuestras victorias sobre los atenienses y cartagineses y los tuyos sobre nosotros mismos? Permite que los siracusanos sean clientes de tu familia y vivan bajo la protección del nombre de Marcelo (1). Que no pese más á tus ojos el recuerdo de Jerónimo que el de Hierón, que fué amigo vuestro más tiempo que enemigo el otro; recibisteis los beneficios del uno, y el delirio del otro sólo sirvió para perderle.» Los romanos habían de escuchar muy favorablemente todas estas peticiones. Entre ellos mismos corrían los siracusanos los mayores peligros; porque los desertores, persuadidos de que querían entregarles á los romanos, infundieron igual temor á los soldados mercenarios, y corriendo á las armas, mataron primeramente á los pretores, y en seguida se desparramaron por la ciudad para degollar á los habitantes. Enfurecidos, inmolaron á los que la casualidad les presentó y saquearon cuanto cayó á su alcance. En seguida, para no quedar sin jefes, nombraron seis prefectos, tres para la Acradina y otros tres para la Isla. Calmado al fin el tumulto y enterados los mercenarios de lo que se había tratado con los roma-

(1) Dedúcese de estas palabras que los Marcelos eran patronos de los siracusanos, como los Fabios de los Alobroges, Cicerón de los campanios y Catón de los capadocios y chipriotas. En memoria de la clemencia y humanidad de Marcelo, se celebraban en Siracusa fiestas en su honor llamadas Marcellea.

nos, reconocieron que su causa era muy diferente á la de los desertores.

En aquel momento regresaron á Siracusa los legados enviados á Marcelo y les aseguraron que sus sospechas eran infundadas, que los romanos no tenían ningún motivo para ejercer venganzas en ellos. Uno de los tres prefectos que mandaban en la Acradina era un español llamado Mérico; y entre el cortejo de los legados se colocó de intento uno de los auxiliares españoles. Este hombre, hablando sin testigos con Mérico, comenzó por enterarle de la situación de España, de donde recientemente había llegado. «Allí todo estaba en poder de las armas romanas; Mérico podía, prestando un servicio distinguido, obtener el primer puesto entre sus conciudadanos, bien quisiera servir bajo los romanos, bien regresar á su patria. Si, por el contrario, se obstinaba en sostener el sitio, ¿qué esperanza le quedaba rodeado por mar y tierra?» Impresionado Mérico por este razonamiento, hizo agregar su hermano á la embajada que se había convenido enviar á Marcelo. El mismo español le consiguió una entrevista secreta con el general, de quien recibió la palabra, y cuando se combinó el plan, regresó á la Acradina. Mérico entonces, para alejar toda sospecha de traición, dice: «que le desagradan todas aquellas idas y venidas de legados; que no se debe ya ni recibir ni enviar á nadie; y para que se guarden mejor los puestos, es necesario repartir los más importantes entre los prefectos, y de esta manera cada uno será responsable de aquel cuya defensa le esté encomendada.» Todos aprobaron la proposición, y en el reparto tocó en suerte á Mérico el barrio que se extendía desde la fuente Aretusa á la entrada del puerto grande, de lo que enteró á los romanos. Con este aviso, Marcelo dispuso que durante la noche remolcase una cuatrirreme, una nave de transporte cargada de solda-

dos, hasta la altura de la Acradina, con orden de desembarcar delante de la puerta inmediata á la fuente Aretusa. El desembarque se realizó durante la cuarta vigilia, introduciendo Mérico á los romanos, según estaba convenido. Al amanecer mandó Marcelo un asalto general á la Acradina, de manera que no solamente atrajese á aquel lado toda la guarnición de la plaza, sino que también obligase á la de la Isla á abandonar su puesto para rechazar el impetuoso choque de los romanos. En medio de aquel tumulto, naves de transporte, equipadas de antemano, dispuestas para rodear la Isla, desembarcaron en ella fuerza armada, y encontrando desguarnecidos los puestos y abiertas las puertas, que así las dejaron los que salieron en socorro de la Acradina, se apoderaron casi sin resistencia de la Isla, que el desorden y la fuga de sus guardas había dejado sin defensores. Nadie opuso menos resistencia que los desertores, porque desconfiaban hasta de sus mismos compañeros, emprendiendo por tanto la fuga en medio del combate. Al enterarse Marcelo de que la Isla estaba tomada, de que un barrio de la Acradina había caído en su poder y que Mérico con los suyos se había unido á los romanos, mandó tocar retirada, con objeto de evitar el saqueo del tesoro real, que se suponía mucho más grande de lo que era en efecto.

Contenida de esta manera la impetuosidad del soldado, dió á los desertores que se encontraban en la Acradina tiempo y medios de escapar, y los siracusanos, libres al fin de todo temor, abrieron las puertas y enviaron legados á Marcelo que solamente pidieron su vida y la de sus hijos. Marcelo, después de celebrar un consejo, al que fueron admitidos aquellos siracusanos á quienes obligaron las turbulencias á refugiarse en el campamento romano, respondió: «que Roma había recibido durante cincuenta años menos servicios de Hie-

rón, que ultrajes, durante tres, de los tiranos de Siracusa: que en último caso, la mayor parte de aquellos males habían recaído sobre los culpables, y que aquellos infractores de los tratados se habían castigado á sí mismos más cruelmente de lo que podía exigir el pueblo romano. Si durante tres años había tenido sitiada á Siracusa, no fué para que los romanos tuviesen una ciudad esclava, sino para libertarla del yugo y opresión de los jefes y de los desertores. Siracusa pudo aprender su deber por el ejemplo de aquellos habitantes suyos que se refugiaron en medio del ejército romano; en el del jefe español Mérico, que había entregado el puesto que mandaba, y en último caso en la resolución tardía, pero firme, de los mismos siracusanos. Todos los trabajos y todos los peligros que aquella prolongada resistencia le habían hecho soportar en derredor de las murallas de Siracusa, por tierra y por mar, quedaban muy débilmente recompesados por la captura de la ciudad.» En seguida envió su cuestor á la Isla para posesionarse del tesoro de los reyes y ponerlo á cubierto de toda violencia. La ciudad fué entregada al saqueo, pero se cuidó de colocar centinelas en las puertas de aquellos siracusanos que pasaron á los romanos. En medio de todos los excesos que hacía cometer el furor, la avaricia y la crueldad, Arquímedes, según se dice, en medio del tumulto de una ciudad tomada por asalto y el estrépito de los soldados que se dispersaban para saquear, fué encontrado con los ojos fijos en figuras que había trazado en la arena y muerto por un soldado que no le conocía. Marcelo deploró aquella muerte, cuidó de sus funerales, mandó buscar á sus parientes, á quienes su nombre y su recuerdo valieron seguridad y honores. Estos fueron los principales acontecimientos de la toma de Siracusa. El botín que se recogió casi igualó al que se hubiese podido encontrar en

Cartago contra la que se combatía con fuerzas iguales. T. Otacilio, al frente de ochenta quinquerremes, hizo vela de Lilibea hacia Utica, entró en el puerto antes de amanecer y capturó allí naves de transporte cargadas de trigo, hizo un desembarco para talar los terrenos inmediatos á la ciudad, y se embarcó de nuevo habiendo recogido inmenso botín. Tres días después de su partida regresó á Lilibea con ciento treinta naves de transporte cargadas de trigo y de provisiones. En seguida envió aquellos socorros á Siracusa, adonde llegaron con mucha oportunidad, porque vencedores y vencidos se encontraban igualmente amenazados de los horrores del hambre.

Dos años hacía que no había ocurrido nada notable en España, interviniendo más la política que las armas en las operaciones militares. Pero en este mismo verano los generales romanos, al salir de los cuarteles de invierno, reunieron sus tropas y celebraron consejo, decidiendo por unanimidad que, después de haberse contentado hasta entonces con impedir á Asdrúbal que pasase á Italia, era tiempo de terminar la guerra de España, para lo que se creían bastante fuertes con el auxilio de veinte mil celtibéricos sublevados durante el invierno. Los cartagineses tenían tres ejércitos: Asdrúbal, hijo de Gisgón, y Magón se habían reunido, teniendo su campamento á unas cinco jornadas de los romanos. Más cerca de ellos estaba Asdrúbal, hijo de Hamílcar, veterano general que desde mucho tiempo hacía la guerra de España y cuyo ejército se encontraba al pie de los muros de la ciudad de Aĥitorgis. Los generales romanos querían acabar con él primeramente, creyéndose con bastantes fuerzas para ello; temiendo solamente que la derrota intimidase al otro Asdrúbal y á Magón, y que refugiados en desfiladeros y gargantas inaccesibles, prolongasen la guerra. Juzgóse, pues, que

el mejor partido era dividir las tropas en dos cuerpos y acometer á la vez la conquista de toda España. La repartición se hizo de este modo: P. Cornelio marcharía contra Magón y Asdrúbal, con las dos terceras partes del ejército romano y de los aliados; Cn. Cornelio, con la tercera parte de las tropas veteranas, unidas con los celtibéricos, operaría contra Asdrúbal Barcino. Los dos generales y los dos ejércitos partieron al mismo tiempo, los celtibéricos formando la vanguardia, acamparon cerca de la ciudad de Anitorgis, en presencia de los enemigos, de los que solamente les separaba el río. Allí se detuvo Cn. Escipión con las fuerzas mencionadas antes, y P. Escipión continuó la marcha para su peculiar empresa.

No tardó Asdrúbal en observar que había pocos romanos en el ejército enemigo y que su único recurso era el auxilio de los celtibéricos. Conocía la perfidia natural de los bárbaros, y particularmente de todos los pueblos, entre los que guerreaba desde tantos años. Las comunicaciones eran fáciles, estando los dos campamentos llenos de españoles: en consecuencia de esto, trató secretamente con los jefes de los celtibéricos, y les indujo, con el cebo de rica recompensa y que se llevasen sus tropas. Como no se trataba de volver las armas contra los romanos, y además les ofrecían por no hacer guerra cantidad tan considerable como por hacerla, no les pareció odiosa la proposición. Además, la idea del descanso, el placer de volver á sus hogares y al seno de sus familias halagaba á los soldados. Así fué que se ganó tan fácilmente á la multitud como á sus jefes; además de que no temían que siendo tan pocos los romanos, les retuviesen por fuerza. Este ejemplo deberá inspirar siempre desconfianza á los generales romanos; lección memorable que les enseñará á no contar con los socorros extraños sino cuando tengan en

su campamento más tropas y fuerzas propias. De pronto arrancan sus enseñas los celtibéricos y se retiran, sin responder otra cosa á las preguntas de los romanos, que les rogaban permaneciesen allí, sino que les obligaba la necesidad de defender sus hogares. Escipión, que no había podido retener á sus aliados ni por ruegos ni por fuerza, que se veía imposibilitado de hacer frente á los cartagineses y de reunirse con su hermano, consideró lo más prudente retroceder todo lo posible, y evitar cuidadosamente todo encuentro en la llanura con el enemigo, que había pasado el río y le estrechaba de cerca en la retirada.

Al mismo tiempo experimentaba P. Escipión iguales temores y se encontraba expuesto á peligros más grandes delante de un enemigo nuevo. Era este el joven Masinisa, aliado entonces de Cartago, y que debió á la alianza con Roma tanta celebridad y poderío. A la cabeza de la caballería númida, se presentó primeramente á P. Escipión, en el momento de su llegada, y no cesó de hostigarle día y noche, no solamente sorprendiendo á los soldados que se separaban del campamento para recoger leña ó forraje, sino viniendo á caracolear hasta delante de las líneas, lanzándose en medio de los puestos y produciendo por todas partes turbación y espanto. Frecuentemente, durante la noche, repentino ataque propagaba el terror hasta las puertas del campamento y al otro lado de las empalizadas, y no había punto ni momento en que los romanos estuviesen al abrigo del temor y del cuidado. Estrechados de esta manera en sus líneas, privados de todo, encontrábanse reducidos á sostener un sitio, que muy pronto iba á hacer más rigurosa aún la llegada de Indibilis, si conseguía unirse á los cartagineses con siete mil quinientos suesetanios. Escipión, aquel general tan prudente y previsor, cediendo á la necesidad, tomó entonces la temeraria re-

solución de marchar por la noche al encuentro de Indibilis y combatirle donde le encontrase. Dejando el campamento bajo la custodia de débil guarnición, mandada por su legado T. Fonteyo, partió en medio de la obscuridad, encontró al enemigo y trabó el combate, peleando por grupos más bien que en línea; pero en el desorden de aquella pelea, los romanos llevaban la ventaja. De pronto, los jinetes númidas, á quienes el general creía haber ocultado su marcha, se presentan en los flancos y producen vivas alarmas; y cuando trababan nuevo combate con los númidas, aparece otro enemigo; los generales cartagineses que acababan de alcanzar á los romanos y les atacaban por la espalda. Estrechados de esta manera por todas partes, no sabían á qué enemigo hacer frente, ni por qué lado abrirse paso. El general les anima con el ejemplo, les exhorta y acude allí donde es más recio el peligro. Un lanzazo le atraviesa el costado derecho: entonces la cuña enemiga, que se había lanzado sobre los romanos agrupados en derredor del general, viendo á Escipión caer moribundo del caballo, corre de fila en fila dando con alegres gritos la noticia de que el jefe romano no existe ya. Repetidas estas palabras en todo el ejército, deciden la victoria de los cartagineses y la derrota de los romanos. La muerte del general produce en seguida la fuga de los soldados, á quienes no fué difícil abrirse paso á través de los númidas y aliados armados á la ligera; pero apenas pudieron escapar á tantos jinetes y peones cuya ligereza igualaba la de los caballos. Quizá perecieron más en la fuga que en el combate, y ni uno hubiese sobrevivido al desastre, si estando declinando el día no hubiera sobrevenido la noche.

Los jefes cartagineses se apresuraron á aprovechar su victoria; después de la batalla, apenas dieron á los soldados el descanso necesario, llevándoles apresura-

damente hacia Asdrúbal Hamílcar, con la segura esperanza de terminar la guerra con aquella unión. A su llegada, jefes y soldados regocijados por la reciente victoria, se felicitaron por la muerte de aquel gran general y por la destrucción de su ejército, lisonjeándose de conseguir muy pronto un triunfo tan grande como el primero. Los romanos no habían recibido todavía noticia de aquel inmenso desastre; pero entre ellos reinaba sombrío silencio, y el presentimiento que agobiaba los ánimos era como seguro presagio. El mismo general, además de la deserción de los aliados y el aumento de las fuerzas enemigas, encontraba en sus conjeturas y en las circunstancias más razones para suponer una derrota que para alentar lisonjeras esperanzas. «Si Asdrúbal y Magón no habían terminado la guerra, ¿cómo habían podido reunir sus tropas sin librar combate? ¿Cómo no se había opuesto su hermano á la marcha, ó no les había seguido? Si no había podido impedir que aquellos jefes reuniesen sus ejércitos, ¿cómo no había venido á unir sus tropas con las de su hermano?» Agitado por estas inquietudes, creyó que, por el momento, el partido más prudente era alejarse todo lo posible; así, pues, á la siguiente noche, sin que lo observasen los enemigos, que por lo mismo no pudieron inquietarle, recorrió considerable distancia. Cuando al amanecer se conoció su retirada, los generales cartagineses enviaron delante á los númidas y les siguieron apresuradamente con el resto del ejército. Antes de obscurecer, los númidas alcanzaron á los romanos y les hostigaron en tanto por retaguardia y en tanto por los flancos. Estos se detuvieron para rechazar los ataques; sin embargo, Escipión le exhortaba á combatir y marchar á la vez, mientras podían hacerlo con seguridad antes de la llegada de la infantería enemiga.

Pero obligado á defenderse en marcha, el ejército no

pudo recorrer mucho camino. Acercábase ya la noche, Escipión llama á los suyos del combate y gana con ellos una altura, posición no muy fuerte, á la verdad, sobre todo para un ejército influído por el temor, pero más elevada al menos que todos los alrededores. Allí colocaron en el centro los bagajes y caballos, y la infantería que les rodeaba rechazó primeramente sin trabajo el ataque de los númidas; pero avanzaron tres generales con tres ejércitos regulares reunidos. Reconociendo Escipión la imposibilidad de la resistencia, si no podía oponerles fortificaciones, buscó en las cercanías con qué parapetarse. Pero la altura estaba tan pelada y era tan áspero el suelo, que no pudo encontrar ni árboles que cortar para hacer una empalizada, ni tierra que suministrase césped, ni manera de hacer un foso, ni materiales para ninguna clase de obra. No había tampoco ningún punto bastante áspero ó escarpado para dificultar el acceso del enemigo; por todos lados era suave é insensible la pendiente. Sin embargo, para elevar contra ellos una manera de parapeto, reunieron los arneses de las bestias de carga, atáronlos á las cargas formando la altura ordinaria y llenaron con el bagaje los huecos. El ejército cartaginés á su llegada ganó fácilmente la altura; pero el aspecto de aquella nueva especie de fortificación le detuvo al pronto, como le hubiese detenido un prodigio. Por todas partes exclamaban los jefes: «¿A qué quedar inmóviles? ¿Por qué ese pobre espantajo, que apenas podría intimidar á niños y á mujeres, no ha caído ya bajo vuestros golpes? El enemigo estaba cogido, allí le tenían oculto detrás de sus bagajes.» Con este desprecio hablaban los jefes: sin embargo, no era fácil cosa franquear aquellos parapetos, derribar aquellos fardos amontonados, cortar aquellos bastes entrelazados y recargados con el enorme peso de los bagajes. Después de muchos esfuerzos, los carta-

gineses se abrieron paso por muchas brechas, el campamento quedó forzado por todas partes y la matanza de un puñado de hombres dispersos y paralizados ya por el terror fué fácil para enemigos victoriosos y superiores en número. Sin embargo, una parte de los soldados, que se habían refugiado en los bosques inmediatos, llegaron al campamento de P. Escipión, donde mandaba el legado T. Fonteyo. Cn. Escipión pereció, según unos, en la misma altura, en el primer choque del enemigo; según otros, huyó con corto número de los suyos á una torre cercana al campamento. No pudiendo el enemigo romper las puertas, las prendió fuego; penetró por este medio y degolló al general romano con todos los que se habían refugiado allí. Cn. Escipión fué muerto en el octavo año de su llegada á España y veintinueve días después que su hermano. El dolor que causó su muerte no fué más profundo en Roma que en toda España. En Roma se deploraba al mismo tiempo la pérdida de dos ejércitos, la defección de una provincia y las desgracias de la república; mientras que en España se lloraba y lamentaba á los mismos generales, especialmente á Cneo, porque había mandado más tiempo en aquellas comarcas y porque se había granjeado el cariño de todos, dando las primeras pruebas de la justicia y moderación de los romanos.

Cuando parecía destruído el ejército y perdida España para los romanos, un hombre solo restableció los desesperados asuntos. En el ejército romano había un caballero llamado L. Marcio, hijo de Septimio, joven muy activo y cuyo valor é ingenio eran muy superiores á su condición. Tan excelentes disposiciones se habían perfeccionado en la escuela de Cn. Escipión, bajo cuyas órdenes había aprendido en tantos años todos los secretos del arte de la guerra. Este joven, después de recoger los restos del ejército derrotado y haberlos refor-

zado con todo lo que pudo extraer de las guarniciones, formó un cuerpo bastante considerable, á cuyo frente se reunió con T. Fonteyo, teniente de Escipión. Un simple caballero romano tuvo entonces bastante influencia entre los soldados, para que, cuando se hubieron fortificado allende el Ebro, y hubo que nombrar un general en los comicios militares, los soldados que iban á votar, al relevarse en las guardias de las fortificaciones y de los puestos, por unánime consentimiento le otorgasen el mando en jefe. Todo el tiempo (y fué muy corto) que precedió á la llegada del enemigo, se empleó en fortificar el campamento y en aprovisionarlo, ejecutándose las órdenes con tanto celo como intrepidez. Pero á la noticia de que Asdrubal Gisgón se acercaba después de haber pasado el Ebro para destruir el resto del ejército y que avanzaba á marchas forzadas; á la vista de la señal de batalla dada por el nuevo jefe, recordando los soldados qué generales tenían en otro tiempo, con qué jefes y con qué compañeros estaban acostumbrados á marchar al combate, comenzaron á llorar y á golpearse la frente; unos alzaban las manos al cielo como para acusar á los dioses; otros, tendidos en el suelo, invocaban á su antiguo general. La desolación no la calmaban ni las exhortaciones de los centuriones ni las palabras suaves ó severas de Marcio: «¿Por qué se deshacían en llanto como tímidas mujeres, en vez de aguijonear su valor para defenderse ellos y defender la república y pensar en vengar la muerte de sus generales?» De pronto oyen el sonido de las bocinas y los gritos de los enemigos que se acercaban á los parapetos; la ira sucede en el acto á la desesperación; los romanos, en un acceso de rabia, se precipitan á las puertas y caen sobre los cartagineses que avanzaban negligentemente y en desorden. Aquella brusca salida difunde en el acto el terror en sus filas; sorpréndeles

ver tantos enemigos levantarse inopinadamente contra ellos, después de la pérdida de su ejército casi entero. ¿De dónde proceden tanta audacia y confianza en enemigos vencidos y fugitivos? ¿Qué general había reemplazado á los dos Escipiones muertos? ¿quién mandaba en aquel campamento? ¿quién había dado la señal del combate? Después de estas múltiples preguntas sobre tantas cosas imprevistas, quedan al pronto inciertos y estupefactos y retroceden; atacados en seguida con sumo vigor, vuelven la espalda. Espantosa matanza hubieran hecho los romanos, ó se habrían dejado llevar á una persecución temeraria y peligrosa, si Marcio no se hubiese apresurado á mandar retirada, y, si colocado delante de las enseñas de las primeras filas y reteniendo él mismo algunos soldados, no hubiera puesto término á la pelea y recogido al campamento sus tropas ávidas aún de sangre y de matanza. Los cartagineses, rechazados primeramente lejos de las fortificaciones, viendo que nadie les perseguía, atribuyen á temor la retirada de los romanos y volvieron á su campamento con la lentitud que inspira el desprecio. Igual negligencia tuvieron en guardarlo; porque si bien estaba cerca el enemigo, al fin lo constituían los restos de dos ejércitos destrozados pocos días antes. Informado Marcio de que la negligencia de los cartagineses se extendía á todo, después de reflexionar bien en ello, formó un proyecto que, al pronto, parecía más temerario que atrevido; el de atacarles en sus mismos parapetos; creyendo que le sería más fácil apoderarse del campamento de Asdrúbal solo, que defender el suyo contra los tres ejércitos y los tres generales reunidos de nuevo: además, el éxito de esta empresa restablecería las cosas; y si quedaba rechazado, el ataque que iba á dar demostraría al menos que no era enemigo despreciable.

Sin embargo, para evitar que la sorpresa y el terror

nocturnos hiciesen abortar un propósito que su posición le imponía, creyó necesario arengar y exhortar á los soldados: les reunió, pues, y les habló de esta manera: «Soldados, el cariño que profesaba á nuestros generales durante su vida y que les conservo después de su muerte, así como nuestra situación actual, pueden hacer comprender á todos que si el mando os parece dignidad honrosa para mí, en realidad es carga pesada y fuente de inquietudes. En un tiempo en que, sin el temor que impone silencio á mi pesadumbre, apenas podría dominarme para encontrar algún consuelo á mi dolor, me veo obligado á atender sólo á vuestra conservación, tarea harto difícil en medio de la amargura; y cuando es necesario pensar en los medios de conservar á la patria los restos de dos ejércitos, no me es posible apartar de mi ánimo la continua tristeza que le abruma. Incesantemente me acompaña doloroso recuerdo; día y noche los dos Escipiones me preocupan y privan de descanso; muchas veces también, durante el sueño, me excitan á no dejarles sin venganza, ni tampoco á sus soldados, vuestros antiguos compañeros de armas, que durante ocho años fueron victoriosos en este país, y mucho menos á la república. Mándanme que siga sus principios y sus lecciones; y, puesto que nadie fué más sumiso que yo á sus órdenes, después de su muerte, considero como el partido mejor el que, en cada momento, imagino que habrían adoptado ellos mismos. En cuanto á vosotros, soldados, no debéis tributarles gemidos y lágrimas como si ya no existiesen; sus hazañas les han hecho inmortales; pero cuantas veces surja en vuestra mente su recuerdo, creed que os exhortan al combate, que os dan la señal, y marchad al enemigo. Su imagen sin duda, presente ayer á vuestras miradas y á vuestro pensamiento, os inspiró aquella batalla memorable, en la que enseñasteis al enemigo que el nom-

bre romano no se ha extinguido con los Escipiones, y que un pueblo cuyo valor y firmeza no quedaron agobiados por el desastre de Cannas, puede triunfar de todos los rigores de la fortuna. Si no aconsejándoos más que de vosotros mismos, habéis mostrado tanta audacia, quiero ver ahora de lo que seréis capaces bajo la dirección de vuestro jefe. Ayer, al dar la señal de retirada cuando con tanto ardor perseguíais al enemigo en derrota, no fué mi propósito reprimir vuestra audacia, sino reservarla para ocasión más gloriosa y favorable; por ejemplo, cuando bien preparados podáis sorprender á un enemigo confiado; bien armados, atacarle antes de que pueda tomar sus armas y esté dormido. Esta esperanza, soldados, no la he concebido temerariamente y á la aventura, sino que se funda en seguridades. Si se os pregunta cómo vencidos y en tan corto número habéis podido defender vuestro campamento, responderíais solamente que, en el temor de este ataque, habéis cuidado de fortificaros y habéis permanecido sobre las armas y dispuestos á combatir: eso es lo que debéis hacer. Mas cuando la fortuna liberta á los hombres de todo temor, ya no hay para ellos seguridad, y la negligencia les deja sin apoyo y expuestos á todos los peligros. Por esta razón están muy lejos de sospechar los enemigos que nosotros, antes rodeados y sitiados por ellos, vamos á atacarles en su campamento. Intentemos aquello que no nos creen capaces de intentar; la misma dificultad de la empresa la hará más fácil. A la tercera vigilia de la noche os llevaré en silencio. Me he asegurado de que no tienen vigías ni guardias regulares. El primer grito que os oigan lanzar en sus puertas, el primer choque, os hará dueños del campamento. Entonces, encontrándoles entorpecidos por el sueño, aterrados ante un ataque tan imprevisto y sin defensa en sus lechos, podréis comenzar de nuevo la matanza de

la que, muy á pesar vuestro, os retiré ayer. Sé que estos propósitos parecen audaces, pero en las circunstancias críticas y que dejan poca esperanza, los partidos más aventurados son los más seguros. Por poco que se vacile en aprovechar la ocasión, escapa, desaparece y en vano se trata de recobrarla. No tenemos delante de nosotros más que un ejército; hay otros dos á corta distancia; atacando ahora, tenemos algunas esperanzas, porque ya habéis experimentado vuestras fuerzas y las suyas. Si lo retrasamos un día y propagándose el éxito de nuestra salida de ayer dejan de despreciarnos, es de temer que todos los jefes y todas las tropas de los cartagineses se reunan contra nosotros. ¿Podremos entonces resistir á tres generales, á tres ejércitos cuando no pudo hacerlo Cn. Escipión con todas sus legiones? Si nuestros generales perecieron porque dividieron sus fuerzas, también pueden ser vencidos los enemigos, separados y divididos. No hay otro medio de hacerles la guerra. No esperemos nada después de la ocasión que nos ofrece la misma noche. Id con la protección de los dioses á comer y descansar, para caer sobre el campamento enemigo con tanta fuerza, vigor y brío como desplegasteis para defender el vuestro.» Con regocijo se acogió aquel proyecto nuevo de un nuevo general, que tanto más agradaba á los soldados, cuanto más atrevido era. El resto del día lo emplearon en preparar las armas y en comer; la mayor parte de la noche se dedicó al descanso y á la cuarta vigilia se pusieron en movimiento.

A seis millas del campamento más inmediato se encontraba otro cuerpo de tropas cartaginesas, separándolas profundo valle cubierto de árboles. Con astucia púnica embóscase en medio de la selva una cohorte romana con algunos jinetes, y cortadas de esta manera las comunicaciones, marchó en silencio el resto de las

tropas hacia el campamento inmediato, y no encontrando guardias delante de las puertas, ni centinelas sobre los parapetos, penetraron como en sus propias líneas, sin obstáculo alguno. De pronto suenan las trompas, y los romanos lanzan un grito. Una parte degüella á los enemigos medio dormidos; otra prende fuego á las barracas cubiertas de paja, y algunos se apoderan de las puertas para cortar la retirada. El enemigo, aturdido á la vez por el fuego, los gritos y la matanza, dominado por una especie de locura, no oye ni puede tomar ninguna medida de salvación, cayendo sin armas en medio de cohortes armadas. Unos se precipitan hacia las puertas, y otros, no encontrando salida, se lanzan por encima de los parapetos. Los que consiguen escapar huyen apresuradamente hacia el otro campamento; pero rodeados por la cohorte y por la caballería, que salen de su emboscada, quedan exterminados hasta el último. Aunque hubiese escapado algún cartaginés á la matanza, tan rápidamente pasaron los romanos de un campamento á otro, que nadie hubiese podido llevar antes que ellos la noticia del desastre. Allí, como estaban más lejos del enemigo, y desde el amanecer se habían dispersado muchos soldados para forrajear, merodear ó cortar leña, encontraron mayores descuido y desorden: las armas estaban en las tiendas, los soldados desarmados, tendidos en el suelo ó sentados; otros paseaban delante de los parapetos ó de las puertas. En medio de esta indolencia y tranquilidad fueron sorprendidos y atacados por los romanos, enardecidos todavía por la matanza y orgullosos por su victoria; así fué que no pudieron defender la entrada en el campamento. En el interior acudieron por todas partes á los primeros gritos, al primer tumulto, y trabóse porfiada lucha, que hubiese durado mucho tiempo si la vista de los escudos romanos cubiertos de sangre, señal de otra derrota de los

cartagineses, no hubiese difundido terror en las filas enemigas. El espanto hizo general la derrota, huyendo del campamento á la aventura después de perder muchos de los suyos. Así, pues, en el espacio de una noche y un día, L. Marcio forzó dos campamentos cartagineses. Murieron cerca de treinta y siete mil hombres, según el relato de Claudio, que tradujo del griego al latín los anales de Acilio; mil ochocientos treinta quedaron prisioneros; recogióse inmenso botín, y, entre los despojos, un escudo de plata que pesaba ciento treinta y ocho libras, con la imagen de Asdrúbal Barcino (1). Valerio Antias dice que solamente tomaron el campamento de Magón, en el que mataron siete mil hombres; pero que Asdrúbal salió del suyo; que en el segundo combate le mataron diez mil hombres, cogiéndole cuatro mil trescientos treinta. Según Pisón, enardecido Magón persiguiendo á los romanos, que retrocedían, cayó en una emboscada, en la que perdió cinco mil hombres. Todos estos escritores están conformes en elogiar mucho á Marcio, añadiendo otros prodigios á su gloria real: mientras arengaba, dícese que brotaba de su cabeza una llama, que sin hacerle daño alguno, asustó mucho á los soldados que le rodeaban. Hasta el incendio del Capitolio se conservó en aquel templo como monumento de su victoria sobre los cartagineses un escudo que se llamaba de Marcio; este era el que ostentaba la imagen de Asdrúbal. España gozó por algún tiempo de profunda tranquilidad; porque después de las considerables pérdidas que habían experimentado los dos bandos, temían trabar combate decisivo.

Mientras ocurrían en España estas cosas, Marcelo,

(1) Entre los griegos y otros pueblos de la antigüedad, después de la erección de una estatua, la recompensa más honrosa era un escudo en el que se pintaba ó grababa la imagen de aquel á quien se daba.

que había tomado á Siracusa, después de arreglar los asuntos de la Sicilia con tan buena fe é integridad que al mismo tiempo que aumentaba su gloria realzaban la majestad del pueblo romano, hizo trasladar á Roma, para adornar la ciudad, las estátuas y cuadros en que abundaba Siracusa. Despojos eran en verdad arrebatados al enemigo, según el derecho de la guerra; pero también fué la época en que por primera vez se admiraron las obras del arte griego y en que la avidez impulsó á los romanos á despojar indistintamente los edificios sagrados y profanos, avidez que se extendió hasta los dioses de Roma, y en primer lugar sobre el mismo templo que Marcelo (1) había decorado con tanta magnificencia. En otro tiempo se visitaban los templos dedicados por Marcelo, cerca de la puerta Capena, á causa de las obras maestras de las que solamente quedan vestigios. Marcelo recibió legaciones de casi todas las ciudades de Sicilia, y siendo diferente la causa de cada una, sus destinos lo fueron también. Los pueblos que antes de la toma de Siracusa no habían abandonado á los romanos, ó habían ingresado en su alianza, fueron recibidos y tratados como aliados fieles; aquellos que se rindieron solamente por temor, recibieron como vencidos las leyes del vencedor. Quedaban sin embargo á los romanos en las cercanías de Agrigento, enemigos muy numerosos, encontrándose á su frente Epícides y Hannón, que habían mandado en la campaña anterior, y

(1) Dice Plutarco que Marcelo construyó el templo del Honor y el Valor con los despojos que recogió en Sicilia, y que ofrecido por él en su primer consulado en el combate con los insubrios en Clastidio, lo dedicó su hijo, cerca de la puerta Capena. Dícese que Marcelo ofreció un solo templo, pero que más adelante, por consejo de los pontífices, se elevaron dos que se reunieron para indicar que á los actos de valor corresponden brillantes honores. Por esto se habla unas veces de un templo y otras de dos.

otro jefe que Aníbal había enviado para reemplazar á Hipócrates. Era este un libifenicio, nacido en Hipona, llamado Mutino por sus compatriotas, hombre activo y que había aprendido con Aníbal el arte de la guerra. Epícides y Hannón le dieron el mando de los númidas auxiliares, con los que causó tales estragos en las tierras enemigas, retuvo tan perfectamente á los aliados en el cumplimiento del deber y acudió con tanta oportunidad á socorrerles, que en poco tiempo llenó toda la Sicilia con la fama de su nombre, siendo la esperanza más firme de los que apoyaban á los cartagineses. Así fué que los dos generales, que hasta entonces habían permanecido encerrados en Agrigento, enardecidos por los consejos de Mutino y especialmente por sus triunfos, se atrevieron á salir de la ciudad y marcharon á acampar cerca del río Hinera. Informado Marcelo de su marcha, salió en seguida á campaña y tomó posición á unas cuatro millas del enemigo, con objeto de observar sus movimientos y proyectos. Pero Mutino, sin dejarle tiempo para combinar planes, pasó el río sin vacilar, atacó los puestos avanzados, difundiendo por todas partes el terror y el tumulto. A la mañana siguiente, en combate casi regular, rechazó al enemigo hasta sus fortificaciones. Llamado á su campamento por una sedición de los númidas, de los que unos trescientos se habían retirado á Heraclea Minoa, partió para calmar á los rebeldes y atraerles á las enseñas, recomendando expresamente á sus colegas, según se dice, que no trabasen combate con el enemigo durante su ausencia. Esta recomendación les ofendió á los dos, especialmente á Hannón, celoso desde mucho tiempo de la gloria de su compañero. «¡Mutino, un africano degenerado, dictar leyes á un general cartaginésin vestido de la confianza del Senado y del pueblo!» Epícides vacilaba, pero se decidió á pasar el río y presentar batalla.

Esperar á Mutino era, en caso de triunfo, dejarle toda la gloria.

Marcelo, que arrojó de las murallas de Nolá á Aníbal, orgulloso por su victoria de Cannas, creyendo indigno ceder á enemigos que acababa de vencer por mar y tierra, mandó á sus soldados que empuñasen en seguida las armas y que avanzasen con las enseñas al frente. Mientras formaba su ejército en batalla, diez númidas del ejército enemigo vienen á la carrera para decirle que sus compatriotas, animados de aquel espíritu de revuelta, que hizo que trescientos de ellos se retirasen á Heraclea, y disgustados además al ver que la envidia de los generales había alejado á su jefe precisamente en el momento de la batalla, no tomarán parte en el combate. Aquella pérfida gente cumplió su promesa. El ardor de los romanos aumentó con la noticia, que en el acto se hizo circular de fila en fila, de que el enemigo estaba abandonado por su caballería, que tanta fuerza le daba; los cartagineses, por su parte, se intimidaron al verse privados de la mayor parte de sus fuerzas y su terror aumentó con la sospecha de que los atacasen sus mismos jinetes. Por esta razón no fué largo el combate, decidiéndose la victoria al primer grito, al primer choque. Durante la pelea, los númidas permanecieron quietos en las alas; y al comenzar la derrota de los cartagineses, les acompañaron algún tiempo en su fuga; pero cuando les vieron tomar precipitadamente el camino de Agrigento, temiendo exponerse á un sitio, se repartieron por las ciudades inmediatas. El enemigo perdió muchos miles de hombres entre muertos y prisioneros y ocho elefantes. Este fué el último combate de Marcelo en Sicilia, volviendo inmediatamente á Siracusa. Acercábase el final del año; el Senado de Roma encargó por un decreto al pretor P. Cornelio que escribiese á los cónsules, que se encontraban á la sazón delante

de Capua, que en vista del alejamiento de Aníbal y de las pocas dificultades que ofrecía el sitio, viniese á Roma uno de ellos para la elección de magistrados. Al recibir esta carta, convinieron que marchase Claudio á presidir los comicios y que quedase Fulvio delante de Capua. Claudio nombró cónsules á Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, hijo de Servio, que todavía no había ejercido magistratura curul. Los pretores elegidos en seguida fueron L. Cornelio Léntulo, M. Cornelio Cetego, C. Sulpicio y C. Calpurnio Pisón, quien quedó encargado de administrar justicia en Roma; Sulpicio recibió la Sicilia; Cetego la Apulia, y Léntulo Cerdeña. A los cónsules les prorrogaron el mando por un año.

FIN DEL LIBRO XXV.

LIBRO XXVI.

SUMARIO.

Aníbal acampa á tres millas de Roma: avanza hasta la puerta Capena. La tempestad impide el combate.—Los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio se apoderan de Capua. Decapitación de los senadores campanios.—Nómbrase por unanimidad en los comicios general para España á Escipión, hijo de Publio. A la edad de veinticuatro años se apodera en un día de Cartagena.—Atribúyesele origen divino.—Asuntos de Sicilia.—Alianza con los etolios.—Guerra contra los acarnanios y contra Filipo, rey de Macedonia.

Los cónsules Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, habiendo tomado en los idus de Marzo posesión de su cargo, convocaron al Senado en el Capitolio, con objeto de consultar acerca de los intereses de la república, la dirección de la guerra y la distribución de las provincias y del ejército. Prorrogóse el mando á Q. Fulvio y Ap. Claudio, cónsules del año anterior; dejáronles los ejércitos que habían tenido á sus órdenes, y les excitaron á que no abandonaran el sitio de Capua hasta que lo terminasen. Esta era la empresa que preocupaba más entonces á los romanos, no tanto por el resentimiento más legítimo que jamás existió, como porque la toma de una ciudad tan célebre y poderosa, que había arras-

trado algunos pueblos en su defección, debía inclinar de nuevo los ánimos al respeto por la antigua dominación. Los pretores del año anterior, M. Junio en Etruria y P. Sempronio en la Galia, conservaron sus mandos con dos legiones que les estaban asignadas. M. Marcelo recibió orden de permanecer en Sicilia, en calidad de procónsul, para terminar allí la guerra al frente del ejército que le estaba confiado: si necesitaba refuerzos, podría sacarlos de las legiones que mandaba P. Cornelio, propretor en Sicilia, con tal que no elegiese ningún soldado de los que el Senado no quería ni licenciar ni hacer volver á Italia antes de la terminación de la guerra. C. Sulpicio, á quien tocó la Sicilia, recibió las legiones que había mandado P. Cornelio, y las aumentó con el ejército de Cn. Fulvio, que el año anterior fué vergonzosamente derrotado y puesto en fuga en la Apulia. El Senado había decretado que el servicio de aquellos soldados cobardes, como el de los fugitivos de Cannas, no terminaría sino con la guerra; añadiendo la ignominiosa prohibición para unos y para otros, de invernar en las plazas fuertes, ó de construir cuarteles á menos de diez millas de distancia de cualquier ciudad. Confióse á L. Cornelio el gobierno de la Cerdeña con dos legiones que habían servido bajo Q. Mucio; en cuanto á refuerzos, los cónsules podían disponer levas de los que se necesitasen. Conservóse á T. Otacilio y á M. Valerio el mando de las costas de la Sicilia y de la Grecia con las legiones y las flotas que tenían. Guardaban la Grecia cincuenta naves y una legión: la Sicilia, cien naves y dos legiones. En este año se pusieron en pie de guerra veintitrés legiones romanas para combatir por mar y tierra.

Al principio del año, cuando se trató de las cartas de L. Marcio, sus hazañas parecieron muy brillantes al Senado; pero el título de honor que tomó al escribir

como propretor al Senado, título que no tenía ni por voluntad del pueblo, ni por la autoridad de aquella asamblea, extrañó á muchos ciudadanos. Ejemplo pernicioso era la elección de generales por los ejércitos, la solemnidad de los comicios legítimos pasando á los campamentos y las provincias, lejos de las leyes y de los magistrados y abandonada al capricho de los soldados. Creían algunos que era necesario someter la cuestión al Senado; pero se consideró más conveniente aplazar la deliberación hasta que marchasen los caballeros que habían traído las cartas de Marcio. Convínose en contestar á la petición que hacía de trigo y ropas para el ejército «que el Senado se ocuparía de las dos cosas;» pero se decidió no emplear la fórmula «al propretor L. Marcio,» con objeto de que no considerase como resuelta una cuestión cuyo examen se reservaban. Cuando partieron los caballeros, esto fué lo primero que propusieron los cónsules, y por unanimidad se adoptó la resolución de invitar á los tribunos para que consultasen al pueblo, en el plazo más corto posible, qué general quería enviar á España á mandar el ejército que había servido á las órdenes de Cn. Escipión. Convenido este asunto con los tribunos, se llevó ante el pueblo; pero otro debate preocupaba los ánimos. C. Sempronio Bleso, que había acusado á Cn. Fulvio, á causa de la pérdida del ejército de la Apulia, pronunciaba contra él en las asambleas discursos en los que repetía que «muchos generales por su ceguedad é incapacidad habían llevado ejércitos á la ruina; pero que ninguno, exceptuando Cn. Fulvio, había corrompido sus legiones con toda clase de vicios antes de entregarlas. Así es que podía decirse con verdad que antes de ver al enemigo, ya no existían, y que no las venció Aníbal, sino su propio general. Al votar, no se mostraban bastante severos en la elección de aquellos á quie-

nes se confiaba el mando de los ejércitos. ¡Qué diferencia entre este general y T. Sempronio! Puesto éste al frente de un ejército de esclavos, consiguió muy pronto con la severidad de la disciplina y del mando, que olvidando bajo las armas su estado y su origen, llegasen á ser apoyo de los aliados y terror de los enemigos. De las garras de Aníbal arrancaron á Cumas, Benevento y otras ciudades para devolverlas al pueblo romano. Cn. Fulvio había tenido bajo sus órdenes un ejército de verdaderos romanos, hombres de esclarecido nacimiento y de educación liberal; les había imbuído en vicios de esclavos; por culpa suya se hicieron altaneros y violentos con los aliados, cobardes y sin energía delante del enemigo, y no pudieron resistir el choque, ni siquiera el grito de los cartagineses. No era de extrañar ciertamente que los soldados no hubiesen podido resistir en el campo de batalla, cuando el primero que huyó fué el general; mucho más lo era que muchos de ellos hubiesen muerto con las armas en la mano y que todos no hubiesen participado del terror y la fuga de Cn. Fulvio. Cn. Flaminio, L. Paulo Emilio, L. Postumio, Cn. y P. Escipión prefirieron perecer en la pelea antes que abandonar sus tropas envueltas por todas partes. Cn. Fulvio volvió casi solo á Roma para anunciar la pérdida del ejército. Con repugnante injusticia, las legiones de Cannas, culpables de haber huído del campo de batalla, fueron deportadas á Sicilia, sin poder salir de allí hasta que el enemigo abandone la Italia; reciente decreto había impuesto igual castigo á las legiones de Cn. Fulvio; ¡y la fuga de éste, en un combate temerariamente emprendido por él, quedaría impune! ¡y pasaría su vejez en los parajes de desorden y prostitución donde había disipado su juventud; mientras que soldados cuyo solo delito era haber imitado á su general, serían relegados á una manera de destierro y condenados á un servicio

ignominioso! ¡Tanta diferencia había en Roma entra el libertad del rico y la del pobre, entre la del constituído en dignidad y la del simple ciudadano!»

El acusado atribuía la falta á los soldados: «Sus gritos sediciosos le obligaron á llevarles al combate, no el mismo día que lo exigieron, porque estaba muy avanzado, sino al siguiente, en el que, á pesar de haberles asegurado las ventajas del tiempo y el terreno, no pudieron resistir la fama ó el choque de los enemigos. En aquel desorden, en aquella fuga general, le arrastró la multitud, como á Varrón en la batalla de Cannas y como á otros muchos generales. Si hubiese resistido solo á los enemigos, ¿en qué hubiese remediado su muerte los desastres de la patria? No le sorprendió la escasez de víveres; no se había comprometido temerariamente en posiciones desventajosas, no había caído en emboscadas por no reconocer los parajes; á fuerza abierta, con las armas en la mano y en batalla campal, había sido vencido; no fué dueño ni del valor de los suyos ni de el del enemigo: la audacia ó el valor dependen del carácter de cada uno.» Acusado dos veces, se le condenó á una multa; á la tercera, se adujeron testigos, y como muchos de ellos, atribuyéndole la culpa de todo, afirmaban bajo juramento que el pretor fué quien dió la señal de la fuga y del espanto, y que, abandonados de esta manera los soldados, volvieron la espalda, persuadidos de que el temor de su jefe era muy fundado, poseída de profunda indignación la asamblea, exclamó que era necesario imponer una pena capital. Entonces comenzaron nuevos debates. El tribuno que dos veces había pedido la multa, pidió ahora la pena capital. Otros tribunos á quienes apeló, contestaron: «Que no se oponían á que su colega, usando un derecho consagrado por los antepasados, invocase contra un simple particular las leyes y las costumbres,

hasta hacerle condenar á una pena capital ó á la multa.» Entonces dijo Sempronio: «que pedía contra Cn. Fulvio la pena del crimen de estado,» y pidió á C. Calpurnio, pretor urbano, la convocación de los comicios por centurias. El acusado acarició entonces otra esperanza, pensando en pedir por defensor á su hermano Q. Fulvio, que gozaba entonces de mucha influencia á causa de la fama de sus hazañas y de la esperanza que daba de tomar muy pronto á Capua. Este escribió al Senado cartas suplicatorias, en las que pedía defender á su hermano en aquella acusación capital; pero ante la negativa de los senadores, que creían contrario á los intereses de la república su alejamiento de Capua, Cn. Fulvio, sin esperar el día de los comicios, marchó á Tarquinios y el pueblo confirmó el destierro con su sentencia.

Entretanto, todo el esfuerzo de la guerra se había reconcentrado contra Capua, que más bien estaba bloqueada que sitiada. Los esclavos y la plebe no podían soportar ya el hambre, ni la plaza enviar mensajeros á Aníbal: tan estrechamente bloqueada estaba. Encontróse al fin un númida á quien se entregó una carta bajo promesa de que escaparía, y que, fiel á su compromiso, consiguió durante la noche atravesar las líneas romanas. Esta evasión alentó á los campanios á intentar una salida general mientras les quedaban fuerzas. En los combates de caballería tenían incontestable ventaja, pero su infantería quedaba derrotada. Sin embargo, los romanos experimentaban menos alegría por sus triunfos que tristeza por sus descalabros causados por un enemigo sitiado y casi en su poder. El arte vino al fin á suplir la fuerza que faltaba á la caballería; en todas las legiones se eligieron los jóvenes más ágiles y vigorosos; diéronles escudos más cortos que los de los jinetes, y siete venablos de cuatro pies de largos y ter-

minados con un hierro como el de los que usaban los vélites. Los jinetes tomaron á cada uno de ellos á la grupa y les acostumbraron á mantenerse á su espalda y á lanzarse al suelo á la primera señal. Cuando después de diarios ejercicios se encontraron bastante adriestrados, avanzaron por la llanura que se extendía entre el campamento y las murallas contra la caballería campania, formada en batalla. Cuando llegaron al alcance de los venablos, lánzanse á tierra los vélites, y convertidos repentinamente de jinetes en infantes, se lanzan sobre las turmas enemigas arrojando vigorosamente sus venablos uno tras otro, con los que hirieron considerable número de jinetes y caballos; pero la novedad de aquella maniobra y la sorpresa fueron la causa principal del terror del enemigo. La caballería romana, precipitándose sobre la campania, sobrecogida ya de espanto, hizo muchos estragos en ella, persiguiéndola hasta las puertas de la ciudad. Desde entonces las fuerzas romanas tuvieron también la superioridad en la caballería, y los vélites quedaron en adelante agregados á las legiones. Dícese que fué autor de esta reforma un centurión llamado Q. Navio, y que le fué muy honrosa ante el general.

Tal era la situación de los asuntos alrededor de Capua: Aníbal vacilaba entre el deseo de apoderarse de la ciudadela de Tarento y el de conservar Capua: decidióse sin embargo por esta ciudad, sobre la que veía fijas todas las miradas de los aliados y los enemigos y que debía servir de ejemplo, cualquiera que fuese el resultado de aquella defección. Dejó, pues, en el Brucio considerable parte de sus bagajes y todos los soldados pesadamente armados; se puso al frente de aquellos infantes y jinetes que consideró más á propósito para una marcha forzada y se dirigió á la Campania; á pesar de la precipitación, se hizo seguir por treinta y tres

elefantes. Detúvose en lo profundo de un valle, detrás del monte Tifato, que domina á Capua; y habiendo tomado por fuerza, á su llegada, la fortaleza de Galacia y arrojado la guarnición, volvió sus fuerzas contra los sitiadores. Por medio de mensajeros había prevenido á los sitiados el momento en que comenzaría el ataque, con objeto de que se preparasen por su parte para hacer simultáneamente una salida general. Esta maniobra produjo mucho espanto á los romanos; porque mientras Aníbal les estrecha en un punto, todos los campanios, infantes y jinetes, y con ellos la guarnición cartaginesa mandada por Hannón y Bostar, caen sobre ellos en otro punto. En esta repentina alarma, los romanos, para no dejar sin defensa una parte de su campamento mientras protegían la otra, dividieron también sus tropas: Apio Claudio sostuvo el ataque de los campanios y Fulvio el de Aníbal. El propretor C. Nerón, con la caballería de la sexta legión, marchó por el camino de Suesula: el legado C. Fulvio Flaco, al frente de la caballería auxiliar, delante del Vulturno. La batalla comenzó en medio de los gritos y tumulto acostumbrados; pero además del estrépito de los guerreros, caballos y armas, la multitud, inútil para el combate, que coronaba las murallas, hizo resonar clamores y el choque de vasos de bronce, como ordinariamente se hace en los eclipses de luna, en medio del silencio de la noche, y tal fué el fragor, que llamó la atención hasta de los combatientes. Apio rechazaba fácilmente á los campanios; Fulvio peleaba con fuerzas mayores, viéndose estrechado por Aníbal y los cartagineses. La sexta legión perdió allí terreno, y fué rechazada por una cohorte española que, con tres elefantes, penetró hasta las fortificaciones; ya había perforado el centro y corría por tanto probabilidad favorable ó peligrosa, pudiendo forzar el campamento romano ó verse cortada. Viendo Fulvio el des-

orden de la legión y el peligro que amenza al campamento, exhorta á Q. Navio y á los otros centuriones principales «á que ataquen á la cohorte enemiga que combate al pie de las empalizadas; la posición es muy crítica; ó hay que dejar el camino libre á los españoles, que penetran en el campamento con más facilidad que han penetrado á través de las apretadas filas romanas, ó hay que exterminarlos en los parapetos. No era esto por manera difícil, porque los españoles eran pocos y estaban separados de los suyos; y la misma legión, que por haberse alarmado, parecía cortada, solamente tenía que hacer frente por los dos lados al enemigo para cambiar la suerte del combate y envolverlo.» Al oir estas palabras del general, Navio arrebata á un signífero la enseña del segundo manípulo de hastatos y amenaza arrojarla á las filas enemigas si los soldados no le siguen en el acto y entran en combate. La estatura de Navio era notable, realzándola la brillantez de sus armas; esto y la enseña que tenía levantada, llamó la atención de los romanos y de los enemigos. Así fué que en cuanto llegó á la primera fila de los españoles, le lanzaron multitud de venablos, volviéndose contra él la cohorte casi entera; pero ni la multitud de enemigos ni la nube de venablos pudieron detener la impetuosidad de aquel guerrero.

En el mismo momento, el legado M. Atilio obliga al signífero del primer manípulo de la misma legión á llevar la enseña en medio de la cohorte española. Por su parte, los legados guardianes del campamento, L. Porcio Licinio y T. Popilio, combaten valerosamente delante de las empalizadas y matan los elefantes en las mismas puertas que querían atravesar. Llenando el Foro los cuerpos de aquellos animales, forman como terraplén ó puente que da paso á los enemigos; y allí sobre los cadáveres de los elefantes se libra sangriento

combate. En la otra parte del campamento estaban ya rechazados los campanios y la guarnición cartaginesa, peleándose cerca de la puerta misma de Capua que da al Vulturno: los romanos tuvieron que resistir menos á los enemigos armados que á las balistas y escorpiones colocados sobre las murallas, y que, alcanzando muy lejos, rechazaban á los sitiadores. Además una herida del general Ap. Claudio contuvo su ardor. En el momento en que exhortaba á los suyos delante de las enseñas, le alcanzó un venablo en el pecho, por debajo del hombro izquierdo. Sin embargo, considerable número de enemigos fueron exterminados delante de la puerta, siendo los demás arrojados en desorden á la misma ciudad. Aníbal, después de ver el exterminio de la cohorte española y la encarnizada defensa del campamento romano, renunciando á forzarlo, mandó retirar las enseñas y la infantería, siguiendo la caballería como retaguardia para impedir que le hostigase el enemigo. Las legiones ardían en deseos de perseguir á los cartagineses; pero Flaco mandó tocar retirada, contentándose con la doble ventaja que había obtenido, demostrando á los campanios que no les serviría de mucho Aníbal y haciéndolo comprender así á este mismo. Los historiadores que hablan de esta batalla dicen que en aquella jornada murieron ocho mil hombres del ejército de Aníbal y tres mil del de los campanios; que arrebataron quince enseñas á los cartagineses y diez ocho á los campanios. Otros escritores no dan tanta importancia al combate y pretenden que hubo en él más terror que matanza. Estos dicen que los númidas y los españoles cayeron de pronto con sus elefantes sobre el campamento romano. Corriendo aquí y allá aquellos animales, derribaron estrepitosamente las tiendas y pusieron en fuga las bestias de carga, que rompían los ronzales: añaden que una astucia de Aníbal aumentó el desor-

den; que sus exploradores, que hablaban la lengua latina, daban orden á los soldados en nombre de los cónsules para que se refugiasen apresuradamente en las montañas inmediatas, porque el campamento no podía resistir más; pero que descubierto muy pronto el artificio, terminó con extraordinaria matanza de enemigos y que el fuego apartó del campamento á los elefantes. Pero cualesquiera que fuesen el origen y término de este combate, fué el último que se libró antes de la rendición de Capua. El Medixtútico, que es el magistrado supremo de los campanios, era aquel año un tal Sepio Lesio, de obscuro nacimiento y mediano caudal. En su infancia, estando celebrando su madre un sacrificio para conjurar un presagio de familia, dijo el arúspice que algún día llegaría á la primera dignidad de Capua. No viendo aquella mujer fundamento alguno para tal esperanza, contestó: «Presagias á los campanios una situación desesperada, si mi hijo ha de elevarse á tanto honor.» Esta burla de un vaticinio que había de verificarse quedó justificada también por los hechos. En efecto, cuando el hierro y el hambre estrechaban á Capua; cuando no quedaba esperanza y aquellos á quienes su nacimiento llamaba á las dignidades, declinaban el honor, Lesio, á fuerza de censurar á los ciudadanos principales porque desertaban y hacían traición á Capua, obtuvo la magistratura suprema, siendo el último campanio que la ejerció.

Reconociendo Aníbal la imposibilidad de atraer á los romanos á otro combate, y de abrirse paso á Capua á través de su campamento; temiendo además que los nuevos cónsules le cortasen los víveres, resolvió abandonar una empresa inútil y levantar el campamento. Mientras meditaba hacia qué punto se dirigiría, repentina reflexión le hizo marchar sobre el mismo foco de la guerra, sobre Roma. Censurábanle haber dejado es-

capar, después de la batalla de Cannas, una ocasión ardientemente deseada, y él mismo no ocultaba su falta. «A favor de un ataque imprevisto y del terror que causaría, podía esperar apoderarse de alguna parte de la ciudad; y si Roma estaba en peligro, los dos generales romanos, ó al menos uno de ellos, abandonarían en seguida á Capua; la división de sus tropas les debilitaría á los dos y le proporcionarían á él ó á los campanios ocasión de derrotarlos.» Un solo cuidado le inquietaba; su marcha podía ser la señal de la rendición de Capua. A fuerza de regalos decidió á un númida á atreverse á todo, á encargarse de una carta, á entrar como desertor en el campamento romano y á penetrar en seguida secretamente en la ciudad. La carta era muy animadora: «Su retirada, exigida por la salvación misma de los capuanos, debía obligar á los generales romanos y á sus ejércitos á marchar á la defensa de Roma y abandonar el sitio de Capua. Si no perdían el valor, si resistían algunos días más, la ciudad se vería enteramente libre del bloqueo.» En seguida se apoderó de las naves que se encontraban en el Vulturno y las hizo remontar hasta el fuerte que había mandado construir para defender aquella posición. Viendo que había bastantes para que pasasen sus tropas en una noche, mandó preparar víveres para diez días, y durante la noche llevó las legiones á la orilla del río, que atravesó antes de amanecer.

Antes de ejecutar este proyecto, los desertores enteraron de él á Fulvio Flaco, que escribió al Senado romano, y la noticia afectó á cada uno según su carácter. Lo crítico de la situación hizo que se convocase en seguida al Senado. P. Cornelio, denominado Asina, quería que se llamase de toda Italia á todos los jefes y todos los ejércitos; que se prescindiese de Capua y de todas las demás empresas para defender á Roma. Fabio Máximo contestó: «que levantar el sitio de Capua, tem-

blar tanto al menor movimiento de Aníbal y preocuparse de aquella manera por sus marchas y contramarchas, le parecía vergonzoso. El vencedor de Cannas no se atrevió á marchar sobre Roma; rechazado hoy delante de Capua, ¿habría concebido la esperanza de apoderarse de ella? No, no venía á poner sitio á Roma, sino que quería libertar á Capua. Roma debía encontrar defensores en el ejército que tenía en su recinto, en Júpiter, testigo de los tratados violados por Aníbal, y en los demás dioses.» Siguiendo el término medio entre estas opuestas opiniones, venció la de P. Valerio Flaco, que conciliaba todos los intereses. Este propuso «que se escribiera á los generales que se encontraban delante de Capua y les enterasen de las fuerzas que tenía Roma para su defensa; ellos sabían con cuántas tropas marchaba Aníbal y cuántas necesitaban para continuar el sitio. Si uno de los jefes podía separarse con parte de las legiones, dejando á su colega delante de Capua con fuerzas suficientes para reducirla, Claudio y Fulvio debían decidir juntos cuál de los dos había de continuar el sitio y cuál acudir á Roma para proteger la patria.» A la recepción de este senatus-consulto, el cónsul Fulvio, á quien la herida de su compañero obligaba á marchar á Roma, eligió en los tres ejércitos quince mil infantes y mil jinetes y les hizo pasar el Vulturno. Seguro allí de que Aníbal avanzaría por la vía Latina, tomó la vía Apia y envió mensajeros á las ciudades municipales inmediatas al camino, como Setia, Cora y Lanuvio, para que tuviesen víveres preparados y los hiciesen trasladar al camino desde los campos vecinos; además, cada ciudad debía reunir fuerzas para defenderse por sí misma.

El mismo día en que Aníbal cruzó el Vulturno, acampó cerca del río. Al siguiente, pasando delante de Cales, marchó al territorio de Sidicino; detúvose allí un día

entero para talar los campos, y prosiguió la marcha por la vía Latina, por el territorio de Suesula, de Alifano y de Casino. Dos días permaneció bajo las murallas de esta ciudad y taló los campos inmediatos. Desde allí, pasando cerca de Interamna y Aquino, llegó á las llanuras de Fregelas, sobre las orillas del río Liris, donde encontró roto por los fregelanos el puente con objeto de retrasar su marcha. A Fulvio le detuvo primeramente el Vulturno, habiendo quemado las naves Aníbal, y siendo muy difícil por la escasez de maderas la construcción de almadías. Cuando el ejército hubo pasado sobre pontones, Fulvio continuó la marcha sin obstáculos, encontrando abundantes víveres, tanto en las ciudades como en el camino. Poseídos de ardor los soldados se exhortaban mutuamente á redoblar el paso, recordando que marchaban á la defensa de la patria. Un mensajero de Fregelas, que había caminado sin descansar noche y día, difundió profunda alarma en Roma. La afluencia de los habitantes de los campos, cuyos relatos añadían la mentira á la verdad, habían agitado toda la ciudad; no solamente resonaban en las casas los gemidos de las mujeres, sino que las señoras más distinguidas, arrostrando todas las miradas, corrían en grupos á los templos; y con el cabello suelto, arrodilladas ante los altares, elevadas las manos á los dioses, suplicaban que arrancasen á Roma de las manos de los enemigos, que salvasen el honor y la vida de las madres romanas y de sus tiernos hijos. El Senado se reunió en el Foro, dispuesto á ayudar á los magistrados en sus decretos. Unos reciben órdenes y corren adonde les llama su cargo; otros acuden espontáneamente á ofrecer sus servicios; colócanse tropas en la fortaleza, en el Capitolio, en los baluartes, alrededor de la ciudad, en el monte Albano y en el fuerte de Esula. En medio de este tumulto se sabe que el procónsul Q. Fulvio ha partido de

Capua con su ejército. Para que no disminuyese su autoridad (1) á su entrada en Roma, decretó el Senado que su autoridad sería igual á la de los cónsules. Aníbal, vengándose de la ruptura del puente con la devastación completa del territorio de Fregelas, atravesó las llanuras de Frusina, de Ferencia y de Anagnia y llegó al Lavico. Desde allí, tomando por el monte Algido, presentóse delante de Túsculum, cuyas puertas le cerraron; pasó más abajo de esta ciudad, giró á la derecha y descendió á Galias. En seguida avanzó sobre Pupina y fué á acampar á ocho millas de Roma. Cuanto más se acercaba el enemigo, más espantosa era la matanza que hacían de los fugitivos los númidas que formaban la vanguardia; haciendo también muchos prisioneros de todo sexo y edad.

En medio de esta conmoción, entró en Roma Fulvio Flaco con su ejército por la puerta Capena y atravesó el barrio de las Carinas (2) y de las Esquilias, marchando en seguida á acampar entre las puertas Esquilina y Colina. Los ediles plebeyos le suministraron víveres; los cónsules y el Senado se trasladaron al campamento, y allí deliberaron acerca de las extraordinarias necesidades de la república. Decidióse que los cónsules acamparían entre las puertas Colina y Esquilina; que C. Calpurnio, pretor urbano, tomaría el mando del Capitolio y la fortaleza, y que el Senado permanecería reunido en el Foro, con objeto de poder resolver en los asuntos imprevistos. Entretanto, Aníbal había establecido su campamento en las orillas del Anio, á tres

(1) Los magistrados que ejercían su autoridad fuera de la ciudad, la perdían cuando regresaban de su provincia con ejército ó sin él, desde el momento en que entraban en la ciudad ó transmitían sus facultades á su sucesor.

(2) Las Carinas formaban casi la tercera región de Roma entre las Esquilias y el monte Celio.

millas de Roma. Desde allí avanzó en persona al frente de dos mil jinetes, por el lado de la puerta Colina, hasta el templo de Hércules; y acercándose á caballo todo lo posible, examinó las fortificaciones y posición de la ciudad. Por vergüenza tuvo Flaco dejarle realizar impunemente aquella bravata, y envió algunas turmas con orden de rechazar hasta sus líneas á la caballería enemiga. Ya estaba trabado el combate cuando los cónsules mandaron á los desertores númidas, que en número de mil doscientos ocupaban el monte Aventino, que cruzasen la ciudad y ganasen las Esquilias, juzgando que no había tropas más á propósito para pelear en medio de los valles, jardines, tumbas y caminos hondos de que estaba lleno aquel barrio. Muchos romanos, viéndoles desde la fortaleza y el Capitolio bajar á caballo por la calle Publicia, gritaron que el Aventino estaba tomado. Estas palabras dieron lugar á tal desorden entre los que huían, que toda aquella espantada multitud se habría lanzado fuera de las murallas, si los cartagineses no hubiesen estado acampados á las puertas mismas de Roma. Entonces se refugió cada cual en su casa, sobre los techos, y abrumaban con piedras y venablos como á otros tantos enemigos á sus mismos conciudadanos errantes aquí y allá por las calles. Imposible era poner término al tumulto y hacer reconocer el error, estando los caminos llenos de campesinos y de animales arrojados hacia la ciudad por repentino terror. Los romanos vencieron en el combate de caballería y los cartagineses quedaron rechazados. Como era necesario reprimir los tumultos que estallaban sin motivo en muchos puntos, decidióse devolver la autoridad á todos los que habían sido dictadores, cónsules ó censores, para que la ejerciesen hasta la retirada del enemigo. En el resto del día y la noche siguiente hubo también muchas alarmas, que fueron disipadas.

A la mañana siguiente, habiendo cruzado el Anio, presentó Aníbal sus tropas formadas en batalla; Flaco y los cónsules aceptaron el combate. Frente á frente los ejércitos iban á librar una batalla cuyo premio hubiese sido Roma, cuando lluvia torrencial mezclada de granizo puso tal desorden en los dos bandos, que, pudiendo apenas mantener las armas, se retiraron á sus campamentos, sin haber cedido el campo por miedo unos ni otros. A la mañana siguiente los ejércitos avanzaron en batalla al mismo punto, separándoles igual tempestad; y en cuanto entraron en sus campamentos, restablecióse instantáneamente el buen tiempo. Los cartagineses atribuyeron el prodigio á los dioses, y se oyó exclamar á Aníbal: «Que los dioses le negaban unas veces la voluntad y otras la facultad de apoderarse de la ciudad de Roma.» Otras dos circunstancias, una grave y otra ligera, disminuyeron también su esperanza. La primera, muy importante, fué la noticia que recibió Aníbal en el momento mismo en que acampaba bajo las murallas de Roma, que partían soldados romanos, con las enseñas al frente, para reforzar el ejército de España: la segunda tenía menos gravedad; supo por un prisionero que había sido vendido el terreno en que acampaba, sin que esta circunstancia hubiese disminuído su precio. Tanto le indignó el orgullo que revelaba el hecho de haber encontrado comprador en Roma el terreno de que la guerra le había hecho dueño, que, llamando en seguida á un pregonero, le mandó que anunciase la subasta de las joyerías que estaban entonces alrededor del Foro romano. Impulsado al fin por todas estas cosas, llevó su campamento á las orillas del río Tucia, á seis millas de Roma, dirigiéndose en seguida al bosque sagrado de Feronia, donde se encontraba un templo célebre entonces por su riqueza. Los capenatos, antiguos habitantes de aquellos parajes, llevando como

ofrendas las primicias de los frutos de la tierra y otros presentes, habían acumulado allí mucho oro y plata. Aníbal despojó el templo de sus tesoros; y después de su marcha, se encontraron trozos de bronce, restos que, por temor religioso, abandonaron los soldados. Todos los escritores están de acuerdo acerca del despojo del templo. Según Celio, Aníbal, marchando sobre Roma, se separó de Ereto, para llegar allí, siguió su camino por Reata, Cutilia y Amiterno, pasó de la Campania al Samnio y de aquí al territorio de los pelignos. Dejando á su lado la ciudad de Sulmona en el territorio de los marrucinos, atravesó el de Alba entre los marsos, llegando en seguida á Amiterno y al pueblo de Fúrulos. En esto no hay error; las huellas de un ejército tan numeroso no podían confundirse en el recuerdo habiendo pasado tan poco tiempo; y es efectivamente cierto que Aníbal siguió este camino: lo único que queda por averiguar es, si fué al marchar á Roma ó al regresar á la Campania.

Por lo demás, los romanos mostraron más obstinación en estrechar el sitio de Capua que Aníbal en defenderla; porque pasó de la Lucania al Brucio, marchando hacia el estrecho y Reggio con tal rapidez, que su inesperada presencia estuvo á punto de sorprender á los habitantes. Aunque durante todo este tiempo continuó el sitio con mucho vigor, Capua sin embargo conoció el regreso de Flaco, y extrañó mucho no ver á Aníbal llegar al mismo tiempo que él. Los habitantes se enteraron en seguida de que estaban abandonados, entregados á sí mismos, y que los cartagineses habían perdido la esperanza de conservar Capua. A esta noticia se unió un edicto del procónsul, publicado por un senatus-consulto y difundido entre los enemigos. Este edicto decía: «Que todo ciudadano de Capua que, antes de un día señalado, pasase al campamento romano,

quedaría seguro.» Nadie fué, no tanto por deber como por temor; porque sabían que su defección les había llevado á tales excesos que no podían perdonarles. Pero si el interés personal no impulsaba á ningún particular á entregarse al enemigo, tampoco se tomaba ninguna medida de salvación pública. La nobleza abandonaba completamente el cuidado de los negocios y se negaba á reunirse en Senado. La suprema magistratura estaba en manos de un hombre que, lejos de realzarla, por su baja estofa la había quitado toda su fuerza y dignidad. En el Foro, en los parajes públicos, no se veía ni un ciudadano notable: encerrados en sus casas, esperaban diariamente la ruina de su patria, señal de su pérdida. Todo el cuidado de los negocios gravitaba sobre Bostar y Hannón, jefes de la guarnición cartaginesa; pero atendiendo más á su propio peligro que al de sus aliados, escribieron á Aníbal en términos, no solamente libres, sino ásperos, reconviniéndole «por no haber entregado solamente Capua á los romanos, sino por haberles hecho traición y expuesto á todas las torturas, tanto á ellos como á la guarnición: habíase retirado al Brucio, como para no ser testigo de la captura de su ciudad, mientras que ni por el mismo sitio de Roma había conseguido separar á los romanos del de Capua; tanto más constante era el odio romano que la amistad cartaginesa. Si regresaba á Capua, si reconcentraba en este punto todo el vigor de la guerra, estarían preparados, así como los campanios, para hacer una salida. No habían pasado los Alpes para hacer la guerra á Reggio y á Tarento; donde estaban las legiones romanas, allí debía estar también el ejército cartaginés. De esta manera habían vencido en Cannas, y en el Trasimeno, buscando al enemigo, acampando cerca de él y no cesando de probar fortuna.» Las cartas escritas en este sentido las entregaron á númidas que, por una recom-

pensa, ofrecieron sus servicios. Estos llegaron, como desertores, al campamento de Flaco, con objeto de fugarse en momento oportuno. El hambre, que desde mucho tiempo desolaba á Capua, no hacía inverosímil el motivo de aquella deserción, pero una campania, amante de uno de los desertores, llegó repentinamente al campamento y declara al general romano que los númidas, á favor de aquella deserción, llevan cartas para Aníbal; uno de ellos se lo ha manifestado y está dispuesta á demostrarlo. Careado con ella el desertor, mostró al pronto bastante tranquilidad y fingió no conocerla; pero cediendo poco á poco á la fuerza de la verdad y al temor del tormento con que le amenazan y que preparan, confiesa el hecho, entrega las cartas y añade á la declaración algo que todavía se ignoraba, esto es, que otros númidas vagaban como desertores por el campamento romano. Cogiéronse más de setenta, á los que azotaron juntamente con los modernos desertores; cortáronles las manos y les hicieron volver á Capua. La vista de aquel espantoso suplicio abatió el valor de los campanios.

Marchando al palacio el pueblo en tropel, obligó á Lesio á reunir el Senado; amenazaron públicamente á los senadores principales, si no acudían al consejo, al que desde mucho tiempo no asistían, con buscarles hasta en sus casas y arrastrarles por fuerza en las calles. Esta amenaza rodeó á Lesio de Senado bastante numeroso; todos opinaban enviar legados á los generales romanos, cuando Vibio Virrio, cuyos consejos decidieron la sublevación contra Roma, preguntado á su vez, sostuvo primeramente «que los que hablan de embajada, de paz, de sumisión, han olvidado lo qué habrían hecho ellos mismos á tener á los romanos en su poder y lo que debían esperar. ¡Cómo! añade, ¿creéis que entregándonos hoy, se nos tratará como en los tiempos en que, para

obtener su auxilio contra los samnitas, les entregamos nuestras personas y nuestros bienes? ¿Habéis olvidado ya en qué época y en qué circunstancias renunciamos á la alianza de los romanos? ¿que en nuestra revuelta, en vez de expulsar su guarnición, la exterminamos entre tormentos y ultrajes? ¿cuántas veces y con cuánto encarnizamiento nos hemos arrojado sobre ellos durante el sitio, hemos atacado su campamento y llamado á Aníbal para exterminarles? ¿cómo, en fin, le hemos instado recientemente para que abandone este país y vaya á sitiar á Roma? Recordad también con cuánta animosidad han obrado contra nosotros, y por este hecho calculad lo que podéis esperar.

Cuando tenían en Italia un enemigo extranjero y este enemigo era Aníbal; cuando la guerra lo había incendiado todo en su imperio, olvidando á todos sus enemigos, olvidando al mismo Aníbal, enviaron al sitio de Capua á los dos cónsules y los dos ejércitos consulares. Desde hace dos años nos tienen rodeados y encerrados en nuestras murallas, donde nos consumen por medio del hambre, expuestos, como nosotros, á los mayores peligros y soportando extraordinarias fatigas, frecuentemente acuchillados alrededor de sus parapetos y de sus fosos, y últimamente casi forzados en su mismo campamento. Pero omitiré esto; porque nada es tan natural como soportar fatigas y peligros en el asedio de una ciudad enemiga; ved una señal de resentimiento y odio implacable: con numerosas fuerzas de caballería é infantería vino Aníbal á atacar su campamento y se apoderó de parte de él; peligro tan inminente no les hizo interrumpir el sitio. Pasó el Vulturno y prendió fuego á todo el territorio de Cales; este horrible desastre de sus aliados no les hizo acudir á socorrerles. Llevó sus armas contra la misma Roma, y han despreciado esta amenazadora tempestad. Atravesó el Anio

y acampó á tres millas de la ciudad; acercóse á sus murallas y sus puertas; les hizo ver que iba á apoderarse de Roma si no abandonaban á Capua; no se han retirado. Hasta las bestias salvajes en sus accesos más violentos de furor, si ven que avanzan hacia su guarida y sus cachorros, todo lo abandonan por defenderlos. No sucede así con los romanos; ni Roma amenazada, ni sus esposas, ni sus hijos, cuyos dolientes gritos casi se oían aquí, ni sus altares, ni sus hogares, ni los templos de sus dioses, ni los sepulcros de sus mayores profanados y destruídos, nada ha podido separarles de Capua; ¡tan ávidos están de venganza, tan sedientos de nuestra sangre! Y quizá tienen razón, porque nosotros hubiésemos hecho lo mismo de favorecernos la fortuna. Mas ya que los dioses inmortales lo han dispuesto de otro modo, y que no debo ni rechazar siquiera la muerte, puedo al menos, mientras me encuentre libre y dueño de mí mismo, evitar por medio de una muerte tan suave como honrosa los tormentos y ultrajes que me reserva el enemigo. No veré á Ap. Claudio y á L. Fulvio orgullosos con su insolente victoria; no me veré cargado de cadenas, llevado por las calles de Roma, sirviendo de ornamento á su triunfo, para ser lanzado en seguida á un calabozo, ó atado á un poste, desgarrado á azotes y tendiendo después mi cuello al hacha romana; no veré la ruina y el incendio de mi patria, ni la deshonra y oprobio de nuestras esposas, de nuestras hijas y de nuestra nobleza joven. Alba, la cuna de Roma, la destruyeron los romanos, para que no quedase rastro alguno ni recuerdo de su origen; después de este ejemplo, ¿puedo creer que perdonarán á Capua, que les es más odiosa que Cartago? Aquellos de vosotros que quieran ceder al destino antes que presenciar tan horribles males, encontrarán hoy en mi casa un festín preparado para ellos. Cuando estemos repletos de vino y manjares, una

copa que me presentarán primeramente, pasará en derredor. Esa bebida arrancará nuestros cuerpos á los suplicios, nuestro honor á la afrenta, nuestros ojos y nuestros oídos á la necesidad de ver y oir todos los horrores, todas las indignidades que están reservadas á los vencidos. Habrá gentes dispuestas para arrojar en vasta pira, encendida en el patio de mi casa, nuestros cuerpos inanimados. Este es el único camino que nos queda para morir con honor y como hombres libres. Nuestros mismos enemigos admirarán nuestro valor y Aníbal sabrá á qué aliados abandonó é hizo traición.»

Con asentimiento oyeron la mayor parte de los senadores esta oración de Virrio; pero no tuvieron valor todos para ejecutar lo que aprobaban. La mayor parte no desesperaban de la clemencia del pueblo romano, experimentada ya en muchas guerras: hicieron, pues, triunfar la opinión de rendirse y enviaron legados á los cónsules para entregar Capua. Unos veintisiete senadores siguieron á Vibio Virrio, y se sentaron con él á la mesa en su casa. Después de perder en la embriaguez la conciencia de la desgracia que les amenazaba, bebieron todos el veneno preparado; en seguida, levantándose de la mesa, se dieron la mano y el último beso, derramando lágrimas por su suerte y la de la patria. Unos quedaron allí para que los quemaran en la misma pira, otros se retiraron á sus casas. El exceso de comida y bebida retardó el momento de la muerte debilitando el efecto del veneno, por lo que la mayor parte de ellos vivieron toda la noche y parte de la mañana siguiente; sin embargo, todos expiraron antes de que se abriesen al enemigo las puertas de Capua. Por la mañana abrióse, por orden del procónsul, la puerta de Júpiter, que estaba enfrente del campamento romano; por allí entró una legión y dos turmas de tropas auxiliares bajo el mando del legado C. Fulvio, quien en cuanto se

nizo entregar cuantas armas había en la ciudad, y colocó guardias en todas las puertas, para impedir que pudiese salir ó escapar alguno, se apoderó de la guarnición cartaginesa y dispuso que el Senado se trasladase al campamento, ante los generales romanos. Así que llegaron, les encadenaron á todos y les mandaron declarar á los cuestores cuánto oro y plata tenían. El oro ascendió á setenta libras y la plata á tres mil doscientas. En seguida enviaron como prisioneros á Cales veinticinco senadores y á Teano veintiocho; estos eran los conocidos como autores principales de la defección.

No estaban de acuerdo Fulvio y Claudio acerca del suplicio que habían de aplicar á los senadores campanios. Claudio se inclinaba á perdonar y Fulvio á las medidas de rigor. Apio dejaba el asunto íntegro á la decisión del Senado romano; pareciéndole justo dar tiempo á los senadores para que investigasen si los campanios habían estado de acuerdo con algunos aliados del nombre latino y las ciudades municipales, y si en aquella guerra les habían ayudado con sus socorros. Fulvio decía por el contrario: «es indispensable no inquietar con infundadas sospechas los ánimos de fieles aliados y hacer depender su suerte de las declaraciones de hombres que nunca habían pesado sus actos ni sus palabras. Estaba por consiguiente decidido á suprimir y ahogar aquellas informaciones.» Habiéndose separado después de estas palabras, Apio, á pesar del tono amenazador de su colega, no dudaba que esperaría cartas de Roma en aquel asunto tan grave; pero no queriendo Fulvio que aquel obstáculo impidiese la realización de sus propósitos, sale del pretorio y manda á los tribunos de los soldados y jefes de los aliados que dispongan estén preparados para la tercera vigilia de la noche dos mil jinetes escogidos. Partiendo al frente de aquel destacamento entró en Teano al amanecer, marchando

en seguida al Foro, adonde la llegada de la caballería había atraído á la gente. Llama allí al magistrado supremo y le manda presentar á los campanios entregados á su custodia. Preséntanse todos y son azotados y decapitados. Desde allí corre Fulvio á toda brida á Cales; y ya estaba sentado en su tribunal, atados á los postes los campanios que le habían entregado, cuando llegó apresuradamente un mensajero de Roma entregándole una carta del pretor C. Calpurnio y un senatus-consulto. Al pie del tribunal y por toda la asamblea corre el rumor que es una orden para entregar al Senado el asunto de los campanios. Fulvio, que lo sospechaba también, coge la carta, se la guarda en el pecho sin abrirla, y dice al pregonero mande al lictor cumplir con la ley. De esta manera los presos de Cales perecen como los de Teano. En seguida lee Fulvio la carta y el senatus-consulto, demasiado tarde para detener aquella ejecución que había precipitado para que nada pudiese impedirla. Levantábase de su tribunal Fulvio, cuando el campanio Taurea Jubelio, separando la multitud en medio de la ciudad, le llama por su nombre. Asombrado Flaco, vuelve á sentarse para enterarse de quién le apostrofa de aquella manera. «Manda, le grita entonces Jubelio, que me maten también, á fin de que puedas gloriarte de haber hecho perecer á un hombre mucho más valiente que tú.» Fulvio contestó «que aquel hombre está loco sin duda; y además que un senatus-consulto le prohibe sentenciarle á muerte aunque quisiera.» «Pues bien, replicó Jubelio: puesto que después de haber visto entregar mi patria y perecer mis parientes y amigos; después de haber dado muerte con mi propia mano á mi esposa y á mis hijos para librarles de indignos ultrajes, no se me permite morir como mis conciudadanos á quienes acaban de decapitar, mi valor me librará de esta odiosa existencia.» Diciendo

esto, saca un puñal que llevaba oculto bajo la toga, se lo clava en el corazón y cae moribundo á los pies del general.

Como las disposiciones relativas á los suplicios de los campanios y la mayor parte de las que siguieron al sitio las tomó Flaco por sí solo, algunos autores han creído que Ap. Claudio había muerto antes de la rendición de Capua, y aseguran también que Taurea no fué á Cales de su propia voluntad, ni tampoco se dió la muerte; sino que, mientras le ataban al poste, como á los demás, impidiendo el ruido oir lo que gritaba, Flaco mandó guardar silencio; que Taurea le dijo entonces lo que se ha referido antes: «Que el hombre más valeroso moría por mandato del más cobarde» y que en contestación mandó el procónsul gritar al pregonero: «Lictor comienza por azotar á ese hombre valeroso y que sea el primero en quien se cumpla la ley.» Pretenden otros que leyó el senatus-consulto antes de la ejecución, pero como al final del decreto decía «que si lo consideraba á propósito remitiese el asunto al Senado», creyó que se le permitía decidir lo que creyese más conveniente á la república. De regreso á Capua, después de dejar á Cales, recibió la sumisión de Atela y de Calacia, castigando severamente á los instigadores de la defección. Ejecutóse, pues, la pena de muerte en otros setenta senadores; redujéronse á prisión cerca de trescientos nobles campanios; otros, enviados como presos á diferentes ciudades de aliados del nombre latino, murieron de diversas maneras; todos los demás ciudadanos de Capua fueron vendidos como esclavos. Deliberóse en seguida acerca de la suerte de la ciudad y de su territorio; opinando algunos por arrasar aquella población tan poderosa, vecina y enemiga de Roma. Sin embargo, venció la utilidad presente: como se sabía que era el terreno más fértil de Italia, conservóse la ciudad para que sir-

viese de morada á los cultivadores. Dejóse en Capua, como población principal, los libertos, los mercaderes y obreros; todo el territorio y los edificios públicos pasaron á ser propiedad del pueblo romano. Capua no fué en lo sucesivo como ciudad más que lugar de habitación fija ó momentánea; ya no tuvo municipio, ni Senado, ni asamblea del pueblo, ni magistrados. Privada de consejo público y de autoridad legítima, aquella multitud desorganizada no podía ya tramar ninguna conspiración. Decidióse que anualmente se enviaría de Roma un prefecto para que administrase justicia. De esta manera quedó arreglado lo concerniente á Capua, con laudable prudencia en todos los puntos. La severidad y la prontitud presidieron al castigo de los más culpables; la multitud de ciudadanos se vió dispersa sin esperanza de regreso; no se ejerció venganza ni por el incendio ni por la destrucción contra las casas, contra paredes inocentes de la traición de los habitantes, y Roma aumentó la reputación de clemencia que adquiría entre los aliados, conservando la ciudad más opulenta y célebre de Italia, ciudad cuya destrucción hubiese entristecido á toda la Campania y pueblos vecinos. De esta manera obligaron al enemigo á reconocer que era tan fuerte para castigar á los aliados infieles, como impotente Aníbal para proteger á los que fiaban en su fe.

Libres los senadores romanos de los cuidados que habían exigido los asuntos de Capua, dieron á C. Nerón seis mil hombres de infantería y trescientos jinetes escogidos, tomados de las dos legiones que había tenido á sus órdenes durante el sitio; añadiéronse á estas fuerzas igual número de infantes y ochocientos caballos de los latinos auxiliares, debiendo embarcar este ejército en Puzzola y llevarlo á España. Llegado á Tarragona, desembarcó sus tropas, puso la flota en seguridad, y,

para aumentar el número de los soldados, armó las tripulaciones. Avanzando hasta el Ebro, recibió de T. Fonteyo y de L. Marcio el ejército que mandaban, dirigiéndose en seguida hacia el enemigo. Asdrúbal Hamílcar estaba acampado en Peñas Negras, en la Ausetania-paraje situado entre las ciudades de Iliturgis y de Mentisa. Apoderóse Nerón de la entrada de este desfiladero, y Asdrúbal, temiendo verse envuelto, envió un *caduceator* (1) prometiendo que, si le dejan retirarse, abandonará la España con todo su ejército, proposición que el general romano aceptó con regocijo. Asdrúbal pidió en seguida una entrevista para la mañana siguiente, en la que los romanos dictaran las condiciones bajo las cuales se les entregaran las ciudades y fortalezas y señalaran el día en que las guarniciones, sin fraude por una ni otra parte, saldrán con armas y bagajes. En cuanto consiguió lo que pedía, mandó á sus soldados retirar en cuanto declinase el día y durante la noche los bagajes más pesados, sacándolos del desfiladero por todos los medios posibles. Cuidóse mucho de no hacer salir aquella noche sino muy poca gente, porque un número pequeño podía engañar más fácilmente al enemigo á favor del silencio y escapar por senderos estrechos y difíciles. A la mañana siguiente acudieron á la entrevista; pero Asdrúbal consiguió, perdiendo aquel día en palabras y escritos extraños al objeto de la conferencia, aplazarla para el otro día. Durante esta noche, pudieron escapar otros soldados y tampoco se terminó nada en el día siguiente: empleáronse muchos días de esta manera en discutir abiertamente las condiciones, y muchas noches en ocultar la retirada de los cartagineses. Cuando hubo abandonado el campamento la ma-

(1) Parlamentario encargado de tratar con el general romano, que llevaba en la mano un caduceo, símbolo de paz.

yor parte del ejército, Asdrúbal volvió sobre lo convenido anteriormente, y disminuyendo la buena fe con el miedo del peligro, entendíanse cada vez menos. Casi toda la infantería había salido ya del desfiladero, cuando densa niebla le cubrió por completo al amanecer, así como las llanuras inmediatas. Queriendo aprovechar aquella circunstancia, hizo Asdrúbal rogar á Nerón que aplazase la conferencia para el día siguiente, prohibiendo la religión á los cartagineses ocuparse en aquellos días de asuntos graves. No levantó sospechas la astucia y se otorgó el aplazamiento; en el acto salió del campamento Asdrúbal con la caballería y los elefantes, ocupando silenciosamente ventajosa posición. Hacia la hora cuarta disipó el sol la niebla, difundiéndose la luz, y los romanos vieron evacuado el campamento enemigo. Reconociendo al fin Claudio la astucia del cartaginés y viéndose engañado, lanzóse en su persecución queriendo darle batalla. Pero el enemigo rehusaba el combate, aunque mediaron algunas escaramuzas entre la retaguardia de los cartagineses y los exploradores del ejército romano.

XVIII. Entretanto aquellos pueblos de España que después de la derrota de los Escipiones habían abandonado á Roma, no volvían á sus leyes, pero tampoco había nuevas defecciones. El Senado y el pueblo romano, después de la rendición de Capua, tenían fija la atención en España lo mismo que en Italia, queriendo reforzar el ejército y enviar un general; pero no se sabía á quién confiar aquella misión. Habiendo sucumbido allí dos grandes generales en el espacio de treinta días, quería atenderse á su reemplazo con especial cuidado. Como se dividían las opiniones entre muchos, el Senado acabó por encomendar á los comicios del pueblo la elección del procónsul destinado á España, y los cónsules señalaron el día de la asamblea. Creyóse al principio que

se presentarían candidatos aquellos que se considerasen dignos de aquel mando tan importante; desvanecida esta esperanza, aumentó el pesar del desastre experimentado y el dolor que produjo la pérdida de los dos generales. Con este pesar y sin decisión tomada, no dejó el pueblo de acudir al Campo de Marte el día de la asamblea; todos los ojos estaban fijos en los magistrados y en los ciudadanos más importantes, que se miraban unos á otros deplorando que tan desastrosa y desesperada fuese la situación de los asuntos de la república que nadie se atreviese á aceptar el mando de España. De pronto, P. Cornelio, hijo del que pereció en España, de unos veinticuatro años de edad, declara que aspira á este honor y se sitúa en paraje elevado donde podían verle. Todos fijaron la vista en él, y los gritos y el favor del pueblo parece que presagian desde aquel m. mento triunfos y victorias á su mando. Cuando marcharon en seguida á la votación, el sufragio unánime de las centurias y de cada ciudadano confirió á P. Escipión el mando de España. Pero una vez terminada la elección y cuando se enfriaron los arrebatos y el ardor del entusiasmo, profundo silencio reinó en la asamblea, preguntándose cada cual ¿qué hemos hecho? ¿no ha dominado el favor á la razón? La edad de Escipión era la causa principal del arrepentimiento; muchos temían también la fortuna, el nombre de su familia, al verle marchar cubierto con el luto de dos parientes á una provincia donde tendría que combatir entre las tumbas de su padre y de su tío.

XIX Viendo que la inquietud y el arrepentimiento reemplazaba en los ánimos al entusiasmo con que le recibieron primeramente, Escipión convocó la asamblea y habló de su edad, del mando que le habían confiado y de la guerra que iba á dirigir, con tanta nobleza y elevación de ideas, que reanimó y reprodujo el ardor ya ex

tinguido de sus conciudadanos, y les infundió esperanza más grande que la que suelen infundir las promesas de los hombres y los razonamientos fundados en la confianza. Escipión no era menos admirable por sus verdaderas cualidades como por su consumado arte en hacerlas valer, que cultivó desde la juventud. Lo que proponía á la multitud, ó le había aparecido en visión nocturna, ó se lo había sugerido inspiración divina, bien porque dominase en él la superstición hasta cierto punto, bien que quisiera asegurar la pronta ejecución de sus órdenes y propósitos revistiéndolos con el carácter de oráculos. Con objeto de disponer desde muy temprano los ánimos para esta creencia supersticiosa, desde el día en que tomó la toga viril no realizó ningún acto público ó particular sin subir al Capitolio, sin entrar en el santuario y sin permanecer allí algún tiempo solo, oculto á todas las miradas. Esta regla, que observó toda su vida, por política ó por interés particular, hizo creer á algunos que descendía de sangre divina, y dió crédito, con circunstancias no menos fantásticas, á la fábula divulgada en otro tiempo relativamente á Alejandro Magno. Atribuíase su nacimiento á una serpiente monstruosa, que frecuentemente se veía en la habitación de su madre y que escapaba y desaparecía á la llegada de los que entraban. Jamás desmintió Escipión este prodigio, sino por el contrario, tuvo habilidad para aumentar su autoridad, no negándolo ni afirmándolo nunca. Otros muchos rasgos del mismo género, verdaderos unos, supuestos otros, habían llevado á los últimos límites la admiración hacia este joven, y esta superstición fué la que decidió á Roma á confiar á su edad, corta aún, intereses tan grandes y un mando tan importante. A los restos del antiguo ejército de España y á los refuerzos que partieron de Puzzola con C. Nerón, añadieron diez mil infantes y

mil caballos, dando á Escipión para la dirección de los negocios á M. Junio Silano, en calidad de propretor. El general partió de la desembocadura del Tíber con una flota de treinta naves, todas quinquerremes y después de seguir las costas del mar de Toscana y los Alpes, cruzado el golfo de León *(gallicum sinum)* y doblado el promontorio de los Pirineos, desembarcó sus tropas en Emporias, ciudad griega, cuyos habitantes eran oriundos de la Phocea. Allí mandó que las naves le siguiesen costeando, y marchó por tierra á Tarragona, donde reunió en asamblea á los diputados de todos los pueblos aliados que, al primer rumor de su llegada, habían acudido de todos los puntos de España. Hizo colocar sus naves en paraje seguro y despidió cuatro trirremes de Marsella que le habían dado escolta de honor. En sus audiencias contestaba á los diputados de los aliados, que tantos acontecimientos diversos mantenían en suspenso, con toda la grandeza de ánimo que le inspiraba la confianza en sus raras cualidades, pero sin pronunciar una sola palabra de orgullo, empleando en todos sus discursos tanta dignidad como persuasión.

Partiendo muy pronto de Tarragona, marchó á visitar las ciudades aliadas y los cuarteles de invierno del ejército, elogiando extraordinariamente á los soldados, que á pesar de los dos terribles descalabros que habían recibido sucesivamente, habían sabido conservar la provincia á la república, impedir al enemigo que aprovechase sus victorias, rechazándole al otro lado del Ebro y defender á los aliados con inalterable fidelidad. Constantemente tenía á Marcio á su lado, y la extraordinaria consideración que le mostraba daba á entender que no sentía envidia por ningún rival de gloria. Silano reemplazó á Nerón y las levas nuevas quedaron en cuarteles de invierno. Después de haberse presentado

Escipión en todos los puntos donde era necesario y de haber tomado todas las disposiciones convenientes con tanta premura como prudencia, regresó á Tarragona. No era menor su fama entre sus enemigos que entre sus conciudadanos y aliados; uniéndose á ella cierto presentimiento del porvenir, siendo tanto más vivos los temores á que daba origen, cuanto más difícil era darse cuenta de ellos. Los generales cartagineses tenían sus cuarteles de invierno separados; Asdrúbal Gisgón se encontraba en las costas del Océano, hacia Cádiz; Magón en el interior, especialmente al otro lado del bosque castulonense, y Asdrúbal Amílcar estaba acantonado cerca del Ebro, en las cercanías de Sagunto. Al terminar la campaña en que fué tomada Capua y cuando Escipión pasó á España, la flota cartaginesa que Aníbal había llamado de Sicilia á Tarento para cortar los víveres á la guarnición romana, había cerrado todos los pasos del mar; pero su prolongada estancia en los mismos parajes reducía al hambre á sus amigos mucho más que á sus enemigos; porque los habitantes de las ciudades ribereñas y de los puertos que la presencia de los cartagineses había dejado abiertos, no podían recibir tanto trigo como exigía el consumo de la misma flota, compuesta de toda clase de gentes: y por el contrario, la guarnición romana podía, en razón á su corto número, vivir sin nuevos convoyes, con las provisiones acopiadas de antemano, mientras que los tarentinos y la flota no tenían bastantes con los que recibían. Al fin se dirigieron al mar las naves cartaginesas y Tarento se alegró de su marcha más que de su llegada. Su retirada no produjo la abundancia, porque en cuanto cesó de ser libre el mar, el trigo no podía llegar á la ciudad.

Al terminar el mismo verano, regresó M. Marcelo de Sicilia á Roma, y el Senado, convocado por el pretor

C. Calpurnio (1), le dió audiencia en el templo de Belona. Allí dió cuenta de sus actos, se quejó dulcemente, y menos en su nombre que en el de sus soldados, de que después de terminada su misión, no había tenido libertad para traer su ejército y pidió el triunfo, pero no consiguió este honor (2). Suscitáronse largos debates con este motivo; preguntábase por una parte si podría convenir negar el triunfo á un general que lo pedía personalmente, cuando en su ausencia se habían dispuesto oraciones públicas á los dioses inmortales para darles gracias por los triunfos conseguidos bajo su mando; objetábase por otra que habiendo recibido orden de entregar el ejército á su sucesor, cosa que solamente ocurría cuando continuaba todavía la guerra en una provincia, no podía triunfar como si la hubiese terminado, sobre todo en ausencia de los soldados, testigos de los triunfos justa ó injustamente decretados. Entre estas dos opiniones, tomóse una intermedia y se le concedió la ovación. Autorizados los tribunos por el Sena-

(1) En ausencia de los cónsules el pretor podía convocar el Senado.

(2) Para conseguir el triunfo según las leyes, se necesitaban muchas condiciones: primera, una decisión del Senado ú orden del pueblo, aunque algunos generales no esperaron una ni otra; segunda, ser dictador, cónsul ó pretor, pero poco á poco se cedió en este punto; tercera, que el general hubiese realizado sus hazañas en su gobierno y bajo sus propios auspicios; cuarta, que corto número de ciudadanos y por lo menos cinco mil enemigos hubiesen sucumbido en el combate; quinta, que el imperio romano hubiese recibido algún aumento y que no se hubiesen limitado á recobrar un territorio invadido por el enemigo; sexta, que la misión del general estuviese completamente terminada, pacificada la provincia, concluida la guerra, y que el ejército que había tomado parte en los hechos recompensados con el triunfo fuese llamado y no entregado al mando de un sucesor. Esta última condición se exigía ahora terminantemente, pero se encuentran ejemplos de lo contrario.

do, propusieron al pueblo una ley que conservaba para el día de la ovación el mando militar á M. Marcelo. La víspera de esta ceremonia obtuvo sobre el monte Albano los honores del triunfo; y á la mañana siguiente entró en la ciudad, haciendo llevar delante de él considerable botín. Además del cuadro que representaba la toma de Siracusa, presentó catapultas, balistas, toda clase de máquinas de guerra y los objetos de lujo que larga paz y magnificencia real habían acumulado en aquella ciudad; muchos vasos de plata y de bronce artísticamente cincelados, muebles suntuosos, telas preciosas y obras maestras de escultura que habían hecho notable á Siracusa entre las ciudades principales de Grecia. Veíanse también ocho elefantes, prueba de la victoria conseguida sobre los cartagineses; llamando además la atención un espectáculo no menos curioso; el siracusano Sosis y el español Mérico precediendo á Marcelo con coronas de oro en la cabeza. El uno había guiado á los romanos durante la noche para entrar en Siracusa; el otro les había entregado la Isla y la guarnición que la defendía. Estos recibieron por recompensa el derecho de ciudadanía y quinientas yugadas de tierra. A Sosis se le adjudicó su parte en el territorio siracusano que había pertenecido á sus reyes ó á los enemigos de Roma, con una casa en la ciudad á su elección, entre las propiedades de los que habían sido castigados según las leyes de la guerra. Mérico y los españoles que pasaron con él á los romanos, obtuvieron domicilio en una de las ciudades rebeldes y tierras en los campos confiscados por derecho de conquista. Del reparto quedó encargado M. Cornelio, debiendo hacerlo de la manera que le pareciese más conveniente. En el mismo territorio se concedieron cuatrocientas yugadas á Beligeno, que consiguió decidir á Mérico á declararse por los romanos. Después que salió Marcelo de la Sicilia,

la flota cartaginesa desembarcó en ella ocho mil hombres de infantería y tres mil jinetes númidas. Murgancia se sublevó en favor suyo; siguiendo á esta sublevación la de Hybla, Macela y algunas otras plazas poco importantes. Los númidas entonces, bajo el mando de Mutino, se desparramaron por toda la Sicilia, talando los territorios de los aliados de los romanos. Irritado por otra parte el ejército romano porque no le habían permitido ni dejar la provincia con su general, ni invernar en las ciudades, obraba con tibieza, faltándole solamente un jefe para pasar del descontento á la sublevación. En medio de estas dificultades, el pretor M. Cornelio restableció el orden empleando oportunamente la dulzura y el rigor; hizo volver á someterse todas las ciudades sublevadas, y entre ellas, asignó Murgancia y su territorio á los españoles, en conformidad con las disposiciones del senatus-consulto.

Los dos cónsules tenían la Apulia por provincia; pero como Aníbal y los cartagineses inspiraban ya menos terror, recibieron orden de sortear la Apulia y la Macedonia, tocando ésta á Sulpicio, que marchó á reemplazar en ella á Levino. Fulvio fué llamado á Roma para la celebración de los comicios, y cuando presidía los consulares, los jóvenes de la centuria Veturia, que debía votar la primera, dieron sus votos á T. Manlio Torcuato y á T. Otacilio. Ya se reunía la multitud en derredor de Manlio para felicitarlo, persuadido de que todo el pueblo aprobaría aquella elección, cuando, separando la muchedumbre, se acercó al tribunal del cónsul, le rogó le escuchase y llamase á la centuria que acababa de votarle. Todos esperaban lo que iba á pedir, cuando alegó para recusarse la debilidad de su vista. «Imprudencia sería, añadió, en un piloto como en un general, si, obligados á recurrir á ojos ajenos para guiarse, pidiesen que les encargasen de la suerte y la vida de sus

conciudadanos. Deseaba, pues, que el cónsul hiciese votar de nuevo á los jóvenes de la centuria Veturia y que recordasen, en la elección que iban á hacer, la guerra que asolaba la Italia y las circunstancias en que se encontraba la república. En sus oídos zumbaban todavía los rumores y tumulto que el enemigo había hecho resonar bajo los muros y delante de las puertas de Roma.» Al escuchar estas palabras, la centuria exclamó á una voz: «que no cambiaba de opinión y que persistía en su primera elección.» Entonces dijo Torcuato: «No podría soportar, siendo cónsul, la licencia de vuestras costumbres, ni vosotros la severidad de mi mando. Volved á votar y pensad que los cartagineses están dentro de Italia y que su jefe es Aníbal.» Impresionados los jóvenes por el imponente acento de Torcuato y por los aplausos que la admiración hacía resonar en derredor suyo, pidieron al cónsul que llamase á los ancianos de la centuria, porque querían consultar su experiencia acerca de la elección que habían de hacer. Esta reunión se celebró, dándose á unos y á otros el tiempo necesario para conferenciar en paraje apartado del recinto. Los ancianos indicaron tres candidatos, de los que dos estaban cargados de honores, Q. Fabio y M. Marcelo; el tercero, para el caso de que quisiesen elegir general nuevo contra los cartagineses, era M. Valerio Levino, que en la guerra contra el rey Filipo había conseguido triunfos por mar y tierra. Después de indicar estos tres candidatos, se retiraron los ancianos y los jóvenes marcharon á votar; nombrando cónsules á C. Claudio Marcelo, brillante aún con la gloria que acababa de conseguir con la conquista de la Sicilia, y á M. Valerio, ausentes los dos. Esta elección de la primera centuria decidió la votación de los demás. Ridiculicen ahora á los admiradores del pasado. Ciertamente, si hay una república de sabios, cuyo desconocido modelo sola-

mente existe en la imaginación de los filósofos, creo que no podrían formarla ni de grandes más austeros y menos ambiciosos, ni de multitud más timorata. Pero que los jóvenes de la centuria quisieran consultar á los ancianos acerca de la elección de los cónsules, apenas parece creíble en este siglo en que la misma autoridad paterna tan poco imperio y tan poca influencia tiene en el ánimo de los hijos.

Celebráronse en seguida los comicios para la elección de pretores, siendo nombrados P. Manlio Vulson, L. Manlio Acidino, C. Letorio y L. Cicinio Alimento. Después de la clausura de los comicios recibióse la noticia de que T. Otacilio, que á pesar de su ausencia, hubiese sido nombrado colega de T. Manlio, si la marcha de la elección no hubiese quedado interrumpida, acababa de morir en Sicilia. El año anterior se habían celebrado los juegos apolinares; el pretor Calpurnio propuso renovarlos este año, y el Senado decretó que se celebraría á perpetuidad esta solemnidad anual. Por el mismo tiempo se vieron y anunciaron muchos prodigios. El rayo hirió la estatua de la Victoria elevada en lo alto del templo de la Concordia, derribándola sobre las victorias colocadas debajo del friso, donde se detuvo sin caer hasta abajo. Súpose también que en Anagnia y Fregela el fuego del cielo había caído sobre las murallas y las puertas; que en el Foro de Suderto habían corrido durante el día arroyos de sangre; que en Ereto habían llovido piedras y que en Reata había parido una mula. En expiación de estos prodigios inmolaron víctimas mayores; se dispusieron rogativas públicas durante un día entero y un solemne novendial. Habían muerto en este año algunos pontífices, reemplazándoles á M. Emilio Númida, decenviro de los sacrificios, con M. Emilio Lépido; á M. Pomponio Mathón, pontífice, con C. Livio, y á Sp. Carvilio, primero de los augures,

con M. Servilio. En cuanto al pontífice T. Otacilio Crasso, como había muerto al terminar el año, no fué reemplazado. Al flamín dial C. Claudio se le privó del sacerdocio, por haber presentado en sentido contrario las entrañas de la víctima.

Por este mismo tiempo, M. Valerio Levino, después de haberse procurado varias entrevistas secretas con los principales jefes etolios y haber sondeado sus disposiciones, partió con las naves más ligeras de su flota, para asistir á la asamblea de esta nación, que de intento había sido indicada algún tiempo antes. Comenzando allí por hacer valer la toma de Siracusa y de Capua como prueba de los triunfos conseguidos por los romanos en Sicilia y en Italia, añadió: «que Roma tenía por principio hereditario tratar á sus aliados con los mayores miramientos. A unos les había otorgado el derecho de ciudadanía, lo que les hacía iguales á los mismos romanos; á otros les había concedido condiciones bastante ventajosas para que prefiriesen el título de aliados suyos hasta al de ciudadanos. Los etolios ocuparían el primer puesto entre los aliados de ultramar, si eran los primeros en ajustar alianza con la república. Filipo y los macedonios eran para ellos dos vecinos temibles; pero él había abatido ya su poder y su orgullo y sabría reducirles á abandonar las ciudades arrebatadas á los etolios y á temer por la Macedonia misma. En cuanto á los acarnanios, cuya defección veía con pena la Etolia, él se comprometía á obligarles á entrar de nuevo en su deber y bajo su dependencia.» Estas fueron las palabras y promesas del general romano, apoyadas por Scopas, magistrado supremo entonces de los etolios, y por Dorymaco, uno de sus jefes principales, quienes ensalzaron el poder y majestad del pueblo romano de modo tanto más persuasivo cuanto que el elogio parecía más desinteresado; pero lo que princi-

palmente decidió á los etolios, fué la esperanza de ver entrar la Acarnania bajo su poder. Convínose, pues, en las condiciones con que se les admitiría en la alianza y amistad del pueblo romano, añadiendo una cláusula adicional: «que los elecos, los lacedemonios, Attalo, rey de Asia, Pleurato y Scerdiledo, príncipes de Tracia y de Iliria, quedarían libres para adherirse al tratado.» Por los términos de este convenio «los etolios, quedaban obligados á entrar inmediatamente en guerra con Filipo por tierra, y los romanos á suministrarles un socorro de veinte quinquerremes por lo menos. Todo el terreno que se conquistase entre Corcira y la Etolia, ciudades, casas, campos, debían pertenecer á los etolios y el resto del botín quedaría para los romanos, que se obligaban á asegurar á sus aliados la posesión de la Acarnania. En el caso de que los etolios ajustasen la paz con Filipo, estipularían que no quedaría ratificada hasta que este rey cesase en toda hostilidad contra los romanos, contra sus aliados y todo el territorio de su dependencia. De igual manera, si los aliados ajustaban paz con Filipo, sería cláusula expresa del tratado que no podría hacer guerra á los etolios ni á sus aliados.» Estas condiciones no se escribieron hasta dos años después en el templo de Olimpia por los etolios y en el Capitolio por los romanos, para que quedasen consagradas en monumentos religiosos. La causa de este retraso fué la prolongada residencia de los legados etolios en Roma; pero este aplazamiento no impidió que comenzasen las operaciones. Los etolios empuñaron las armas contra Filipo, y Levino se apoderó de la península de Zanta, vecina de la Etolia, y de su capital, que lleva el mismo nombre, aunque sin poder rendir la fortaleza; sometió á los etolios Œniada y Nasos, ciudades de Acarnania. Considerando entonces que Filipo estaba bastante ocupado en su país para pensar en Italia, en los cartagineses

y en sus compromisos con Aníbal, se retiró á Corcira.

Filipo supo la defección de los etolios en Pela, donde invernaba. En su deseo de llevar la guerra á Grecia al comenzar la primavera y con objeto de proteger la Macedonia contra los ataques de la Iliria y de las plazas inmediatas, sosteniéndolas con el temor de peligro común, hizo repentina irrupción en las fronteras de los oricinos y de los apoloniatos; y estos últimos, habiendo intentado una salida, los rechazó hasta sus murallas, donde entraron dominados por el terror y el espanto. Después de talar las comarcas inmediatas de la Iliria, volvió con igual rapidez contra la Pelagonia, desde donde marchó á tomar á Sincia, ciudad de los dardanios, que podía darles paso á su reino. Después de estas rápidas expediciones, pensando en la guerra que iba á sostener con los etolios, unidos con los romanos, bajó á la Tesalia por la Pelagonia, la Lincestida y la Bocia, que esperaba decidir á que tomase con él las armas contra los etolios. Dejó, pues, á Perseo con cuatro mil hombres en los desfiladeros de la Tesalia, para cerrarles la entrada; y él, antes de comprometerse en asuntos más importantes, llevó su ejército á Macedonia y de allí á la Tracia y al país de los medos. Acostumbraba esta nación á hacer incursiones en la Macedonia, en cuanto el rey, ocupado en una guerra extranjera, dejaba su reino sin defensa. Decidióse, pues, á talar los campos de Fragandas y puso sitio á Yamforina, capital y llave de la Media. Al tener noticias Scopas de que el rey, partido para la Tracia, atendía especialmente á esta expedición, hizo tomar las armas á toda la juventud etolia y se dispuso á llevar la guerra á la Acarnania (1). Esta nación, inferior en fuerzas, debilitada ya

(1) Era este el mejor pueblo de la Grecia, el que mostró más amor y más constante por la libertad. Los etolios, por el contrario, eran una nación avara, inquieta, orgullosa, ingrata, ávi-

por la pérdida de Œniada y de Nasos y amenazada además por las armas romanas, no se aconsejó más que de la desesperación para ponerse en estado de defensa. Comenzaron por enviar á Epiro sus mujeres, sus hijos y los ancianos mayores de sesenta años; todos los demás, desde quince á sesenta años, juraron no volver á su patria sino victoriosos, y se obligaron por el mismo juramento á no recibir en las ciudades, ni en ninguna casa, ni en la mesa, ni cerca de sus lares, al que regresase vencido del campo de batalla. Imprecación terrible se pronunció contra el que violase este juramento, y con este objeto se dirigieron los ruegos más santos á los epirotas, sus huéspedes y vecinos; suplicáronles al mismo tiempo que reuniesen en la misma tumba á todos los que muriesen con las armas en la mano y que se pusiera en ella esta inscripción: AQUÍ YACEN LOS ACARNANIOS QUE, ATACADOS INJUSTAMENTE POR LOS ETOLIOS, MURIERON COMBATIENDO POR LA PATRIA. Animados de estas disposiciones, marchan al encuentro del enemigo y acampan en sus fronteras. Las mensajeros que enviaron á Filipo para informarle de la extremidad á que se ven reducidos, le obligaron á renunciar á los triunfos que le presagiaban la toma de Yamforina, que capituló, y otras muchas ventajas que acababa de conseguir. La resolución desesperada de los acarnanios habia mitigado ya el ardor de los etolios, y la llegada de Filipo les obligó en seguida á regresar á su territorio. Filipo, que primeramente había caminado á marchas forzadas para adelantarse á la ruina de los acarnanios, no pasó de Dium, y enterado de que los etolios habían abandonado la Acarnania, regresó á su vez á Pela.

Al comenzar la primavera partió Levino con su flota

da de botin, despojando á los amigos como á los enemigos, desconociendo los derechos de la paz y de la guerra y acostumbrada en cierto modo á la vida de bestias salvajes.

de Corcira, y, después de doblar el promontorio de Leucata, marchó á Naupacta, desde donde mandó á Scopas y á los etolios que fuesen á reunirse con él delante de Anticira. Esta ciudad está situada en la Locrida, á la izquierda de los que entran en el golfo de Corinto, y cerca de Naupacta, tanto por tierra como por mar. Pasados tres días, quedó completamente rodeada Anticira y comenzó el sitio. Por el lado del mar, el ataque fué mucho más rudo, porque encargados de él los romanos, tenían á bordo todas las máquinas necesarias. Así fué que pocos días después se rindió y fué entregada á los etolios, quedando el botín, según el tratado, de parte de los romanos. Allí recibió Levio la carta que le notificaba su nombramiento para el consulado en su ausencia y la próxima llegada de su sucesor Sulpicio. Larga enfermedad le obligó á regresar á Roma mucho más tarde de lo que esperaban, y M. Marcelo, habiendo tomado posesión del consulado en los idus de marzo, convocó aquel día al Senado, pero solamente por fórmula, declarando: «que en ausencia de su colega no trataría ningún asunto pertinente á la república ó á las provincias de los generales. Sabía que considerable número de sicilianos permanecían ocultos en las cercanías de Roma, en las casas de campo de sus enemigos. Lejos de impedirles que propalasen en la ciudad sus falsas y calumniosas imputaciones, no vacilaría en concederles inmediatamente audiencia en pleno Senado, si no hubiesen fingido que temían hablar contra el cónsul en ausencia de su colega. En cuanto llegase Levio, su primer cuidado sería presentar á los sicilianos en el Senado. M. Cornelio había hecho, por decirlo así, una leva de acusadores contra él en toda la Sicilia, y los había enviado en tropel á Roma; si llenaban la ciudad de cartas mentirosas, si decía que la guerra continuaba en Sicilia, era para rebajar su gloria.» El cónsul, después

de dar prueba de moderación aquel día, levantó la sesión, y parecía que una especie de *justitium* iba á suspender los negocios hasta la llegada del otro cónsul á Roma. La obscuridad produjo su efecto ordinario, el de dar libre curso á los rumores populares. Quejábanse «de la duración de la guerra, de la devastación de los campos inmediatos á Roma, que Aníbal había atravesado en su marcha incendiaria; las levas habían extenuado la Italia; no había año que no quedase señalado por la matanza de ejércitos romanos; y acababan de crear dos cónsules belicosos, dos caracteres turbulentos y altivos, capaces de hacer brotar la guerra hasta del seno mismo de la paz, lejos de dejar respirar la república en medio de la guerra.»

Un incendio que estalló en muchos puntos alrededor del Foro en la noche anterior á las fiestas de Minerva, interrumpió estas quejas. El fuego consumió las siete tiendas, en cuyos solares se han construído después las cinco nuevas, ocupadas por plateros. En seguida se propagó á los edificios particulares donde hoy se alzan los pórticos, después á las prisiones públicas, á la pescadería y al vestíbulo del palacio de los antiguos reyes. El templo de Vesta apenas pudo preservarlo el celo de trece esclavos, que fueron rescatados á expensas del estado y obtuvieron la libertad. El fuego duró una noche y un día enteros. Demuestra que esta desgracia fué efecto de una maquinación el hecho de que el incendio apareció á la vez en varios puntos separados. Por esta razón el cónsul, con autorización del Senado, declaró en la asamblea del pueblo que los que diesen á conocer á los culpables, recibirían por recompensa, si eran libres, una cantidad de dinero, y la libertad si eran esclavos. Esta promesa decidió á un esclavo, llamado Manno, á denunciar como autores del incendio «á sus amos los Calavios y además á cinco jóvenes de las familias más distingui-

das de Capua, cuyos padres fueron decapitados por orden de Q. Fulvio. Estos se proponían incendiar otros puntos si no les prendían.» Los denunciados y sus esclavos fueron reducidos á prisión. Al principio intentaron desacreditar al denunciador y su declaración: «la víspera, aquel esclavo, azotado con varas, se escapó de casa de sus amos; por resentimiento, por venganza, había aprovechado la ocasión que le ofrecía la casualidad para formular la acusación.» Pero cuando el esclavo, careado con ellos sostuvo su declaración y comenzaron á aplicar la tortura en medio del Foro á los ministros de sus proyectos criminales, todo lo confesaron y fueron ejecutados, así como sus esclavos y cómplices. Manno recibió por recompensa la libertad y veinte mil libras de bronce. El cónsul Levino, á su paso por Capua, se vió rodeado por multitud de campanios que, llorando, le suplicaron les permitiese ir á Roma para rogar al Senado, si no era inexorable, que no consumase su perdición y no permitiese á Q. Flaco borrar hasta el nombre de Capua. Flaco contestó: «que no tenía enemistad personal contra los campanios, pero que les odiaba como adversarios y enemigos del estado, y que como tales les trataría, mientras viese en ellos igual animosidad contra el pueblo romano. En el mundo no había nación, no había pueblo más encarnizado contra Roma. Si les mantenía encerrados en sus murallas, era porque los que conseguían escapar, se dispersaban por los campos como fieras, destrozando, degollando cuanto encontraban. Unos se habían refugiado al lado de Aníbal, otros habían marchado á Roma solamente para incendiar. El cónsul encontraría en el Foro, medio quemado, las huellas de su maldad. Su furor había tenido por objetivo el templo de Vesta y los fuegos eternos, y, hasta en su santuario, el Paladium, aquella prenda fatal de la duración del imperio. Creía, pues, que no era seguro per-

mitir á los campanios la entrada en Roma.» Levino les concedió, sin embargo, la libertad de acompañarle, pero obligándoles á jurar á Flaco que volverían á Capua cinco días después de haber recibido la respuesta del Senado. En medio de este cortejo, aumentado con los sicilianos y los etolios que habían salido á su encuentro, entró en Roma, llevando por acusadores de dos generales que se habían hecho famosos por la captura de dos ciudades célebres, á los mismos que habían sido vencidos en los combates. Sin embargo, ante todo pusieron á deliberación los cónsules asuntos de interés público y la designación de provincias.

Levino expuso entonces la situación de la Macedonia, de la Grecia, de la Etolia, de la Acarnania, de la Locrida y todo cuanto había hecho por mar y tierra en aquellas comarcas. «En el momento en que Filipo iba á llevar la guerra á la Etolia, le rechazó á la Macedonia, obligándole á encerrarse en el interior de su reino; podía, pues, llamarse á la legión destinada á combatirle, bastando la flota para cerrarle la entrada de Italia.» Tal fué la cuenta que dió de su conducta y de los países donde había mandado. En seguida se deliberó acerca de la repartición de las provincias entre los cónsules, decretando el Senado que uno de ellos permaneciese en Italia, para hacer la guerra contra Aníbal, y que el otro, al frente de la flota que había mandado T. Otacilio, pasara á Sicilia con el pretor L. Cincio. Diéronles los dos ejércitos que se encontraban en la Etruria y en la Galia, compuestos de cuatro legiones; las dos legiones urbanas del ejército anterior pasaron á la Etruria, y las dos que habían estado á las órdenes del cónsul Sulpicio marcharon á la Galia para servir allí al mando de un legado cuya elección se dejaba al cónsul que tuviese la provincia de Italia. Prorrogaron por un año el mando de C. Calpurnio, cuya pretura acababa de termi-

nar y al que enviaron á la Etruria, así como también el de Q. Fulvio, á quien dejaron en la Campania. Decidióse también reducir el ejército romano, de suerte que de dos legiones se hiciese una, compuesta de cinco mil peones y trescientos jinetes; y se licenció á los que habían hecho muchas campañas. De los aliados solamente se conservaron siete mil infantes y trescientos caballos, y al reformar el resto, se tuvo igual consideración á la antigüedad de sus servicios. Dióse el gobierno de la Apulia dejándole el mismo ejército á Cn. Fulvio, cónsul del año anterior, no cambiándose nada para él, sino prorrogándole por un año los poderes. Su colega P. Sulpicio recibió orden de reformar su cuerpo de ejército, exceptuando los aliados que habían servido en la flota. El cónsul que iba á tomar posesión de la Sicilia, á su llegada á la isla debía licenciar también el ejército que había mandado M. Cornelio. Para sujetar la Sicilia, se dió al cónsul L. Cincio los soldados de Cannas, que formaban próximamente dos legiones. El pretor P. Manlio Vulson recibió el mando de la Cerdeña con las dos legiones que L. Cornelio tuvo allí á sus órdenes el año anterior. Los cónsules debían levantar en Roma legiones de ciudadanos, pero con prohibición de alistar ningún soldado de los que habían servido en las tropas de M. Claudio, de M. Valerio y de Q. Fulvio; de manera que en este año no hubo más de veintiuna legiones romanas.

En cuanto se dieron estos senatus-consultos, los cónsules sortearon las provincias, tocando á Marcelo la Sicilia y el mando de la flota; á Levino la Italia y la dirección de la guerra contra Aníbal. Los sicilianos que esperaban en el vestíbulo, en cuanto vieron á los cónsules y se enteraron de aquella decisión de la suerte, quedaron aterrados como si hubiesen tomado por segunda vez á Siracusa. Sus gemidos y lamentos llamaron la

atención sobre ellos y dieron lugar á más de un debate. Vestidos de luto rodeaban el Senado, asegurando que todos ellos abandonarían, no solamente su patria, sino también la Sicilia si regresaba allí Marcelo con mando. Implacable antes de tener de ellos motivo de queja, ¿qué no haría irritado por las acusaciones que los sicilianos habían hecho en Roma contra él? Mejor fuera para la Sicilia que la devorasen los fuegos del Etna ó que desapareciese bajo las olas del mar, que verse entregada á un enemigo que no podía menos de encontrarla culpable.» Estas quejas de los sicilianos, circuladas antes en las casas de los magnates y repetidas con la simpatía que inspiraba su posición ó con la habilidad de la envidia que se tenía á Marcelo, llegaron al fin hasta el Senado, y se propuso á los cónsules que consultasen á los senadores acerca del cambio de provincias. Marcelo contestó que «si los silicianos hubiesen sido oídos ya en el Senado, su opinión sería muy diferente; pero que, para quitar todo pretexto á que se dijese que el temor les impedía quejarse de un magistrado que iba á ser árbitro de su suerte, dispuesto estaba, si su colega consentía en ello, á cambiar con él de provincia. Rogaba solamente al Senado que no prejuzgase nada; porque si hubiese sido injusto dejar la elección á su colega sin consultar la suerte, ¿no sería mayor injusticia y hasta verdadera afrenta arrebatarle la provincia que le había tocado para entregarla á Levino? Habiendo manifestado su deseo los senadores sin decretar nada, levantóse la sesión. Verificóse el cambio entre los cónsules, y el decreto del destino arrastró á Marcelo hacia Aníbal, con objeto de que, habiendo sido el primero que tuvo la gloria de vencerle en época desastrosa para la república, fuese el último general romano cuya muerte glorificase al cartaginés, cuando Roma triunfaba por todas partes.

Terminado el cambio de provincias, introducidos los sicilianos en el Senado, hablaron largamente de la inviolable fidelidad del rey Hierón al pueblo romano para hacer de ella mérito de todos los siracusanos. «Los tiranos Jerónimo y después Hipócrates y Epícides les eran odiosos, tanto á causa de su defección en favor de Aníbal, como por sus demás crímenes. Por su perfidia fué asesinado Jerónimo por los jóvenes nobles, como en virtud de una decisión pública, é hizo conspirar contra la vida de Epícides y de Hipócrates á setenta jóvenes de los más nobles de la ciudad, los cuales, descubiertos por los aplazamientos de Marcelo, que no acercó oportunamente su ejército á Siracusa, fueron muertos por los tiranos. Marcelo además provocó las violencias de Epícides y de Hipócrates saqueando despiadadamente la ciudad de Leoncia. Desde entonces los ciudadanos principales no habían cesado de pasar al campamento de Marcelo, y de prometerle que le entregarían la ciudad en cuanto quisiese. Mas primeramente prefirió tomarla á viva fuerza, y al fin, después de muchos esfuerzos inútiles por mar y tierra, había preferido deber la toma de Siracusa al herrero Sosis y al español Mérico que á los siracusanos ilustres que tantas veces se la habían ofrecido. Sin duda quería tener pretexto más especioso para degollar y despojar á los aliados más antiguos del pueblo romano. De no ser Jerónimo, sino el pueblo y el Senado de Siracusa, los que se hubiesen adherido al partido de Aníbal; si las puertas de la ciudad hubiesen estado cerradas para Marcelo por la autoridad pública y no por Hipócrates y Epícides, cuyo yugo no dejaba libertad alguna; si, en fin, hubiesen mostrado en aquella guerra el encarnizamiento de los cartagineses, ¿qué mayores represalias habría ejercitado Marcelo á menos de destruir la ciudad? En efecto; murallas, casas devastadas, templos mutilados, de los

BIBLIOTECA

que arrebataron á los mismos dioses con sus ornamentos: esto era lo que quedaba en Siracusa. Considerable número de ciudadanos habían visto arrebatárseles sus tierras, de suerte que ni siquiera les quedaba suelo desnudo sobre el que pudieran alimentarse ellos y sus familias de los restos escapados al pillaje. Suplicaban, pues, á los senadores que si no podían repararse todas las pérdidas, mandasen devolver al menos á sus propietarios todos los objetos que existían aún y que pudieran reconocerse. Cuando terminaron sus quejas, el cónsul Levino les mandó salir de la sala para que pudiesen resolver los senadores. «No, exclamó Marcelo: que permanezcan para que conteste yo en presencia suya, puesto que no puede hacerse la guerra por vosotros, ¡oh senadores! sin que vengan á acusarnos los mismos pueblos que han sido vencidos. Dos ciudades tomadas este año habían de citar en justicia, Capua á Fulvio y Siracusa á Marcelo.»

Vueltos á la sala los legados, continuó diciendo el cónsul: «No he olvidado, Padres conscriptos, ni la majestad del pueblo romano ni la dignidad de que estéis revestidos hasta el punto de que si hubiese de ser acusado, aceptase, siendo cónsul, á esos griegos por acusadores. Pero menos se trata aquí de examinar mi conducta que el castigo que han merecido. Si no han sido nuestros enemigos, poco importa que haya atacado á Siracusa este año ó durante la vida de Hierón; pero si se sublevaron contra nosotros; si con el hierro y las armas en la mano persiguieron á nuestros legados; si nos cerraron su ciudad y sus fortificaciones; si pidieron contra nosotros el socorro del ejército cartaginés, ¿quién puede compadecerles por haber experimentado las hostilidades que ellos mismos provocaron? Dicen que rechacé á los principales siracusanos que querían entregarme la ciudad; para tan gran servicio preferí confiar

en Sosis y en el español Mérico. Sin duda no seréis vosotros de los últimos siracusanos cuando afeáis á los otros su baja estofa; pues bien: ¿cuál de vosotros me prometió abrirme las puertas é introducir mis soldados armados en la ciudad? Solamente tenéis odio y execración para los que lo hicieron, y aquí mismo no podéis economizarles vuestros ultrajes, lo que demuestra que jamás hubieseis hecho otro tanto. La misma obscuridad de los que me entregaron á Siracusa y por los que ahora se me reconviene, es la prueba mejor, ¡oh senadores! de que jamás rechacé á ninguno de los que han querido servir á nuestra república. Además, antes de establecer el sitio de Siracusa, envié legados, asistí á entrevistas, intenté todos los medios de pacificación, y solamente después de ver violar el carácter de embajadores, después de haber avanzado los principales de la ciudad hasta sus puertas sin recibir contestación, después de mil fatigas y peligros por mar y tierra, tomé al fin á Siracusa por la fuerza de las armas. En cuanto á los acontecimientos que siguieron á la toma de la ciudad, delante de Aníbal y los cartagineses, vencidos al mismo tiempo que ellos, más bien que delante del Senado de sus vencedores deben quejarse. Por mi parte, ¡oh senadores!, si hubiese tenido el propósito de ocultar que había despojado á Siracusa, no hubiese adornado á Roma con sus despojos. En cuanto á lo que he quitado ó donado como vencedor, el derecho de la guerra y el mérito de cada uno explican suficientemente mis actos. La aprobación de mi conducta, ¡oh senadores!, más afecta á los intereses de la república que á los míos. He cumplido mis deberes con fidelidad. Importa mucho al Estado que, anulando mis actos, no intimidéis á los generales en lo venidero. Ahora, senadores, que habéis oído las palabras de los siracusanos y las mías, vamos á salir juntos, para que, en mi ausen-

cia, la asamblea delibere con mayor libertad.» Entonces se retiraron los sicilianos, y el cónsul marchó al Capitolio para ocuparse de la leva.

El otro cónsul puso á deliberación la petición de los sicilianos, siendo largo y animado el debate. Sin embargo, la mayor parte de los senadores opinaron, como acababa de indicar T. Manlio Torcuato, «que debía haberse hecho la guerra á los tiranos enemigos á la vez de Roma y Siracusa. Que había sido necesario recobrar la ciudad y no reducirla por la fuerza, para restablecerla, después de su rendición, sobre la base de sus leyes y de su antigua libertad, en vez de poner el colmo, con los estragos de la guerra, á los excesos de la opresión que acababa de sufrir. Colocada entre sus tiranos y las armas romanas como premio de la victoria, había sucumbido aquella ciudad tan bella y floreciente, granero en otro tiempo y tesoro del pueblo romano, contribuyendo tantas veces con su munificencia y regalos á la defensa y prosperidad de la república, especialmente en la guerra púnica. Si el rey Hierón, aquel fiel aliado del imperio romano, volvía del imperio de las sombras, ¿cómo se atreverían á mostrarle Roma ó Siracusa? Vería á Siracusa arruinada y despojada, y entrando en Roma, en el vestíbulo, casi en las puertas de la ciudad, vería los despojos de su patria.» A pesar de estas declaraciones inspiradas por envidia contra el cónsul y compasión con los siracusanos, el decreto de los senadores fué moderado y favorable á Marcelo. «Era necesario ratificar todo lo que había hecho en el curso de la guerra y después de la victoria; además, el Senado atendería la petición de los siracusanos, y encargaba al cónsul Levino que acudiese á sus necesidades tanto como pudiese sin comprometer los de la república.» Los senadores fueron enviados al Capitolio para traer al cónsul, introdujeron á los sicilianos y se leyó el senatus-consulto; en

seguida fueron despedidos los legados con palabras benévolas, pero antes de retirarse se arrojaron á los pies de Marcelo, suplicándole perdonase lo que habían dicho para deplorar y dulcificar su infortunio y que recibiese á Siracusa bajo su protección y á sus habitantes en el número de sus clientes.» Después de este acto de sumisión, el cónsul les habló y despidió con bondad.

El Senado dió audiencia en seguida á los legados de Capua; su discurso fué más conmovedor, pero su causa era más mala. No podían, en efecto, ni poner en duda la justicia de su castigo, ni atribuir su falta á tiranos; pero la muerte de tantos senadores que se habían envenenado y de tantos otros que fueron decapitados, les parecían castigo suficiente. «Quedaba en Capua corto número de nobles que no habían encontrado en su conciencia motivo para quitarse la vida y á los que un vencedor irritado no había condenado al último suplicio. Para ellos y para los suyos imploraban la libertad y la restitución de una parte de sus bienes. ¿No eran ciudadanos romanos, unidos la mayor parte de ellos con sus vencedores por lazos de sangre á consecuencia de matrimonios contraídos desde tantos años entre los dos pueblos?» Cuando salieron del Senado, se vaciló algo acerca de si llamarían de Capua á Q. Fulvio, porque el cónsul Claudio había muerto después de la toma de la ciudad, con objeto de que la discusión se tuviese en presencia del general que había dirigido el sitio, como el asunto de los sicilianos se había discutido delante de Marcelo. Pero como se encontraban en el Senado M. Atilio, C. Fulvio, hermano de Flaco, legados suyos, Q. Minucio y L. Veturio Filón, legados de Apio, que habían tomado parte en aquella empresa, no se consideró necesario llamar de Capua á Q. Fulvio, y por otra parte, tampoco querían detener á los campanios. Pidieron, pues, su opinión á M. Atilio Régulo, el

más importante de cuantos se había encontrado en aquel sitio, y contestó: «Creo recordar que estaba presente en el consejo cuando después de la toma de Capua se trató de investigar si algún campanio había merecido bien de nuestra república, encontrándose solamente dos mujeres, Vestia Oppia, de la ciudad de Atela, residente entonces en Capua, y Faucula Cluvia, en otro tiempo cortesana de oficio. La primera sacrificó diariamente por el bien y la victoria del pueblo romano; la segunda suministró secretamente víveres á nuestros prisioneros en sus necesidades. Todos los demás campanios han estado animados contra nosotros por odio igual al que nos profesan los cartagineses. Aquellos cuya cabeza hizo rodar bajo el hacha Q. Fulvio, eran los más destinguidos y no los más culpables. Por lo demás, no veo que el Senado pueda sin autorización del pueblo decidir acerca de la suerte de los campanios, que son ciudadanos romanos; esta es la marcha que siguieron nuestros antepasados con relación á los satricanos que se sublevaron. M. Antistio, tribuno del pueblo entonces, propuso al pueblo é hizo aprobar una ley que confería al Senado el derecho de decidir acerca de los satricanos. Creo, pues, que es necesario proponer á los tribunos que exciten á uno ó varios de ellos á que propongan al pueblo un plebiscito que nos autorice á juzgar á los campanios.» El tribuno L. Atilio, con el beneplácito del Senado, se dirigió al pueblo en estos términos: «Todos los habitantes de Capua, de Atela, de Calacio y de Sabacia se han entregado al procónsul Fulvio y á merced del pueblo romano; han puesto en vuestro poder sus personas, su territorio, su ciudad, sus propiedades sagradas y profanas, su mobiliario y todo cuanto les pertenecía; y yo os pregunto, ciudadanos: ¿qué queréis se haga con todas estas cosas?» El pueblo contestó: «Que la decisión del Senado reunido

en este momento, tomada por mayoría de votos y bajo la fe del juramento, tenga fuerza de ley; así lo queremos y mandamos.»

En virtud de este plebiscito se dió un senatus-consulto «que desde luego restituía á Oppia y á Cluvia sus bienes y la libertad, y las invitaba, si tenían que pedir alguna otra recompensa, á ir á Roma.» Cada familia de Capua fué objeto de un decreto especial, siendo inútil reproducirlos todos. Unos fueron condenados á la confiscación de bienes, y vendidos ellos, sus esposas y sus hijos, exceptuando las hijas casadas antes de la rendición de Capua. Otros fueron encarcelados, debiendo decidirse más adelante acerca de su suerte. En cuanto al resto de los campanios, distinguióse entre sus bienes aquellos que debían ponerse en venta y los que habían de devolverse. Restituyóseles el ganado, exceptuando los caballos; los esclavos, menos los varones en la pubertad y todo lo que no constituía bienes inmuebles. Devolvióse la libertad á todos los campanios, atelanos, calatinos, sabatinos, exceptuando á los que estaban ó tenían á sus padres con el enemigo; pero ninguno de ellos podia ser ciudadano romano ni aliado del nombre latino. Ninguno de los que habían permanecido en Capua desde que se cerraron las puertas á los romanos permanecería en la ciudad ó en el territorio, desde un día señalado. Se les señalaría morada al otro lado del Tíber, pero lejos de sus orillas. En cuanto á los que, durante la guerra, no habían estado en Capua ni en ninguna ciudad de su dependencia sublevada contra el pueblo romano, habitarían más allá del río Liris, de la parte de Roma; y los que habían pasado al partido de los romanos antes de la llegada de Aníbal á Capua, serían trasladados al lado acá del Vulturno; pero ninguno de ellos tendría tierras ni casa á menos de quince millas del mar. Quedaba prohibido á los que habían lle-

vado más allá del Tíber, lo mismo que á sus descendientes, adquirir ó poseer finca alguna fuera del territorio de Veyas, de Sutrio ó de Nepesia, y además cada propiedad no había de pasar de cincuenta yugadas. Vendiéronse en Capua los bienes de todos los senadores y de todos los que habían ejercido alguna magistratura en esta ciudad, Atela ó Calacia. Mandóse llevar á Roma para ser vendidas allí, las personas de condición libre condenadas á la esclavitud. Los cuadros, las estatuas de bronce cogidas al enemigo, fueron entregados al colegio de los pontífices, que separarían los sagrados de los profanos.» Al tener los campanios noticia de estos decretos, regresaron mucho más tristes que habían venido y no acusaban tanto de rigor á Q. Fulvio como de injusticia á los dioses y de crueldad á la fortuna.

Después de despedir á los sicilianos y los campanios, ocupáronse de las levas; y cuando el ejército estuvo completo, se pensó en el reclutamiento de remeros. No pudiendo suministrar número suficiente la república y careciendo de fondos el tesoro público para el alistamiento y la paga, mandaron los cónsules que los particulares, cada cual según su rango y su renta, suministrasen, como ya se hizo en otra ocasión, cierto número de remeros, á quienes debían pagar y mantener durante treinta días. Violentos murmullos excitó este edicto, y á tal punto llegó la indignación, que solamente faltaba jefe para una sublevación inminente. «Después de haber arruinado á los sicilianos y los campanios, ocupábanse los cónsules en torturar, en dilacerar el pueblo de Roma. Extenuados por los impuestos que desde tantos años pagaban, solamente tenían el desnudo suelo de sus campos devastados. Los enemigos habían incendiado sus casas; la república les había arrebatado los esclavos empleados en el cultivo de las tierras, comprándolos á bajo precio, para alistarlos como soldados

ó como marineros. El sueldo de los remeros y las contribuciones anuales habían agotado el poco dinero economizado, y no había violencia ni autoridad que pudiese obligarles á dar lo que no tenían. Solamente faltaba que les vendiesen los bienes y actuasen contra sus personas, que era lo único que les quedaba, no habiéndoles dejado siquiera con que rescatarse de este ultraje.» Y no se limitaban solamente á murmuraciones; estas cosas se decían en voz alta en el Foro, en presencia de los cónsules rodeados de una multitud exasperada, á la que no podían calmar con la severidad ni con la dulzura. Al fin declararon al pueblo que le daban tres días para reflexionar, y ellos mismos aprovecharon esta dilación para buscar algún arreglo. El cuarto día convocaron al Senado para deliberar acerca del refuerzo de los remeros, y después de largos debates reconociéronse fundadas las quejas del pueblo, pero no se dejó de decidir «que los particulares debían soportar aquella carga, justa ó no; porque no habiendo dinero en el tesoro, ¿con qué fondos iban á completar la tripulación de las naves? Y sin flota, ¿cómo conservar la Sicilia, alejar de Italia á Filipo y mantener la seguridad de las costas?»

En este apuro extremo, vacilaba la prudencia y cierto embotamiento había paralizado los ánimos. El cónsul Levino dijo entonces: «que si los magistrados están por encima del Senado y los senadores por encima del pueblo, también deben ser los primeros en experimentar las privaciones y sacrificios. ¿Queréis imponer alguna carga á vuestros inferiores? Someteos primeramente á ella y les encontraréis más dispuestos á aceptarla. Los impuestos pesan menos cuando se ven á los primeros del estado soportar una parte más gravosa de lo que permiten sus medios. Si, pues, queremos que el pueblo equipe y mantenga flotas, y que los particulares

no vacilen en suministrar remeros, comencemos por nosotros. Oro, plata, moneda de cobre, desde mañana traigámoslo todo al tesoro público, ¡oh senadores!, no conservando más que los anillos para nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos, la *bula* (1) para los menores y una onza de oro para aquellos de nosotros que tienen esposa é hijas; los que han ocupado silla curul conservarán los arneses de sus caballos y el dinero necesario para adquirir el salero y la copa consagrada á los usos religiosos; los demás senadores solamente conservarán una libra de plata y cada padre de familia cinco mil ases de cobre acuñado. Pongamos inmediatamente en manos de los triunviros del tesoro todo lo que nos quede de oro, plata y moneda de cobre, y esto sin esperar ningún senatus-consulto, con objeto de que esta contribución voluntaria y esta rivalidad de abnegación por la república hiera primeramente el honor de los caballeros y después á todos los demás ciudadanos. Después de larga conferencia, este es el único medio que hemos encontrado mi colega y yo. Apresuraos á aceptarlo con la protección de los dioses. La salvación del estado asegura á cada particular la conservación de sus bienes; si la república queda abandonada, en vano habréis guardado lo que tenéis.» Por unanimidad se adoptó el consejo y se dió un voto de gracias á los cónsules. Al salir del Senado, cada uno corrió á porfía á llevar al tesoro público su oro, su plata, su moneda de cobre; luchaban por que se inscribiese el primero su nombre en los registros, y tal era la emulación, que no bastaban los triunviros para recibir lo que les daban, ni los escribientes para anotarlo. Los caballeros imitaron el apresuramiento de los senadores y el

(1) Anillo en forma de corazón que los nobles romanos ponian al cuello de sus hijos hasta la edad de catorce años.

pueblo el de los caballeros; y de esta manera, sin edictos, sin medios coercitivos, no careció la república ni de remeros, ni de dinero para pagarlos; y cuando todo estuvo preparado para la guerra, marcharon los cónsules á sus provincias.

Nunca, desde el principio de la guerra, cuyas diversas alternativas habían estado equilibradas, cartagineses y romanos vacilaron más entre la esperanza y el temor. Los romanos se habían desquitado de los reveses de España con la alegría que les causaban los triunfos en Sicilia; y si, en Italia, la pérdida de Tarento les había afectado dolorosamente, la conservación contra toda esperanza de la fortaleza de aquella ciudad y de la guarnición fueron para ellos motivo de regocijo. Al terror, á la consternación producida por el sitio y ataque de Roma, sucedió en pocos días la alegría de la rendición de Capua. Las mismas alternativas habían experimentado los asuntos del otro lado del mar en el momento en que Filipo, con tan poca oportunidad, se declaró enemigo suyo: los romanos habían ajustado alianza con los etolios y con Atalo, rey de Asia, y parecía que la fortuna les prometía ya el imperio de Oriente. En cuanto á los cartagineses, la pérdida de Capua quedaba compensada con la toma de Tarento; y si les parecía glorioso haber llegado sin obstáculo hasta las murallas de Roma, no dejaba de ser triste para ellos haber fracasado en la empresa, ni humillante haberse visto despreciados hasta el punto de que, mientras acampaban delante de una de sus puertas, los romanos habían hecho salir por otra sus tropas que enviaban á España. En esta provincia misma, cuando más cerca habían estado los africanos de terminar la guerra en favor suyo y de arrojar por completo á los romanos después de la muerte de dos grandes capitanes y de la derrota de sus huestes, más les indignaba ver á L. Marcio, jefe

elegido apresuradamente, arrebatarles el honor y el provecho de la victoria. Así, pues, la fortuna mantenía igual la balanza entre las dos naciones; todo estaba en suspenso y la esperanza y el temor luchaban como si la guerra comenzase entonces.

Lo que principalmente inquietaba á Aníbal era ver que Capua, sitiada por los romanos con más vigor que había empleado él en defenderla, enfrió muchos pueblos de Italia. De una parte, no podía sujetarlos á todos con guarniciones, á menos de dividir y subdividir su ejército, cosa que entonces le hubiese sido muy perjudicial; de otra, retirar sus tropas, era abandonar sus aliados á todos los efectos del temor y la esperanza. Igualmente avaro y cruel, tomó el partido de saquear las plazas que no podía defender, con objeto de no dejar al enemigo más que ruinas, determinación cuyo resultado no fué menos funesto que odioso el principio que la dictaba, porque estos indignos procedimientos le enajenaron, no solamente á los que eran víctimas de ellos, sino en mayor número á los amenazados por aquel ejemplo. Por su parte el cónsul romano no perdía ocasión de hacer volver á la fidelidad á las ciudades de Italia. Los dos ciudadanos principales de Salapia eran Dasio y Blacio: el primero estaba por Aníbal, y el segundo, que favorecía, en cuanto podía hacerlo sin comprometerse, el partido de los romanos, había hecho prometer á Marcelo, por medio de confidentes, que le entregaría la ciudad; pero el proyecto era de todo punto irrealizable sin el concurso de Dasio. Después de vacilar por mucho tiempo, y más bien á la desesperada que con esperanza de éxito, habló á Dasio; pero éste, cuyos intereses eran completamente opuestos, celoso además de su rival en influencia, advirtió á Aníbal lo que se tramaba. El general les llamó á los dos, y mientras sentado en su tribunal despachaba algunos negocios antes de interro-

gar á Blacio, el acusado aprovechó la circunstancia de haberles separado de la multitud para solicitar de nuevo al acusador. Creyendo Dasio dar una prueba irrecusable, exclamó: «que ante los mismos ojos de Aníbal, le hablaban de traición.» Cuanto más audaz era la tentativa, menos la creyeron Aníbal y los que le acompañaban. «La envidia y el odio habían dictado sin duda una acusación tanto más fácil de suponer, cuanto que semejante proposición no admitía testigos.» Por esta razón fueron despedidos los dos, no dejando de persistir Blacio en su atrevida empresa; y á fuerza de hablar á Dasio y hacerle ver cuán ventajosa sería la ejecución del proyecto para ellos y para la ciudad, le decidió al fin á entregar á Marcelo Salapia con la guarnición africana, compuesta de quinientos númidas. Mucha sangre costó, porque aquellos númidas eran la flor de la caballería cartaginesa. Así fué que, á pesar de cogerles de improviso, y en la imposibilidad de utilizar sus caballos en la ciudad, cogieron las armas al primer rumor y trataron de abrirse paso; pero no pudiendo conseguirlo, combatieron como desesperados y se hicieron matar casi todos, quedando apenas cincuenta de ellos vivos en poder de los romanos. La pérdida de aquel cuerpo fué más sensible para Aníbal que la de Salapia; y desde aquella época no tuvo ya en la caballería la superioridad que hasta entonces le había dado tanta ventaja.

Entretanto, el hambre estrechaba más y más la fortaleza de Tarento, y la guarnición romana que la defendía á las órdenes de M. Livio, no tenía otros recursos que los víveres que le enviaban desde Sicilia. Para hacerles pasar á lo largo de las costas de Italia, estacionaba delante de Regio una flota de cerca de veinte naves. El mando de esta flota, encargada de los convoyes, lo tenía Q. Quincio, hombre de obscuro nacimiento, pero al que habían dado gran fama militar muchas y bri-

llantes hazañas. Primeramente no tuvo más que cinco naves, de las que las dos mayores eran trirremes que Marcelo le había confiado; su celo y actividad hicieron que le diesen en seguida tres quinquerremes más. Ultimamente él mismo exigió de los habitantes de Regio, de Velia y de Pesto las naves que los aliados debían suministrar según los términos del tratado; formándose, como ya se ha dicho, una flota de veinte naves. Partiendo de Regio con estas fuerzas, encontró á Democrato al frente de la flota de los tarentinos, compuesta de igual número de naves, á unas quince millas de Tarento y cerca de Sacriporto. Los romanos, que no esperaban el combate, navegaban á toda vela; pero habiéndose provisto de remeros cerca de Crotona y Síbaris, su ejército naval y tripulaciones se encontraban proporcionados á la magnitud de sus naves. En el momento mismo en que vieron al enemigo, cayó el viento, lo que les dió el tiempo necesario para preparar sus velas, jarcias y disponer los remeros y soldados para el combate que iba á trabarse. Rara vez chocaron dos flotas iguales con tanto furor; porque el interés que les animaba en la pelea era mucho mayor que su respectiva fuerza. Orgullosos los tarentinos con haber sacudido el yugo romano después de haberlo soportado cien años, esperaban libertar también la fortaleza y cortar los víveres á sus enemigos, si la derrota les hacía perder el dominio del mar. Permaneciendo los romanos dueños de la ciudadela, tenían empeño en demostrar que debía atribuirse la pérdida de Tarento, no al valor y la fuerza, sino á la traición y la astucia. Así, pues, dada la señal, las dos flotas se arremetieron, sin que ninguna nave tratase de evita rel choque de la contraria; arpones de hierro aferraban las naves; los combatientes estaban bastante cerca para usar los venablos y las espadas y pelear cuerpo á cuerpo; las proas quedaban clavadas

unas en otras y las popas cedían al impulso de los remos de la nave enemiga. Las galeras estaban encerradas en tan estrecho espacio, que apenas caía un venablo á la mar sin haber herido el blanco: cada bando combatía de frente, como en tierra, y los soldados pasaban á pie llano de una nave á otra. Pero la lucha más notable fué la de las galeras, que encontrándose á la cabeza de la línea, se atacaron las primeras. Montaba Quincio la galera romana, y la tarentina Nicón, apellidado Percón, encarnizado enemigo de los romanos, que le odiaban doblemente como enemigo público y particular, porque pertenecía al partido que había entregado Tarento á los cartagineses. Mientras que Quincio animaba á los suyos con sus palabras y ejemplo, Nicón le atravesó de un lanzazo, derribándole armado sobre la proa. El vencedor se precipitó en seguida sobre su nave, donde la muerte del jefe había producido espanto; rechaza á sus enemigos, apodérase de la proa, y amontonados los romanos, apenas pueden defender la popa, cuando aparece de pronto otra trirreme. Envuelta por todos lados la galera de Quincio, cae en poder de los tarentinos, y el terror se difunde por la flota al ver la captura de la nave pretoriana. Las galeras huyen en desorden: unas son sumergidas, otras ganan la orilla á fuerza de remos para ser presa de los habitantes de Thurio y Metaponto. En cuanto á las naves de transporte, que seguían con víveres, pocas fueron capturadas, pudiendo las demás ganar la alta mar después de luchar algún tiempo con vientos inciertos. No fué tan afortunado el enemigo en Tarento. Cuatro mil hombres salidos de la ciudad para aprovisionarse de trigo, vagaban en desorden por los campos. Livio, jefe de la fortaleza y de la guarnición romana, atento á aprovechar todas las ocasiones favorables, envió contra ellos á Persio, varón animoso en extremo, al frente de

dos mil soldados. Este sorprendió á los tarentinos desparramados en medio de los campos, les destrozó y obligó á los pocos que escaparon á volver á la ciudad, cuyas puertas estaban entreabiertas, por temor de que la tomasen en el mismo ataque. Así quedó todo en perfecto equilibrio; los romanos acababan de tener una ventaja en tierra, como los tarentinos la habían obtenido en el mar; desvaneciéndose en seguida la esperanza de conseguir víveres, que animaba á cada partido.

Por este tiempo, el cónsul Levino, que había enviado á diferentes expediciones gran parte de su ejército, llegó á Sicilia, donde le esperaban los antiguos y nuevos aliados. Su primer cuidado, el que consideró más importante, fué arreglar los asuntos de Siracusa que reciente paz no había permitido consolidar aún. En seguida llevó las legiones contra Agrigento, último foco de la guerra y donde los cartagineses tenían fuerte guarnición. La fortuna favoreció esta empresa. Hannón mandaba los cartagineses; pero toda su fuerza consistía en Mutino y sus númidas, quienes recorriendo la Sicilia, saqueaban á los aliados de los romanos, sin que la fuerza ó la astucia pudiese cerrarles la entrada ó salida de Agrigento. Su gloria, que enturbiaba ya la del general, excitó al fin la envidia de éste, quien deplorando hasta los triunfos, á causa del hombre á quien los debía Cartago, concluyó por quitarle el mando para darlo á su hijo, creyendo que la influencia de Mutino sobre los númidas concluiría con su autoridad. El resultado no correspondió á su esperanza; la envidia de Hannón aumentó el favor de Mutino, quien indignado con aquel proceder, envió en seguida emisarios secretos á Levino para tratar de la rendición de Agrigento. En cuanto quedaron convenidas las condiciones y concertadas las medidas que habían de tomarse, los númidas se apoderaron de la puerta que daba al mar, y des-

pués de arrojar ó matar á los guardas, introdujeron á los romanos, que habían destacado con este objeto. Estas tropas habían llegado ya al centro de la ciudad, marchando hacia el Foro en medio de considerable tumulto, cuando Hannón, que no veía en aquel movimiento otra cosa que una de las revueltas ordinarias de los númidas, avanzó para reprimirles; pero viendo desde lejos multitud más numerosa que la de los númidas, y oyendo el grito de los romanos, que no le era desconocido, no esperó á ponerse á su alcance y emprendió la fuga. Haciendo que le siguiese Epícides, salió por la puerta opuesta, llegando con débil escolta á la orilla del mar, donde con mucha oportunidad encontró una barca, y abandonando á los romanos la Sicilia, que los cartagineses les disputaban desde tantos años, volvió al África. Los cartagineses que quedaban y los sicilianos, sin tratar de defenderse, se precipitaron como ciegos hacia las puertas para escapar, pero las encontraron cerradas y fueron destrozados. Dueño de Agrigento, Levino mandó azotar y decapitar á los ciudadanos principales, vendió el resto de los habitantes con el botín y envió á Roma todo el producto. El ruido de la toma de Agrigento, extendiéndose por la Sicilia, hizo que todos los ánimos se inclinasen á los romanos. En poco tiempo les entregaron veinte ciudades por traición, tomaron seis por fuerza y cerca de cuarenta se rindieron voluntariamente. El cónsul, después de castigar ó recompensar, según que lo habían merecido, á los varones más importantes de aquellas ciudades, obligó á los sicilianos á deponer las armas y á dedicar por completo su atención á la agricultura, porque quería que la isla bastase, no solamente para mantener á sus habitantes, sino que fuese el recurso de Roma y de Italia en tiempos de escasez, como lo había sido ya en muchas circunstancias. En seguida llevó con él de

Agathyrna á Italia cuatro mil hombres, confuso montón de desterrados, aventureros cargados de deudas y la mayor parte cubiertos de crímenes dignos del suplicio, los que habían vivido de rapiñas y bandolerismo, tanto en su patria y bajo las leyes ordinarias, como después en Agathyrna, donde identidad de destino y diferentes causas les reunieron. Levino creyó imprudente dejar aquellos bandidos en Sicilia, donde impedirían que se consolidase la paz, dando pábulo á novedades, además de que una tropa acostumbrada al pillaje podía ser útil á los habitantes de Regio para talar las tierras de los brucios. La guerra de Sicilia quedó completamente terminada este año.

En España, al comenzar la primavera, P. Escipión sacó su flota al mar, mandó á los aliados auxiliares que fuesen á Tarragona, y desde allí hizo avanzar sus naves de guerra y transporte hasta la desembocadura del Ebro, adonde tenían orden de acudir las legiones al salir de sus cuarteles de invierno; partiendo él mismo de Tarragona con cinco mil aliados para reunirse con el ejército. A su llegada creyó conveniente arengar á veteranos que habían sobrevivido á tantas derrotas, y habiéndoles reunido les habló en estos términos: «Jamás antes de mí ningún general nuevo pudo dar tan justas y legítimas gracias á sus soldados antes de haber puesto á prueba su celo. En cuanto á mí, sin haber visto la provincia ni el campamento, la fortuna me había unido ya con vosotros, en primer lugar por el afecto que mostrasteis á mi padre y á mi tío en vida y después de su muerte; después, por vuestro valor, que ha sabido conservar entero al pueblo romano, y á mí, que sucedo á los Escipiones, una provincia que nos había sido arrebatada en tan gran desastre. Pero ya que, con el favor de los dioses, nos disponemos, no á permanecer solamente en España, sino á

expulsar á los cartagineses; puesto que no se trata solamente de guardar las orillas del Ebro, y de cerrar el paso á los enemigos, sino de cruzar nosotros el río y de llevar la guerra á la otra orilla, temo que el recuerdo de nuestras recientes derrotas ó mi corta edad hagan considerar este proyecto como demasiado peligroso ó atrevido. Nuestros reveses en España no pueden afectar á nadie más profundamente que á mí; porque mi padre y mi tío han muerto aquí en espacio de treinta días, para que mi familia viese acumularse de esta manera desgracia sobre desgracia. Pero si mi ánimo se contrista cuando me veo casi huérfano y solitario, la fortuna pública y mi valor me prohiben desesperar del Estado. El destino ha señalado de esta manera nuestra fortuna en todas las guerras importantes: vencidos al principio, hemos quedado al fin vencedores. No hablo de los ejemplos antiguos, de Porsena, de los galos, de los samnitas; comenzaré por las guerras púnicas. ¡Cuántas flotas, cuántos generales, cuántos ejércitos perdimos en la primera! ¿Qué diré de esta? Pues bien: todas estas derrotas, á que he asistido personalmente ó ausente, nadie las ha deplorado más vivamente que yo. Trevia, Trasimeno, Cannas, monumentos son de la destrucción de nuestros ejércitos y de la muerte de los cónsules romanos. Añadid á estas desgracias la sublevación de Italia, de la Sicilia y de casi toda la Cerdeña. Añadid también, para colmo de espanto y de terror, á los cartagineses acampados ente el Anio y las murallas de Roma y presentándose casi en sus puertas Aníbal como vencedor. Enhiesto, en medio de esta ruina general, el valor romano ha permanecido invencible é inquebrantable; él solo ha recuperado el suelo y reconstruído todos estos restos. Vosotros, soldados, fuisteis los primeros, después de la derrota de Cannas, cuando Asdrúbal, avanzando hacia los Alpes é Italia, amenazando

por medio de la unión con su hermano destruir para siempre el nombre romano; vosotros, bajo la dirección y auspicios de mi padre, le detuvisteis, y este triunfo nos sostuvo en nuestras desgracias. Ahora la bondad de los dioses ha querido que nuestros asuntos sean prósperos y dichosos, tomando aspecto más favorable diariamente en Italia y en Sicilia. En Sicilia, Siracusa y Agrigento han caído en nuestro poder; el enemigo ha sido arrojado de toda la isla, y la provincia ha vuelto al dominio del pueblo romano. En Italia hemos reconquistado Arpi y subyugado á Capua: Aníbal, sin suspender ni un solo momento su carrera ni sus terrores, ha huido desde el pie de nuestras murallas hasta el extremo del Brucio, y solamente pide á los dioses poder salir y alejarse sano y salvo de la tierra enemiga. Y ahora bien, soldados: vosotros que á pesar de esta continua serie de desastres y cuando los mismos dioses se declaraban, por decirlo así, en favor del partido de Aníbal; vosotros que bajo el mando de mis padres (á los dos les doy el mismo nombre) habéis sostenido la fortuna vacilante del pueblo romano; vosotros, cuyo valor es inquebrantable, ¿podríais flaquear ahora que nuestras armas son victoriosas? ¡Pluguiese al cielo que los últimos acontecimientos de España no me hubiesen sido más funestos que á vosotros! Hoy los dioses inmortales, protectores del imperio romano, que han inspirado á todas las centurias la idea de conferirme el mando; esos dioses, por augurios, por presagios y por dichosos sueños, solamente me anuncian felicidad y triunfos. Secreto presentimiento hasta hoy, este ha sido para mí el oráculo más cierto, me advirtió que la España es nuestra ya, y que los cartagineses, expulsados de esta comarca, van á llenar la tierra y el mar con su vergonzosa fuga. Estos presagios involuntarios quedan confirmados por la infalible razón. Los aliados de nuestros ene-

migos, maltratados por ellos, imploran nuestro apoyo por medio de legados. Sus tres generales, discordes en opiniones y cerca de abandonarse recíprocamente, han dividido sus tropas en tres cuerpos y las han llevado á comarcas muy alejadas unas de otras. La adversa fortuna que nos agobiaba en otro tiempo, pesa ahora sobre ellos; sus aliados les abandonan como antes nos abandonaron los celtíberos, y han dividido sus fuerzas cometiendo la misma falta que perdió á mi padre y á mi tío. Sus discordias intestinas no les permitirán reunirse, y separados no pueden resistirnos. Solamente os pido, ¡oh soldados!, que recibáis favorablemente el nombre de los Escipiones, al hijo de vuestros generales, á la rama que se levanta del tronco derribado. Adelante, veteranos: llevad al otro lado del Ebro á este ejército nuevo y á vuestro nuevo jefe; guiadles á esas comarcas que fueron con tanta frecuencia campo de vuestras gloriosas hazañas. Yo haré muy pronto de manera que si reconocéis en mí semejanza de cuerpo y rostro con mi padre y mi tío, encontraréis también fiel imagen de su genio, de su abnegación y de su valor y que cada uno de vosotros crea ver revivir á Escipión en mí, para mandaros de nuevo.»

Inflamado el valor de los soldados con este discurso, deja á M. Silano con tres mil infantes y trescientos caballos para guardar aquella comarca, y pasa el Ebro con el resto de las tropas, que se elevaban á veinticinco mil hombres de infantería y dos mil quinientos caballos. Como los enemigos estaban divididos en tres cuerpos separados unos de otros, aconsejábanle atacar el más inmediato; pero temiendo que el peligro les reuniese y que le ocurriera á él mismo no poder resistir solo á tantos ejércitos, decidió atacar primeramente á Cartagena, ciudad rica y fuerte por sus propios recursos, y que además era el arsenal en que el enemigo había en-

cerrado todas sus provisiones de guerra, sus armas, su dinero y los rehenes de toda España. La posición era muy ventajosa para pasar á Africa; y el puerto, bastante grande para albergar las flotas más numerosas, es quizá el único que tiene España en toda la extensión de costas que baña nuestro mar. Solamente C. Lelio conocía el secreto de la empresa. Escipión le mandó dar largo rodeo con la flota y calcular la marcha para no entrar en el puerto hasta el momento en que el ejército se presentase por tierra. Siete días emplearon para llegar desde el Ebro á Cartagena por tierra y por mar. Acamparon al Norte de la plaza; aseguróse la espalda del campamento con fuertes parapetos, encontrándose defendido el frente por la naturaleza misma del terreno. Cartagena está situada de esta manera. Casi en el centro de la costa de España hay un golfo opuesto muy especialmente al viento de Africa; este golfo penetra en tierra en extensión de cerca de quinientos pasos y con anchura algo más considerable. A la entrada, un islote que lo separa de la alta mar forma un puerto abrigado de todos los vientos, exceptuando el de Africa. Del fondo resalta una península que se eleva en forma de eminencia y en ella está construída la ciudad rodeada de mar al Oriente y al Mediodía. Al Poniente la cierra una laguna cuyas aguas se extienden algo hacia el septentrión, siendo varia su profundidad, según que está cerca ó lejos del mar. Una calzada de cerca de doscientos cincuenta pasos une la ciudad con el continente. Aunque hubiese costado poco trabajo poner en estado de defensa tan pequeño espacio, el general romano no hizo construir fortificaciones, bien para amendrentar al enemigo con su audaz confianza, bien para conservar retirada más libre en sus frecuentes ataques.

Cuando hubo fortificado todas las partes del campamento que lo necesitaban, alineó sus naves en el puerto

como para anunciar un sitio por el lado del mar; é inspeccionando él mismo la flota, recomendó á los capitanes que vigilasen mucho durante la noche; diciéndoles que siempre al principio del sitio es cuando los sitiados hacen los esfuerzos mayores. De regreso á su campamento, queriendo exponer á los soldados los motivos que le impulsaban á comenzar la campaña con aquel sitio é inspirarles confianza en el éxito, les reunió y habló así: «Soldados, si alguno creyese que os he traído aquí solamente para apoderarme de una ciudad, calcularía con más exactitud vuestros trabajos que el beneficio. Vosotros no sitiaréis en realidad más que las murallas de una sola ciudad, pero en esta ciudad os apoderaréis de toda España. Aquí se encuentran los rehenes de los reyes y pueblos más importantes; en cuanto estén en vuestro poder, os apoderaréis de un solo golpe de todo lo que ahora está en manos de los cartagineses. Ahí está el tesoro de nuestos enemigos; sin ese dinero no pueden hacer la guerra, puesto que mantienen tropas mercenarias; con ese dinero tendremos un medio seguro para ganar el ánimo de los bárbaros. Ahí se encuentran las máquinas de guerra, las armas, los aprestos y todo lo necesario para los combates: esta captura, llenando nuestros almacenes, vaciará los del enemigo. Además, seremos dueños de una ciudad tan notable por su belleza y opulencia, como cómoda por su excelente puerto, que nos procurará, según las necesidades de la guerra, todos los recursos terrestres y marítimos. Estas ventajas, tan importantes para nosotros, serán para nuestros enemigos otras tantas pérdidas más importantes aún. Aquí tienen su baluarte, su granero, su tesoro, su arsenal y el depósito de todos sus recursos. Desde este puerto se va derechamente al Africa y es el único punto abordable entre los Pirineos y Cádiz; desde aquí amenaza el Africa á toda España. Pero ya

os veo dispuestos á marchar y combatir; marchemos, pues, con valor y confianza al sitio de Cartagena.» «Marchemos, exclamaron á una voz los soldados.» Escipión les llevó contra la ciudad y la sitió en seguida por tierra y por mar.

Por su parte, Magón, general de los cartagineses, viendo prepararse á los romanos para aquel doble ataque, dispuso sus tropas de la manera siguiente: opuso dos mil habitantes al campamento enemigo, guarneció con quinientos hombres la fortaleza, colocó otros quinientos en una altura hacia el Oriente, y mantuvo en reserva el resto de sus fuerzas, con orden de estar dispuestas para acudir al primer grito, á la primera alarma. En seguida mandó abrir una puerta y salir las tropas que había preparado por el camino que conducía al campamento. Los romanos, por orden del general, retrocedieron algo, con objeto de poder recibir mejor socorros en el mismo combate. Primeramente sostuvieron sin desventaja el choque del enemigo; y muy pronto, á medida que llegaban socorros del campamento, no solamente rechazan á los sitiados, que huyen en desorden, sino que les persiguen tan de cerca, que si no hubiesen tocado retirada, hubieran entrado en la ciudad con los fugitivos. No fué menor la alarma en la plaza que lo había sido durante el combate; el temor y la fuga hicieron abandonar muchos puntos, quedando las murallas sin defensores, porque cada uno se precipitaba por el camino más corto. Observando Escipión desde lo alto del monte Mercurio que estaban desiertas en muchos puntos las murallas, hace salir del campamento todas sus tropas para marchar al asalto y les manda llevar escalas. Él mismo, cubierto bajo los escudos que tres soldados jóvenes y vigorosos llevan delante de él (porque desde lo alto de las murallas caía ya una granizada de toda clase de armas arrojadizas), avanza hacia

la ciudad, anima á los suyos, da las órdenes necesarias, y lo que era más á propósito para enardecer el valor del soldado, se detiene para ser testigo del valor ó de la cobardía de cada uno. Así fué que todos se lanzaron á pesar de las heridas y venablos, y ni la altura de las murallas, ni los sitiados que las defienden aún, pueden impedir que las escalen á porfía. Al mismo tiempo atacan las naves la parte de la ciudad bañada por el mar; pero por este lado había más tumulto que éxito. Mientras que abordan, mientras que desembarcan las escalas y las tropas y quieren tomar tierra apresuradamente, la precipitación, el apresuramiento mismo hace que se estorben unos á otros.

Entretanto las murallas se habían cubierto de combatientes y granizada de dardos caía sin cesar sobre los romanos. Pero ni combatientes, ni venablos, ni ninguna otra defensa protegía las murallas tanto como se protegían ellas mismas; pocas escalas alcanzaban á su elevación, y cuanto más altas eran, quedaban más débiles. Resultaba de esto que los que se encontraban en el último escalón no podían alcanzar á lo alto mientras los demás continuaban subiendo. Hasta las escalas más fuertes se rompían con el peso, y aturdidos los soldados con la profundidad del precipicio, se dejaban caer; los sitiadores y las escalas rodaban por todas partes, y el enemigo, al ver aquel resultado, redoblaba su audacia y energía. Escipión mandó al fin tocar retirada. Los sitiados se lisonjearon entonces, no solamente de descansar después de combate tan encarnizado y de tan rudas fatigas, sino que se persuadieron de que la plaza no podía ser tomada por escalamiento, ni por asalto general, y que las dificultades de su sitio regular daría á sus generales tiempo para acudir á socorrerles. En cuanto cesó el primer tumulto, Escipión hizo relevar los soldados cansados y heridos por tropas

frescas que no habían combatido y dar de nuevo comienzo al ataque con más vigor. Viendo entonces que subía la marea, y enterado por pescadores de Tarragona, que habían recorrido la laguna, en tanto en barquillas, en tanto á pie, cuando éstas tocaban al fondo, que en el momento del reflujo podía llegarse fácilmente á vado hasta el pie de las murallas, él mismo llevó allí una parte de sus tropas. Encontrábanse en medio del día, y cuando las aguas del estanque seguían ya el movimiento natural de la marea, levantándose viento norte, las rechazó con mayor violencia, quedando tan descubiertos los vados, que en algunos puntos, los soldados solamente tenían agua hasta la cintura y en otros apenas les llegaba á las rodillas. Convirtiendo Escipión en prodigio un acontecimiento que su prudencia había previsto y determinado, lo refiere á los dioses que obligaban al mar á retroceder para dar paso á los romanos, haciendo desaparecer las lagunas y abriéndoles un camino hasta entonces impracticable á los mortales, por lo que mandó á los soldados que siguiesen á Neptuno, que se había hecho su guía, y que marchasen á través de las aguas hasta el pie de las murallas.

Por tierra el ataque era extremadamente difícil, no sólo por la altura de las murallas, sino porque los asaltantes estaban descubiertos por dos lados, quedando sus flancos más expuestos á los golpes que el mismo frente. Pero por mar, los quinientos hombres enviados para este ataque, atravesaron la laguna sin trabajo y llegaron en seguida á lo alto de la muralla, que en aquel punto no estaba fortificada, porque la naturaleza del terreno y la barrera de agua la habían hecho considerar inexpugnable; por lo que no habían colocado guardias, ni centinelas, atentos sólo á defender el punto que veían más amenazado. Los romanos penetraron, pues, sin obstáculo en la ciudad, y corrieron apresura-

damente hacia la puerta donde se habían reconcentrado los esfuerzos de los dos bandos: allí encontraron los ánimos, los ojos y los oídos de los combatientes y espectadores que les animaban con gritos, de tal manera ocupados en la pelea, que ninguno se dió cuenta de la toma de la ciudad, hasta sentir los venablos que les herían por la espalda y verse entre dos cuerpos enemigos. Turbados por el terror los sitiadores, abandonaron las murallas que defendían y los romanos se apoderaron de ellas. Al mismo tiempo cedió la puerta bajo los simultáneos golpes de dentro y fuera; separaron rápidamente los restos que podían estorbar la entrada, y los soldados se precipitan en la ciudad. Gran parte de ellos atraviesan la muralla y se desparraman para degollar á los habitantes, mientras que los que entraron por la puerta marchan en batalla con sus jefes, y sin dejar las filas llegan hasta el Foro. Viendo Escipión que los enemigos se dividían en su fuga y que corrían, unos hacia la eminencia que mira al Oriente, defendida por quinientos hombres, y otros hacia la fortaleza donde el mismo Magón se había refugiado con casi todos los soldados rechazados de las murallas, envía una parte de sus tropas á atacar la altura y lleva la otra contra la fortaleza. La altura la tomaron al primer choque: en cuanto á Magón, trató al principio de defenderse, pero cuando se vió rodeado por todas partes, y sin esperanza de poder resistir, se rindió con la fortaleza y la guarnición. Hasta que éstos se rindieron, la ciudad estuvo entregada al degüello sin perdonar á ninguno de cuantos habían encontrado en edad de pubertad: una señal hizo cesar la matanza, y los vencedores comenzaron el saqueo, que produjo inmenso botín.

Quedaron prisioneros cerca de diez mil hombres libres; pero Escipión dejó en libertad á los que eran de Cartagena, devolviéndoles su ciudad y todo lo que pudo

escapar del saqueo. Los artesanos se elevaban á dos mil, y los declaró esclavos del pueblo romano, con esperanza de recobrar muy pronto la libertad, si con celo contribuían en sus oficios á los trabajos de aquella campaña. El resto de los habitantes, jóvenes aún, y los esclavos en el vigor de la edad, le sirvieron para reclutar las tripulaciones de la flota, que había reforzado con ocho naves tomadas al enemigo. Además de esta multitud, encontró los rehenes de España, cuidando de ellos como si fuesen hijos de sus aliados. Esta conquista puso además en su poder extraordinaria cantidad de máquinas de guerra: ciento veinte catapultas de las más grandes, doscientas ochenta y una más pequeñas, veintitrés balistas grandes, cincuenta y dos pequeñas, extraordinario número de escorpiones grandes y pequeños, de armas ofensivas y defensivas y setenta y dos enseñas. Presentaron también al general considerable cantidad de oro y plata; doscientas setenta y seis copas de oro, casi todas de una libra de peso, diez y ocho mil trescientas libras de plata, tanto en monedas como en vajilla y gran número de vasos del mismo metal. Todos estos objetos se entregaron al pretor C. Flaminio, que los tomó á peso y cuenta. Encontráronse también cuarenta mil modios de trigo y doscientos setenta mil de cebada. En el puerto fueron forzadas y capturadas sesenta y tres naves, algunas con su cargamento, compuesto de trigo, armas, cobre, hierro, velas, cordajes y otras jarcias necesarias para el equipo de flotas; de manera que, de tantos objetos preciosos como la victoria ponía en sus manos, Cartagena era el menos importante.

Aquel mismo día, dejando Escipión la custodia de la ciudad á C. Lelio y los soldados de marina, llevó él mismo las legiones al campamento para que tomasen allí el descanso y el alimento que necesitaban, habiendo ex-

perimentado en un solo día todas las fatigas de la guerra. En efecto, primeramente habían librado un combate regular, en seguida arrostrado, para tomar la ciudad, todos los trabajos y peligros; y, hasta después de apoderarse de ella, habían tenido que combatir en posición desventajosa contra aquellos enemigos que se habían refugiado en la fortaleza. A la mañana siguiente, reunidas las tropas de tierra y mar, Escipión comenzó por dar gracias á los dioses por haber sometido á su poder en un solo día la ciudad más floreciente de España, y sobre todo por haber reunido allí de antemano casi todas las riquezas de España y de África; de tal manera que, al reducir al enemigo á la desnudez más completa, le ponían á él y á los suyos en el seno de la abundancia. En seguida colmó de elogios el valor de los soldados, á los que no había podido detener ni la brusca salida de los sitiados, ni la elevación de las murallas, ni el paso de una laguna desconocida, ni la imponente situación de un fuerte colocado en una altura, ni el aspecto de una fortaleza defendida por fuerte guarnición, no habiéndose presentado obstáculo que no salvasen ó derrivasen. Todos tenían indudablemente igual derecho á su gratitud; pero el honor de la corona mural se debía especialmente al que primero hubiese subido á la muralla. El que creyere que había merecido aquella recompensa, no tenía que hacer otra cosa que nombrarse.» Presentáronse dos: Q. Trebelio, centurión de la cuarta legión, y Sex. Digicio, soldado de la flota. El debate fué menos vivo entre los dos pretendientes que entre los dos ejércitos, defendiendo cada uno el honor del cuerpo. C. Lelio, comandante de la flota, favorecía las tropas de marina; M. Sempronio Tuditano, á los legionarios. Viendo que la contienda casi iba á convertirse en sedición, Escipión nombró tres comisarios encargados de examinar el asunto, y de decidir con cono-

cimiento de causa y después oir á los testigos, cuál de los dos competidores había subido primero. De estos comisarios, C. Lelio y M. Sempronio estaban interesados en la cuestión, siendo neutral P. Cornelio Caudino; reuniéronse y comenzaron á informarse del asunto; pero su intervención sirvió para envenenar la cuestión, porque menos les consideraron como abogados de los que aspiraban á tan alto honor, que como árbitros encargados de moderar el ardor de los dos partidos. Entonces C. Lelio, abandonando el consejo, se acercó al tribunal de Escipión y le dijo: «los soldados no conservan freno ni moderación y están á punto de llegar á las manos. Que aun cuando se abstuviesen de toda violencia, nada podía producir ejemplo tan funesto como una discusión cuyo objeto era conseguir por fraude y perjurio un honor que solamente se debía al mérito. Las legiones de una parte y los soldados de marina de otra, estaban, por decirlo así, frente á frente, dispuestos á hacer en nombre de todos un juramento más conforme con su pasión que con la verdad, y á exponer á las consecuencias de su perjurio, no solamente sus cabezas, sino las enseñas militares, las águilas romanas y la religión del juramento. Apresurábase, de acuerdo con P. Cornelio y M. Sempronio, á hacer esta advertencia á Escipión.» Aplaudió éste la prudencia de Lelio, convocó la asamblea y manifestó «que estaba bien informado de que Q. Trebelio y Sex. Digicio habían subido al mismo tiempo al asalto, y que los dos, en recompensa de su valor, iban á recibir de él la corona mural.» En seguida distribuyó al resto del ejército regalos proporcionados á los servicios y al valor de cada uno; y ante todo, queriendo compartir con C. Lelio, jefe de la flota, el honor del triunfo, le regaló una corona de oro y treinta bueyes.

Hecho esto, mandó llamar los rehenes españoles, cuyo número no me atrevo á consignar, porque unos los ele-

van á trescientos y otros hasta setecientos veinticinco. Tampoco están más conformes los historiadores acerca de las otras circunstancias. Según uno, la guarnición cartaginesa constaba de diez mil hombres; según otro de siete mil, y un tercero asegura que de dos mil á lo sumo. Un autor habla de diez mil prisioneros, y otro de más de veinticinco mil. Si creemos al historiador griego Sileno, se cogieron sesenta escorpiones grandes y pequeños. Valerio Ancias los eleva hasta seis mil grandes y trece mil pequeños: ¡tan poco trabajo cuesta á veces mentir! Tampoco están de acuerdo acerca del nombre de los jefes: la mayor parte dan el mando de la flota á C. Lelio, algunos á M. Junio Silano. Según Valerio Ancias, Arino estaba al frente de la guarnición cartaginesa, y este fué el que se rindió á los romanos; otros escritores aseguran fué Magón. Iguales diferencias de opinión hay acerca del número de naves cogidas, sobre la cantidad de oro y de plata y lo que se obtuvo de la venta. En el caso de adoptar un partido, el término medio sería el más verosímil. Volviendo á los rehenes, Escipión que les había mandado llamar, comenzó tranquilizando á todos, diciéndoles: «Que estaban en poder del pueblo romano, que prefería sujetar los corazones con beneficios antes que con el temor, y unirse las naciones extranjeras con los lazos de la buena fe y de la amistad, á imponerles el yugo de cruel esclavitud.» En seguida preguntó el nombre de las ciudades y el número de rehenes de cada una y envió mensajeros para invitar á los padres á que viniesen á recoger sus hijos. Los rehenes que pertenecían á aquellas ciudades cuyos legados estaban presentes, pasaron desde luego á poder de éstos, encargando los demás á la custodia y benignidad del cuestor C. Flaminio. Cuando se ocupaba de estas cosas Escipión, una mujer muy anciana, esposa de Mandonio, hermano de

Indibilis, jefe de los ilergetas, atravesó la multitud, se arrojó llorando á los pies del general y le suplicó «que recomendase especialmente á los guardias el respeto y miramiento con las mujeres.» Contestando Escipión que no carecerían de nada, replicó: «no nos preocupa ese frívolo interés. ¿No es bueno todo en nuestra posición? Otras alarmas siento cuando considero la tierna edad de estas jóvenes; porque en cuanto á mí no tengo que temer los ultrajes de que puede ser objeto una mujer.» En derredor suyo tenía las hijas de Indibilis, en la flor de la edad y de la belleza, y otras muchas también del mismo rango que la reverenciaban como á su propia madre. Escipión le dijo: «Mi honor y el del pueblo romano me imponen el deber de conservar inviolable en mi campamento lo que en todas partes respetase; pero este deber me lo hace más sagrado vuestra virtud y noble ruego, porque ni el mismo infortunio os ha hecho olvidar el decoro de la matrona.» En seguida confió aquellas prisioneras á la custodia de un oficial de costumbres irreprensibles, ordenándole que las tratara con el respeto y miramiento que se debe á las esposas y madres de los propios huéspedes.

Poco después los soldados llevaron á su presencia á una princesa joven, de tan peregrina hermosura, que atraía todas las miradas á su paso. Escipión se informó de su patria y su familia, enterándose, entre otras cosas, de que era la prometida de un jefe de los celtibéricos, llamado Alucio. En seguida llamó á los padres y al futuro esposo, y sabiendo que amaba apasionadamente á la joven cautiva, le dirigió á su llegada las palabras más afectuosas, antes de dar audiencia á los padres. «Soy joven y hablo á un joven, por lo que pueden tener más libertad mis palabras. Al traerme mis soldados cautiva á tu prometida, hanme dicho que la amas con pasión, y su belleza me lo ha hecho creer fácilmente.

Mi edad me permitiría también entregarme á las dulzuras del amor casto y legítimo, si los intereses de la república no ocupasen por completo mi corazón, y hasta creería digno de indulgencia el exceso mismo de mi pasión por una joven esposa; debo, pues, ya que la fortuna me lo permite, favorecer también tu amor. Tu prometida ha sido respetada en mi campamento como lo habría sido en casa de sus padres. Te la he conservado como inviolable depósito para hacerte un regalo digno de ti y de mí. El único precio que pongo á este favor, es que seas amigo del pueblo romano; si me crees honrado, como mi padre y mi tío se presentaron á estas naciones, sabe que en Roma hay muchos ciudadanos que se me parecen, y que hoy no existe en la tierra pueblo del que, por ti y por tu patria, debas temer tanto el odio y buscar la amistad.» El joven, confuso y á la vez rebosando alegría, tomó la mano de Escipión y conjuró á todos los dioses para que se encargarán de su agradecimiento, puesto que él no podía pagar dignamente aquel beneficio. En seguida presentaron al padre, la madre y parientes de la joven cautiva, quienes habían traído considerable cantidad de dinero para rescatarla; pero viendo que Escipión se la entragaba sin rescate, rogáronle que aceptase aquella cantidad á título de regalo, asegurándole que no agradecerían menos aquel nuevo favor que su primer beneficio. Vencido Escipión por su insistencia, contestó que aceptaba, hizo colocar el oro á sus pies, y dirigiéndose en seguida á Alucio, dijo: «Además de la dote que recibirás de tu suegro, recibe de mí ese regalo de boda,» invitándole en el acto á que hiciese retirar el oro y dispusiese de él como suyo. Colmado Alucio de honores y beneficios, se retiró regocijado; y de regreso en su país, no cesó de hablar á sus compatriotas de las virtudes de Escipión, «joven héroe, parecido solamente á los dioses, venido á Espa-

ña para subyugar todo con sus armas, su clemencia y generosidad.» Por esta razón se apresuró á hacer levas entre sus clientes y volvió pocos días después á presentarse á Escipión al frente de mil cuatrocientos jinetes escogidos.»

Escipión retuvo algún tiempo á Lelio á su lado, para disponer, según sus consejos, la suerte de los cautivos y de los rehenes y la distribución del botín. Tomadas todas las disposiciones, le dió una quinquerreme, en la que embarcó á Magón y á quince senadores hechos prisioneros con él, y les envió á llevar á Roma la noticia de su victoria. Por su parte dedicó los pocos días que se había propuesto pasar en Cartagena en ejercitar las tropas de tierra y de mar. En el primer día, las legiones armadas recorrieron delante de él un espacio de cuatro millas; el segundo recibieron orden de limpiar y pulir las armas delante de las tiendas; en el tercero, simularon una batalla campal atacándose con armas embotadas; el cuarto, lo dedicaron al descanso, y el quinto á nuevas evoluciones militares. Esta alternativa de trabajo y descanso continuó todo el tiempo que permanecieron las tropas en Cartagena. Las tripulaciones y soldados de marina salían á alta mar cuando estaba tranquila, y ensayaban la velocidad de sus naves por medio de simulacros de combates navales. Tales eran fuera de la ciudad, por mar y tierra, los ejercicios que preparaban el ánimo y el cuerpo para los trabajos verdaderos de los combates. El interior de la ciudad no presentaba aspecto menos belicoso, resonando con el ruido de toda clase de obreros reunidos en los talleres públicos. El general lo vigilaba todo á la vez; en tanto se encontraba en la flota ocupado del ejército naval, en tanto hacía desfilar las legiones; unas veces empleaba el tiempo en inspeccionar los trabajos que multitud de obreros realizaban diariamente y á porfía, en talleres, arsenales

y astilleros. Después de dar este impulso á los trabajos, reparado las brechas de las murallas y dejado guarnición suficiente para la defensa de la ciudad, partió para Tarragona, recibiendo en el camino considerable número de legaciones: á unas contestó sin detenerse y á otras las citó para Tarragona, donde había convocado la asamblea de todos los aliados, tanto antiguos como modernos. Reuniéronse allí también los legados de casi todos los pueblos que habitan aquende el Ebro, y muchos hasta de las provincias del lado opuesto. Los jefes cartagineses sofocaron al principio el rumor de la toma de Cartagena; pero cuando el acontecimiento se divulgó bastante para que fuese posible ocultarlo ó disimularlo, procuraron rebajar el mérito del triunfo. «Atacada de improviso y casi furtivamente, la ciudad había sido tomada en un día, y este acontecimiento tan pequeño lo había convertido en conquista importante la vanidad de un joven, orgulloso de sus comienzos y en el exceso de su alegría. Pero cuando se enterase de que tres generales, tres ejércitos victoriosos marchaban para combatirle, recordaría muy pronto sus desgracias domésticas.» Así hablaban en público, pero no ignoraban cuánto les había debilitado para lo sucesivo la pérdida de Cartagena.

FIN DEL LIBRO XXVI.

LIBRO XXVII.

SUMARIO.

Aníbal derrota al procónsul Cn. Fulvio.—El cónsul Marcelo consigue ventajas sobre Aníbal; le persigue y obliga al combate.—Fabio Máximo recobra á Tarento.—Victoria de Escipión en España.—Prisión del sobrino de Masinisa. Su libertad.—Los cónsules Claudio Marcelo y T. Quincio Crispino caen en una emboscada: muere Marcelo y escapa Crispino.—Victorias del procónsul L. Sulpicio sobre Filipo y los aqueos.—Clausura del lustro y censo de los ciudadanos.—Asdrúbal pasa los Alpes. Los cónsules M. Livio y Claudio Nerón le derrotan y matan. Gloria de C. Nerón en la jornada.

Este era el estado de las cosas en España. En Italia, el cónsul Marcelo recobró á Salapia por traición y tomó por fuerza á los samnitas Maronea y Meles, apoderándose de los tres mil hombres que dejó en ellas de guarnición Aníbal. El botín fué bastante considerable y quedó abandonado al soldado. Encontráronse también más de doscientos cuarenta mil modios (1) de trigo y ciento diez mil de cebada. Pero el regocijo por este triunfo no fué tan grande como la tristeza por el desastre experimentado pocos días después cerca de Herdonea. Habia

(1) El modio equivalía á ocho litros y cuatro centilitros.

decidido el procónsul Cn. Flavio recuperar aquella ciudad, que se separó de la amistad de los romanos poco después de la batalla de Cannas: el procónsul acampaba cerca de la ciudad, pero en posición insegura y mal guardada. Su natural negligencia aumentaba con las disposiciones que mostraban los habitantes relativamente á los cartagineses, porque sabían que, después de la pérdida de Salapia, Aníbal había pasado de aquellas comarcas al Brucio. Partiendo secretamente de Herdonea algunos emisarios, previnieron á Aníbal, quien resolvió conservar aquella ciudad aliada y se lisonjeó de sorprender á un enemigo imprudente. Con objeto de que no se divulgase su marcha, partió sin bagajes y avanzó á marchas forzadas hacia Herdonea, presentándose en orden de batalla para infundir más temor al enemigo. El general romano no carecía de valor, pero no era tan hábil y tenía menos fuerzas, y saliendo apresuradamente á la cabeza de sus tropas, aceptó el combate; la quinta legión y la caballería de la izquierda, comenzaron vigorosamente el ataque. Aníbal dió orden á su caballería para que aprovechase el momento en que la infantería estuviese comprometida en la pelea, para rodear el ejército romano y caer, unos sobre el campamento y otros sobre la retaguardia de los combatientes. Recordando en seguida la victoria conseguida dos años antes sobre el pretor Cn. Fulvio, de la identidad de nombres deducía la igualdad de éxitos, esperanza que no quedó defraudada. Los romanos, á pesar de la considerable pérdida que habían experimentado en el combate de infantería, no habían abandonado aún las filas ni sus enseñas; pero el ruido de la caballería que llegaba por la espalda y los gritos que lanzaba el enemigo por el lado del campamento introdujeron la perturbación entre ellos. La sexta legión, que formaba la segunda línea, fué la primera que quedó desorde-

nada por los númidas, arrastrando en seguida en su derrota á la quinta y toda la primera línea. Algunos pudieron huir, otros quedaron muertos en su puesto, contándose entre éstos el procónsul y once tribunos militares. Difícil sería apreciar con exactitud la pérdida de los romanos y de los aliados: unos la hacen subir á trece mil hombres; otros la limitan á siete mil. El campamento y el botín cayeron en poder de los vencedores. No dudando Aníbal que Herdonea se habría entregado á los romanos, trasladó á los habitantes á Metaponto y Thurio y quemó la ciudad, dando muerte á los principales ciudadanos cuyas inteligencias secretas con Fulvio quedaron probadas. Los romanos que escaparon de aquel desastre huyeron casi desarmados por diferentes caminos, yendo á reunirse con el cónsul Marcelo en el Samnio.

No alarmó á Marcelo aquella derrota y anunció en una carta al Senado la pérdida del procónsul y de su ejército, exterminado en Herdonea; añadiendo «que él, que había sabido amenguar el orgullo de Aníbal después de la batalla de Cannas, marchaba contra este general para poner término á sus alegrías.» Sin embargo, en Roma los dolorosos recuerdos del pasado aumentaban los temores por lo porvenir. El cónsul pasó del Samnio á Lucania y marchó á acampar en frente de Aníbal, en la llanura de Numistrón, dominada por una altura que ocupaban los cartagineses. Para mostrar completa confianza en sí mismo, fué el primero que avanzó en orden de batalla, no retrocediendo Aníbal al ver las enseñas que salían del campamento. La disposición de los ejércitos era la siguiente: los cartagineses tenían su derecha escalonada en la colina y los romanos apoyaban su izquierda en la ciudad. Desde la tercera hora del día hasta la noche estuvieron combatiendo. Las primeras filas estaban muy fatigadas: por el lado

BIBLIOTECA

de los romanos la formaban la primera legión y la caballería de la derecha; por el de Aníbal, las tropas españolas, los honderos baleares y los elefantes que habían hecho avanzar en medio de la acción. La victoria quedó indecisa por mucho tiempo. Entonces la tercera legión reemplazó á la primera, y la caballería de la izquierda á la de la derecha: el enemigo reemplazó también con otros soldados á los primeros que estaban extenuados. El combate, que comenzaba á languidecer, se reanimó de pronto con encarnizamiento, con el ardor y energía de las tropas de refresco; pero al anocher se separaron sin que se hubiese declarado la victoria. Al día siguiente, los romanos estuvieron sobre las armas desde la salida del sol hasta muy entrado el día. Como no se presentaba ningún enemigo, recogieron tranquilamente el botín, amontonaron todos sus muertos en el mismo sitio y los quemaron. A la siguiente noche, Aníbal se retiró en silencio y se dirigió á la Apulia. Al amanecer, viendo Marcelo que huía el enemigo, dejó sus heridos en Numistrón, bajo la custodia de débil destacamento, á las órdenes de L. Furio Purpúreo, tribuno de los soldados, y se puso en persecución de Aníbal, al que alcanzó en Venusia. Allí pasaron algunos días en combates de avanzadas, en los que se confundían la caballería y la infantería, con mucho más ruido que resultado, pero casi siempre con ventaja de los romanos. Los dos ejércitos recorrieron en seguida la Apulia sin ninguna acción memorable; Aníbal levantaba su campamento por la noche, meditando constantemente alguna sorpresa, y Marcelo no le seguía sino en pleno día y después de haber reconocido el camino.

Entretanto se ocupaba Flaco en Capua en vender los bienes de los principales de la ciudad y arrendar los terrenos confiscados, contratándolos todos mediante el pago de una cantidad en trigo. Para justificar el em-

pleo de nuevos rigores contra los campanios, consiguió se le denunciase una conspiración tramada contra él. Había prohibido á sus soldados alojarse en la ciudad, con objeto de poder alquilar las casas lo mismo que las tierras, y evitar que las delicias de aquella voluptuosa población enervasen su ejército como el de Aníbal; habiéndoles obligado á construir barracas militares junto á las puertas y murallas. La mayor parte de estas barracas eran de zarzos, de tablas y algunas de cañas entrelazadas, y todas estaban cubiertas de paja, siendo muy á propósito para arder. En una conspiración fraguada por los Blosio, habían entrado ciento setenta campanios, proponiéndose incendiarlas todas una noche á la misma hora. Los criados de la casa de los Blosio denunciaron la conspiración; en seguida mandó el procónsul cerrar todas las puertas y dispuso que los soldados tomasen las armas; prendióse á los culpables, llevóse el asunto con energía y fueron condenados y ejecutados. Los denunciadores recibieron la libertad y diez mil sextercios por cabeza. Los habitantes de Nuceria y de Acerra se quejaban de carecer de casas desde que un incendio había destruído casi por completo á Acerra y Nuceria había sido arruinada. Fulvio les remitió al Senado, que permitió á los de Acerra reedificar sus casas incendiadas, siendo los de Nuceria trasladados á Atela, según sus deseos, recibiendo la población de esta ciudad orden de emigrar á Calacia. En medio de esta multitud de acontecimientos favorables ó adversos que preocupaban todos los ánimos, no se olvidó la fortaleza de Tarento. M. Olgunio y P. Aquilio, enviados á la Etruria para comprar trigo destinado á Tarento, partieron de Roma, y al mismo tiempo se destacaron mil soldados del ejército de la ciudad, entre romanos y aliados, para que guarneciesen aquella plaza.

Tocaba ya á su fin el verano y acercábanse los comi-

cios consulares; pero asegurando Marcelo en sus cartas al Senado que no podía, sin peligro para la república, suspender su ardiente persecución, ni abandonar las huellas de Aníbal, que continuaba huyendo sin aceptar combate, el Senado se encontraba en la desagradable alternativa de separar de la guerra á un cónsul cuyas operaciones eran tan brillantes, ó no nombrar cónsules para el año siguiente. Prefirióse llamar de Sicilia al cónsul Valerio, aunque se encontraba fuera de Italia, escribiéndole L. Manlio, pretor de la ciudad (1) por mandato del Senado, remitiéndole al mismo tiempo la carta del cónsul M. Marcelo, para que se enterase de los motivos que decidían á los senadores á llamarle más bien que á su colega. Por la misma época, legados del rey Siphax trajeron á Roma noticia de los triunfos de este príncipe contra los cartagineses. «Su señor, decían, consideraba á Cartago como su mayor enemiga y á Roma como su más querida aliada. Antes había enviado ya una legación á España, á los generales romanos P. y Cn. Cornelio; y ahora venía á buscar como en su misma fuente la amistad de los romanos.» Los senadores les contestaron con benevolencia y hasta enviaron una legación con regalos á Siphax formándola L. Genucio, P. Petelio y P. Popilio, quienes llevaban el encargo de entregarle una toga y una túnica de púrpura, una silla curul y una copa de oro de cinco libras de peso. En se-

(1) Primeramente cuando partían los cónsules para la guerra, encargaban la ciudad al cuidado de un teniente que ellos mismos elegían y al que instalaban con el título de prefecto de la ciudad. Mas con el tiempo, el pretor urbano adquirió por costumbre el derecho de sustituirles. En la circunstancia actual, queriendo el Senado dar carácter oficial al llamamiento de Valerio, hizo que el pretor urbano le escribiese con este objeto. Cuando los cónsules estaban fuera de la ciudad, el poder ejecutivo pasaba al pretor urbano, que solamente era jefe de la justicia cuando el cónsul estaba en Roma.

guida debían presentarse en la corte de otros reyezuelos de África, llevando, para regalarles, togas pretextas y copas de oro de tres libras de peso. M. Atilio y M. Acilio enviados á Ptolomeo y á Cleopatra, que reinaban en Alejandría, para renovar y confirmar la alianza concluida con ellos, debían ofrecer al rey una toga, una túnica de púrpura y una silla curul, y á la reina un manto bordado y un vestido de púrpura. Durante el estío en que se realizaron estos acontecimientos, se anunciaron muchos prodigios ocurridos en las ciudades y campos inmediatos. En Túsculo había nacido un cordero con una teta llena de leche; un rayo había caído sobre el templo de Júpiter, destruyendo casi todo el techo. En la misma época próximamente, se había visto caer el rayo ante la puerta de Anaquia, y arder la tierra un día y una noche sin que nada alimentase el fuego; en la encrucijada de Anagonia los pájaros habían abandonado sus nidos en los árboles del bosque sagrado de Diana; en el mar de Terracina, cerca del puerto, serpientes de monstruosas dimensiones habían saltado sobre las aguas como peces que juegan; en Tarquinia había nacido un cerdo con cabeza humana; y en el territorio de Capena, cerca del bosque sagrado de Teronia, durante un día y una noche cuatro estatuas habían estado bañadas de sudor de sangre. Para expiar estos prodigios decretaron los pontífices la inmolación de víctimas mayores; disponiendo un día de rogativas en Roma, delante de todos los altares, y otro día en el territorio de Capena, en el bosque sagrado de Feronia.

Llamado el cónsul M. Valerio por las cartas que había recibido, entregó el mando de la provincia y del ejército al pretor Cincio, envió á M. Valerio Messala, jefe de la flota, á talar las costas de África con parte de las naves y á vigilar los movimientos y preparativos de los cartagineses y partió con diez naves para Roma, adon-

de llegó felizmente. En seguida reunió el Senado y dió cuenta de su conducta. «Había sometido la Sicilia, donde desde cerca de sesenta años se hacía una guerra, señalada frecuentemente por grandes desastres en mar y tierra. Ni un cartaginés quedaba en aquella provincia, ni un siciliano de aquellos á quienes había ahuyentado el terror estaba ausente ahora; de regreso todos en sus ciudades y sus campos, labraban y sembraban sus tierras; el suelo desolado recuperaba al fin aquella feracidad que formaba la riqueza de sus habitantes y que era el recurso más seguro de Roma en paz y en guerra.» En seguida introdujeron en el Senado á Mutino y á todos aquellos que habían merecido bien del pueblo romano y se les recibió honrosamente para cumplir el compromiso del cónsul. A Mutino se hizo ciudadano romano, habiéndolo propuesto un tribuno del pueblo á los plebeyos, con el beneplácito de los senadores. Mientras ocurrían en Roma estas cosas, M. Valerio Messala abordaba al África con cincuenta naves, antes de amanecer; desembarcando de improviso en territorio de Utica, llevando á lo lejos la destrucción y arrebatando considerable número de prisioneros y de botín: en seguida se embarcó y volvió á Sicilia, estando de regreso en Lilibea á los trece días de su partida. Interrogando á los prisioneros, consiguió noticias que trasmitió al cónsul Levino, para informarle del estado de las cosas en Africa. «Cinco mil númidas estaban preparados en Cartago, á las órdenes de Masinisa, hijo de Gala, joven muy entusiasta; en toda el África se llevaban á cabo otras levas, que debían reunirse con Asdrúbal en España. Este general pasaría á Italia lo más pronto posible, con el mayor número de tropas que pudiese llevar, y se reuniría con Aníbal, de lo que dependía la victoria á los ojos de los cartagineses. Equipaban además considerable flota para reconquistar la Sicilia, cre-

yendo Valerio que estaba ya dispuesta para hacerse á la mar.» Tal emoción produjo en el Senado la lectura de esta carta, que se decidió que el cónsul no esperase los comicios; que nombraría dictador para que los presidiese y regresaría en seguida á su provincia. Entonces sobrevino una dificultad: decía el cónsul que llegado á Sicilia, nombraría dictador á M. Valerio Messala, jefe de la flota. Los senadores sostenían que no podía nombrarse dictador fuera del territorio romano (1), cuyos límites se confundían con los de Italia. Habiendo explorado las opiniones el tribuno del pueblo M. Lucrecio, decretó el Senado que «el cónsul, antes de salir de Roma, consultaría al pueblo acerca de la elección de dictador y proclamaría á su elegido. Si se negaba el cónsul, el pretor se dirigiría al pueblo; y por negativa del pretor, los tribunos acudirían á los plebeyos.» El cónsul se negó á abandonar al pueblo una elección que le pertenecía, y prohibió al pretor que la hiciera; los tribunos acudieron á los plebeyos y un plebiscito declaró que se proclamaría á C. Fulvio, que se encontraba á la sazón delante de Capua. Pero la víspera de la asamblea el cónsul partió secretamente durante la noche para Sicilia, y el Senado, desconcertado, decidió enviar un mensaje á M. Claudio, para rogarle que acudiese en socorro de la república abandonada por su colega y que proclamase al elegido del pueblo. Así, pues, el cónsul M. Claudio proclamó dictador á Q. Fulvio, y en virtud del mismo plebiscito, Fulvio tomó por jefe de los caballeros al pontífice máximo P. Licinio Craso.

En cuanto el dictador llegó á Roma envió al ejército de Etruria á Cn. Sempronio Bleso, que había sido lega-

(1) El dictador no podia llevar un ejército fuera de Italia; no conociéndose más que una infracción de esta ley. Muchos creen que se consideraba como romano todo el territorio de Italia que Roma habia sometido á su autoridad.

do suyo en Capua, para reemplazar al pretor C. Calpurnio, al que destinó al mando del ejército y ciudad de Capua. Señaló los comicios para el día hábil más inmediato, pero el conflicto que se promovió entre los tribunos y el dictador impidió su reunión. La tribu Galeria de la sección de los jóvenes, designada por la suerte para votar la primera, había nombrado cónsules á Q. Fulvio y á Q. Fabio; las otras tribus de la misma sección se inclinaban al mismo voto; pero los tribunos del pueblo C. y L. Arennio se interpusieron. «No era obrar como buenos ciudadanos, decían, mantener en el cargo á un magistrado, y sería dar peor ejemplo aún nombrar al presidente de los comicios. Si el dictador se dejaba presentar como candidato, suspenderían la asamblea; si se trataba de cualquiera que no fuese él, no se opondrían.» El dictador invocaba en apoyo de la causa de los comicios la autoridad del Senado, un plebiscito y otros antecedentes, diciendo: «En el consulado de Cn. Servilio, después de la muerte de su colega C. Flaminio, en Trasimeno, se consultó á los plebeyos por acuerdo del Senado, y se decidió por un plebiscito que mientras Italia fuese teatro de la guerra, el pueblo podría reelegir los cónsules que quisiera, y tantas veces como lo considerase conveniente. En este punto podía citarse un ejemplo antiguo: el de L. Postumio Megelo, creado cónsul con C. Junio Bubulco en los comicios que presidía como inter-rey; y más recientemente, Q. Fabio, que continuó en el consulado, y que con seguridad, no lo habría consentido, de no exigirlo el interés público.» Después de largos debates, el dictador y los tribunos convinieron al fin en atenerse al parecer del Senado. Los Padres juzgaron que, en las circunstancias presentes convenía que los generales antiguos y experimentados dirigiesen los negocios públicos y que no debían coartarse los comicios. Los tribunos cedieron y se cele-

bró la asamblea, siendo nombrados cónsules Q. Fabio Máximo por quinta vez y L. Fulvio Flaco por la cuarta; en seguida se nombró pretores á L. Veturio Filo, T. Quincio Crispino, C. Hostilio Túbulo y C. Aurunculeyo. Elegidos los magistrados del año, Q. Fulvio abdicó la dictadura. Al final del verano pasó á Cerdeña una flota cartaginesa de cuarenta naves, bajo el mando de Hamílcar, lanzándose primeramente sobre el territorio de Olbia; pero cuando se presentó el pretor P. Manlio Vulso con su ejército, dió vuelta á la isla y devastó en la costa opuesta los campos de Caralis, volviendo en seguida al África cargado de botín. En este año murieron algunos sacerdotes romanos y fueron reemplazados. C. Servilio fué elegido pontífice en el puesto de T. Otacilio Craso: al decenviro de los sacrificios T. Sempronio Longo, hijo de Cayo, sucedió T. Sempronio Longo, hijo de Tito. M. Marcio, rey de los sacrificios murió, así como también M. Emilio Papo, curión máximo; á éstos no les dieron sucesores. Fueron censores este año L. Veturio Filo y P. Licinio Craso, pontífice máximo. Craso Licinio no había sido cónsul ni pretor antes de que le elevasen á la censura, pasando de la edilidad á este cargo. Estos magistrados no llenaron las plazas vacantes del Senado ni realizaron ningún acto público; la muerte de L. Valerio exigió la abdicación de su colega. Los ediles curules L. Veturio y P. Licinio Varo dieron juegos romanos durante un día; los ediles plebeyos Q. Cacio y L. Porcio Licinio hicieron colocar, con el producto de las multas, estatuas de bronce en el templo de Ceres y dieron juegos magníficos para aquella época.

A fines del año, treinta y cuatro días después de su partida de Tarragona, C. Lelio, legado de Escipión, llegó á Roma. La multitud de cautivos que llevaba en pos atrajeron inmensa concurrencia al entrar en la

ciudad. A la mañana siguiente se presentó al Senado, y refirió que se habían apoderado en un día de Cartagena, capital de España, tomado muchas ciudades sublevadas y atraído otras muchas á la alianza de Roma. El relato de los prisioneros confirmó casi por completo el informe de M. Valerio Messala. Los senadores quedaron muy alarmados por el paso de Asdrúbal á Italia, donde con dificultad se hacía frente á Aníbal y su ejército. Ante la asamblea del pueblo hizo la misma declaración Lelio. Para honrar los brillantes triunfos de Escipión decretó el Senado un día de acciones de gracias (1), y mandó á C. Lelio que regresase inmediatamente á España con las naves que había traído. He colocado en este año la toma de Cartagena, en conformidad con muchas autoridades, aunque sé que algunos historiadores la colocan en el año siguiente; pero me parece imposible que Escipión pasase un año entero en España sin hacer nada. Q. Fabio Máximo, cónsul por quinta vez, y L. Flaco, por la cuarta, recibieron los dos la provincia de Italia el día en que entraron en funciones en los idus de Marzo; pero les enviaron á mandar en puntos distintos; Fabio debía operar en Tarento; Fulvio en Lucania y el Brucio. A M. Claudio se prorrogó el mando por un año. Los pretores sortearon sus provincias: C. Hostilio Túbulo obtuvo la jurisdicción de la ciudad; L. Valerio

(1) Las rogativas eran ceremonias religiosas con objeto de dar gracias á los dioses por alguna victoria ó pedirles que alejasen alguna calamidad. Las acciones de gracias consistían en una visita á los dioses mayores, formando la procesión considerable número de niños y niñas, de condición libre, teniendo padre y madre, llevando coronas de flores, y en la mano ramas de laurel. Los niños marchaban delante cantando himnos á dos coros; después de ellos venían los pontífices, sacerdotes, magistrados, el Senado, los caballeros y el pueblo, todos vestidos de blanco. Las señoras romanas tomaban parte también en esta procesión, á la que acudían con sus mejores galas.

Filo, la de los extranjeros con la Galia; Capua tocó á T. Quincio Crispino, y la Cerdeña á C. Aurunculeyo. Los ejércitos se repartieron de esta manera: Fulvio recibió las dos legiones que mandaba en Sicilia M. Valerio Levino; Q. Fabio, las de Etruria que obedecían á C. Calpurnio. El ejército de la ciudad debía reemplazarlas en la Etruria, siendo su general y conservando la provincia C. Calpurnio; dióse á T. Quincio Capua y el ejército de Q. Fulvio; el propretor C. Letorio debía entregar á L. Veturio el mando de la provincia y las fuerzas reunidas ya en Ariminio. Dejaron á M. Marcelo las legiones á que debía los triunfos de su consulado: M. Valerio y L. Cincio, prorrogados también en sus mandos en Sicilia, recibieron las legiones de Cannas, que completaron con los restos de las tropas de Cn. Fulvio. Los cónsules se ocuparon en reunir aquellos restos y enviarlos á Sicilia, donde se les impuso el mismo castigo que sufrían los soldados de Cannas, porque el Senado les consideró culpables de igual cobardía. C. Aurunculeyo recibió el mando de las legiones de Cerdeña, que hasta entonces habían estado á las órdenes de P. Manlio Vulso. P. Sulpicio permaneció en Macedonia con la misma legión y la misma flota, prorrogándole el mando por un año. Treinta quinquerremes recibieron orden de pasar de Sicilia á Tarento á reunirse con el cónsul Q. Fabio y el resto de la flota; M. Valerio Levino marcharía en persona á talar el África, ó bien enviaría allá á L. Cincio ó á M. Valerio Messala. En España el único cambio que se verificó fué la continuación de los poderes otorgados á Escipión y á Silano, no por un año, sino hasta que el Senado les llamase. De esta manera quedaron repartidos este año los ejércitos y las provincias y designados los jefes que respectivamente habían de mandarlos.

En medio de asuntos más importantes, el nombra-

miento de curión máximo (1) en lugar de M. Emilio, reprodujo una querella antigua. Los patricios rechazaban la candidatura de C. Mamilio Vitulo, único candidato, pero que era plebeyo; y lo rechazaban porque, hasta entonces, aquel sacerdocio había sido privilegio de su orden. Apelaron á los tribunos y éstos se remitieron al Senado, y el Senado dejó al pueblo la decisión del asunto. De esta manera C. Mamilio Vitulo fué el primer curión máximo elegido entre los plebeyos. El pontífice máximo P. Licinio obligó á C. Valerio Flaco, á pesar suyo, á hacerse consagrar flamín de Júpiter (2). Dióse á

(1) El curión era jefe y sacerdote de la curia, elegido por ésta. Celebraba los sacrificios y las comidas solemnes. Frecuentemente presidía también las comidas de familia. Todos los curiones estaban sometidos á uno que elegían las curias reunidas en los comicios. Llamábase éste Curión máximo. Los curiones estaban sometidos además al pontífice máximo.

(2) Dábase el nombre de flamín al sacerdote encargado exclusivamente del culto de un solo dios. El flamín de Júpiter, el de Marte y el de Rómulo tenían rango superior y se les llamaba mayores; los demás, en número de doce, se llamaban menores. La dignidad de flamín era vitalicia, exceptuando el de Júpiter, que perdía su puesto cuando enviudaba. Este último, llamado también flamín dial, era el más considerado; distinguíase por su traje especial, y gozaba de silla de marfil, como los magistrados superiores. Estaba sujeto á multitud de formalidades muy singulares; prohibíasele montar á caballo, ver un ejército en batalla fuera de la ciudad, jurar, tocar perros, cabras, carne cruda, liebres, habas, y no solamente tocarlas, sino hasta nombrarlas. Si un prisionero atado conseguía entrar en su casa, era necesario desatarle en el acto y arrojar la cuerda á la calle. No podía tener nudo alguno encima. Solamente podía cortarle el cabello persona de condición libre y el cortado debían enterrarlo al pie de una encina verde. Su esposa, á la que se llamaba flamínica dial, llevaba traje de color de fuego y no podía usar calzado hecho con piel de animal muerto naturalmente, ni podía tampoco subir más de tres escalones, ni su marido repudiarla. Por otra parte, la dignidad de flamín otorgaba importantes privilegios. Por ejemplo, sacaba de la patria potestad al que estaba revestido de ella, favor muy importante por sí

C. Letorio el cargo de decenviro de los sacrificios, después de la muerte de Q. Mucio Escévola. Hubiese callado los motivos de esta consagración forzada de un flamín, si de un depravado no hubiese hecho un hombre de bien. La ociosa juventud y desarreglo de L. Flaco, sus vicios, que le hacían odioso á su hermano C. Flaco y á toda su familia, habían determinado al pontífice máximo P. Licinio á elegirle como flamín. En cuanto Flaco se aficionó á las cosas sagradas y á las ceremonias religiosas, abandonó de pronto sus antiguas costumbres, hasta el punto que ningún joven romano mereció más respeto, más estimación de los principales senadores, de su familia y de sus conciudadanos. Esta aprobación general le infundió justa confianza en sí mismo, y le permitió reclamar un derecho cuyo ejercicio había suspendido la indignidad de sus predecesores, el de entrar en el Senado. Presentóse, en efecto; pero separado por el pretor Licinio, apeló á los tribunos del pueblo. Reivindicaba un privilegio muy antiguo del sacerdocio, inseparable de la toga pretexta, de la silla curul y de la dignidad de flamín. Según el pretor, no eran ejemplos olvidados de los antiguos anales lo que constituía un derecho, sino las costumbres, los usos recientes. Nuestros padres, nuestros mismos abuelos no recordaban que ningún flamín de Júpiter hubiese gozado de aquella prerrogativa. Los tribunos declararon que el descuido de los anteriores flamines no podía haber

mismo en aquella rigurosa organización de la familia romana, pero que lo era mucho mayor en cuanto al mismo flamín, porque aquella emancipación no tenía para él los inconvenientes que le seguían; es decir, que no experimentaba la *diminutio capitis*, por lo que quedaba libre *sui juris*, aunque sin salir de la familia en la que conservaba todos sus derechos. A la muerte del jefe de la familia *(paterfamilias)*, quedaban bajo su autoridad sus propios hijos, y no bajo la del abuelo, cuando según la ley no debían entrar bajo la del padre emancipado.

perjudicado más que á ellos mismos y no al sacerdocio; el pretor desistió de su oposición; los patricios y los plebeyos aprobaron la decisión y Flaco quedó admitido en el Senado, creyéndose que debía el éxito de su pretensión más á la pureza de su conducta que á su título de sacerdote. Los cónsules, antes de marchar á sus provincias, levantaron dos legiones para la ciudad y soldados para las necesidades de los otros ejércitos. El cónsul Fulvio encargó al legado C. Fulvio Flaco (hermano suyo) que llevase á Etruria el antiguo ejército urbano y trajese á Roma las legiones de Etruria. El cónsul Fabio, habiendo reunido los restos del ejército de Fulvio en número de unos tres mil trescientos treinta y seis hombres, encargó á su hijo Q. Máximo que les llevase á Sicilia al procónsul M. Valerio y pedirle dos legiones y treinta quinquerremes. El llamamiento de estas tropas no disminuyó ni en realidad ni aparentemente las fuerzas de la provincia; porque además de dos antiguas legiones completadas con excelentes soldados, numerosos desertores númidas, tanto jinetes como infantes, y sicilianos que habían servido con Epícides y en las filas de los cartagineses, todos excelentes soldados, fueron alistados por el procónsul. Incorporando estos auxiliares extranjeros á cada legión romana, conservó los cuadros de dos ejércitos: uno, á las órdenes de L. Cincio, quedó encargado de guardar los antiguos estados de Hierón; y con el otro defendió personalmente el resto de la isla, dividida en otro tiempo entre dos imperios, el romano y el cartaginés. También repartió su flota de setenta naves de manera que protegiese las costas en todos los puntos de la isla; y él, al frente de la caballería de Mutino, recorría toda la provincia, visitaba los campos, examinaba los terrenos cultivados y los incultos y elogiaba ó reconvenía á los propietarios. Esta vigilancia produjo tan abundante cosecha, que

pudo enviar trigos á Roma y á Catania para el aprovisionamiento del ejército que debía acampar al verano delante de Tarento.

Pero el envío que habían hecho á Sicilia de soldados, casi todos latinos ó aliados, estuvo á punto de producir una sublevación terrible: ¡tan cierto es que, muchas veces, las causas pequeñas producen grandes efectos! Tanto los latinos como los aliados murmuraban en sus asambleas «que hacía diez años les extenuaban la leva de hombres y el servicio militar: cada campaña quedaba señalada por una derrota sangrienta; unos caían en el campo de batalla, á otros les arrebataban las enfermedades. El hombre era menos libre bajo las enseñas de Roma que en las prisiones de Cartago: el enemigo le devolvía sin rescate á su patria; los romanos le relegaban lejos de Italia, donde encontraba menos guerra que destierro. Ocho años ya languidecen en él los soldados de Cannas, y morirían antes que el enemigo, más pujante que nunca, abandonase la Italia. Si no regresaban á su patria los veteranos, si continuaban las levas, muy pronto no quedaría nadie. Esta negativa al servicio militar que la fuerza de las cosas exigiría necesariamente muy pronto, era indispensable presentarla al pueblo romano, sin esperar á que el Lacio quedase reducido al último grado de despoblación y miseria. Si Roma veía á sus aliados unidos en esta idea, pensaría muy pronto en hacer la paz con Cartago; en otro caso, mientras viviese Aníbal, habría siempre guerra en Italia.» Esto se decía en las reuniones. De treinta colonias que contaba Roma entonces, teniendo todas legados en aquel tiempo en la metrópoli, doce declararon á los cónsules no poder dar dinero ni soldados. Estas fueron Ardea, Nepente, Sutrio, Alba, Carseola, Cora, Suesa, Circeya, Secia, Cales, Narnia é Interamna. La novedad de esta negativa sorprendió á los cónsules, quienes creye-

ron que los castigos y reconvenciones serían más eficaces que la suavidad para hacer cambiar aquella culpable resolución. «Os habéis atrevido, decían, á dirigir á los cónsules un lenguaje que ellos no se atreverían jamás á repetir al Senado; porque la vuestra no es una negativa al servicio, es abierta defección al pueblo romano. Volved prontamente á vuestras colonias, y como si nada hubieseis hecho, como si más bien hubieseis hablado de este horrible atentado, que emprendido su ejecución, poneos de acuerdo con vuestros conciudadanos. Recordadles que no son campanios ni tarentinos, sino romanos; que Roma es su madre, que Roma les envió á las colonias y les estableció en las tierras conquistadas para aumentar allí su población. El amor que los hijos deben á sus padres debéis vosotros á los romanos, si tenéis algún sentimiento filial, alguna adhesión á vuestra antigua patria. Consultad de nuevo porque la arriesgada resolución que habéis adoptado es verdadera traición á la república, y debe asegurar la victoria á Aníbal.» A estas razones, largamente debatidas entre ellos y los cónsules, los legados contestaron con firmeza: «Que no tenían que llevar ningún mensaje á sus conciudadanos, ni su Senado que abrir nuevas deliberaciones, puesto que ya no tenían ni un soldado que dar á los ejércitos, ni dinero que llevar al tesoro.» Viendo los cónsules su obstinación, pasaron el asunto al Senado, y tan grande fué la consternación que se apoderó de todos, que la mayor parte de los senadores exclamaron que «había terminado el imperio; que las demás colonias imitarían aquella conducta y que estaban de acuerdo todos los aliados para entregar la república á Aníbal.»

Los cónsules exhortaron y reanimaron al Senado, diciendo que «las otras colonias serían fieles á su deber; en cuanto á las que habían hecho traición, bastaría en-

viar legados para castigarlas y no para reconvenirlas, y se conseguiría su sumisión.» El Senado les otorgó plena libertad para obrar en interés de la república. Después de sondear las intenciones de las otras colonias, reunieron los legados y les preguntaron si, al tenor de los tratados, estaban preparadas sus tropas. M. Sextilio Fregelano contestó en nombre de las diez y ocho colonias, que «sus tropas estaban dispuestas; que si era necesario se aumentaría el número; que atenderían con apresuramiento á cualquiera otra petición ó exigencia del pueblo romano; que sus recursos eran grandes y su fidelidad más grande todavía.» Los cónsules manifestaron que para recompensar aquella abnegación, no bastaban sus elogios; que era necesario que el cuerpo entero de senadores les diese las gracias en pleno Senado; y en seguida les hicieron entrar con ellos en la curia. El Senado les mostró su agradecimiento con un decreto redactado en términos muy honrosos, y en seguida encargó á los cónsules que presentasen los legados al pueblo, y que citasen entre los numerosos y brillantes servicios que ellos y sus antepasados habrán recibido aquel último rasgo de adhesión á la república. Hoy todavía, después de tantos siglos, no pasaré en silencio sus nombres, ni les privaré de su gloria: aquellas colonias eran Signia, Norba, Satículo, Brundisio, Fregela, Luceria, Venusia, Adria, Firmiano y Arimino; y en la costa opuesto, Poncia, Pesto y Cosa, en el interior de las tierras, Benevento, Esernia, Spoleto, Plasencia y Cremona. Los socorros de estas colonias salvaron el poder romano, y se les dieron gracias en el Senado y ante el pueblo. En cuanto á las doce colonias rebeldes, el Senado prohibió hablar de ellas, no debiendo los cónsules despedirlas, retenerlas, ni pronunciar su nombre; considerándose este olvido como el castigo más conforme con la dignidad del pueblo romano. Entretanto, los

cónsules hicieron sus preparativos de guerra, estimando oportuno usar del oro vicesimario que formaba en el tesoro público una reserva sagrada para las circunstancias críticas, tomando de él unas cuatro mil libras de peso. Entregáronse quinientas á los cónsules y á los procónsules M. Marcelo y P. Sulpicio, así como también al pretor L. Veturio, á quien la suerte había confiado la Galia. El cónsul Fabio recibió además cien libras destinadas á la fortaleza de Tarento; y el resto sirvió para pagar al contado los suministros hechos al ejército, cuyo jefe y soldados se cubrían de gloria en España. Antes de la marcha de los cónsules se atendió también á la expiación de los prodigios.

Había caído el rayo en el monte Albano, hiriendo la estatua de Júpiter y un árbol inmediato al templo; en el lago de Ostia, en las murallas de Capua, en el templo de la Fortuna y en los muros y puerta de Sinuesa. Todos estos puntos había herido el fuego del cielo. Decíase que se había visto el agua de la fuente de Albano correr ensangrentada; en Roma, en el santuario de la Fuerte Fortuna, una figurita colocada en la corona de la diosa había caído por sí misma desde su cabeza á las manos; habíase comprobado que en Piverno había hablado un buey, y que, en pleno Foro, un buitre se había posado sobre una tienda; en Sinuesa había nacido un niño de sexo dudoso, un androgino, según vulgarmente les llaman, aprovechando la gran facilidad que ofrece el griego para formar compuestos; hablábase también de una lluvia de leche y del nacimiento de un niño con cabeza de elefante. Inmoláronse víctimas mayores para expiar aquellos prodigios, y se decretó un día de rogativas y plegarias en todos los altares. El pretor C. Hostilio recibió el encargo de ofrecer juegos á Apolo y celebrarlos como se ofrecieron y celebraron los años anteriores. Durante aquellos mismos días, el

cónsul Q. Fulvio reunió los comicios para el nombramiento de censores, siendo elegidos ciudadanos que todavía no habían sido cónsules, M. Cornelio Cethego y P. Sempronio Tuditano. Estos magistrados arrendaron el territorio de Capua, en virtud de una ley propuesta á los plebeyos, con autorización del Senado y sancionada por un plebiscito. El nombramiento de senadores quedó retrasado por el debate que suscitó entre los censores la elección del príncipe del senado (1). Esta elección pertenecía á los derechos de Sempronio; pero Cornelio pedía la observación de una costumbre tradicional que daba este título al censor más antiguo de los que existían, siendo este T. Manlio Torcuato. Replicaba Sempronio, que atribuyéndole la elección por medio de la suerte, los dioses le habían dado la independencia de elegir; que no seguiría otra regla que su voluntad, y que designaría á Q. Fabio Máximo, el primer ciudadano de Roma, lo que, en caso necesario confirmaría el voto mismo de Aníbal. Después de largos debates cedió Cornelio, y Sempronio saludó príncipe del Senado al cónsul Q. Fabio Máximo; en seguida se formó nueva lista de senadores y se omitieron ocho nombres, entre ellos el de L. Cecilio Metelo, que se atrevió á proponer el abandono de Italia después de la derrota de Cannas. En la revista de los caballeros, siguieron la misma regla, pero también fueron muy pocos los tachados de infamia. Privaron de sus caballos á todos los de las legiones de Cannas que se encontraban entonces

(1) El individuo del Senado cuyo nombre ocupaba el primer puesto en las tablillas del censor, recibia el título de *princeps senatus*. Al principio fué éste el censor más antiguo, pero vese aquí que se dejó la elección á los censores. Aunque esta distinción no daba derecho á ningún mando, á ninguna utilidad pecuniaria, considerábase como muy importante y ordinariamente se conservaba toda la vida. A esta dignidad se le llamaba *principatus*.

en Sicilia, siendo estos muchos. A este rigor se unió prolongación del servicio; no les contaron las campañas hechas con caballos de la república, y tuvieron que hacer diez montados á expensas propias. El censo descubrió además considerable número de ciudadanos que debían servir á caballo; y entre estos, todos los que al principio de la guerra tenían diez y siete años y no habían servido. En seguida se contrataron los edificios del Foro destruídos por el incendio, que eran siete tiendas, un mercado y el palacio de Numa.

Después de terminarlo todo en Roma, partieron los cónsules para la guerra. Fulvio llegó el primero á Capua: pocos días después se le reunió Fabio y conjuró á su colega de viva voz, y por cartas suplicó á Marcelo que ocupasen á Aníbal sin darle punto de reposo, mientras él mismo iba á sitiar á Tarento. Una vez perdida esta plaza, viéndose rechazado en todas partes el enemigo, no teniendo ya asilo donde refugiarse, no pudiendo contar con nadie, carecería de motivo para permanecer en Italia. Favio envió también un mensajero al jefe de la guarnición que el cónsul Levino había dejado en Regio para contener á los brucios. Esta guarnición constaba de ocho mil hombres, sacados la mayor parte, como ya dijimos, de Agathyrna, en Sicila, gentes habituadas á vida de pillaje; habíanseles reunido desertores brucios que tenían audacia y hasta necesidad de intentarlo todo. Fabio mandó á aquel jefe que talase primeramente el territorio brucio y que en seguida sitiase á Caulonia. Esta orden fué ejecutada, no solamente con ardor, sino con avidez: saquearon y dispersaron á los campesinos, y en seguida estrecharon vivamente la plaza. Marcelo, á quien inflamaban las cartas del cónsul y el convencimiento de que era el único general romano que podía hacer frente á Aníbal, dejó sus cuarteles de invierno en cuanto el campo le ofreció forraje y en-

contró á los cartagineses cerca de Canusio. Aníbal solicitaba á la ciudad para que se le entregase; pero al primer rumor de la llegada de Marcelo, levantó el campamento. El terreno era despejado, no podía prepararse en él ninguna emboscada y trató de llegar á parajes forestales. Siguióle Marcelo; levantaba su campamento enfrente del de Aníbal, y en cuanto lo fortificaba, ponía sus legiones en batalla. Aníbal se limitaba á trabar ligeras escaramuzas por medio de su caballería y los honderos de su infantería, no creyendo necesario arriesgar una batalla general, á la que sin embargo tuvo que llegar no obstante sus esfuerzos. Habíase adelantado durante la noche, pero Marcelo le alcanzó en medio de una llanura espaciosa, lanzóse por todas partes sobre sus trabajadores y le impidió formar el campamento. Entonces se vino á las manos y la batalla fué general: al acercarse la noche se separaron los dos ejércitos con igual ventaja; establecieron sus campamentos á muy corta distancia y antes de obscurecer los fortificaron apresuradamente. Al amanecer el día siguiente salió Marcelo en batalla. Aníbal aceptó el combate y dirigió larga arenga á los suyos: «Bastábales recordar Trasimeno y Cannas para abatir la altivez del enemigo: constantemente perseguidos y estrechados, hostigados en sus marchas, molestados en sus campamentos, no tenían momento de reposo, ni podían dirigir una mirada en derredor. Cada día al amanecer veían á los romanos en batalla en la llanura: un solo combate, en el que corriese la sangre del enemigo, bastaría para moderar su ardimiento» Estas palabras les inflamaron; cansados además de la insolencia del enemigo que diariamente les estrechaba y hostigaba, comenzaron vigorosamente el ataque. Más de dos horas estuvieron combatiendo: por parte de los romanos se vió ceder la caballería de la derecha y lo más escogido de los aliados: Marcelo hizo

avanzar á la primera fila la legión décimaoctava. La confusión de los que cedían, la lentitud de los que les reemplazaban, rompieron toda la línea y muy pronto fué completa la derrota. El miedo era mayor que la vergüenza, y los romanos huían por todas partes. Este combate y esta derrota les costaron cerca de dos mil setecientos hombres entre ciudadanos y aliados: en este número se contaban cuatro centuriones y dos tribunos militares, M. Licinio y M. Helvio. El ala que comenzó la fuga perdió cuatro enseñas y dos la legión que reemplazó á los aliados.

Cuando Marcelo entró en su campamento arengó á los soldados con tanta dureza y acritud que las fatigas de un combate desgraciado durante un día entero les parecieron más soportables que el lenguaje del general. «En nuestra vergüenza, dijo, todavía reverencio y alabo á los dioses inmortales por no haber permitido que los vencedores, aprovechando el miedo que os precipitaba en vuestras fortificaciones, viniesen á atacar el campamento. Sin duda lo habríais abandonado con el mismo miedo que os ha hecho desertar del campo de batalla. ¿Y por qué ese terror, ese espanto? ¿Por qué ese repentino olvido de lo que sois, ¡oh romanos! y de lo que son vuestros enemigos? Esos enemigos son los que habéis vencido y perseguido toda la campaña última, aquellos cuya fuga estrechabais antes día y noche, los que hostigabais con vuestras escaramuzas, á los que ayer mismo imposibilitabais marchar y acampar. Pero omito estos títulos de gloria: solamente quiero mostraros vuestra vergüenza y vuestra falta. Ayer era igual la ventaja al terminar el combate. ¡Qué cambio en una noche y un día! ¿Algunas horas han disminuído vuestras fuerzas y duplicado las suyas? No, no hablo á mi ejército; vosotros no sois romanos: no tenéis más que el aspecto y las armas. ¡Ah! Si hubieseis tenido tam-

bién el valor, ¿os habría visto el enemigo volver la espalda? ¿Habría cogido las enseñas de algún manípulo ó cohorte? Hasta ahora había podido destrozar legiones romanas: á esto se limitaba su gloria: hoy, siendo vosotros los primeros, ha tenido la de poner en fuga un ejército.» Por todas partes se alzó un grito pidiendo gracia por aquella jornada; cuando el cónsul quisiera podría poner á prueba el valor de sus soldados. «¡Bien, sí!, replicó, os pondré á prueba, soldados; mañana os llevaré al combate, y que la victoria os consiga un perdón que en vano solicitaréis vencidos.» Por orden suya, las cohortes que habían perdido las enseñas recibieron pan de cebada; los centuriones de los manípulos culpables de la misma falta, fueron condenados á llevar la espada desnuda sin bandolera, y á la mañana siguiente caballería é infantería habían de estar sobre las armas. El cónsul despidió entonces á los soldados, que reconocían la justicia de las reconvenciones, y proclamaban que aquel día en el ejército romano no había habido más que un valiente, el general; que pagarían su culpa muriendo ó consiguiendo brillante victoria. A la mañana siguiente todos se encontraban armados y en las filas, según las órdenes de Marcelo. Felicitóles el general y declaró que aquellos que dieron principio á la fuga el día anterior, así como las cohortes que habían perdido sus enseñas, ocuparían la primera fila. Díjoles que habían de luchar y vencer; que todos y cada uno en particular debían esforzarse para impedir que la noticia de su derrota llegase á Roma antes que la de la victoria. En seguida les mandó comer para que no les faltasen las fuerzas si se prolongaba la batalla, y cuando todo lo hubo dicho y hecho para excitar el valor de las tropas, marchó al enemigo.

Al enterarse de ello, exclamó Aníbal: «Tengo que habérmelas con un adversario que no sabe contenerse

en buena ni en mala fortuna. Vencedor, persigue obstinadamente al enemigo. Vencido, renueva el combate con los vencedores.» En seguida mandó dar la señal y salió del campamento. Por ambos lados peleaban con más encarnizamiento que la víspera, queriendo los cartagineses conservar la gloria de su triunfo y los romanos lavar la deshonra de su derrota. La izquierda de los romanos tenía en primera línea la caballería y las cohortes que habían perdido las enseñas; á la derecha estaba la legión vigésima; los legados L. Cornelio Léntulo y C. Claudio Nerón mandaban las dos alas, permaneciendo en el centro Marcelo, instigador y testigo de su valor. Aníbal había colocado al frente sus españoles, que constituían toda la fuerza de su ejército. Como hacía mucho tiempo que permanecía indecisa la victoria, el cartaginés mandó avanzar los elefantes á la primera línea, esperando introducir desorden y espanto. Y al principio perturbaron las filas, pisoteando ó dispersando por el terror á los más cercanos y dejando descubierto el flanco del ejército romano. La derrota se hubiese propagado, si el tribuno C. Décimo Flavo no hubiera cogido la enseña del primer manípulo de los hastatos, arrastrando al manípulo en pos, llevándole á lo más recio de la pelea para contener la confusión producida por el grueso de los elefantes y mandando una descarga de venablos. Ni uno de ellos se perdió, arrojados tan de cerca sobre aquellas enormes masas formadas en columna cerrada; pero si todos los elefantes no quedaron heridos, aquellos en cuya espalda se habían clavado los venablos emprendieron la fuga (estos animales son auxiliares muy dudosos) y arrastraron con ellos á los que no habían recibido heridas. Entonces no fué solamente un manípulo, sino todos los soldados que se encontraban al alcance, arrojaban dardos á porfía sobre los fugitivos elefantes, que se precipitaban furio-

sos sobre los cartagineses, á los que hacían más daño que á los romanos; porque, impulsado por el miedo, el elefante muestra más ardor que cuando le conduce su guía. Una vez quebrantado el enemigo por la desordenada carrera de aquellos animales, la infantería romana cayó sobre él, lo dispersó y puso en fuga sin grandes esfuerzos. En seguida lanzó Marcelo sobre los fugitivos su caballería, que no se detuvo hasta después de haberles rechazado, dominados por el miedo, hasta su campamento; porque para colmo de espanto y de temor, dos elefantes habían caído delante de la puerta y los soldados tenían que franquear el foso y las empalizadas. Allí tuvo lugar la mayor matanza; los cartagineses perdieron cerca de ocho mil hombres y cinco elefantes. La victoria fué sangrienta también para los romanos, costándoles cerca de mil setecientos legionarios y más de mil trescientos aliados, sin contar la multitud de heridos, tanto ciudadanos como aliados. Aníbal levantó el campamento á la noche siguiente, y Marcelo quería perseguirle, pero se lo impidió el considerable número de sus heridos.

Los exploradores enviados detrás del enemigo anunciaron á la mañana siguiente que se dirigía al Brucio. Casi al mismo tiempo el cónsul Q. Fabio recibió la sumisión de los hirpinos, lucanios y volcentes, quienes les entregaron las guarniciones cartaginesas de sus ciudades. El cónsul les trató con clemencia, limitándose á algunas reconvenciones por su defección. Hízoseles esperar también á los brucios su indulgencia, cuando los hermanos Vibio y Paccio, que eran los principales de la nación, vinieron á ofrecerle que se someterían con iguales condiciones que habían conseguido los lucanios. El cónsul Q. Fabio tomó Mandaria á los salentinos, haciendo cerca de cuatro mil prisioneros y recogiendo considerable botín; en seguida marchó á Tarento

y acampó á la misma entrada del puerto. Las naves que habían servido á Livio para proteger sus convoyes las cargó con máquinas é instrumentos á propósito para atacar las murallas, balistas con piedras y proyectiles de toda clase, haciendo lo mismo con las naves de transporte, comprendiendo en éstas las que marchaban á remo. De esta manera podía avanzar máquinas y escalas hasta el pie de las murallas, y alcanzar desde lejos á los defensores de la ciudad sobre los parapetos. Las naves estaban aparejadas y dispuestas para atacar la plaza desde alta mar. Encontrábase libre el golfo de Tarento, porque la flota cartaginesa se hallaba en Corcira para ayudar á Filipo en su guerra con los etolios. Entretanto, á la llegada de Aníbal al Brucio, los que sitiaban á Caulonia, temiendo verse aplastados, se retiraron á una altura, al abrigo de sorpresas. Fabio, que sitiaba á Tarento, debió á la circunstancia más indiferente en apariencia el éxito de su importante empresa. Aníbal había enviado á los tarentinos un refuerzo de soldados brucios; el jefe de este refuerzo estaba perdidamente enamorado de una joven, cuyo hermano servía á las órdenes del cónsul. Enterado por ella de sus recientes relaciones con el extranjero, que era rico y considerado entre los suyos, el romano concibió la esperanza de conseguir lo que quería de aquel hombre por medio de su hermana, y así lo comunicó al cónsul, que le aprobó y le mandó presentarse como desertor en Tarento. Allí, por medio de su hermana, trabó íntimas relaciones con el jefe, sondeó en secreto sus disposiciones, y cuando se hubo asegurado de su ligereza, consiguió por las seducciones de que le rodeó, que el brucio entregase la puerta cuya custodia le estaba encomendada. Convenidos los medios de ejecución y fijado el momento, una noche se escapó el romano furtivamente de la ciudad entre dos guardias y marchó á enterar

al cónsul de su conducta y de las medidas concertadas. A la primera vigilia dió Fabio la señal á los soldados de la fortaleza y á los que guardaban el puerto; después, dando él mismo vuelta al puerto, marchó secretamente á tomar posición al Oriente de la ciudad. Á poco rato se oyeron á la vez las bocinas de la fortaleza del puerto y de las naves que avanzaban de alta mar; y en seguida, por el lado donde menos había que temer, se elevaron de intento gritos mezclados con espantosa confusión. Entretanto contenía Fabio en el silencio á los suyos. Demócrato, que había mandado la flota de Tarento, y que entonces estaba encargado de defender el puesto amenazado por el cónsul, oyendo en medio del silencio que le rodeaba el ruido promovido en otra parte y los clamores que parecían anunciar una ciudad tomada por asalto, temió que el cónsul aprovechase su tardanza para forzar algún punto y fijar en él sus enseñas; por lo que acudió con sus tropas hacia la ciudadela, de donde partían los rumores más terribles. Fabio, por el tiempo transcurrido, por el silencio que había reemplazado á las voces de los soldados que antes se animaban y gritaban á las armas, calculó que la guardia se había alejado, y mandó fijar las escalas en el punto guardado por la cohorte brucia, como le había dicho el autor de la trama. Por allí se apoderaron primeramente de la muralla, con el auxilio y apoyo de los brucios y penetraron en la ciudad. En seguida rompieron la puerta inmediata y los romanos entraron en tropel lanzando penetrantes gritos, y como el día comenzaba á despuntar, llegaron sin encontrar resistencia al centro del Foro, donde cayeron sobre ellos por todas partes los que combatían en la fortaleza y en el puerto.

Á la entrada del Foro se trabó un combate furioso, pero poco duradero. Valor, armas, habilidad militar, vigor y fuerza de cuerpo, todo era superior en los ro-

manos. Así fué que los tarentinos, lanzaron sus venablos, y sin venir á las manos emprendieron la fuga y se dispersaron por pasos conocidos á sus casas ó á las de sus amigos. Dos generales suyos Nirón y Demócrato sucumbieron como valientes. Filemón, que había arrastrado á los tarentinos al partido de Aníbal, se alejó del combate á toda brida, viéndose á poco vagar extraviado su caballo por las calles de la ciudad, pero no se encontró su cuerpo, creyéndose que se precipitó en un pozo. Carthalón, jefe de la guarnición cartaginesa, había depuesto las armas, y cuando recordaba al cónsul, al acercarse á él, la hospitalidad que unía á sus padres, lanzóse sobre él un soldado y le mató. En seguida todos los soldados degollaron por todas partes sin distinción á cuantos encontraron armados ó desarmados, cartagineses ó tarentinos. Hasta muchos brucios fueron muertos por equivocación, ó tal vez á causa de la antigua malquerencia que les tenían, ó para borrar toda huella de traición y hacer creer que habían tomado á Tarento por asalto. A la matanza siguió el pillaje. Dícese que se apoderaron de treinta mil esclavos, de inmensa cantidad de plata labrada y acuñada y de ochenta y tres mil libras de peso de oro. Las estatuas y cuadros valían casi tanto como las maravillas de Siracusa; pero Fabio supo ver aquellas riquezas con más desinterés y grandeza de alma que Marcelo. El escriba le preguntaba qué quería hacer de las estatuas (dioses de dimensiones colosales, ostentando sus atributos y todos en actitud de combate). «Que Tarento guarde sus dioses irritados,» contestó. En seguida mandó arrasar la muralla que separaba la ciudad de la fortaleza.

Mientras ocurrían estas cosas en Tarento, Aníbal, que había recibido la sumisión de las fuerzas acampadas delante de Caulonia, enterado del sitio de Tarento, avanzaba día y noche á marchas forzadas, deseando

socorrer la plaza. Á la noticia de que había sido tomada, exclamó: «Los romanos tienen también su Aníbal; hemos perdido á Tarento por el mismo arte que nos lo entregó.» Sin embargo, para no dar á su retirada el aspecto de una derrota, acampó en el punto en que se había detenido, á más de cinco millas de la plaza, y pasados algunos días, marchó á Metaponto. Desde allí envió dos metapontinos á Tarento con cartas de los principales ciudadanos para Fabio, en las que le pedían jurase olvido por el pasado; con estas condiciones le ofrecían entregarle la ciudad con la guarnición cartaginesa. Fabio, que creyó en la sinceridad del ofrecimiento, fijó el día en que se presentaría delante de Metaponto, y entregó para los ciudadanos principales una respuesta que llevaron á Aníbal. Satisfecho del éxito y gozoso de ver al mismo Fabio envuelto en sus redes, el cartaginés preparó una emboscada cerca de Metaponto. Pero Fabio consultó los auspicios antes de partir, y dos veces fueron contrarias las aves. Entonces mandó inmolar una víctima para interrogar á los dioses, y el arúspice le previno que se precaviese de los fraudes y lazos del enemigo. Como en el día señalado no se veía llegar al cónsul, le enviaron los dos metapontinos para que disipasen sus vacilaciones; pero les prendieron en el acto, y el temor de la tortura les hizo declarar.

Al comenzar la campaña en que se realizaron estos acontecimientos, P. Escipión, que había dedicado todo el invierno en España á ganar de nuevo la benevolencia de los bárbaros, tanto por regalos, como por la devolución de los rehenes y de los prisioneros, vió llegar á él á Edescon, uno de los principales jefes españoles. Su esposa y sus hijos estaban en poder de los romanos, pero no era éste el único motivo que le llevaba, sino que seguía una especie de tendencia fortuita que arrastraba á la España entera del partido de los cartagineses al

de los romanos. Iguales motivos impulsaron á Indibilis y á Mandonio, los dos príncipes más poderosos del país, á abandonar, con todos sus compatriotas, el campamento de Asdrúbal y á retirarse á las alturas que lo dominaban, con objeto de poder reunirse seguramente con los romanos por la cresta de las montañas. Asdrúbal, que veía aumentar por este medio las fuerzas del enemigo y disminuir las suyas, comprendió que, si no le salvaba un golpe de mano, muy pronto quedaría consumada su ruina; resolviendo combatir á la primera ocasión. Más impaciente todavía se encontraba Escipión: los triunfos aumentaban sus esperanzas, y además, prefería adelantarse á la unión de los ejércitos enemigos y no tener que habérselas más que con un solo cuerpo y un solo general. Sin embargo, para el caso en que se encontrase enfrente muchos adversarios, había sabido hábilmente duplicar sus fuerzas. Viendo que la flota le era inútil, porque no se presentaba en las costas de España ninguna nave cartaginesa, la dejó en seguridad en Tarragona y reunió el ejército naval con el de tierra. Estaba abundantemente provisto de armas, porque las había encontrado en Cartagena, y las había hecho construir después de la toma de aquella ciudad en los numerosos talleres que encerraba. Al frente de aquellas fuerzas salió de Tarragona; al comenzar la primavera, se puso de acuerdo con Lélio, que había regresado de Roma, y sin el que nada decisivo quería emprender, y marchó derechamente al enemigo. Todo estaba tranquilo en el camino, recibiéndole amigos que le agasajaban en las fonteras de cada pueblo. Entonces se presentaron Indibilis y Mandonio con sus tropas; el primero habló en su nombre, no con la ruda experiencia de un bárbaro, sino con prudencia muy grave, justificando más bien su sumisión como una necesidad, que gloriándose de haberla ofrecido á la pri-

mera ocasión. «Sabía, dijo, que el nombre de desertor lo maldecían los aliados á quienes se había hecho traición y era sospechoso para aquellos á quienes se buscaba; no censuraba esta opinión general, si aquel doble desprecio recaía sobre la cosa y no sobre la palabra.» En seguida enumeró los servicios que había prestado á los generales cartagineses, y la avaricia, la insolencia, los ultrajes de todo género con que le habían pagado, tanto á él como á sus conciudadanos. Así era que solamente sus cuerpos habían estado hasta entonces con ellos, pero sus corazones pertenecían desde mucho antes á los que respetaban la justicia y el honor. También había recurrido en sus súplicas á los dioses vengadores de la violencia y de la injusticia. Rogaban á Escipión que no considerase su sumisión como mérito ni como crimen, porque experimentándoles desde aquel día apreciaría sus servicios.» Así se lo prometió Escipión: no consideraba como desertores á los que no habían podido creer en la duración de una alianza con un pueblo, para el que nada tenían de sagradas las leyes divinas y humanas. Entonces llevaron á su presencia á sus esposas é hijos, á los que recibieron con lágrimas de regocijo; dióseles hospitalidad por aquel día, y al siguiente se confirmó la alianza con juramento y se les envió á reunir sus tropas: desde entonces habitaron el campamento de los romanos y ellos mismos guiaron la marcha contra el enemigo.

El ejército cartaginés más inmediato era el de Asdrúbal, acampado cerca de la ciudad de Becula. La caballería ocupaba las avanzadas. En cuanto llegaron delante de ella los vélites, los exploradores y toda la vanguardia, sin esperar á que trazasen el campamento, la caballería cartaginesa cayó sobre ellos con desprecio; por aquel choque se comprendía bien las disposiciones de los dos partidos. Los jinetes fueron rechazados en

desorden á su campamento y las enseñas romanas llegaron casi á las puertas. Este combate sólo sirvió para irritar á los romanos, que establecieron su campamento. Durante la noche, Asdrúbal hizo retirar sus tropas á una altura, cuya cumbre se extendía en plataforma; por la espalda corría un río; por delante y los costados la rodeaba una especie de ribera abrupta; más bajo y tocando á la meseta se extendía otra explanada rodeada de pendientes igualmente escarpadas y difíciles de subir. En esta explanada fué donde, á la mañana siguiente, viendo Asdrúbal á los romanos formados en batalla delante de su campamento, colocó la caballería númida, los baleares armados á la ligera y los africanos. Escipión recorrió sus líneas y las filas de los soldados, mostrándoles «aquel enemigo, que perdiendo de antemano la esperanza de vencer en la llanura, buscaba las alturas, y confiando en su posición y no en su valor ó en sus armas, quedaba inmóvil delante de ellos. Mucho más altas eran las murallas de Cartagena que había escalado el soldado romano. Las alturas, la fortaleza, el mar, nada había resistido á sus armas. La posición elevada que el enemigo había ocupado no produciría otro efecto que hacerle franquear en su fuga las escabrosidades y precipicios, pero que les cortaría también aquella retirada.» En seguida encargó á una cohorte que ocupase la garganta del valle que atravesaba el río, y á otra que cortase el camino que conducía de la fortificación á la llanura por las sinuosidades de la montaña. Él mismo, con las tropas ligeras que dispersaron la víspera las avanzadas de Asdrúbal, marchó al enemigo, apostado en la meseta inferior. Al principio el único obstáculo fueron las asperezas del camino; pero en cuanto llegaron á tiro de venablo, cayó sobre ellos lluvia de armas arrojadizas de todas clases; los romanos contestaron con las piedras que cubrían el suelo, casi todas

manejables; hasta los siervos, haciendo oficio de soldados, intervenían en el ataque. A pesar de las dificultades del terreno y la granizada de venablos y de piedras que les abrumaba, la costumbre de subir al asalto y su perseverancia les hizo llegar á arriba; y en cuanto conquistaron un poco de terreno llano, bastante para fijar el pie, atacaron á aquellas tropas ligeras, aquellos tiradores númidas, valientes desde lejos, que servían para pelear á distancia con armas arrojadizas, pero incapaces de sostener un combate cuerpo á cuerpo; desalojáronles y les rechazaron con pérdida considerable hasta la meseta superior, donde se encontraba el grueso del ejército. Entonces lanzó Escipión á los vencedores sobre el centro enemigo, dividió el resto de sus tropas con Lelio, y le mandó rodear la altura por la derecha hasta que encontrase una pendiente menos escarpada. Él mismo, después de corto rodeo, cogió al enemigo de flanco por la izquierda. Al principio se produjo completo desorden, porque asustados por los gritos que resonaban por todas partes, los cartagineses querían cambiar de dirección y hacer frente. Durante el tumulto llegó Lelio; el enemigo retrocedió para no ser cogido por la espalda; sus primeras filas se aclararon, dejando al centro de los romanos bastante espacio para establecerse, cosa que no habría sucedido de permanecer inquebrantables las líneas cartaginesas con sus elefantes en el frente de batalla. En medio de general matanza, Escipión que con su izquierda había atacado la derecha del enemigo, estrechaba el flanco descubierto. La fuga era imposible; puestos romanos ocupaban todos los pasos á derecha é izquierda, y la evasión de Asdrúbal y de los jefes había obstruído la puerta del campamento. Añádase el furor de los elefantes, tan temibles en su miedo como los romanos, por cuya razón perecieron cerca de ocho mil hombres.

Asdrúbal, que antes de la batalla había retirado el dinero, hizo partir primeramente los elefantes, recogió cuanto pudo de los restos de su derrota, y siguió las orillas del Tajo para alcanzar el Pirineo. Dueño Escipión del campamento enemigo, separó los hombres libres y abandonó á los soldados el resto del botín; al contar los prisioneros encontró diez mil infantes y dos mil jinetes, despidiendo á los españoles sin rescate y vendiendo á los africanos por medio del cuestor. Entonces fué cuando agrupándose en derredor suyo la multitud de españoles, tanto los que se habían sometido antes, como los prisioneros de la víspera, le proclamaron rey con unánime grito. Escipión les impuso silencio por medio de un pregonero, y dijo: «Que á sus ojos, el mejor título era el de *Imperator* (1) que le habían dado sus soldados. Aquel nombre de rey, tan deslumbrador en otras partes, era odioso en Roma; podían suponerle ánimo real, si para ellos era signo de verdadera grandeza en el hombre, pero no debían decirlo y sí guardarse de pronunciar aquella palabra.» Los bárbaros comprendieron aquella magnanimidad; aquel nombre, que tanto ambicionaban los mortales, no podía desdeñarse sino estando colocados muy alto. Escipión hizo en seguida regalos á los príncipes y reyes españoles, disponiendo que Indibilis eligiese trescientos caballos entre la multitud que habían cogido al enemigo. Entre los africanos que el cuestor vendía por orden del general, encontrábase un adolescente sobre mane-

(1) Los soldados romanos reunidos después de una victoria, acostumbraban á saludar á su general con el título de *imperator*. Los romanos odiaban el nombre de rey, aunque lo habían conservado y lo daban á dos magistrados, uno temporal y otro permanente, el *inter-rex* que reemplazaba á los cónsules hasta que se nombraban otros, y el *rex sacrorum* que tenía la superintendencia de los sacrificios.

ra hermoso; enterado de que pertenecía á sangre real, lo envió á Escipión, que le preguntó «quién era, á qué familia pertenecía, y por qué, siendo tan joven, se encontraba en los campamentos.» El adolescente contestó: «que era númida y que se llamaba Masiva; siendo huérfano, le había educado su abuelo materno Gala, rey de los númidas; su tío Masinisa lo llevó á España con los refuerzos de caballería que trajo antes á los cartagineses. Masinisa le había alejado hasta entonces de los combates á causa de su edad; pero el día de la batalla, sin que se enterase su tío, se había apoderado de una armadura y de un caballo, y lanzado al combate, en el que cayó su caballo, derribándole y haciendo que se apoderasen de él los romanos.» Escipión mandó guardar al joven númida y terminó los asuntos que le retenían en el tribunal. Cuando entró en su tienda, volvió á llamarle y le preguntó «si quería volver al lado de Masinisa.» El niño contestó llorando de alegría «que sí lo deseaba.» Escipión le dió entonces un anillo de oro, una lactidavia, un manto español con broche de oro y un caballo enjaezado, y encargando en seguida á algunos jinetes que le escoltasen hasta donde quisiera, le despidió.

En seguida se reunió consejo de guerra, pronunciándose muchos por que se emprendiese inmediatamente la persecución de Asdrúbal. Escipión consideró dudoso este partido: queriendo solamente impedir la unión del general vencido con Magón y el otro Asdrúbal, destacó algunas tropas para que ocupasen los Pirineos: en seguida empleó el resto del verano en recibir la sumisión de los pueblos españoles. Pocos días después de la batalla de Becula regresaba á Tarragona, y ya había atravesado el desfiladero de Cástulon, cuando Magón y Asdrúbal Gisgón, acudiendo de la España ulterior, se reunieron con Asdrúbal: el socorro era tardío después

de la derrota; pero su presencia podía ser útil para combinar nuevo plan de operaciones. En una conferencia, en la que se enteró de las disposiciones de cada provincia de España, Asdrúbal Gisgón fué el único que sostuvo que toda la costa del Océano hacia Cádiz, que no conocía á los romanos todavía, permanecería fiel á Cartago. El otro Asdrúbal y Magón sabían bien que los beneficios de Escipión habían conquistado los ánimos de los particulares y de los pueblos. «El único medio de poner término á las deserciones, decían, era trasladar todos los soldados españoles á los extremos de la provincia ó á la Galia; así es que Asdrúbal debía, hasta sin autorización del Senado de Cartago, marchar á Italia, donde estaba lo más recio de la guerra y el verdadero teatro de los acontecimientos; además, su marcha separaba los soldados españoles de España y de la influencia del nombre de Escipión. Su ejército, debilitado por las deserciones y un combate desgraciado, podía completarse con españoles. Magón, por su parte, dejando su ejército al hijo de Gisgón, marcharía á las Baleares, provisto de dinero para contratar auxiliares: Asdrúbal Gisgón marcharía con su ejército al fondo de la Lusitania y evitaría todo combate con los romanos. En cuanto á Masinisa, se le escogerían entre toda la caballería tres mil hombres, con los que recorrería la España citerior; socorriendo á los aliados y saqueando las ciudades y campos enemigos.» Después de convenidas estas disposiciones, los generales se separaron para acelerar su ejecución. Tales fueron los acontecimientos ocurridos este año en España. En Roma aumentaba de día en día la fama de Escipión: la toma de Tarento, debida más á la astucia que al valor, no dejaba de ser gloriosa para Fabio; pero su reputación decrecía y el mismo Marcelo empezaba á encontrar oposición: además de su primer descalabro, censurábanle que, á pesar

de las correrías de Aníbal por Italia en pleno estío, había hecho entrar las tropas en sus cantones de Venusia. Era enemigo suyo C. Publicio Bíbulo, tribuno del pueblo: este magistrado, desde el primer consulado, que fué funesto á Marcelo, en todas las asambleas tomaba empeño en desacreditarle y en provocar contra él la animosidad del pueblo; llegando ya á pedir hasta su destitución. Los parientes de Marcelo consiguieron que dejase un teniente en Venusia, para que viniese á Roma á justificarse de las acusaciones formuladas contra él, y que no se trataría de su deposición durante su ausencia. La casualidad reunió en Roma casi al mismo tiempo á Marcelo y á Q. Fulvio, el uno para evitar la mancha que le amenazaba y el otro para celebrar los comicios.

Del asunto del mando de Marcelo se trató en el circo Flaminio, en medio de inmenso concurso de pueblo y de todos los órdenes. El tribuno envolvió en sus acusaciones á Marcelo y á toda la nobleza: «Su mala fe, sus vacilaciones durante diez años, hacían de Italia como una provincia de Aníbal, donde había pasado más tiempo que en Cartago. ¡Bien recompensado estaba el pueblo por haber prorrogado á Marcelo en el mando! ¡Su ejército, dos veces derrotado, pasaba el verano en Venusia!» Marcelo anonadó de tal manera á su adversario con la enumeración de sus hazañas, que todas las centurias, no contentas con rechazar la ley propuesta, cuyo objeto era destituirle, le elevaron á la mañana siguiente al consulado por unanimidad, dándole por colega á T. Quincio Crispino, que era entonces pretor. Al siguiente día crearon pretores á P. Licinio Craso Dives, pontífice máximo; P. Licinio Varo, Sex. Julio César y Q. Claudio Flamen. Durante los comicios alarmó á Roma el rumor de una sublevación en Etruria. Había partido la señal de Arrecio, según carta de C. Calpur-

nio, propretor de aquella provincia. Enviaron allá al cónsul designado, Marcelo, con orden de examinar el asunto, y si las circunstancias lo exigían, llamar el ejército de la Apulia y trasladar el campo de la guerra á la Etruria. Este temor contuvo á los etruscos y no se movieron. Los tarentinos habían enviado á pedir la paz y libertad de vivir según sus propias leyes, y el Senado aplazó su contestación para la época del regreso del cónsul Fabio. Este año se celebraron los juegos romanos y los juegos plebeyos (1) en un solo día. Fueron ediles curules L. Cornelio Caudino y Ser. Sulpicio Galba: ediles plebeyos C. Servilio y Q. Cecilio Metelo. Se había disputado á Servilio el derecho de ser tribuno del pueblo y se le disputaba el de ser edil, porque su pa-

(1) Los juegos plebeyos tenian por objeto recordar la conquista de la libertad realizada por el pueblo en su retirada al Monte Sacro. Ordinariamente se celebraban á mediados del mes de Octubre durante tres días; la costumbre obligaba á los ediles á dar en aquella época una comida al pueblo. Distinguianse estos juegos de los romanos en que los daban los ediles plebeyos, y los otros los curules.

Los juegos romanos llevaban este nombre porque los fundó, ó al menos restableció, Rómulo, y se llamaban también grandes porque se celebraban con más pompa y magnificencia que todos los demás. Al principio se establecieron en honor del dios Consus, pero más adelante se consagraron á las tres grandes divinidades, Júpiter, Juno y Minerva. Estos son los juegos generalmente conocidos con el nombre de *circenses* y fueron los más antiguos de Roma. Antes de que Tarquino construyese el circo, los celebraban en la isla del Tiber. Al principio solamente duraban un dia, pero acentuándose poco á poco el gusto del pueblo por aquellos espectáculos á medida que se encontraba más satisfecho, y permitiéndolo la prosperidad de la república, se continuaron durante muchos días. Comenzaban con una procesión que partia del Capitolio, terminando en el circo. Lo principal del espectáculo lo formaban los juegos gimnásticos; añadiase las carreras de carros y groseras representaciones de bailarines etruscos.

dre, antiguo tribuno agrario (1), que por espacio de diez años se le creyó asesinado por los boyos, vivía aún y se tenía seguridad de que se encontraba en poder de los enemigos (2).

En el año undécimo de la guerra púnica, entraron en cargo M. Marcelo y T. Quincio Crispino. Era este el quinto consulado de Marcelo, si se tiene en cuenta

(1) Los romanos nombraban frecuentemente comisarios para casos particulares de administración, y les daban el nombre de triunviros, porque los nombraban en número de tres. Así, pues, cuando querían fundar una colonia, ponían al frente de la emigración y encargaban de la distribución de terrenos á comisarios nombrados para este efecto, con el título de triunviros agrarios.

(2) Al hijo del esclavo, según se ve por este pasaje, no se le permitía ocupar magistraturas. En el derecho romano no varió jamás el principio de que todo prisionero de guerra era esclavo, y como esclavo, perdía todos los derechos; porque la pérdida de la libertad arrastra la de todos los otros derechos. Pero la cautividad no destruía la autoridad paterna, al menos inmediatamente. El estado de los hijos quedaba en suspenso, y para determinar si habían sido hijos de familia ó *sui juris*, era necesario esperar la muerte ó el regreso del padre cautivo. En el primer caso, vuelto á su país el prisionero, se suponía que no había salido de él, y por consiguiente, que jamás había caído en esclavitud; recobraba, pues, sus derechos de padre de familia, hasta en cuanto al pasado, ó, mejor dicho, los conservaba sin haberlos perdido jamás y sus hijos estaban bajo su potestad. Tal era la consecuencia de una ficción de derecho, admitida bajo el nombre de *postliminium*. Si por el contrario, el prisionero moría en poder del enemigo, sus hijos quedaban libres y *sui juris*. Algunos jurisconsultos, entre ellos Justiniano, entienden que la libertad se entendía desde la época en que cayó el padre en esclavitud.

La cautividad del hijo de familia suspendía también la autoridad paterna, sin disolverla completamente, porque la ficción del *postliminium* se aplicaba también al hijo de familia.

Esta ficción tenía lugar en todos los casos en que el prisionero regresaba, bien recobrado del enemigo, bien rescatado ó escapado de un modo cualquiera, con tal de que no regresase, como Régulo, con el propósito de volver al enemigo.

aquel que, por una irregularidad, no pudo ejercer. Los dos cónsules recibieron la Italia por provincia con dos de los ejércitos consulares del año anterior, porque en Venusia había otro entonces, que era el que había mandado Marcelo. De los tres podían elegir los dos que quisieran, siendo el tercero para aquel á quien la suerte designase á Tarento y el país de los salentinos. En seguida repartieron las otras provincias á los pretores. P. Licinio Varo tuvo la jurisdicción de la ciudad: P. Licinio Craso, pontífice máximo, la de los extranjeros, con orden de marchar adonde le enviase el Senado; la Sicilia tocó á Sex. Julio César y Tarento á Q. Claudio Flamen. Prorrogaron por un año su mando á Q. Fulvio Flaco, que debía ocupar con una legión la provincia de Capua en reemplazo de T. Quincio. Igual favor se concedió á C. Hostilio Túbulo, con el título de propretor en Etruria, y las dos legiones de C. Calpurnio; á L. Veturio Filo, con el mismo título en la Galia y las mismas dos legiones que había mandado durante su pretura. Como L. Veturio, obtuvo C. Arunculeyo, por un decreto del Senado, que confirmó el pueblo, la prorrogación de su pretura y el mando de las dos legiones que tenía á sus órdenes en Cerdeña; añadiéronsele, para la defensa de la provincia, cincuenta naves que P. Escipión debía enviar desde España. P. Escipión y M. Silano conservaron las Españas y sus ejércitos. De las ochenta naves que Escipión había llevado de Italia ó cogido en Cartagena, recibió orden de enviar cincuenta á Cerdeña, porque corrían rumores acerca del armamento considerable que se hacía este año en Cartago y de doscientas naves cartaginesas que debían recorrer todas las costas de Italia, de Sicilia y de Cerdeña. La Sicilia se repartió de esta manera: Sex. César recibió el ejército de Cannas; M. Valerio Levino, prorrogado también en su mando, debía tomar las setenta naves destinadas á

á aquella provincia y reunirlas con las treinta que el año anterior estuvieron en Tarento. Con esta flota de cien naves podía, si lo consideraba conveniente, ir á talar las costas de África. P. Sulpicio conservó su flota y la provincia de Macedonia y Grecia por otro año más. En cuanto á las dos legiones que se encontraban cerca de Roma, no se cambió su destino. Permitióse á los cónsules hacer levas para atender á las necesidades, y aquel año concurrieron veintiuna legiones á la defensa del imperio romano. Encargóse al pretor urbano P. Licinio Varo hacer carenar treinta naves viejas, reunidas entonces en el puerto de Ostia, y armar veinte nuevas, para que una flota de cincuenta naves cubriese la costa vecina de Roma. Prohibióse á C. Calpurnio alejarse de Arrecio con sus tropas antes de la llegada de su sucesor, y se le recomendó lo mismo que á Túbulo, que atendiese muy especialmente á evitar toda tentativa de sublevación.

Los pretores partieron para sus provincias, reteniendo á los cónsules asuntos religiosos. Hablábase de algunos prodigios cuya expiación parecío difícil. En Campania, decían en la ciudad de Capua, el templo de la Fortuna, el de Marte y muhos sepulcros también, habían sido heridos por el rayo. En Cumas (tan cierto es que hasta en las menores cosas la superstición hace intervenir á los dioses) las ratas habían roído los ornamentos de oro del templo de Júpiter. En Casino, considerable enjambre de abejas se había posado en el Foro. El fuego del cielo había herido en Ostia la muralla y una puerta; en Cerea había volado un buitre dentro del templo de Júpiter y en Volsinia se habían teñido de sangre las aguas del lago. Para expiar estos prodigios se celebraron rogativas durante un dia, y durante otros muchos se inmolaron víctimas mayores, aunque sin resultado, porque durante mucho tiempo fué inexorable

la cólera de los dioses. Las funestas consecuencias de estos prodigios cayeron sobre los cónsules, que pagaron por la república. Bajo el consulado de Q. Fulvio y Ap. Claudio, P. Cornelio Sila, pretor urbano, había celebrado por primera vez los juegos apolinarios (1). Después imitaron su ejemplo los pretores de la ciudad; pero ofrecían aquellos juegos por el año corriente, sin fijar el día de la celebración. En este año estalló terrible epidemia en Roma y los campos, aunque causó pocos estragos atendida su duración. Para contener los efectos de la calamidad, se hicieron rogativas en todas las plazas de la ciudad, y P. Licinio Varo, pretor de Roma, recibió orden de proponer al pueblo una ley en la que se haría el voto de celebrar perfectamente aquellos juegos y en día fijo. Este mismo fué el primero que los ofreció, según la ley, y los celebró el 3 de Junio, día consagrado desde entonces á esta solemnidad.

La revolución de Arrecio se hacía cada día más grave y alarmante para el Senado. Escribióse á C. Hostilio que pidiese inmediatamente rehenes á los arretinos, y se envió á T. Terencio Varo con facultades para recibir aquellos rehenes y llevarlos á Roma. A su llegada mandó Hostilio á una legión, que acampaba delante de la ciudad, que entrase en ella con las enseñas levantadas, estableció guardias en todos los puntos convenientes, convocó los senadores al Foro y les exigió rehenes. El Senado pedía dos días para deliberar: «¡Rehenes en el

(1) Los juegos apolinarios ó en honor de Apolo, no se contaron entre las fiestas fijas hasta el año de Roma 544. Estableciéronse estos juegos por la interpretación de algunos versos de los libros sibilinos, por lo que los decenviros sibilicios desempeñaban cierto papel en ellos, que consistía en sacrificar un buey y dos cabras blancas cuyos cuernos doraban. En este dia se celebraban en Roma festines públicos delante de las casas. El pueblo se coronaba de laureles para asistir á estos juegos, teniendo lugar la ceremonia en el circo.

acto, exclamó, ó mañana os arrebato todos vuestros hijos!» En seguida mandó á los tribunos militares, á los jefes de los aliados y á los centuriones que guardasen todas las puertas para evitar evasiones nocturnas; pero la lentitud y negligencia con que se ejecutó esta orden, permitió á siete de los principales senadores que escapasen con sus hijos al obscurecer, antes de que estuviesen colocados los centinelas en las puertas. Al amanecer el día siguiente, habiéndose reunido el Senado en el Foro, notóse su fuga y fueron confiscados sus bienes. Los demás senadores entregaron en rehenes sus propios hijos, en número de ciento veinte, que fueron entregados á C. Terencio para que los llevase á Roma. Por la relación que éste hizo al Senado, aumentaron los temores, y creyéndose amenazados de una sublevación general de la Etruria, se envió á Terencio á la cabeza de una legión urbana, para guarnecer á Arrecio. C. Hostilio debía recorrer la provincia con el otro ejercito y prevenir toda ocasión de tentativa sediciosa. Al llegar con su legión C. Terencio, pidió á los magistrados las llaves de las puertas; contestáronle que no las encontraban; pero persuadido de que en esta desaparición había mala fe antes que negligencia, mandó hacerlas nuevas para cada puerta y tomó todas las medidas necesarias para ser dueño absoluto de la plaza. En un aviso á Hostilio insistió sobre un punto; á saber: que no había tranquilidad por parte de los etruscos, sino mientras su vigilancia impidiese todo movimiento.

El asunto de los tarentinos dió lugar en seguida á vivos debates en el Senado, en presencia de Fabio, que defendía entonces á los que él mismo había reducido por las armas; los demás senadores estaban irritados y asimilaban su falta á la de los campanios, pidiendo para ellos igual castigo. Un senatus-consulto redactado según la opinión de Manio Acilio decidió que la ciudad

quedaría constantemente ocupada por guarnición romana, que los tarentinos no podrían salir de sus murallas, y que se revisaría el asunto completo cuando Italia se encontrase en situación más tranquila. En cuanto á M. Livio, jefe de la fortaleza tarentina, su causa se debatió con menos ardor: según unos, era un cobarde á quien debía censurar el senatus-consulto por haber entregado la ciudad al enemigo: otros opinaban que debía recompensarse á un guerrero que había resistido cinco años en la fortaleza, y que más que nadie había contribuído á la reconquista de Tarento. Tomaban otros un término medio, sosteniendo que incumbía á los censores y no al Senado conocer en este asunto: esta fué la opinión de Fabio. Sin embargo, añadió que «él también creía que se debía á Levio la reconquista de Tarento, como no cesaban de repetir en el Senado sus amigos: porque no se hubiese podido reconquistar de no haberlo él pedido.» El cónsul T. Quincio Crispino partió con soldados nuevos para el ejército de Lucania, que había mandado Q. Fulvio Flaco. Marcelo se encontraba atormentado por muchos escrúpulos religiosos que le retenían en Roma: durante la guerra gálica, en la batalla de Clastidio, ofreció un templo al Honor y el Valor, y los sacerdotes no permitían su dedicación, pretendiendo que no podía dedicarse un mismo santuario á dos divinidades: si le hería el rayo ó se realizaba algún prodigio en él, sería muy difícil hacer las expiaciones, porque no se sabría á qué dios dirigir el sacrificio. En efecto, según los ritos, no podía inmolarse una sola víctima á dos divinidades, exceptuando determinados casos. Elevóse, pues, apresuradamente otro templo dedicado al Valor, pero no hizo la dedicación Marcelo, viéndose obligado á marchar á reunirse con sus reclutas al ejército que había dejado el año anterior en Venusia. Crispino emprendió el sitio de Locros en el Bru-

cio: preocupándole la gloria de que había cubierto á Fabio la toma de Tarento, había hecho llegar de Sicilia máquinas de toda clase y hasta naves para atacar la ciudad por el lado del mar; pero levantó el sitio á la noticia de que Aníbal se acercaba desde Lacinia con todas sus fuerzas y de que su colega, con el que quería reunirse, había salido ya de Venusia. Regresó, pues, del Brucio á la Apulia, y los dos cónsules establecieron sus campamentos entre Venusia y Bancia á menos de tres millas de distancia uno de otro. Aníbal les siguió á esta provincia, después de parar el golpe que amenazaba á Locros. Casi todos los días acudían ardorosamente los cónsules á presentarle batalla, creyéndose seguros de vencerle si el enemigo se atrevía á chocar contra dos ejércitos consulares reunidos.

Aníbal, que el año anterior había luchado dos veces con Marcelo, siendo sucesivamente vencedor y vencido, comprendía que en otro combate con el cónsul tenía iguales probabilidades de triunfo como de derrota; pero contra dos cónsules, la lucha no era igual. Así, pues, dedicado completamente á la astucia, que era su medio predilecto, solamente buscaba ocasión para una emboscada. Entretanto trabábanse ligeras escaramuzas entre los dos campamentos, quedando equilibrados los resultados. Persuadidos los cónsules de que podía pasar de aquella manera el verano, y que no era posible emprender á la vez el sitio de Locros, escribieron á L. Cincio que pasase de la Sicilia á Locros con su flota; y para estrechar al mismo tiempo la plaza por tierra, dirigieron á aquel punto una parte del ejército que guarnecía á Tarento. Enterado Aníbal de este proyecto por algunos habitantes de Thurio, envió tropas para ocupar el camino de Tarento. Tres mil jinetes y dos mil infantes se emboscaron en Petelia al pie de una colina. Los romanos, que avanzaban sin haber explora-

do el camino, cayeron en el lazo, dejando dos mil muertos y cerca de mil quinientos prisioneros. Los demás huyeron, se dispersaron por los bosques y los campos y regresaron á Tarento. Entre el campamento de los cartagineses y el de los romanos mediaba una altura, cubierta de bosque, que ninguno de los dos ejércitos había ocupado al principio: los romanos porque no conocían el lado que miraba al enemigo; Aníbal porque la consideraba menos á propósito para su campamento que para una emboscada. Durante la noche hizo pasar allí algunas turmas de númidas, y las ocultó en el centro del bosque, con prohibición de dejar el puesto durante el día, temiendo que el brillo de las armas les descubriese de lejos. En el campamento romano decían todos que era necesario apoderarse de aquella colina y fortificarse en ella: si Aníbal la ocupaba, tendrían al enemigo encima de ellos. Esta circunstancia impresionó á Marcelo. «Pues bien, dijo á su colega: vamos nosotros á reconocerla con algunos jinetes. Viendo por nuestros mismos ojos, decidiremos con más seguridad.» Accedió Crispino y partieron al frente de doscientos veinte jinetes, de los que cuarenta eran de Fregelas y los demás etruscos. Con ellos iba M. Marcelo, hijo del cónsul, y A. Manlio, los dos tribunos militares, así como también los jefes de los aliados L. Arennio y Manio Aulio. Hase dicho que aquel día ofreció Marcelo un sacrificio y que la primera víctima presentó el hígado sin cabeza: el arúspice vió con temor seguir una señal demasiado feliz á un primer presagio tan vicioso y funesto.

Por lo demás, Marcelo deseaba tanto pelear con Aníbal, que nunca creía su campamento bastante cerca del enemigo. Aquel mismo día, al salir de las empalizadas, dió orden á los soldados de estar dispuestos á recoger el bagaje y seguirle, si la altura que iba á re-

conocer era posición ventajosa. La llanura era poco extensa delante del campamento y hasta la colina el camino estaba despejado y completamente descubierto. Habían colocado un númida en observación, no porque Aníbal contase con ocasión tan excelente, sino para poder sorprender á los romanos aislados que se separasen demasiado del campamento al ir en busca de leña ó forraje. Este hizo señal á sus compañeros para que saliesen á la vez de su emboscada; pero los que debían presentarse en lo alto de la colina para hacer frente á los romanos, no se presentaron hasta que dieron tiempo á los otros númidas para rodear al enemigo y cortarle la retirada. Hecho esto, aparecieron todos á la vez y se lanzaron con fuertes gritos sobre los romanos. Viéronse, pues, los cónsules sorprendidos en medio del valle, sin poder ni ganar la altura ocupada por el enemigo, ni volver sobre sus pasos entre las turmas que les rodeaban por la espalda. Sin embargo, el combate pudo durar más tiempo si la fuga de los etruscos no hubiese aterrado á los otros. A pesar de esta deserción, los fregelanos no abandonaron el campo de batalla mientras que los cónsules, que no estaban heridos, sostuvieron su ánimo con la palabra y el ejemplo de su propio valor. Pero cuando les vieron heridos á los dos y que Marcelo, alcanzado por un lanzazo, caía moribundo del caballo, los pocos que quedaban huyeron hacia el cónsul Crispino, herido por dos venablos, y el joven Marcelo, herido también. A. Manlio, tribuno militar, quedó muerto, así como también Manio Aulio, uno de los jefes de los aliados; el otro, L. Arenio, cayó prisionero. Cinco lictores de los cónsules quedaron vivos en poder del enemigo; los demás sucumbieron ó huyeron con el cónsul; cuarenta y tres jinetes perecieron en el combate ó en la fuga y diez y ocho cayeron prisioneros. Agitábanse ya en el campamento; iban á correr en

socorro de los cónsules, cuando se vió llegar á Crispino y al hijo de su colega, heridos los dos, con los débiles restos de aquella expedición tan desastrosa. La muerte de Marcelo, por otra parte tan deplorable, lo fué especialmente á causa de la imprevisión que á su edad, que pasaba de los sesenta años, le había hecho olvidar la experiencia de un general veterano, arrastrándole á aquel lazo fatal, tanto para él como para su colega y casi para la república entera. Sería entrar en largas digresiones querer dar cuenta de los diferentes relatos de los historiadores acerca de la muerte de Marcelo. Solamente hablaré de L. Celio, que da tres versiones diferentes, fundadas, una en la tradición, otra en el elogio fúnebre pronunciado por el joven Marcelo, que asistió al combate, y la tercera por sus propias investigaciones, que presenta como muy exactas. Por lo demás, en esta diversidad de opiniones, la mayor parte dicen que salió del campamento para ir á la descubierta, y todos que cayó en una emboscada.

Creyendo Aníbal que la muerte de un cónsul y la herida del otro habían sembrado espanto entre los enemigos, quiso aprovechar la ocasión y trasladó en seguida su campamento á la eminencia en que se verificó el combate. Allí encontró el cadáver de Marcelo (1), que mandó sepultar. Asustado Crispino por la muerte de su colega y por su propia herida, partió á favor de la noche siguiente, ganó las montañas más inmediatas, y estableció su campamento en la cumbre más alta y segura. Entonces se entabló entre los dos generales lucha de astucia, por una parte para tender lazos y por otra para burlarlos. Con el cadáver de Marcelo cayó su anillo en poder de Aníbal. Temiendo Crispino que el

(1) Según Appiano, Aníbal contempló por algún tiempo el cadaver de Marcelo, y viéndole cubierto de heridas por delante, dijo: "Buen soldado, pero mal general.„

general cartaginés lo emplease como instrumento de engaño y astucia, envió mensajeros á todas las ciudades vecinas para anunciarles que su colega había muerto, que el enemigo se había apoderado de su anillo, y que debían desconfiar de toda carta escrita á nombre de Marcelo. Acababa de presentarse en Salapia el mensajero del cónsul, cuando trajeron una carta de Aníbal, escrita á nombre de Marcelo, en la que decía que «á la noche siguiente llegaría á Salapia y que la guarnición debía estar preparada por si necesitaba sus servicios.» No cayeron en el lazo los habitantes, comprendiendo que Aníbal, tan furioso por su defección como por la pérdida de sus jinetes, buscaba ocasión de venganza. Despidieron al desertor romano que había servido de mensajero, para que la guarnición tomase las disposiciones convenientes sin testigos; y los habitantes se colocaron sobre las murallas y en los puntos que convenía guardar. Aquella noche se reforzaron los centinelas de las puertas con especial cuidado, y aquella por donde se esperaba al enemigo se confió á lo más escogido de la guarnición. Aníbal llegó cerca de la cuarta vigilia, llevando á vanguardia los desertores romanos armados á la romana. Cuando llegaron á la puerta, hablaron en latín á los guardias, les llamaron y mandaron abrir: «Es el cónsul» decían. Los guardias, que fingieron despertar á sus gritos, se removieron, se agitaron en desorden y movieron la puerta. El rastrillo estaba caído y cerrado; levantáronlo con palancas y cuerdas y lo suspendieron á la altura suficiente para que pudiese pasar un hombre de pie. En cuanto vieron libre la entrada se precipitaron los desertores á porfía. Unos seiscientos habían penetrado ya en la ciudad, cuando de pronto soltaron la cuerda y el rastrillo cayó con estrépito. Una parte de los habitantes cayeron sobre los desertores, quienes, como soldados en marcha que lle-

gan á ciudad amiga, llevaban colgadas las armas á la espalda; otros, desde lo alto de las murallas y de la torre que dominaba la puerta, rechazaron al enemigo con piedras, palos y venablos. Viéndose Aníbal cogido en sus propios lazos, se retiró y tomó el camino de Locros para hacer levantar el sitio que Cincio estrechaba vigorosamente con el material y las máquinas de toda clase traídas de Sicilia. Magón desesperaba ya de defender y conservar la plaza, cuando la muerte de Marcelo le infundió alguna esperanza. Muy pronto supo por un mensajero que Aníbal, precedido por la caballería númida, avanzaba en persona con toda la rapidez posible á la cabeza de su infantería. A las primeras señales que le anunciaron la aproximación de los númidas, mandó abrir las puertas y atacó bruscamente al enemigo. Al principio, lo repentino del ataque, más bien que la igualdad de fuerzas con los romanos, mantuvo dudoso el combate. Pero á la llegada de los númidas, el espanto cundió entre los romanos, que huyeron en desorden hacia el mar y se reembarcaron, abandonando los instrumentos y las máquinas que servían para batir las murallas. De esta manera hizo levantar el sitio de Locros la llegada de Aníbal.

Cuando supo Crispino que Aníbal había partido para el Brucio, encargó al tribuno militar M. Marcelo que llevase á Venusia el ejército que había mandado su colega. En cuanto á él, se dirigió á Capua con sus legiones, costándole mucho trabajo soportar el movimiento de la litera: tan dolorosas eran sus heridas. Para dar la noticia de la muerte de su colega y de su propio peligro, escribió á Roma, diciendo: «que no podía acudir á la ciudad para los comicios, porque no se encontraba en estado de soportar las fatigas del viaje; además le inquietaba Tarento, porque temía que Aníbal cayese desde el Brucio sobre aquella ciudad. Era necesario

que le enviasen como legados hombres hábiles con los que pudiese ponerse de acuerdo acerca de las necesidades de la república.» La lectura de esta carta produjo profundo pesar por el cónsul que habían perdido y graves temores por el otro. Envióse, pues, á Q. Fabio, hijo, al ejército de Venusia, y tres legados marcharon con el cónsul; siendo estos Sex. Julio César, L. Licinio Polio y L. Cincio Alimento, que hacía pocos días había regresado de Sicilia. Estos llevaban encargo de decir al cónsul que si no podía trasladarse á Roma para los comicios, nombrase en territorio romano un dictador para presidir la asamblea (1). En el caso de que el cónsul hubiese partido ya para Tarento, decidíase que el pretor Q. Claudio llevase sus legiones á la comarca donde hubiese más ciudades aliadas que defender. Durante este verano, M. Valerio pasó de Sicilia á África al frente de una escuadra de cien naves, desembarcó en Clypea y extendió á lo lejos la devastación, encontrando apenas algunos destacamentos. En seguida se reembarcaron precipitadamente sus soldados á la inesperada noticia de la llegada de una flota cartaginesa fuerte de ochenta y tres naves. El romano les libró combate cerca de Clypea y quedó vencedor, tomando al enemigo diez y ocho naves y dispersando el resto; regresando al puerto de Lilibea con inmenso botín, fruto de su correría en África y de su victoria naval. También en este mismo estío, solicitado Filipo por los aqueos, les suministró socorros contra Macanidas, ti-

(1) El nombramiento de dictador entraba en las atribuciones de los cónsules; mas para ejercitar este derecho, era necesario que el cónsul se encontrase en territorio de la república. En ninguna parte tuvieron tanto imperio las formalidades legales y consuetudinarias como en Roma, por lo que la cuestión de lugares era tan importante en la definición de las magistraturas. El tribuno del pueblo perdía toda su autoridad al salir del recinto de Roma.

rano de Esparta, que talaba á sangre y fuego sus fronteras, y contra los etolios, cuyas tropas habían atravesado el estrecho que separa á Neupacta de Patras (en el país le llaman Rhion) y devastaban igualmente la Acaya. Decíase también que Attalo, rey de Asia á quien los etolios en su última asamblea habían conferido la magistratura suprema de su liga, iba á pasar á Europa.

Filipo pasó, pues, á Grecia, y cerca de Lamia encontró á los etolios, al mando de Pyrrhias, elegido pretor aquel año, con Attalo, que estaba ausente. Pero este príncipe les había enviado auxiliares, y en sus filas tenían además mil soldados de la flota romana, que les había suministrado P. Sulpicio. Filipo venció dos veces á Pyrrhias y su ejército, costándole los dos combates cerca de mil hombres. Los etolios cedieron entonces al temor y se encerraron en las murallas de Lamia; Filipo llevó sus tropas á Falara, ciudad situada sobre el golfo Maliaco, muy populosa en otro tiempo, á causa de su excelente puerto, por la seguridad de las ensenadas inmediatas y por las demás ventajas que ofrecía por tierra y por mar. Allí acudieron los legados de Ptolomeo, rey de Egipto, de Rodas, de Atenas y de Chío, con la misión de poner fin á las desavenencias de Filipo y de los etolios, quienes tomaron por mediador entre los príncipes inmediatos á Amynandro, rey de los athamanos. Si tantos pueblos se inquietaban, no era en favor de los etolios, cuya altivez se avenía mal con el carácter de los pueblos de Grecia, sino en odio de Filipo y de su poder, que lo consideraban muy amenazador para la libertad si se mezclaba en los asuntos de Grecia. La discusión de la paz se aplazó para la asamblea de los aqueos, señalándose lugar y día para su reunión, obteniéndose hasta entonces tregua por treinta días. Filipo atravesó en seguida la Tesalia y la Beocia,

y marchó á Calcis, en Eubea, para cerrar la entrada de los puertos y el acceso á las costas á Attalo, que según decían, navegaba hacia aquella isla. Dejó allí fuerzas suficientes para rechazar á aquel príncipe, si por casualidad se presentaba en su ausencia, y seguido de algunos jinetes y de sus tropas ligeras, partió para Argos. Por votación unánime del pueblo habíasele conferido la presidencia de los juegos herenos y nemenos, en virtud de la pretensión que tienen los reyes de la Macedonia de ser originarios de Argos. Después de la celebración de los juegos herenos, al terminar la fiesta, partió para Egio, donde estaba convocada desde mucho tiempo la asamblea de los aliados. Habló-se allí de poner término á la guerra de Etolia, con objeto de no proporcionar á los romanos ó á Attalo pretexto para entrar en Grecia. Pero antes de terminar la tregua, los etolios destruyeron aquel plan, en cuanto supieron que Attalo había llegado á Egina y que la flota romana fondeaba en Naupacta. Introducidos en la asamblea de los aqueos, en la que se encontraban los mismos legados que habían tratado de la paz en Falara, quejáronse al principio de algunas ligeras infracciones de la fe del tratado, cometidas durante la tregua; en seguida declararon que, para terminar la guerra, era indispensable que los aqueos devolviesen Pylos á los mesenios, que se restituyese la Antitania á los romanos y el país de los ardyeos á los reyes Scerdiledos y Pleurato. Indignado Filipo al ver que los vencidos querían imponer la ley al vencedor, contestó: «Que si había escuchado proposiciones de paz, si había consentido en una tregua, no fué con la esperanza de que los etolios permaneciesen tranquilos, sino para demostrar á los aliados que quería la paz y que ellos solamente buscaban pretextos para la guerra.» Disolvió, pues, la asamblea, sin que se hubiese llegado á ningún arreglo; dejó cuatro

mil hombres á los aqueos para su defensa y recibió de ellos cinco naves largas, que quería reunir con la flota cartaginesa y con las naves que le enviaba Prusias, rey de Bitinia, y dar batalla á la flota romana, dueña desde mucho tiempo del mar en aquellos parajes. Entretanto, regresó á Argos; acercábanse los juegos nemenos y no querían que los celebrasen sin él.

Entregábase por completo el rey á la solemnidad de los juegos, y dedicaba aquellos días á la molicie y á excesos peligrosos en tiempo de guerra, cuando P. Sulpicio, alejándose de Naupacta, fondeó entre Sicyona y Corinto, entregando á la devastación aquel territorio famoso por su fertilidad. La noticia distrajo de los juegos al rey; partió apresuradamente con su caballería, mandó á la infantería que le siguiese, cayó de improviso sobre los romanos, desparramados aquí y allá en los campos y cargados de botín, y los rechazó hasta sus naves. La flota romana regresó á Naupacta con los débiles restos de su presa. Filipo terminó entonces los juegos, en medio de grande afluencia de espectadores, aumentada con el rumor de aquella victoria tan poco importante, ciertamente, pero conseguida sobre romanos; celebrándose las fiestas con entusiasmo verdaderamente general. La alegría fué mucho más intensa porque el rey, despojándose de la diadema, del manto y de todas las demás insignias reales, se ponía al nivel de los simples ciudadanos, espectáculo muy agradable para ciudades libres. Con esta conducta hubiese hecho esperar el restablecimiento de su libertad, si sus odiosos excesos no hubieran difundido por todas partes la deshonra y el luto. Veíasele, en efecto, correr noche y día con uno ó dos compañeros de placeres, penetrar en las casas para ultrajar los maridos, y afectando descender á la condición de particular, entregarse á disolución tanto más grande cuanto era menos visible. De esta

manera aquella libertad que hacía vana para los otros, la utilizaba en pro de su licencia; porque no siempre usaba del oro y las caricias, sino que empleaba también la violencia para satisfacer sus brutales pasiones. ¡Desgraciado el esposo ó el padre cuya importuna vigilancia ponía obstáculo á los caprichos del monarca! Á uno de los aqueos principales, Arato, le arrebató la esposa, Policracia, quien seducida por la esperanza de compartir el lecho del rey, se dejó llevar al fondo de la Macedonia. En medio de estas torpezas pasó la solemnidad de los juegos nemenos. Algunos días después partió Filipo para Dymas, con objeto de lanzar la guarnición etolia que los eleos habían llamado y recibido en aquella ciudad. Cycliadas, primer magistrado de los aqueos, acudió con ellos al encuentro del rey, cerca de Dymas; éstos no perdonaban á los eleos haberse separado de su liga, y odiaban á los etolios, á quienes acusaban de haber llamado sobre ellos las armas romanas. Reunidos los dos ejércitos partieron para Dymas y atravesaron el Lariso, que separa el territorio de aquella ciudad del de los eleos.

El primer día que pisaron el terreno enemigo, lo dedicaron á su devastación; al siguiente se acercaron á la ciudad en orden de batalla, precedidos por su caballería, cuyas maniobras debían sacar de las murallas á los etolios, dispuestos siempre á las salidas. Ignoraban que Sulpicio había pasado de Naupacta á Cylena con quince naves, desembarcando allí cuatro mil hombres, y aprovechando la obscuridad de la noche para ocultar su marcha á las miradas, había entrado en Elis. Así fué que quedaron sobrecogidos de espanto cuando en medio de los etolios y de los eleos, reconocieron de pronto las enseñas y las armas de los romanos. Al pronto quiso el rey recoger sus tropas, pero el combate había comenzado ya entre los etolios y los tralos, pueblo

ilirio. Viendo que los suyos se encontraban muy apretados, cayó con su caballería sobre una cohorte romana; en la pelea recibió un venablo su caballo, que cayó lanzando al rey por encima de la cabeza. Entonces adquirió el combate furioso encarnizamiento; los romanos se precipitaban sobre el rey, y los macedonios le cubrían con sus cuerpos. Filipo demostró su valor: veíase obligado á pelear á pie en medio de jinetes, pero la lucha no era ya igual: veía caer en derredor suyo considerable número de heridos y muertos; llevároule de allí, hiciéronle montar en otro caballo y huyó. Aquel mismo día fué á acampar á cinco millas de Elis. A la mañana siguiente llevaba sus tropas contra el fuerte llamado Pyrgos, donde sabía habíanse refugiado tumultuosamente los campesinos con sus rebaños para escapar al pillaje. Aquella multitud confusa y desarmada se rindió al primer rumor de su llegada, y la toma de aquel fuerte compensó la deshonra de su derrota bajo las murallas de Elis. Cuatro mil hombres y veinte mil cabezas de ganado cayeron en su poder, y se ocupaba en repartir el botín y los prisioneros á sus soldados cuando llegó un mensajero de Macedonia trayéndole la noticia de que un tal Eropo había corrompido al jefe y guarnición de la fortaleza de Lycnido, habíase apoderado de esta plaza y de algunos pueblos de la Dassarecia y trataba de sublevar á los dardanios. Desde este momento tuvo que renunciar á la guerra de Acaya, aunque dejó dos mil quinientos soldados de toda clase de armas, bajo las órdenes de Menipo y de Polifanto, para la defensa de los aliados; en seguida partió de Dymas, cruzó la Acaya, la Beocia y la Eubea, y en diez días llegó á Demetriada, en Thesalia.

Otras noticias recibió allí mucho más alarmantes: los dardanios se habían extendido por la Mecedonia; dueños de la Orestida, habían bajado ya á las llanuras de

Argesto, y aquellos bárbaros solamente hablaban de la muerte de Filipo. En la batalla que había librado cerca de Sicyona, para detener la devastación de los romanos, su caballo le había llevado tan violentamente contra un árbol, que una rama saliente le rompió uno de los dos cuernos del casco. Un etolio recogió aquel fragmento y lo llevó á la Etolia al rey Scerdiledo, que conocía aquel adorno del casco real: esto fué lo que dió origen al rumor de la muerte de Filipo. Cuando este príncipe abandonó la Acaya, Sulpicio pasó con su flota á Egina, reuniéndose con Attalo. Los acayos atacaron á los etolios y á los eleos cerca de Mesena y quedaron vencedores. Attalo y Sulpicio invernaron en Egina. Al terminar este año, el cónsul T. Quincio Crispino murió de su herida, según unos, en Tarento, en Campania, según otros, después de haber nombrado dictador á T. Manlio Torcuato para presidir los juegos y los comicios. Jamás se había visto en ninguna guerra morir los dos cónsules sin combate memorable y dejar la república en una especie de viudez. Manlio tomó por jefe de los caballeros á C. Servilio, que era entonces edil curul. El Senado en su primera sesión ordenó al dictador que celebrase dos grandes juegos que M. Emilio, pretor urbano, había hecho representar bajo el consulado de C. Flaminio y de Cn. Servilio, y que había votado por cinco años. El dictador los celebró y reiteró el voto para el lustro siguiente. Como los dos ejércitos consulares se encontraban sin jefes tan cerca del enemigo, se abandonaron todos los asuntos, preocupando un solo pensamiento al Senado y al pueblo, el de nombrar cónsules lo más pronto posible y elegirles tales que su valor pudiese ser garantía contra las astucias de los cartagineses. «Toda aquella guerra, decían, no había sido más que una serie de desastres debidos á la precipitación y excesivo ardor de los generales, y este año los dos cón-

sules, ciegos por el deseo de combatir al enemigo, habían caído en un lazo que ni siquiera sospecharon. Pero los dioses inmortales se habían compadecido del nombre romano y salvado los ejércitos inocentes de aquella falta: los cónsules solos habían pagado con su vida aquella temeridad completamente personal.

Preguntábanse los senadores sobre quiénes recaería la elección: entre los candidatos había uno que fijaba todas las miradas, C. Claudio Nerón, á quien se buscaba un colega: reconocíanse las excelentes cualidades de Nerón, pero se le creía demasiado fogoso, excesivamente emprendedor para una guerra como la que se hacia entonces y para un adversario como Aníbal, considerándose necesario moderar su ardor dándole un colega que reuniese tranquilidad y prudencia. Este hombre era M. Livio. Muchos años antes, al salir del consulado, le condenó un juicio del pueblo, afrenta que le agrió hasta el punto de retirarse al campo, viviendo mucho tiempo lejos de la ciudad y de los hombres. Cerca de ocho años después de su condenación, los cónsules M. Claudio Marcelo y M. Valerio Levino le decidieron á volver á Roma; pero el desorden de su traje, la longitud de su barba y su cabellera, todo en su persona y aspecto revelaba el resentimiento profundo que había conservado de su mancha. Los censores L. Veturio y P. Licinio le obligaron á afeitarse, á dejar aquellas ropas de luto, á presentarse en el Senado y cumplir sus demás funciones públicas. Pero hasta en esto daba su opinión con una palabra ó votaba sin hablar (1). Sin embargo, al tratarse al fin un asunto en que mediaba el honor de un pariente suyo, M. Livio Mecato, levantó-

(1) Los senadores emitían sus opiniones en pie, *stantes*. Pero esto solamente cuando se les invitaba á dar su parecer. Cuando se limitaban á aceptar la opinión de otro, permanecían sentados. Llamábanse *pedarii* los que nada decían, ó aquellos que tenían el

se y tomó la palabra en pleno Senado. Aquel discurso que pronunciaba después de tantos años de silencio, atrajo sobre él todas las miradas y dió lugar á muchas reflexiones: «El pueblo, decían, se mostró injusto con él, y los intereses de la república sufrieron mucho por haberse privado en una guerra tan terrible de los servicios y consejos de un varón como aquel. No podía tener por colega C. Nerón ni á Q. Fabio ni á M. Valerio Levino: la elección de dos patricios sería ilegal. Igual dificultad existía para T. Manlio: además, había rehusado y rechazaría otra vez; mientras que Livio y Nerón serían dos colegas perfectamente aptos el uno para el otro.» El pueblo no rechazó esta proposición cuya iniciativa tuvo el Senado; y en toda la ciudad, solamente aquel sobre quien recaía el honor lo rechazaba, tachando á los romanos de inconstancia: «No se habían compadecido de él, cuando, acusado por ellos, vistió luto, y ahora le ofrecían, á pesar suyo, la blanca toga del candidato, acumulando sobre la misma cabeza honores y manchas. Si á sus ojos era hombre honrado, ¿por qué condenarle como mal ciudadano, como culpable? Si era culpable, ¿por qué, después de la primera prueba tan deplorable, le confiaban por segunda vez el consulado?» A estas reconvenciones, á estas quejas, el Senado oponía fuertes observaciones: «También Camilo, decían, vuelto del destierro, trajo los romanos á las murallas de Roma, de las que habían sido arrojados. La cólera de la patria era como la de un padre: con paciencia y sumisión quedaba desarmada.» M. Livio cedió al fin á tantas instancias, y fué nombrado cónsul con C. Claudio.

Tres días después se celebraron los comicios pretoria-

derecho de votar, pero no el de hablar. Dábaseles este nombre, porque votaban pasando al lado de aquellos cuya opinión aprobaban.

nos, siendo elegidos pretores L. Porcio Licino, C. Mamilio y Aulo y Cayo Hostilio Catón. Terminados los comicios y celebrados los juegos, abdicaron el dictador y el jefe de los caballeros. C. Terencio Varso fué enviado como propretor á la Etruria, y C. Hostilio dejó esta provincia para ir á tomar en Tarento el mando del ejército que estuvo bajo las órdenes del cónsul T. Quincio. L. Manlio debía pasar el mar con el título de legado y vigilar los acontecimientos. Como iban á celebrar los juegos de Olimpia, que atraían gran concurso de pueblos de la Grecia, Manlio debía también, si le era posible atravesar con seguridad las líneas enemigas, acudir á esta solemnidad y advertir á los sicilianos arrojados por la guerra y á los tarentinos desterrados por Aníbal que podían regresar á sus hogares, y que el pueblo romano les devolvía todo cuanto la guerra les había quitado. Esperábase una campaña muy laboriosa y no había cónsules en funciones, así era que todas las miradas se dirigían hacia los cónsules designados, deseándose verles repartirse cuanto antes las previncias por sorteo, para que cada uno de ellos conociese la suya de antemano y el enemigo que tendría que combatir. Hasta en el Senado, por proposición de Q. Fabio Máximo, se trató de reconciliarles. Pública era la enemistad que había entre ellos; la desgracia había agriado y envenado el odio de Livio, á quien disgustó ver desprecio por todas partes, por cuya razón se mostraba implacable. «En opinión suya, la reconciliación era inútil. La vigilancia y actividad de cada uno de ellos estaría constantemente hostigada por el temor de que su rival se engrandeciese á expensas suyas.» Sin embargo, triunfó la autoridad del Senado, los dos sacrificaron sus resentimientos particulares y concertaron sus planes y sus medidas para el gobierno de la república. No se confundieron las provincias como en el año anterior,

sino que enviaron los cónsules á comarcas opuestas, á los dos extremos de Italia, uno contra Aníbal, en el Brucio, y otro á la Galia, contra Asdrúbal, quien, según decían, se acercaba ya á los Alpes. El ejército de la Galia ó el de la Etruria, á su elección, reforzado con las legiones urbunas, fué asignado al que obtuviese la Galia. El cónsul á quien la suerte designase el Brucio debía alistar nuevas legiones urbanas y unirlas á aquel de los dos ejércitos consulares del año anterior que prefiriese. El otro ejército serviría á las órdenes del procónsul Q. Fulvio, á quien se prorrogaba el mando por un año. C. Hostilio, que había pasado de la Etruria á Tarento, marchó de Tarento á Capua, y le dieron la legión que Fulvio había mandado el año anterior.

La llegada de Asdrúbal á Italia inspiraba inquietudes más vivas cada día. Primeramente legados de Marsella habían anunciado su entrada en la Galia, donde le recibieron con regocijo los galos, porque, según decían, llevaba grandes cantidades de oro para pagar auxiliares. Con estos legados enviaron á Sex. Antiscio y M. Recio, encargados de comprobar los hechos. Sus relatos dieron á conocer que emisarios romanos, guiados por los marselleses, habían penetrado entre los galos principales, unidos con los marselleses por lazos de hospitalidad, y se habían asegurado de todo por sí mismos. Sabían que Asdrúbal había reunido ya numeroso ejército; que desde los primeros días de la primavera atravesaría los Alpes, deteniéndole en aquel momento la clausura de los pasos por el invierno. M. Marcelo fué reemplazado como augur por P. Elio Peto, nombrado con todas las ceremonias de la inauguración. Cn. Cornelio Dolabela fué también inaugurado rey de los sacrificios, en reemplazo de M. Marcio, muerto dos años antes. En este mismo año, los censores P. Sempronio Tuditano y M. Cornelio Cethego cerraron el lustro, dan-

do el censo ciento treinta y siete mil ciento ocho ciudadanos, número inferior al recogido antes de la guerra. Dícese que en este mismo año se terminó la techumbre del recinto de los comicios, comenzada en la época de la entrada de Aníbal en Italia. Celebráronse durante dos días los juegos romanos por los ediles curules Q. Metelo y C. Servilio, y durante tres los juegos plebeyos por los ediles plebeyos Q. Mamilio y M. Cecilio Metelo. Estos magistrados consagraron tres estatuas en el templo de Ceres; y con ocasión de los juegos, se celebró un banquete público en honor de Júpiter. C. Claudio Nerón y M. Livio tomaron en seguida posesión del consulado; Livio era cónsul por segunda vez. Como habían sorteado sus provincias después de designados, mandaron á los pretores hacer lo mismo. C. Hostilio obtuvo la jurisdicción urbana, uniéndosele la de los extranjeros con objeto de enviar á las provincias á los otros tres pretores. A. Hostilio recibió la Cerdeña; C. Mamilio la Sicilia, y L. Porcio la Galia. Las veintitrés legiones quedaron repartidas de esta manera: dos á cada cónsul; cuatro en España; dos á cada uno de los tres pretores en Sicilia, en Cerdeña y en la Galia; dos á C. Terencio en la Etruria; dos á Q. Fulvio en el Brucio; dos á Q. Claudio en las inmediaciones de Tarento y entre los salentinos; una á C. Hostilio Túbulo en Capua, y dos, en fin, en la ciudad. Las cuatro primeras legiones tuvieron tribunos nombrados por el pueblo; y los cónsules nombraron los de las demás.

Antes de la marcha de los cónsules, se ofreció un sacrificio novendial, porque había caído en Vegas una lluvia de piedras. A la noticia de este prodigio siguieron, como siempre sucede, la de otros muchos. En Minturno, el templo de Júpiter y el bosque sagrado de la diosa Marica, en Atela la muralla y una puerta habían sido heridos por el rayo. Los de Minturno presenciaron un

prodigio mucho más espantoso; cerca de la puerta de la ciudad había corrido un arroyo de sangre. En Capua entró un lobo en la ciudad durante la noche y devoró al guarda de la puerta. Para la expiación de estos prodigios se inmolaron víctimas mayores y los pontífices depusieron un día de rogativas. Celebróse otro sacrificio novendial (1) con ocasión de una lluvia de piedras que habían creído ver caer sobre el Armilustro (2). Apenas se habían despojado los ánimos de los escrúpulos religiosos, cuando les turbó de nuevo la noticia de que en Trusinone había un recién nacido de las dimensiones de un niño de cuatro años; menos sorprendente era esto que la inseguridad de su sexo; como el niño nacido en Sinuesa dos años antes, no podía decirse si era varón ó hembra. Arúspices llamados de la Etruria á Roma (3), declararon que aquel prodigio era

(1) En el principio se daba el nombre de *novendialia* á los sacrificios que tenían precisamente por objeto la expiación de prodigios. El primer ejemplo remontaba á Tulo Hostilio, quien probablemente dispuso expiaciones después de saber que había caído sobre el monte Albano espantosa lluvia de piedras. Estas expiaciones duraron nueve días, por lo que la ceremonia pudo también llamarse *novendial*. En lo sucesivo quedó el nombre, aunque la duración de la solemnidad cambiaba según disponía el gobierno político ó pontificio. También se daba el nombre de *novendialia* á los sacrificios que se hacían antes de encerrar en la tumba las cenizas del muerto; ésta ceremonia se celebraba nueve días después de la defunción.

(2) Este era un paraje sobre el Aventino en la décimatercia región de la ciudad, donde anualmente el XIV de las kalendas de noviembre celebraban los romanos el *armilustrium*, fiesta á que acudían armados.

(3) La aruspicina ó ciencia de los arúspices era originaria de la Etruria, de donde había pasado á Roma. En muchas circunstancias, no creyéndose los romanos tan hábiles como los etruscos, apelaban á ellos. Cicerón refiere en el *Tratado de la Adivinación* (publicado en esta Biblioteca) cómo nació esta ciencia en la Etruria: labraba un etrusco en un campo de Tarquinia, cuando salió un hombre de la tierra al lado del surco. Este hom-

siniestro y de mal agüero; era necesario arrojar el niño fuera del territorio romano, no dejarle contacto alguno con la tierra y ahogarlo en el mar. Encerráronle, pues, vivo en un cofre, llevároníe á alta mar y lo sumergieron. Por otro decreto de los pontífices, tres coros, de nueve muchachas cada uno, recorrieron la ciudad cantando un himno á los dioses. Mientras reunidas en el templo de Júpiter Stator aprendían aquel himno, que había compuesto el poeta Livio, cayó un rayo en el monte Aventino sobre el templo de Juno Reina. Los arúspices declararon que este prodigio se refería á las damas romanas y que debían aplacar á la diosa con un regalo. Los ediles curules convocaron en el Capitolio todas las que habitaban en Roma ó en diez millas en contorno, y ellas mismas eligieron veinticinco para que recibiesen cierta cantidad que cada una tomaría de su dote. Con estos dones se construyó un vaso de oro que llevaron al monte Aventino, y las damas romanas ofrecieron un puro y casto sacrificio. Inmediatamente después, los decenviros fijaron el día de otra ceremonia en honor de la misma diosa, ordenándose de esta manera: del templo de Apolo partieron dos vacas blancas y entraron en la ciudad por la puerta Carmental. Detrás de ellas llevaban dos estatuas de Juno Reina, hechas de madera de ciprés; después marchaban veintisiete jóvenes, vestidas con largos ropajes y cantando en honor de la diosa un himno, que tenía quizá algún encanto para los rudos ánimos de aquella época,

bre tenía facciones de niño, y dijo llamarse Tageo. Propagándose la noticia por la Etruria, acudió toda la población. Tageo conversó con la Etruria entera, durante muchos días, empleando todas las conversaciones en enseñar á los etruscos la aruspicina. Coleccionáronse sus preceptos y se conservaron. Antiscio Lafeo escribió extenso comentario sobre aquellos preceptos. Aquel revelador de la aruspicina era, como es sabido, nieto de Júpiter.

pero que hoy parecería boceto informe y grosero. Detrás del coro de vírgenes venían los decenviros, coronados de laurel y vistiendo la pretexta. De la puerta Carmental pasó el cortejo por la vía Yugaria y se dirigió al Foro, donde se detuvo. Allí, enlazando las jóvenes las manos, ejecutaron una danza, en la que los movimientos de los pies eran cadenciosos en armonía con las modulaciones de la voz. En seguida atravesaron la vía Etrusca, el Velabro, el Foro Boario, subieron la vía Publicia y llegaron al templo de Juno Reina. Los decenviros inmolaron las dos víctimas y colocaron en el santuario las dos estatuas de ciprés.

Aplacados los dioses según los ritos, procedieron los cónsules á los alistamientos con actividad y rigor sin ejemplo en los años anteriores. Los temores de la guerra habían aumentado con la llegada de otro enemigo á Italia, y las mermadas filas de la juventud suministraban menos soldados, por lo que se pidieron hombres á las colonias marítimas, no obstante la exención sagrada, según el término usado, de que gozaban. Habiéndose negado, se les designó día fijo para que compareciesen ante el Senado con objeto de que presentasen sus títulos de exención. Aquel día recibió el Senado los legados de Ostia, Alsia, Anzio, Auxur, Minturno, Sinuesa y Sena, situada sobre el mar superior. Cada pueblo dió lectura de sus títulos; sin embargo, en vista de la presencia del enemigo en Italia, no se atendió más que á los de Anzio y Ostia, y hasta se obligó á los jóvenes de estas dos colonias á prestar juramento de no pasar más de treinta noches fuera de su colonia mientras Aníbal estuviese en Italia. Todos deseaban que los cónsules marchasen cuanto antes á sus puestos. Era necesario detener á Asdrúbal á su bajada de los Alpes, é impedirle que sublevase la Galia Cisalpina ó la Etruria, que se lisonjeaban con la esperanza de un cambio. In-

BIBLIOTECA PÚBLICA

dispensable era también dar á Aníbal bastante ocupación en el Brucio, para ponerle en la imposibilidad de abandonar aquella provincia y acudir al encuentro de su hermano. Pero Livio vacilaba; contaba muy poco con los ejércitos, mientras que su colega podía elegir entre tres ejércitos excelentes, decía, los dos consulares y el que había mandado Q. Claudio en Tarento. En vista de esto, había propuesto llamar á las filas á los voluntarios licenciados. El Senado autorizó á los cónsules para que reclutasen donde quisieran, para elegir entre todos los ejércitos, para permutar entre ellos y hasta para cambiar las legiones de provincia si lo consideraban útil á los intereses de la república. Perfecto acuerdo reinó entre los cónsules en la ejecución de estas medidas. En las legiones diez y nueve y veinte se reclutaron los voluntarios. Según algunos historiadores, P. Escipión envió desde España á M. Livio poderosos refuerzos para aquella guerra, compuestos por ocho mil hombres, españoles y galos, dos mil legionarios y mil jinetes, tanto númidas como españoles, llevándolos por mar M. Lucrecio. En fin, C. Mamilio envió de Sicilia cuatro mil arqueros y honderos.

En Roma creció el temor á la llegada de una carta de L. Porcio, pretor de la Galia. «Asdrúbal había dejado sus cuarteles de invierno, decía, y penetrado en los Alpes. Ocho mil ligurios, alistados y armados, debían reunírsele á su entrada en Italia, si fuerzas enviadas á la Liguria no les daban seria ocupación. En cuanto á él, á pesar de la debilidad de su ejército, iba á avanzar en cuanto se lo permitiese la prudencia.» Esta carta obligó á los cónsules á apresurar las levas y marchar á sus provincias antes de lo que habían decidido, proponiéndose contener cada cual á su adversario y no permitir la unión de los dos hermanos y de los dos ejércitos. Lo que más les ayudó en su proyecto fué el error

de Aníbal; creía éste que su hermano entraría sin duda en Italia durante aquel verano; pero habiendo pasado él mismo el Ródano y después los Alpes, recordaba la lucha que había sostenido durante cinco meses contra los hombres y la naturaleza, y no esperaba un paso tan fácil y rápido. Esto le retuvo demasiado en sus cuarteles de invierno. Por otra parte, Asdrúbal marchaba con seguridad y rapidez igualmente inesperadas para los demás como para él mismo. Los avesnos primero, y en seguida los pueblos de la Galia y de los Alpes, no se contentaron con acogerle, sino que hasta le siguieron á la guerra. En cuanto al paso, su hermano le había abierto camino por aquellas cimas, antes impracticables, y doce años de constantes comunicaciones, al suavizar las montañas, habían dulcificado también el carácter de sus habitantes. Desconocidos antes á los otros pueblos, no habiendo visto nunca al extranjero detenerse allí, no habían tenido jamás relaciones sociales con el resto de los hombres. Y primeramente, ignorando el objeto á que se dirigía Aníbal, habían creído que pretendía sus montañas, sus fortalezas, sus rebaños y sus mismas personas. Pero en doce años que la guerra púnica desolaba la Italia, la fama les había enseñado que los Alpes no eran más que un paso, y que dos poderosas repúblicas, separadas por inmenso espacio de tierras y de mares, se disputaban la preeminencia del mando. Estas eran las causas que habían abierto los Alpes delante de Asdrúbal. Pero el fruto de esta afortunada rapidez lo perdió ante los muros de Placencia, en las inútiles lentitudes de un bloqueo, allí donde se necesitaba un golpe de mano. Creyó que fácilmente tomaría una plaza situada en la llanura; y además, que siendo una colonia floreciente, su ruina inspiraría sin duda mucho temor á todas las demás ciudades. No solamente le retuvo el sitio, sino que retuvo también á

Aníbal, quien, á la noticia de aquel paso tan rápido é inesperado, se disponía á salir de sus cuarteles de invierno. Pero pensó en las ordinarias dilaciones de un sitio y en los ataques infructuosos que él mismo había dirigido contra aquella colonia, después de su victoria del Trevia.

La partida de los cónsules por dos caminos opuestos había dividido, por decirlo así, la inquietud del pueblo, fijándola en dos guerras á la vez. Recordábanse los desastres que había traído á Italia la llegada de Aníbal; y en medio de la ansiedad se preguntaban: «qué dioses protegerían bastante á Roma y á la república para concederles á la vez la victoria sobre dos enemigos. Hasta entonces los triunfos habían equilibrado los reveses y el poder romano se había sostenido. Si en Italia, Trasimeno y Cannas habían precipitado á Roma en el abismo, los triunfos de sus ejércitos en España le habían detenido en la caída y levantado. Cuando por el contrario, los reveses habían sucedido á los reveses en España, cuando dos generales ilustres habían perecido y dos ejércitos habían quedado casi destruídos, entonces en Italia y en Sicilia una serie de triunfos había restablecido á la república de aquellas violentas sacudidas; la misma distancia de los lugares, el alejamiento de aquella guerra de España, que se tenía en uno de los extremos de la tierra, le habían dado tiempo para reponerse. Ahora había dos guerras encendidas en el seno de Italia; Roma estaba cogida entre los ejércitos de dos generales famosos; sobre un punto solo confluían todos los peligros y pesaba toda la carga de la guerra. El primero que venciese se uniría muy pronto con el otro.» Asustaba también aquel lúgubre año señalado con la muerte de los dos cónsules. Estos siniestros presentimientos acompañaron á los cónsules cuando se separaron para dirigirse á sus provincias. Dícese que

M. Livio, á su partida, dominado aún por el resentimiento contra sus conciudadanos, contestó á Q. Fabio, que le exhortaba á no arriesgar batalla antes de haber estudiado la táctica del enemigo: «Atacaré en cuanto vea sus primeras líneas.»—«¿Y por qué tanta precipitación? le preguntó Fabio.»—«Porque así tendré la gloria de vencer al enemigo, ó la satisfacción, si no muy honrosa, al menos muy legítima, de hacer derrotar á mis conciudadanos.» Aún no había llegado el cónsul Claudio á su provincia, cuando el ejército de Aníbal, atravesando por su extremo el territorio de los larinatos para entrar en el de los salentinos, se vió atacado por las tropas ligeras de C. Hostilio Túbulo; el desorden de la marcha hizo más terrible la confusión; mataron cerca de cuatro mil hombres á los cartagineses y les cogieron nueve enseñas. A la noticia de la marcha de Aníbal, Q. Claudio había dejado sus cuarteles de invierno establecidos en las ciudades de los salentinos. Aníbal, para no tener que combatir con dos ejércitos, decampó por la noche y pasó del territorio de Tarento al del Brucio. Claudio regresó al de los tarentinos; Hostilio se dirigió á Capua y encontró cerca de Venusia al cónsul Claudio. Allí eligió Claudio de los dos ejércitos cuarenta mil infantes y dos mil quinientos caballos para operar contra Aníbal, recibiendo Hostilio orden de llevar á Capua el resto de las tropas y entregarlas al procónsul Q. Fulvio.

Aníbal, después de reunir todos sus soldados, acantonados, bien en los cuarteles de invierno, bien en las ciudades del Brucio donde daban guarnición, marchó sobre Grumento en Lucania, con la esperanza de recobrar las ciudades que el temor había llevado al partido de los romanos. El cónsul partió de Venusia, después de haber explorado bien el camino, tomó la misma dirección y fué á acampar á quinientos pasos del enemigo. Las empalizadas de Aníbal parecían apoyarse en

las murallas de Grumento; sin embargo, distaban quinientos pasos de ellas. Entre los dos campamentos se extendía una llanura; colinas descubiertas dominaban la izquierda de los cartagineses y la derecha de los romanos, pero ni unos ni otros desconfiaban de ellas, porque no tenían árboles ni sitio á propósito para ocultar emboscadas. En medio de la llanura hacían algunas correrías y trababan algunas escarumuzas sin importancia, viéndose claramente que el general romano solamente quería impedir que marchase el enemigo. Aníbal, que quería alejarse, bajaba en orden de batalla con todas sus tropas. El cónsul atacó entonces al enemigo con sus propias armas: como la desnudez de las colinas alejaba toda sospecha de emboscada, mandó á cinco cohortes y cinco manípulos que las cruzasen durante la noche y se apostasen en el valle opuesto; indicando á T. Claudio Aselo, tribuno de los soldados, y á P. Claudio, jefe de los aliados, que guiaban el destacamento, el instante de salir de la emboscada y de caer sobre el enemigo. En cuanto al cónsul, desde el amanecer formó en batalla todas sus tropas, caballería é infantería. Poco después dió Aníbal la señal de combate, y sus soldados corrieron á las armas lanzando fuertes gritos. En seguida, todos á porfía, infantes y jinetes, se lanzaron fuera del campamento, se desparramaron por la llanura y atacaron á los romanos. Viendo el cónsul su desorden, mandó á C. Arunculeyo, tribuno de la tercera legión, que lanzase á toda brida su caballería contra el enemigo: desparramados como estaban por la llanura, á manera de rebaño, debían quedar destrozados antes de poder reunirse.

Todavía estaba Aníbal en el campamento cuando oyó los gritos de los combatientes. Al ruido salió y marchó rápidamente al enemigo. Las primeras filas habían cedido ya al miedo que inspiraba la caballería romana: la

infantería de la primera legión y la caballería de la derecha tomaban parte en el combate. Los cartagineses, que continuaban en desorden, hacían frente al enemigo, infante ó jinete, que la casualidad les deparaba. Muy pronto los refuerzos ensancharon el círculo de acción; el combate aumentó con todos los cuerpos que llegaban sucesivamente, y tal vez se hubiese visto el espectáculo que solamente puede ofrecer un ejército veterano á las órdenes del antiguo general, el de Aníbal en medio del tumulto y del combate formando sus tropas en batalla, si las cohortes y manípulos que descendieron de las colinas lanzando fuertes gritos detrás de los cartagineses no les hubieran hecho temer quedase cortado el camino del campamento. Aquella fué la señal del pánico, al que siguió desorden general. La matanza no fué sin embargo muy grande, porque la proximidad del campamento abreviaba para los fugitivos la distancia que tenía que recorrer. La caballería iba en su persecución, y las cohortes, que les habían cogido de flanco solamente, tenían que seguir la pendiente de las colinas, camino fácil y sin obstáculos. Matáronles sin embargo más de ocho mil hombres; hiciéronles más de setecientos prisioneros y les quitaron nueve enseñas. En el desorden de aquel combate improvisado no pudieron utilizar los elefantes, de los que murieron cuatro, siendo cogidos dos. Los vencedores perdieron cerca de quinientos hombres entre romanos y aliados. A la mañana siguiente permaneció Aníbal en reposo; Nerón formó su ejército en batalla, pero no viendo salir ningún destacamento, mandó despojar á los enemigos muertos y reunió y sepultó los cadáveres de sus soldados. Después, durante muchos días seguidos, acercóse tanto al campamento de los cartagineses, que parecía querer forzarlo. Al fin, á la tercera vigilia, dejando Aníbal en su campamento por el lado del enemigo muchas ho-

gueras y algunas tiendas, con un cuerpo de númidas, encargados de presentarse en las puertas y en las empalizadas, tomó el camino de la Apulia. Al amanecer se presentó el ejército romano delante del campamento; los númidas, en cumplimiento de las órdenes, se presentaron muchas veces en las puertas y en las empalizadas, y después de engañar durante algún tiempo al enemigo, se reunieron á toda brida con el grueso del ejército. Viendo el cónsul que en el campamento reinaba profundo silencio, y que los pocos soldados que al amanecer se habían presentado aquí y allá habían desaparecido, destacó dos jinetes para que reconociesen los parajes; cuando tuvo seguridad de que no había peligro, entró en el campamento con sus tropas, y no concediéndoles más que el tiempo necesario para saquearlo, se apresuró á mandar tocar retirada y volvió á sus líneas mucho antes de obscurecer. A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, se puso en marcha, y guiándose por las noticias que recibía, siguió á largas jornadas al enemigo, alcanzándole cerca de Venusia, sorprendiéndole allí y pereciendo más de dos mil cartagineses. Desde entonces no caminó Aníbal más que de noche y por medio de las montañas, para evitar otro ataque, y así llegó á Metaponto, enviando desde allí á Hannón, comandante de la plaza, con algunas gentes al Brucio para reclutar soldados. En cuanto á él, reuniendo con sus tropas las de Hannón, regresó á Venusia por el mismo camino, y pasó en seguida á Canusio. Nerón no había perdido ni por un momento las huellas del enemigo, y dirigiéndose también hacia Metaponto, hizo partir á Q. Fulvio para la Lucania, no queriendo dejar aquella provincia sin ejército.

Entretanto Asdrúbal, habiendo levantado el sitio de Placencia, envió cuatro jinetes galos y dos númidas con cartas para Aníbal. Estos mensajeros habían reco-

rrido ya á través del enemigo casi toda la longitud de Italia, cuando queriendo alcanzar á Aníbal en su retirada sobre Metaponto, se extraviaron, llegando por el lado de Tarento, donde fueron sorprendidos por los forrajeros del ejército romano, que les llevaron al pretor Q. Claudio. Al principio quisieron engañarle con respuestas ambiguas; pero la vista de los instrumentos de tortura les arrancó la verdad y declararon que estaban encargados de cartas de Asdrúbal para Aníbal. Entonces les entregaron, con las cartas cerradas, al tribuno militar L. Virginio, que debía llevarles al cónsul Claudio con escolta de dos turmas de samnitas. A su llegada, el cónsul hizo que un intérprete le explicase las cartas y en seguida interrogó á los prisioneros. Entonces comprendió que en la situación en que se encontraba la república, no era conveniente que cada cónsul, encerrándose en los límites de su provincia, se limitase á las medidas ordinarias, ocupándose solamente en hacer frente con su ejército al enemigo que el Senado le había destinado; era necesario descargar un golpe inesperado y repentino, cuya idea solamente inspiraría á los romanos un terror tan grande como á los cartagineses, pero cuyo feliz resultado haría suceder al espanto los arrebatos de profundo regocijo. Envió, pues, al Senado las cartas de Asdrúbal, y al mismo tiempo le participó el proyecto que había formado. Puesto que Asdrúbal decía á su hermano que se le reuniría en la Umbría, era necesario llamar á Roma la legión de Capua, hacer levas en la ciudad y dirigir la guardia urbana sobre Narni para detener al enemigo. Tal era su carta al Senado. En seguida envió mensajeros á los larinatos, marrucinos, fretanos y pretucianos, cuyos territorios iba á atravesar, recomendando á todos los habitantes de las ciudades y de los campos que tuviesen preparados en el camino víveres para los soldados y caballos y bes-

tias de carga para transportar en caso necesario á los hombres fatigados. Sacó del ejército, entre romanos y aliados, un cuerpo escogido de seis mil infantes y mil caballos, y declaró en alta voz que marchaba á Lucania para sorprender la plaza más inmediata y la guarnición cartaginesa; que era, pues, necesario se preparasen á marchar. Partió de noche y volvió hacia el Piceno, porque iba á marchas forzadas á reunirse con su colega, después de dejar á su legado Q. Cacio la custodia del campamento.

El terror y la agitación en Roma eran iguales á los que reinaron dos años antes cuando los cartagineses vinieron á acampar bajo sus murrallas y delante de las puertas. No se sabía qué pensar de la atrevida marcha del cónsul, y los ánimos estaban indecisos entre la alabanza y la censura. Era evidente que el honor de la empresa de pendíadel resultado, lo cual es el colmo de la injusticia. «Dejaba delante de Aníbal un campamento sin jefe, un ejército privado de su parte más escogida, y el cónsul, fingiendo tomar el camino de Lucania, mientras se dirigía al Piceno y la Galia, no dejaba á su campamento otra esperanza de salvación que el error del enemigo y la ignorancia en que estaba de la marcha del general y de una parte del ejército. ¿Qué sucedería si quedaba descubierto el secreto y Aníbal salía con todo su ejército en persecución de Nerón y de sus seis mil hombres, ó se arrojaba sobre el campamento, que le abandonaban como presa sin defensa, sin jefe y sin auspicios? (1)» Los antiguos desastres de esta guerra, y

(1) Tales eran las costumbres romanas, que la religión intervenia en todos los asuntos y daba formas indispensables á las acciones públicas ó privadas. El pueblo reclamaba solícitamente la sanción religiosa inspirándole tanta confianza como respeto. Era este, por consiguiente, medio de influencia política; así es que patricios y magistrados, que por mucho

la reciente muerte de los dos cónsules, aumentaban el espanto. «Y todas estas desgracias, decían, acaecieron cuando los enemigos no tenían en Italia más que un general y un ejército. Hoy tenían que rechazar dos guerras púnicas, dos ejércitos poderosos y casi dos Aníbales. Asdrúbal, aquel otro hijo de Hamílcar, ¿no era en verdad capitán tan activo como su hermano, aguerrido por tantos años de combates contra los romanos en España, famoso por dos victorias, por la destrucción de dos ejércitos y la muerte de dos generales ilustres? ¿No había llegado de España con tal rapidez, no había sublevado la Galia con tal facilidad que, con razón, le envidiaría Aníbal su gloria? Porque él había sabido sacar su ejército de los parajes donde su hermano había visto perecer la mayor parte de sus soldados por los dos géneros de muerte más miserables, el hambre y el frío.» Oíase decir también á los que conocían los asuntos de España, que Nerón no era un enemigo nuevo para Asdrúbal; era el mismo general que después de haberle sorprendido por casualidad en un desfiladero, se había dejado engañar como un niño y seducir con vanas proposiciones de paz.» De esta manera se aumentaban mucho más de lo verdadero los recursos del enemigo y se rebajaban los de Roma, siguiendo la inspiración del miedo, que siempre se inclina á lo peor.

Cuando Nerón se vió bastante lejos del enemigo para poder descubrir sin peligro su proyecto, dirigió algunas palabras á sus soldados. «Jamás, dijo, pareció proyecto alguno más audaz, ni ofreció en realidad más seguridad que el suyo. Les llevaba á una victoria cierta; si su colega, al partir para aquella guerra, había reci-

tiempo fueron la misma cosa, se apoderaron de él. En determinadas circunstancias el derecho de aplicar la sanción religiosa pertenecía á una persona sola, al cónsul, y faltando esta persona no eran posibles los auspicios.

bido de intento, por parte del Senado, en infantería y caballería, un ejército más numeroso y mejor equipado que si hubiese tenido que marchar contra el mismo Aníbal, lo que aumentarían á sus fuerzas inclinaría la fortuna en su favor. Bastaría que en el campo de batalla (y él cuidaría de que no ocurriese antes) se anunciase la llegada de otro cónsul y otro ejército, para que la victoria quedase asegurada en el mismo momento. Esta era la opinión que decidía de la guerra; los incidentes más pequeños infundían en los ánimos esperanza ó abatimiento. La gloria del triunfo sería casi toda para ellos; porque siempre parece que el último peso arrastra por sí sólo la balanza. Ellos mismos habían visto el entusiasmo, la admiración y el favor con que les habían recibido á su paso.» En efecto, habían marchado en medio de una multitud de hombres y mujeres que acudían de lo último de sus campos, para acompañarles con sus votos, sus preces y aclamaciones. Llamábanles apoyos de la república, vengadores de Roma y del imperio. Sus armas y sus brazos protegerían su vida y la de sus hijos, como también la libertad. Por todas partes imploraban á todas las divinidades, para que les concediesen marcha feliz, combate ventajoso y rápida victoria, y pedían que se les considerase obligados á cumplir los votos que por ellos hacían (1). Y lo mismo que ahora seguían sus movimientos con ansiedad, así también, á los pocos días, cuando se encontrasen en la embriaguez del triunfo, saldrían á su encuentro. Cada cual les hacía á porfía ofrecimientos y proposiciones y les fatigaba con ruegos para que aceptasen todo cuanto ellos y sus caballos necesitaban. Aquello

(1) Los romanos eran muy dados á formar votos: la autoridad religiosa intervenía en ellos, y los votos hechos de esta manera, pública y solemnemente, se convertían en deber cuyo cumplimiento exigía el Estado.

era generosa profusión de todos los bienes. Pero los soldados, rivalizando en moderación, no tomaban más de lo necesario, no perdían el tiempo, ni se separaban de las enseñas para comer. Caminaban noche y día, y apenas si tomaban el reposo que la naturaleza exige. Nerón había hecho avisar su llegada á su colega, y le había preguntado si se reunirían secreta ó públicamente, de día ó de noche, si tendrían un campamento ó dos; decidiéndose que entrarían en el campamento secretamente y durante la noche.

Livio había publicado una orden para que cada tribuno, centurión, jinete ó infante recibiese un hombre de su misma clase. No debía ensancharse el campamento para no hacer sospechar al enemigo la llegada del segundo cónsul, y sería tanto más fácil estrecharse en las tiendas, agrupadas en reducido espacio, cuanto que las tropas de Claudio apenas traían otra cosa que las armas. Sin embargo, en el camino habían engrosado con voluntarios, habíanse presentado espontáneamente para servir soldados veteranos que habían terminado sus campañas, y jóvenes que se alistaban á porfía, y de los que el cónsul había elegido los más robustos y aptos para la guerra. El campamento de Livio estaba cerca de Sena, á unos quinientos pasos del de Asdrúbal. Cuando se encontró muy cerca Nerón, se detuvo y mantuvo oculto detrás de las montañas, esperando la noche, para reunirse con su colega; esto lo hizo en silencio; cada soldado suyo, introducido en la tienda de un compañero del mismo rango, fué tratado con franca y alegre hospitalidad. A la mañana siguiente celebraron consejo, al que asistió el pretor L. Porcio Licino, cuyo campamento tocaba al de los cónsules. Antes de su llegada, paseando su ejército por las alturas, en tanto se había apostado en los desfiladeros para cortar el paso al enemigo, en tanto le había hostigado por

flancos y retaguardia, no habiendo estratagema que no emplease para derrotarle. Ya hemos dicho que se encontraba en el consejo. Muchos miembros opinaban que concediese Nerón algún descanso á sus tropas fatigadas por las marchas y las vigilias, y que él mismo tomase algunos días para conocer al enemigo; queriendo por consiguiente aplazar la batalla. Nerón no se limitó á aconsejar lo contrario, sino que instó con viveza. «El éxito de sus planes dependía enteramente de la rapidez, y era hacerles temerarios diferir la ejecución. Un error que no podía durar, había paralizado, por decirlo así, á Aníbal, que no había atacado aún su campamento que quedaba sin jefe, ni comenzado su movimiento para seguirle. Antes de que se pusiese en camino, podía destruirse á Asdrúbal y regresar á la Apulia. Aplazar y conceder tiempo al enemigo, era entregar su campamento á Aníbal, abrirle el camino de la Galia y facilitarle los medios para que se reuniese como le pluguiese con Asdrúbal. Era necesario dar la señal en el momento mismo, formarse en batalla y aprovechar el error de los enemigos ausentes y presentes, de los que el uno se equivocaba en cuanto á la debilidad, el otro en cuanto al número de las fuerzas de sus adversarios.» Separóse el consejo, se dió la señal y el ejército avanzó en seguida formado en batalla.

Las líneas enemigas se desarrollaban ya delante de su campamento, cuando una circunstancia retrasó el combate. Habiendo avanzado Asdrúbal delante de las enseñas con algunos jinetes, observó escudos viejos que no había visto hasta entonces y caballos muy flacos; y todo el ejército le pareció más numeroso que de ordinario. Sospechando la verdad, mandó tocar retirada en seguida y envió destacamentos al río donde los dos ejércitos tomaban agua, esperando hacer algunos prisioneros y que verían rostros curtidos, indicio de reciente

marcha. Al mismo tiempo hizo examinar desde lejos el contorno del campamento, para reconocer si habían ensanchado el recinto en algún punto, y mandó escuchar con atención si la bocina sonaba una ó dos veces. Diéronle cuenta detallada de todos estos extremos, y como el campamento no había aumentado, Asdrúbal permanecía en la misma incertidumbre. Había dos campamentos, como antes de la llegada de Nerón, el de M. Livio y el de L. Porcio; ni uno ni otro habían movido sus empalizadas para dejar más espacio á las tiendas; pero lo que había llamado la atención al viejo general, que conocía las costumbres de los romanos, era que la bocina no había sonado más que una vez en el campamento del pretor y dos en el del cónsul. Ya no dudó que los dos cónsules estuviesen reunidos. Pero ¿cómo se había alejado uno de ellos de Aníbal? en vano se lo preguntaba. No podía sospechar la realidad y temía que Aníbal se hubiese dejado engañar por aquella empresa y que ignorase dónde se encontraba el jefe, dónde estaba el ejército acampado delante de él; necesario era que un gran desastre le hubiese hecho perder el valor para que no se hubiera atrevido á perseguirle. Por su parte temía haber llegado demasiado tarde en socorro de su poder destruído; actualmente tenía Roma en Italia igual fortuna que en España. Algunas veces se decía que sus cartas no habían llegado á su hermano, y que, habiéndolas interceptado el cónsul, había acudido para destruirlo. Agitado por estas inquietudes, mandó apagar las hogueras, ordenó en la primera vigilia recoger los bagajes en silencio y levantar las enseñas. En medio del desorden y la confusión de la noche, se escaparon los guías, mal vigilados; uno se ocultó en un escondrijo que se había preparado de antemano, y el otro, que conocía los vados del Metauro, cruzó el río. Abandonado el ejército y sin guía se perdió en los campos; rendidos

de fatiga y de sueño muchos soldados se tendieron en el suelo para dormir algo y abandonaron sus enseñas. Asdrúbal mandó á sus tropas que siguiesen la orilla del Metauro hasta que amaneciese. Como seguían los contornos y numerosas sinuosidades del río, volvió incesantemente sobre sus pasos y adelantó poco. Proponíase atravesar el cauce en cuanto las primeras luces del día le mostrasen vado conveniente; pero cuanto más se alejaba del mar, más se estrechaban y más escarpadas eran las orillas del río; no encontró, pues, sitio vadeable, y perdiendo un día en aquella investigación, dió á los romanos tiempo para alcanzarle.

Nerón llegó el primero con toda la caballería; en seguida, Porcio con las tropas ligeras, cayendo á la vez sobre el fatigado enemigo y hostigándolo. Deteniéndose ya en su retirada, ó mejor aún, en su fuga, se preparaba Asdrúbal á establecer su campamento en una altura inmediata al río, cuando llegó Livio á la cabeza de toda la infantería, no á manera de marcha, sino dispuesta á comenzar en el acto el ataque. Cuando se reunió el ejército y quedaron formadas las líneas, Claudio se colocó en el ala derecha, Livio en la izquierda y el pretor en el centro. Asdrúbal renunció entonces á atrincherarse; viendo inevitable el combate, colocó los elefantes delante del frente de su ejército; cerca de ellos, en el ala izquierda, enfrente de Claudio, dispuso los galos, no porque confiara en su valor, sino porque creía que les temían los romanos. Él mismo mandaba el ala derecha contra M. Licio, habiéndola formado con veteranos españoles, en quienes descansaba especialmente su confianza. Los ligurios ocupaban el centro, detrás de los elefantes; pero su cuerpo de batalla tenía más extensión que profundidad; una colina que avanzaba en la llanura protegía á los galos. Los españoles trabaron la acción con el ala izquierda de los romanos, cuya dere-

cha estaba fuera de la batalla y permanecía inmóvil, impidiéndole la colina que tenía enfrente atacar á los galos de frente y de flanco. La lucha, por tanto, estaba reconcentrada en derredor de Livio y de Asdrúbal, y por una y otra parte se hacía horrible matanza. Allí se encontraban los dos generales y la mayor parte de la infantería y de la caballería romanas; allí, los veteranos españoles que conocían la táctica romana, y los ligurios, pueblo endurecido en las fatigas de los combates. Allí estaban colocados también los elefantes, cuyo impetuoso choque rompió al pronto las primeras filas, haciéndolas retroceder, pero á los que no fué posible guiar en cuanto el combate fué más vivo y más penetrantes los gritos. Arrojáronse entonces en medio de los dos ejércitos, desconociendo á sus amos y como naves que flotan al azar sin timón. Claudio gritó entonces á sus soldados: «¿Por qué hemos hecho un camino tan largo y tan rápida marcha?» Y en seguida, después de vanos esfuerzos para plantar sus enseñas sobre la colina que tenía enfrente, convencido de la imposibilidad de llegar por allí hasta el enemigo, destacó algunas cohortes del ala derecha, á la que veía destinada más bien á la inacción que á combatir; rodeó la línea y cayó sobre la izquierda de los cartagineses; ni estos ni los romanos habían sospechado aquel ataque; y tal fué la rapidez, que apenas se presentó en el flanco, cuando les atacó por la espalda; envueltos así por todas partes, de frente, de flanco y retaguardia, los españoles y los ligurios quedaron destrozados, llegando ya la matanza hasta los galos, cuya resistencia fué muy débil. La mayor parte de ellos estaban lejos de sus enseñas; habíanse dispersado durante la noche y se habían dormido desparramados por los campos. Los que combatían, extenuados por el camino y la vigilia, é incapaces además de soportar la fatiga, apenas tenían fuerza para soste-

ner las armas. Encontrábanse en medio del día, y aquellos desgraciados, abrumados por la sed y el calor, con la boca abierta, se dejaban degollar en masa ó hacer prisioneros.

Muchos elefantes fueron muertos por sus conductores ó por el enemigo. Aquellos conductores iban provistos de un cincel y un martillo, y cuando veían á sus animales enfurecerse y precipitarse en medio de las filas cartaginesas, les introducían el cincel entre las orejas, en la articulación que une la cabeza con el cuello y lo clavaban con todas sus fuerzas. Este era el medio más rápido que habían encontrado para terminar con aquellas enormes masas, cuando no podían ya sujetarlas. Asdrúbal fué quien primeramente tuvo esta idea. Célebre ya por tantas hazañas, este general conquistó su última gloria en esta batalla. Con sus exhortaciones é intrepidez para afrontar los peligros, sostuvo á los combatientes; y cuando sus soldados, rendidos de fatiga y desalentados, se negaban á continuar el combate, les reanimó con súplicas y reconvenciones; rehízoles en la fuga, y se le vió restablecer el combate en muchos puntos. En fin, cuando la fortuna se declaró por los romanos, no quiso sobrevivir á aquel brillante ejército que su nombre sólo había arrastrado, y lanzando su caballo en medio de una cohorte romana, murió combatiendo, cual convenía á un hijo de Hamílcar y hermano de Aníbal. En el trascurso de aquella guerra, jamás jornada alguna fué tan sangrienta para el enemigo, pudiéndosela considerar como la revancha de Cannas, tanto por la muerte del general, como por la destrucción del ejército. Cincuenta y seis mil cartagineses fueron muertos, cinco mil cuatrocientos quedaron prisioneros y se recogió inmenso botín de todas clases, especialmente oro y plata, recobrándose más de tres mil ciudadanos romanos, que estaban en poder del enemigo.

Esta fué la compensación de las pérdidas experimentadas en el combate, porque la victoria había costado cara, pereciendo cerca de ocho mil hombres entre romanos y aliados. Tan hartos estaban los vencedores de sangre y de matanza, que á la mañana siguiente, cuando anunciaron al cónsul Livio que un cuerpo de galos cisalpinos y ligurios, que no habían tomado parte en el combate, ó que había escapado de la matanza, huía en masas sin jefes ni enseñas, sin orden ni disciplina, y que una turma bastaría para destruirlo, contestó: «Que vivan para que haya testigos que publiquen su derrota y nuestra gloria.»

50 Nerón partió en la misma noche que siguió al combate, y con marcha más rápida todavía que la primera, llegó en seis días á su campamento, delante de Aníbal. Las poblaciones no se presentaron en masa á su paso, porque no le había precedido ningún mensajero; pero el regocijo que produjo su regreso se reveló en trasportes que llegaban al delirio. Imposible expresar las dos situaciones tan diferentes en que se encontró Roma, cuando la expectación de los acontecimientos mantenía en suspenso los ánimos, y cuando recibió la noticia del triunfo. Desde el día en que se supo la marcha de Nerón, no habían abandonado la curia los senadores, donde les rodeaban los magistrados, ni el pueblo se había alejado del Foro desde la salida hasta el ocaso del sol. Las señoras romanas, en la impotencia de prestar otro servicio, habían recurrido á las plegarias, y repartiéndose por todos los templos dirigían constantes ruegos á los dioses. La ciudad flotaba entre el temor y la esperanza, cuando se extendió vago rumor de que dos jinetes de Narni, llegados del campo de batalla al campamento que defendía las gargantas de la Umbría, habían anunciado la derrota del enemigo. Al pronto este rumor hirió los oídos sin encontrar credulidad en los

ánimos. La noticia era demasiado importante y asaz afortunada para que se pudiese concebir la idea de prestarla asentimiento. La misma rapidez con que había llegado, la hacía sospechosa: decíase, dos días solamente habían transcurrido desde el combate. Pero muy pronto una carta de L. Manlio Acidino, enviada desde el campamento de la Umbría, confirmó la llegada de los jinetes de Narni. Llevaron la carta á través del Foro hasta el tribunal del pretor: los senadores se precipitaron en seguida fuera de la curia, y el pueblo acudió con tanto apresuramiento y confusión á las puertas de aquel palacio, que el mensajero no pudo entrar. Arrastrábanle abrumándole á preguntas, y á gritos se pedía que la carta se leyese en los Rostros antes que en el Senado. Al fin consiguieron los magistrados separar y contener la multitud, y se satisfizo la impaciencia pública con la comunicación de aquella feliz noticia. Las cartas se leyeron primeramente en el Senado, después en la asamblea del pueblo; y según la diferencia de caracteres, unos no dudaban del triunfo, otros no querían creer hasta que oyesen confirmarlo por los legados ó por mensaje de los cónsules.

A la noticia de que se acercaban legados, todos los ciudadanos, de toda condición y edad, salieron á su encuentro, deseando verles los primeros, oir de su boca el relato de aquella brillante victoria. La multitud llegaba en apretada columna hasta el puente Mulvio, y en medio de aquel cortejo de ciudadanos, aquellos legados, que eran L. Veturio Filo, P. Licinio Varo y Q. Cecilio Metelo, llegaron al Foro, abrumados á preguntas, lo mismo que las personas de su comitiva, sobre los detalles de la batalla. Y cada cual, á medida que sabía que el ejército cartaginés quedaba destruído, muerto su general, las legiones romanas sanas y salvas y vivos los cónsules, se apresuraba á comunicar á los otros su

regocijo. Trabajosamente se llegó así al Senado, costando mucho más trabajo separar á la multitud que se mezclaba con los senadores. Después de la lectura de la carta, fueron presentados los legados á la asamblea del pueblo. L. Veturio la leyó allí, y en seguida dió precisos detalles sobre todas las circunstancias. Unánimes aplausos recibieron sus palabras, recibiéndolas la asamblea con demostraciones de profunda alegría. Unos corrieron en seguida á los templos á dar gracias á los dioses, otros entraron en sus casas para participar á sus esposas é hijos aquella feliz noticia. El Senado, para mostrar su gratitud porque los cónsules M. Livio y C. Claudio sin sacrificar sus legiones habían destruído el ejército enemigo y dado muerte á su general, decretó tres días de acciones de gracias. El pretor C. Hostilio anunció esta ceremonia en la asamblea, y á ella concurrieron multitud de hombres y mujeres. Durante tres días estuvieron llenos todos los templos. Las damas romanas, con largos ropajes y seguidas por sus hijos, dieron gracias á los dioses inmortales como si hubiese terminado la guerra y se viesen libres de todo temor para lo venidero. La situación de Roma mostraba la influencia de aquella victoria; desde entonces, como en plena paz, recobraron su curso los negocios; ventas, compras, préstamos, depósitos, todo se hizo con confianza. El cónsul Claudio, de regreso á su campamento, hizo arrojar delante de las empalizadas enemigas la cabeza de Asdrúbal, que había cuidado de conservar y llevar consigo; expuso á la vista de los cartagineses los prisioneros africanos cargados de cadenas, y hasta concedió la libertad á dos de ellos, encargándoles que fuesen á ver á Aníbal y á referirle todo lo que había ocurrido. Aterrado Aníbal por aquel golpe que hería al estado y á su familia, dícese que exclamó «que reconocía la fortuna de Cartago.» En seguida decampó y quiso

reconcentrar en el Brucio, en los extremos de Italia, todas sus tropas auxiliares, que ya no podía tener diseminadas sin peligro, y aconsejó á todos los ciudadanos de Metaponto abandonar sus hogares y que marchasen á establecerse en el Brucio, y lo mismo á los lucanos que obedecían á Cartago.

FIN DEL LIBRO XXVII Y DEL TOMO IV.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

LIBRO XXIII.

Revolución de los campanios en favor de Aníbal.—Magón lleva á Cartago la noticia de la batalla de Cannas y los anillos de los caballeros muertos.—Hannón aconseja que se pida la paz á los romanos. Oposición del partido barcino.—Ventaja del pretor Claudio Marcelo.—Las delicias de Capua enervan á los cartagineses.—Sitio y hambre de Casilino.—Admisión de ciento noventa y siete caballeros en el Senado.—Derrota y muerte del pretor L. Postumio.—Derrota de Asdrúbal en España y sumisión de esta provincia por Cneo y Publio Escipión.—Destierro á Sicilia de los soldados vencidos en Cannas.—Tratado de alianza entre Filipo de Macedonia y Aníbal.—Derrota de los campanios por el cónsul Sempronio Graco.—Victorias del pretor T. Manlio en Cerdeña sobre los cartagineses y los sardos.—Caen prisioneros Asdrúbal, Magón y Hannón.—Derrota de Aníbal, cerca de Nola, por el pretor Claudio Marcelo.—Esperanza de los romanos. ..... **Página 5.**

LIBRO XXIV.

Jerónimo de Siracusa abraza el partido de los cartagineses.—Sus súbditos le asesinan.—El procónsul T. Sempronio Graco derrota á los cartagineses mandados por Hannón.—Sitio de Siracusa por el cónsul Claudio Marcelo.—Declaración de guerra á Filipo, rey de Macedonia.—Derrota y fuga del rey.—P. y Cn. Escipión consiguen ventajas sobre los cartagineses en España.—Alianza con Sifax, rey de Numidia.—Derrotado por Masinissa, rey de los masilienos, pasa al país de los maurusienos.—Admítese á los celtíberos como aliados de Roma.—Recibe por primera vez la república soldados mercenarios.. **Página 81.**

LIBRO XXV.

Pub. Cornelio Escipión, después Escipión el Africano, es nombrado edil antes de la edad.—Entrega por traición de Tarentino á Aníbal; los romanos se refugian en la fortaleza.—Ventajas de los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio sobre Hannón, jefe de los cartagineses.—Magón asesina al procónsul T. Sempronio Graco.—Pretensiones del centurión Contencio Pénula.—Su derrota y muerte.—Derrota de Cn. Fluvio.—Los cónsules Q. Fulvio y Ap. Claudio sitian á Capua.—Claudio Marcelo se apodera de Siracusa.—Muerte de Arquímedes.—Descalabros sufridos en España por P. y Cn. Escipión.—Su muerte y destrucción de sus ejércitos.—Valor y habilidad del caballero romano L. Marcio.—Nómbranle general..... **Página 153.**

LIBRO XXVI.

Aníbal acampa á tres millas de Roma: avanza hasta la puerta Capena. La tempestad impide el combate.—Los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio se apoderan de Capua. Decapitación de los senadores campanios.—Nómbrase por unanimidad en los comicios general para España á Escipión, hijo de Publio. A la edad de veinticuatro años se apodera en un día de Cartagena.—Atribúyesele origen divino.—Asuntos de Sicilia.—Alianza con los etolios.—Guerra contra los acarnanios y contra Filipo, rey de Macedonia..... **Página 227.**

LIBRO XXVII.

Aníbal derrota al procónsul Cn. Fulvio.—El cónsul Marcelo consigue ventajas sobre Aníbal; le persigue y obliga al combate.—Fabio Máximo recobra á Tarento.—Victoria de Escipión en España.—Prisión del sobrino de Masinisa. Su libertad.—Los cónsules Claudio Marcelo y T. Quincio Crispino caen en una emboscada: muere Marcelo y escapa Crispino.—Victorias del procónsul L. Sulpicio sobre Filipo y los aqueos.—Clausura del lustro y censo de los ciudadanos.—Asdrúbal pasa los Alpes. Los cónsules M. Livio y Claudio Nerón le derrotan y matan. Gloria de C. Nerón en la jornada..... **Página 311.**

BIBLIOTECA PÚBLICA

TITO LIVIO

HISTORIA
ROMANA
IV

D-1
170